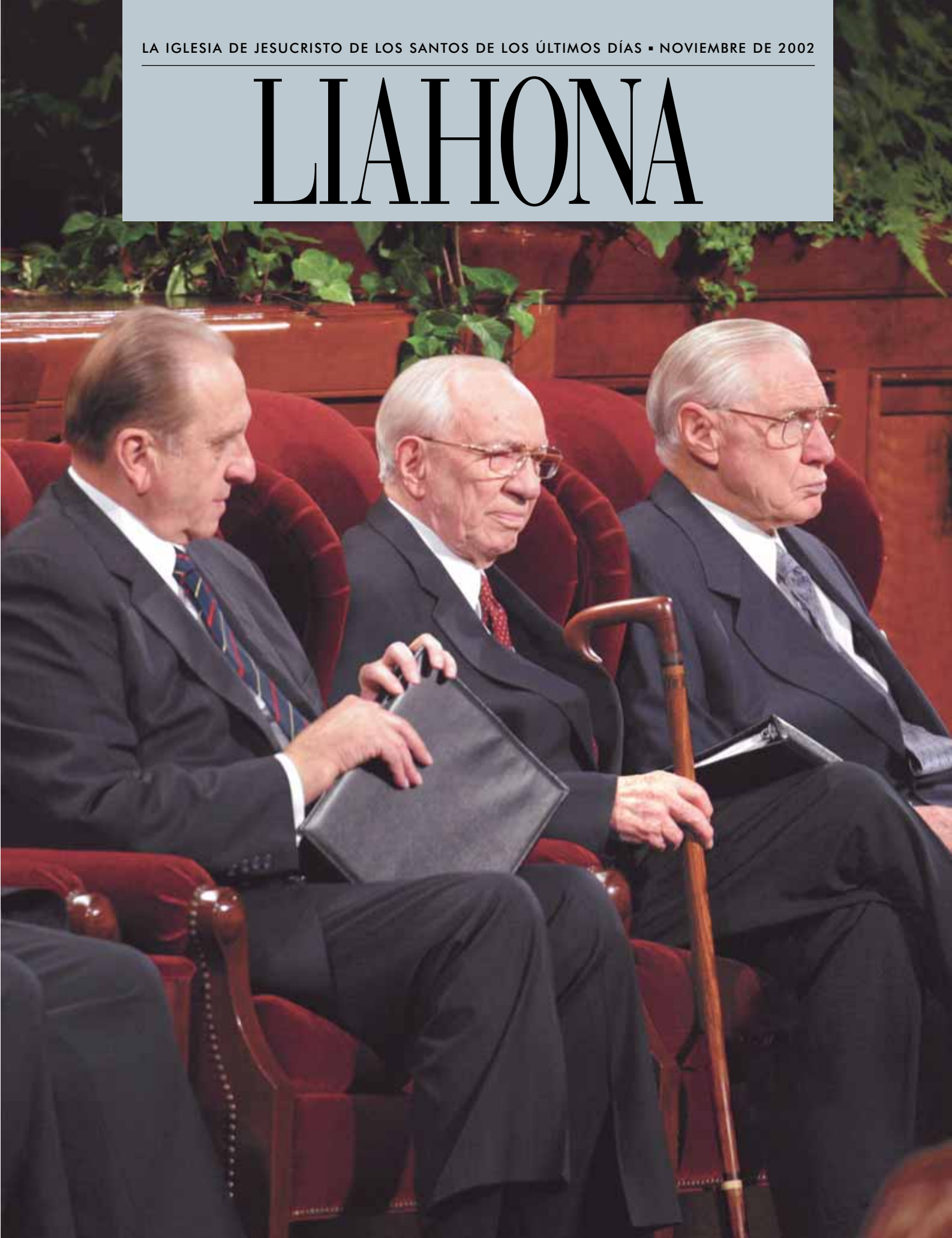
LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS ▪ NOVIEMBRE DE 2002

LIAHONA



Si estáis preparados, no temeréis, **por Clark Kelley Price**

"Y aconteció que yo, Nefi, hice un arco de madera, y una flecha de un palo recto; por tanto, me armé con un arco y una flecha, y con una honda y piedras, y le dije a mi padre: ¿A dónde debo ir para obtener alimento?" (1 Nefi 16:23; véase también D. y C. 38:30).

LIAHONA

2 Resumen de la Conferencia General Semestral Nº 172

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

4 "¡Oh, si fuera yo un ángel y se me concediera el deseo de mi corazón...!"
Presidente Gordon B. Hinckley

7 Llamados por Dios
Élder L. Tom Perry

10 La Iglesia mundial es bendecida por la voz de los profetas
Élder Dieter F. Uchtdorf

13 Una voz de alegría para nuestros hijos
Coleen K. Menlove

16 Rodeados por "los brazos de [Su] amor"
Élder Neal A. Maxwell

19 ¿Cómo me beneficia a mí?
Presidente James E. Faust

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

22 El sostenimiento de oficiales de la Iglesia
Presidente Thomas S. Monson

24 "¿No son diez los que fueron limpiados?"
Élder David B. Haight

26 El diezmo: Una prueba de fe con bendiciones eternas
Élder Robert D. Hales

30 Y si no
Élder Lance B. Wickman

33 Por sacrificios se dan bendiciones
Élder Robert K. Dellenbach

36 "Llamados a servir"
Élder Jeffrey R. Holland

39 "Bienaventurados los pacificadores"
Élder Russell M. Nelson

SESIÓN DEL SACERDOCIO

42 El patriarca de estaca
Presidente Boyd K. Packer

46 La generación más grandiosa de misioneros
Élder M. Russell Ballard

49 Creo que puedo y sabía que podía
Presidente James E. Faust

53 Paz, cálmense
Presidente Thomas S. Monson

56 A los hombres del sacerdocio
Presidente Gordon B. Hinckley

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

60 Modelos que debemos seguir
Presidente Thomas S. Monson

67 A donde me mandes iré
Élder Dallin H. Oaks

71 Para que todos sean uno en nosotros
Élder D. Todd Christofferson

73 La mujer de fe
Margaret D. Nadauld

75 Elévense a la altura de su llamamiento
Élder Henry B. Eyring

78 El maravilloso fundamento de nuestra fe
Presidente Gordon B. Hinckley

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

82 ¿Hallará [Él] fe en la tierra?
Élder Joseph B. Wirthlin

86 Para quedar libre de las pesadas cargas
Élder Richard G. Scott

89 El someterse al influjo del Santo Espíritu
Élder Kenneth Johnson

92 Diversión y felicidad
Élder Claudio R. M. Costa

94 ¡A Sión venid, pues, prestos!
Obispo Keith B. McMullin

97 Papá, ¿estás despierto?
Élder F. Melvin Hammond

99 Cada uno… una persona mejor
Presidente Gordon B. Hinckley

REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

101 Video: "Heme aquí; envíame"

103 Con santidad de corazón
Bonnie D. Parkin

106 Bendigamos a nuestras familias por medio de los convenios
Kathleen H. Hughes

108 Caridad: Una familia y un hogar a la vez
Anne C. Pingree

110 Todas son enviadas del cielo
Presidente James E. Faust

64 Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

115 Se dirigen a nosotros

116 Fuentes de consulta para la instrucción

120 Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

121 Noticias de la Iglesia

Resumen de la Conferencia General Semestral Nº 172

SÁBADO POR LA MAÑANA, 5 DE OCTUBRE DE 2002, SESIÓN GENERAL
Preside: Presidente Gordon B. Hinckley. Dirige: Presidente Thomas S. Monson. Primera oración: Élder Ben B. Banks. Última oración: Élder Richard D. Allred. Música por el Coro del Tabernáculo Mormón; Craig Jessop y Mack Wilberg, directores; Clay Christiansen, organista: "Santos, avanzad", *Himnos,* Nº 38; "Secreta oración", *Himnos,* Nº 80; "Yo trato de ser como Cristo", *Canciones para los Niños,* pág. 40; "Oh Rey de reyes, ven", *Himnos,* Nº 27; "Tengo gozo en mi alma hoy", *Himnos,* Nº 146; "Creo en Cristo", *Himnos,* Nº 72.

SÁBADO POR LA TARDE, 5 DE OCTUBRE DE 2002, SESIÓN GENERAL
Preside: Presidente Gordon B. Hinckley. Dirige: Presidente James E. Faust. Primera oración: Élder Charles Didier. Última oración: Élder Athos M. Amorim. Música por un coro de familias de las estacas de Hunter (Salt Lake City), Utah; Jared L. Dunn, director; Linda Margetts, organista: "Cantos gloriosos de Sión", *Hymns,* Nº 48; "Ven, ven", *Hymns,* Nº 244; "A Cristo Rey Jesús", *Himnos,* Nº 30; "Las canciones del corazón", *Hymns,* Nº 286.

SÁBADO POR LA TARDE, 5 DE OCTUBRE DE 2002, SESIÓN DEL SACERDOCIO
Preside y dirige: Presidente Gordon B. Hinckley. Primera oración: Élder Lynn G. Robbins. Última oración: Élder Donald L. Hallstrom. Música por un coro compuesto de jovencitos del Sacerdocio Aarónico de las estacas de Provo, Utah; Andrew Crane, director; John Longhurst, organista: "Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio", *Himnos,* Nº 206; "Oh, Tú, Roca de nuestra Salvación", *Hymns,* Nº 258; "Jehová, sé nuestro guía", *Himnos,* Nº 39; "Llevaremos Su verdad al mundo", *Canciones para los niños,* pág. 92.

DOMINGO POR LA MAÑANA, 6 DE OCTUBRE DE 2002, SESIÓN GENERAL
Preside y dirige: Presidente Gordon B. Hinckley. Primera oración: Élder Earl M. Monson. Última oración: Élder Lynn A. Mickelsen. Música por el Coro del Tabernáculo Mormón; Craig Jessop, director; Richard Elliott, organista: "Oh Dios de Israel", *Himnos,* Nº 5; "Cual rocío, que destila", *Himnos,* Nº 87; "Bella Sión", *Himnos,* Nº 23; "Ya regocijemos", *Himnos,* Nº 3; "Qué firmes cimientos", *Himnos,* Nº 40; "¡Oh, está todo bien!", *Himnos,* Nº 17.

DOMINGO POR LA TARDE, 6 DE OCTUBRE DE 2002, SESIÓN GENERAL
Preside: Presidente Gordon B. Hinckley. Dirige: Presidente Thomas S. Monson. Primera oración: Élder Harold G. Hillam. Última oración: Élder Jerald L. Taylor. Música por el Coro del Tabernáculo Mormón; Craig Jessop, Barlow Bradford, directores; Bonnie Goodliffe y Linda Margetts, organistas: "Alabanzas al Señor Todopoderoso", *Hymns,* Nº 72; "Un pobre forastero", *Himnos,* Nº 16 (cantante: John Prather; flauta: Jeanine Goeckeritz; arpa: Tamara Oswald); "Te damos, Señor, nuestras gracias", *Himnos,* Nº 10; "Pedimos hoy por ti", *Himnos,* Nº 12.

REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO, SÁBADO POR LA TARDE, 28 DE SEPTIEMBRE DE 2002
Preside: Presidente Gordon B. Hinckley. Dirige: Bonnie D. Parkin. Primera oración: Shirley F. Sainz. Última oración: Allison Barlow. Música por un coro de la Sociedad de Socorro de las estacas de Salt Lake City y Rose Park, Utah; Manu Harris, directora; Bonnie Goodliffe, organista: "Santos, avanzad", *Himnos,* Nº 38; "Quiero servirte", por Robinson; "A donde me mandes iré", *Himnos,* Nº 175; "El Espíritu de Dios", *Himnos,* Nº 2.

LOS DISCURSANTES DE LA CONFERENCIA POR ORDEN ALFABÉTICO

Ballard, M. Russell, 46
Christofferson, D. Todd, 71
Costa, Claudio R. M., 92
Dellenbach, Robert K., 33
Eyring, Henry B., 75
Faust, James E., 19, 49, 110
Haight, David B., 24
Hales, Robert D., 26
Hammond, F. Melvin, 97
Hinckley, Gordon B., 4, 56, 78, 99
Holland, Jeffrey R., 36
Hughes, Kathleen H., 101, 106
Johnson, Kenneth, 89
Maxwell, Neal A., 16
McMullin, Keith B., 94
Menlove, Coleen K., 13
Monson, Thomas S., 22, 53, 60
Nadauld, Margaret D., 73
Nelson, Russell M., 39
Oaks, Dallin H., 67
Packer, Boyd K., 42
Parkin, Bonnie D., 101, 103
Perry, L. Tom, 7
Pingree, Anne C., 101, 108
Scott, Richard G., 86
Uchtdorf, Dieter F., 10
Wickman, Lance B., 30
Wirthlin, Joseph B., 82

LAS GRABACIONES DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO
En los centros de distribución se pueden conseguir las grabaciones de las sesiones de la conferencia, por lo general menos de dos meses después de la conferencia.

DISCURSOS DE LA CONFERENCIA EN INTERNET
Para tener acceso a los discursos de la conferencia en varios idiomas, por medio de Internet, conéctese con **www.lds.org**.

MENSAJES DE ORIENTACIÓN FAMILIAR Y DE LAS MAESTRAS VISITANTES
Para los mensajes de orientación familiar y de las maestras visitantes, sírvase seleccionar uno de los discursos que mejor satisfaga las necesidades de las personas a las que visite.

EN LA CUBIERTA
Delante: Fotografía por Tamra H. Ratieta. Detrás: Fotografía por Craig Dimond.

FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA
Las fotografías de la conferencia general de este ejemplar fueron tomadas por Craig Dimond, Jed A. Clark, Welden C. Andersen, John Luke, Robert Casey, Mark Hedengren, Kelly Larsen, Tamra H. Ratieta, Matthew Reier y Christina Smith.

LIAHONA

Noviembre de 2002 Vol. 26, Número 11

LIAHONA 22991-002

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

La Primera Presidencia: Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, James E. Faust

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

Editor: Dennis B. Neuenschwander

Asesores: J. Kent Jolley, W. Rolfe Kerr, Stephen A. West

Administradores del Departamento de Cursos de Estudio:
Director administrativo: Ronald L. Knighton
Director de redacción: Richard M. Romney
Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

Personal de redacción:
Editor administrativo: Marvin K. Gardner
Editora administrativa ayudante: Jenifer L. Greenwood
Editor asociado: Roger Terry
Editora ayudante: Lisa Ann Jackson
Redactora adjunta: Susan Barrett
Ayudante de publicaciones: Collette Nebeker Aune

Personal de diseño:
Gerente de artes gráficas: M. M. Kawasaki
Diseño artístico: Scott Van Kampen
Diseñadora principal: Sharri Cook
Diseñadores: Thomas S. Child, Randall J. Pixton
Gerente de producción: Jane Ann Peters
Producción: Reginald J. Christensen, Denise Kirby, Kelli Pratt, Rolland F. Sparks, Kari A. Todd, Claudia E. Warner
Preimpresión digital: Jeff Martin

Personal de subscripción:
Director de circulación: Kay W. Briggs
Gerente de distribución: Kris T Christensen

Coordinación de *Liahona*: Enrique Resek

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Las colaboraciones y los manuscritos deben enviarse a *Liahona,* Floor 24, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA; o por correo electrónico a: cur-liahona-imag@ldschurch.org

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, hiligayanón, holandés, húngaro, iloko, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tamil, telugu, tongano, ucraniano y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2002 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona"© es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For readers in the United States and Canada: November 2002 Vol. 26 No. 11. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is $10.00 per year; Canada, $15.50 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and at additional mailing offices. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address *must* be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.

ÍNDICE DE TEMAS

Abuso, 56
Acción, 82
Adversidad, 16
Amor, 30, 39, 94, 97, 103, 108
Angustia, 30
Arrepentimiento, 86
Autosuficiencia, 56, 94
Avaricia, 19, 53
Bendición patriarcal, 42
Bendiciones, 24, 26, 33, 106
Bondad, 99, 103
Caridad, 108, 110
Conciencia, 53, 89
Confianza, 73, 82
Consagración, 94
Consecuencias, 86
Convenios, 103, 106
Deshonestidad, 53
Desinterés, 19
Determinación, 60
Deuda, 53, 56, 82
Diezmo, 26
Dignidad, 46
Disciplina, 97
Discipulado, 16
Diversión, 92
Ejemplo, 60
Enseñanza, 13
Espíritu Santo, 16, 71, 75, 89
Expiación, 10, 33, 71, 86
Familia, 36, 97, 99, 106, 108, 110
Fe, 26, 30, 60, 73, 78, 82
Felicidad, 92, 99
Fondo Perpetuo para la Educación, 56
Generosidad, 19
Gozo, 13
Gratitud, 24
Guía divina, 16, 75
Historia de la Iglesia, 4, 101
Hogar, 99, 103, 108, 110
Humildad, 60
Iglesia Mundial, 10, 78
Inspiración, 89
Intrepidez, 73
Jesucristo, 13, 16, 24, 33, 78
José Smith, 33, 78
Lealtad, 60
Liderazgo, 7, 22, 97
Llamamientos en la Iglesia, 36, 42, 67, 75
Luz de Cristo, 89
Matrimonio, 7, 97
Matrimonios misioneros, 67
Misioneros, 46, 56, 67
Moralidad, 53, 56, 106
Mujeres, 73, 101, 108, 110
Niños, 13
Noche de hogar para la familia, 56
Obediencia, 26, 60, 67, 92, 103
Obra del templo, 4
Optimismo, 60
Paciencia, 53, 60
Padres, 30
Palabra de Sabiduría, 53
Paternidad, 7, 46, 97
Patriarcas, 42
Paz, 10, 39, 53, 86
Perdón, 39, 86
Pioneros, 10
Plan de Salvación, 92
Potencial, 42
Preparación, 46, 110
Profecía, 42
Profetas, 10
Recomendaciones para el templo, 56
Rectitud, 110
Responsabilidad, 49
Restauración, 78
Sacerdocio, 7, 49
Sacrificio, 4, 19, 33, 36
Sanidad, 86
Servicio, 19, 36, 49, 67, 75, 108
Sión, 94
Sociedad de Socorro, 101, 110
Sostenimiento, 22
Sumisión, 30, 71, 82
Talentos, 49
Templo de Nauvoo, 4
Testimonio, 24
Trabajo, 94
Unidad, 71
Valor, 60

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA
5 de octubre de 2002

"¡Oh, si fuera yo un ángel y se me concediera el deseo de mi corazón...!"

PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

Los insto... a utilizar los templos de la Iglesia. Vayan a ellos y realicen la grande y maravillosa obra que el Dios del cielo ha trazado para nosotros.

Mis amados hermanos y hermanas, de nuevo los saludamos en una gran conferencia mundial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Alma dijo: "¡Oh, si fuera yo un ángel y se me concediera el deseo de mi corazón, para salir y hablar con la trompeta de Dios, con una voz que estremeciera la tierra, y proclamar el arrepentimiento a todo pueblo!" (Alma 29:1).

Hemos llegado a un punto en el que casi podemos hacer eso. Esta conferencia se transmitirá por todo el mundo, y a los oradores los oirán y los verán Santos de los Últimos Días de todos los continentes. Hemos avanzado mucho en la realización del cumplimiento de la visión que se expone en el Apocalipsis: "Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apocalipsis 14:6).

¡Qué excepcional ocasión es ésta, mis hermanos y hermanas! Es difícil de comprender. Hablamos desde este extraordinario Centro de Conferencias. No sé de ningún otro edificio que se compare con él.

Somos como una gran familia, representantes de la familia humana en este vasto y hermoso mundo.

Muchos de ustedes participaron en la dedicación del Templo de Nauvoo en junio recién pasado. Fue una ocasión grandiosa y espléndida que se recordará durante largo tiempo. No sólo dedicamos un magnífico edificio, una casa del Señor, sino que ésta también se dedicó a la memoria del profeta José Smith.

En 1841, dos años después de que él llegó a Nauvoo, dio la palada inicial para una casa del Señor que debía erigirse como un símbolo del coronamiento de la obra de Dios.

Es difícil creer que en aquellas difíciles circunstancias se hubiera proyectado construir un edificio de tal

magnificencia en lo que en aquel entonces era la frontera del Oeste del territorio colonizado de los Estados Unidos.

Dudo, y dudo seriamente de que haya habido otro edificio de semejante estilo y magnificencia en todo el estado de Illinois.

Había de ser dedicado a la obra del Todopoderoso, para llevar a cabo Sus propósitos eternos.

No se escatimaron esfuerzos. Ningún sacrificio fue demasiado grande. Durante los siguientes cinco años, los hombres cincelaron la piedra y pusieron la base y los cimientos, las paredes y la ornamentación. Cientos de personas fueron al norte del lugar, a vivir allí un tiempo para cortar la madera en grandes cantidades, la cual amarraban a modo de balsas que hacían flotar río abajo hasta Nauvoo. Se hicieron hermosas molduras con esa madera. Se recaudaron centavos para comprar clavos. Se hicieron sacrificios inimaginables para adquirir vidrios y cristales. Edificaban un templo a Dios, por lo que tenían que utilizar lo mejor que pudiesen conseguir.

En medio de la obra de la construcción, el Profeta y su hermano Hyrum fueron asesinados en Carthage el 27 de junio de 1844.

Ninguno de nosotros en la actualidad puede comprender el golpe catastrófico que eso significó para los santos. Su líder había muerto, él, el hombre que recibía las visiones y las revelaciones. No sólo había sido su líder, sino su profeta. Muy grande fue su pesar y espantosa su angustia.

Pero Brigham Young, el Presidente del Quórum de los Doce, tomó las riendas. José había depositado su autoridad sobre los hombros de los Apóstoles. Brigham resolvió terminar el templo y la obra continuó. Prosiguieron en pos de su objetivo de día y de noche, a pesar de las amenazas que les lanzaban las turbas anárquicas. En 1845, comprendieron que no podrían permanecer en la ciudad que habían construido en las pantanosas riberas del río. Tenían que marcharse de allí. Sobrevino una etapa de actividad febril: primero, para terminar el templo y, segundo, para

construir carromatos y reunir víveres a fin de trasladarse a las tierras desoladas del Oeste.

La obra de las ordenanzas comenzó antes de que se terminara el templo y continuó intensamente hasta que, en el frío del invierno de 1846, los del pueblo comenzaron a abandonar sus casas y los carromatos empezaron a desplazarse lentamente por la Calle Parley hasta la orilla del río y, desde allí, hasta la otra ribera en el lado de Iowa.

El desplazamiento prosiguió. El río se congeló con el frío glacial que hacía, pero eso les permitió atravesarlo sobre el hielo.

Desde el otro lado del río, mirando hacia el Este, contemplaron por última vez la ciudad de sus sueños y el templo de su Dios. Después, dirigieron la mirada hacia el Oeste a un destino desconocido.

El templo fue posteriormente dedicado, y los que lo dedicaron dijeron "amén" y se pusieron en camino. Después, el edificio fue incendiado por un pirómano que casi perdió la vida en su obra maligna. Por último, un tornado derribó la mayor parte de lo que había quedado. La casa del Señor, el gran objetivo de sus labores, había desaparecido.

Nauvoo se convirtió en una ciudad abandonada que se fue desvaneciendo casi hasta desaparecer. El terreno del templo lo convirtieron en campo de cultivo. Pasaron los años y poco a poco comenzó a surgir un despertar. Nuestra gente, los descendientes de los que una vez vivieron allá sintieron agitarse en su interior los recuerdos de sus antepasados junto con el anhelo de honrar a los que pagaron tan terrible precio. Paulatinamente la ciudad comenzó a cobrar vida de nuevo y se llevó a cabo una restauración de partes de Nauvoo.

Bajo la inspiración del Espíritu y motivado por los deseos de mi padre, que fue presidente de misión en esa región y anheló reedificar el templo para el centenario de Nauvoo, aunque nunca pudo hacerlo, anunciamos en la conferencia de abril de 1999 que reconstruiríamos ese histórico edificio.

La gente se llenó de entusiasmo. Hombres y mujeres manifestaron su disposición a ayudar. Se hicieron grandes aportaciones de dinero y de conocimientos técnicos. De nuevo, no se reparó en gastos. Habíamos de reconstruir la casa del Señor en memoria al profeta José Smith y como una ofrenda a nuestro Dios. El pasado 27 de junio, por la tarde, casi a la misma hora en la que José y Hyrum fueron asesinados a tiros en Carthage 158 años atrás, realizamos la dedicación del magnífico nuevo edificio. Es un lugar de gran belleza. Se encuentra exactamente en el mismo terreno donde estuvo el templo original. Sus dimensiones exteriores son las del original. Constituye una conmemoración adecuada y apropiada del gran Profeta de esta dispensación, José el Vidente.

Cuán agradecido, cuán profundamente agradecido me siento por lo que ha ocurrido. Hoy día, mirando hacia el Oeste, en la elevación desde la que se domina la ciudad de Nauvoo, y desde allí al otro lado del Río Mississippi, y más allá de las llanuras de Iowa, se eleva el templo de José, una suntuosa casa de Dios. Aquí, en el Valle del Lago Salado, mirando hacia el Este, hacia ese hermoso Templo de Nauvoo, se eleva el templo de Brigham, el Templo de Salt Lake. Se miran el uno al otro como sujetalibros entre los cuales hay tomos que hablan del sufrimiento, del pesar, del sacrificio e incluso de la muerte de miles de personas que hicieron el largo viaje desde el Río Mississippi hasta el Valle del Gran Lago Salado.

Nauvoo llegó a ser el templo número 113 en funcionamiento. Desde entonces hemos dedicado otro templo en La Haya, Países Bajos, sumando 114 en total. Estos espléndidos edificios de diversos tamaños y estilos arquitectónicos se encuentran ya en diversas naciones de la tierra. Se han construido para dar cabida a nuestra gente a fin de que efectúen la obra del Todopoderoso, cuyo designio es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre (véase Moisés 1:39). Esos templos se han edificado para que se utilicen. Honramos a nuestro Padre cuando hacemos uso de ellos.

Al iniciarse esta conferencia, los insto, mis hermanos y hermanas, a utilizar los templos de la Iglesia.

Vayan a ellos y realicen la grande y maravillosa obra que el Dios del cielo ha trazado para nosotros. Aprendamos en ellos de Sus vías y de Sus planes. Allí hagamos convenios que nos guiarán por los caminos de la rectitud, de la generosidad y de la verdad. Unámonos allí como familias bajo el convenio eterno administrado bajo la autoridad del sacerdocio de Dios.

Y hagamos llegar allí esas mismas bendiciones a los de las generaciones anteriores, vale decir, a nuestros propios antepasados que están a la espera del servicio que ahora podemos prestar.

Ruego que las bendiciones del cielo descansen sobre ustedes, mis amados hermanos y hermanas. Suplico que el espíritu de Elías les conmueva el corazón y los induzca a efectuar esa obra por las personas que no pueden avanzar a no ser que ustedes lo hagan. Ruego que nos regocijemos en el glorioso privilegio que es nuestro, y lo hago humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Llamados por Dios

ÉLDER L. TOM PERRY
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Se nos ha dado el grandioso poder del sacerdocio, el cual nos bendice individualmente y también provee bendiciones para nuestra familia.

El quinto Artículo de Fe dice: "Creemos que el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas"[1].

Uno de los llamamientos más importantes del sacerdocio, y que requiere nuestra atención constante, es el que tenemos en nuestras familias y nuestros hogares. Hermanos, como padres y patriarcas de nuestra familia, debemos, "Por decreto divino... presidir sobre la familia con amor y rectitud y... protegerla y... proveerle las cosas necesarias de la vida".

"El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos... Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones"[2].

Vivimos en un mundo que clama por tener un liderazgo de rectitud basado en principios dignos de confianza.

En nuestra Iglesia se nos han enseñado, de una manera particular y propia de la Iglesia, principios correctos de liderazgo dirigidos por la autoridad del sacerdocio. Creo que somos pocos los que nos damos cuenta del potencial del sacerdocio y de la gran bendición que éste significa. Cuanto más aprendemos sobre el hecho de poseerlo y más entendemos la forma en que opera, más apreciamos las bendiciones que el Señor nos ha dado.

John Taylor dijo una vez:

"...Responderé en forma breve que [el sacerdocio] es el gobierno de Dios, ya sea en la tierra o en los cielos, porque mediante ese poder, influencia o principio todas las cosas son gobernadas en la tierra y en los cielos, y por medio de ese poder, todas las cosas se conservan y sostienen. Gobierna todas las cosas: dirige todas las cosas, sostiene todas las cosas, y tiene que ver con todas las cosas con las que Dios y la verdad están relacionados.

"Es el poder de Dios delegado a las inteligencias que están en los cielos y a los hombres sobre la tierra... Cuando lleguemos al reino celestial de Dios, hallaremos allí el orden y la armonía más perfectos, porque allí está el modelo más perfecto. Allí se lleva a cabo el orden de gobierno más perfecto. Siempre que esos principios se han establecido en la tierra, en la misma proporción en la que se han extendido y ejercido, han producido bendiciones y salvación para la familia humana. Y cuando el gobierno de Dios se adopte más ampliamente, y cuando la oración de Jesús, la que Él enseñó a Sus discípulos, sea contestada y el reino de Dios venga a la tierra y se haga Su voluntad aquí, así como se hace en el cielo, entonces, y no sino entonces, reinarán el amor, la paz, la armonía y la unión universales"[3].

El Señor nos dio una visión de lo que puede ser el sacerdocio al instruir a Sus Apóstoles, que tendrían la responsabilidad de continuar la obra después de Su muerte, diciéndoles: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé"[4].

Una de las bendiciones que se reciben del sacerdocio es tener la oportunidad de formar parte de un quórum, el cual consiste en un grupo determinado de hombres, todos poseedores del mismo oficio del sacerdocio, organizados con el objeto de contribuir más eficazmente a la edificación del reino de Dios.

En una oportunidad, el presidente Stephen L Richards nos dio una definición triple de un quórum, diciendo que tiene tres funciones: "primero, es una clase; segundo, es una fraternidad; tercero, es una unidad de servicio"[5].

Hace muchos años, al asistir a la reunión de un grupo de sumos sacerdotes en un pequeño pueblo del sur de Wyoming, aprendí cómo funciona un quórum. El tema de la lección esa semana era la justificación y la santificación, y al comenzar la clase, era evidente que el maestro estaba bien preparado para enseñar a sus hermanos. En cierto momento, una pregunta que se hizo provocó una reacción que cambió todo el curso de la clase; respondiendo a ella un hermano comentó lo siguiente: "He escuchado la lección con gran interés, y se me ocurre que la instrucción que hemos recibido pronto se perderá si no encontramos la forma de aplicar en nuestra vida diaria el material presentado". A continuación, propuso un curso de acción.

La noche anterior había fallecido un hombre del pueblo; la esposa era miembro de la Iglesia pero él no. El sumo sacerdote había visitado a la viuda para ofrecerle condolencias. Al salir de la casa, había contemplado la hermosa granja del hermano que acababa de morir y que había dedicado a esa propiedad gran parte de su vida y sus labores para hacerla prosperar. La alfalfa estaba lista para cortar y el grano pronto estaría maduro para cosechar. ¿Cómo iba a enfrentar la pobre hermana los problemas que súbitamente se le presentaban? Tenía que disponer de tiempo para organizarse y cumplir sus nuevas responsabilidades.

Después, el hermano propuso al grupo que para aplicar el principio que se les acababa de enseñar ayudaran a la viuda a mantener la granja en funcionamiento hasta que ella y su familia encontraran una solución permanente. El resto de la reunión se dedicó a organizar el plan para ayudarle.

Al salir de la sala de clase, los hermanos estaban en buen estado de ánimo y oí que uno de ellos comentó al salir por la puerta: "Ese proyecto es justamente lo que nos hacía falta como grupo para empezar a trabajar unidos otra vez". Se enseñó la lección, se fortaleció la hermandad del grupo y se organizó un proyecto de servicio para ayudar a una persona que tenía una necesidad.

Ahora bien, esos principios que se emplean en la organización de un quórum no se aplican sólo a éste sino también a la dirección del sacerdocio en el hogar. Tenemos el mandamiento divino de "criar a [nuestros] hijos en la luz y la verdad"[6]. Si el padre no cría a los hijos en la luz y la verdad, el Señor no estará complacido con ellos. Éste es el mensaje:

"Mas de cierto te digo, mi siervo... que tú has continuado bajo esta… condenación;

"no has enseñado a tus hijos e hijas la luz y la verdad, conforme a los mandamientos; y aquel inicuo todavía tiene poder sobre ti, y ésta es la causa de tu aflicción.

"Y ahora te doy un mandamiento: Si quieres verte libre, has de poner tu propia casa en orden, porque hay en tu casa muchas cosas que no son rectas"[7].

La Iglesia debe preservar su orientación basada en la familia. Es preciso que enseñemos el concepto de formar generaciones sucesivas de miembros que se casen en el templo y sean fieles. Debemos enseñar doctrinas básicas y comprender la relación que existe entre el progreso espiritual personal y el de la familia. Es preciso dejar en claro cuál será el resultado e invitar a los miembros a venir a Cristo y a perseverar hasta el fin.

Entre las primeras instrucciones que se impartieron al hombre y a la mujer estaba ésta: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se allegará a su mujer; y serán una sola carne"[8].

En su plan divino, Dios ordenó el matrimonio como medio de crear Su unidad básica, la familia. Uno de los primeros principios que enseñó a Adán y a Eva fue el de incluir el trabajo en el desarrollo de su relación. Las Escrituras dicen:

"Y Adán y Eva, su esposa, invocaron el nombre del Señor, y oyeron la voz del Señor que les hablaba en dirección del Jardín de Edén, y no lo vieron, porque se encontraban excluidos de su presencia.

"Y les dio mandamientos de que adorasen al Señor su Dios y ofreciesen las primicias de sus rebaños como ofrenda al Señor. Y Adán fue obediente a los mandamientos del Señor"[9].

Después, el Señor instruyó a nuestros primeros padres terrenales para que enseñaran a sus hijos a obedecer Sus leyes. "Y Adán y Eva bendijeron el nombre de Dios, e hicieron saber todas las cosas a sus hijos e hijas"[10].

El presidente Spencer W. Kimball nos enseñó sobre la naturaleza eterna de la familia, diciendo:

"La fórmula es sencilla; los ingredientes son pocos, pero cada uno tiene muchas ramificaciones.

"Primero, debe existir la actitud apropiada hacia el matrimonio, que comprende la elección de un cónyuge cuyo carácter se aproxime lo más posible a la perfección en todos los aspectos que sean importantes para la pareja; luego, esas dos personas deben acercarse al altar del templo sabiendo que tendrán que esforzarse al máximo para lograr el éxito en su vida juntos.

"Segundo, debe haber una gran abnegación, olvidándose de sí mismos,

sometiéndose y dirigiendo para el bien de la familia la totalidad de la vida familiar y de todo lo que le es pertinente.

"Tercero, a fin de mantener vivo el amor y de incrementarlo, deben continuar la relación romántica y mantener constantes las expresiones de afecto, bondad y consideración.

"Cuarto, es preciso vivir completamente de acuerdo con los mandamientos del Señor que el Evangelio de Jesucristo define claramente"[11].

El hogar debe ser un amparo, un puerto seguro, un refugio, un lugar feliz donde mora la familia; un lugar donde los hijos amen y sean amados. En el hogar, los padres deben enseñar a los hijos las grandes lecciones de la vida; debe ser el centro de la experiencia terrenal de una persona, donde el amor y el respeto mutuos se mezclen en forma adecuada.

Lo más importante después de ser compañeros eternos es ser padres en la tierra. Ambos padres deben considerar la función que les toca en esta gran responsabilidad. Hace muchos años, mis hijos me enseñaron una gran lección. Nos habíamos mudado de California a Nueva York porque yo había aceptado un empleo en una compañía nueva, y empezamos el proceso de buscar casa en las comunidades más cercanas a la ciudad; sin embargo, gradualmente nos fuimos a mirar cada vez más lejos buscando una casa que se adaptara a nuestras necesidades. Encontramos una muy hermosa a considerable distancia de Nueva York, una casa de un solo piso, al abrigo de los frondosos bosques de Connecticut. La prueba final antes de comprarla era que yo tomara el tren que me transportaría a la ciudad y viera cuánto tiempo me llevaría el viaje todos los días; así lo hice, y volví bastante desalentado pues el recorrido llevaba una hora y media de ida y otro tanto de regreso. Volví al cuarto del motel donde nuestra familia me esperaba y les presenté a mis hijos la opción:

"Podrán tener o esta casa o un padre", les dije. Para mi gran sorpresa, me contestaron: "Nos quedamos con la casa, porque tú no pasas mucho tiempo con nosotros de todas maneras". Al oír eso, me quedé desolado. Lo que me decían era verdad y era preciso que me arrepintiera de inmediato; mis hijos necesitaban a su padre en casa más tiempo. Al fin, llegamos a un acuerdo y compramos una casa que estaba más cerca de la ciudad y me permitía llegar más rápidamente a mi empleo; además, cambié mis hábitos de trabajo a fin de pasar más tiempo con mi familia.

A través de las épocas, el Señor ha mandado a Su pueblo que enseñe a sus hijos la verdad y la rectitud. Les aconsejamos reunir a su familia para tener oraciones familiares y para estudiar el Evangelio, trabajar y llevar a cabo actividades juntos; los exhortamos a que se reúnan en consejos familiares y alienten a los miembros de su familia a participar en las decisiones importantes, como la de planear actividades para todo el grupo.

El presidente Brigham Young enseñó lo siguiente: "El sacerdocio... es el orden y sistema perfecto de gobierno, y eso solo puede alejar a la familia humana de todos los males que ahora

afectan a sus miembros y asegurarles el contentamiento y la felicidad en el más allá"[12].

Se nos ha dado el grandioso poder del sacerdocio, el cual nos bendice individualmente y brinda bendiciones para nuestra familia; bendice a los quórumes a los que pertenezcamos; bendice a las congregaciones en las cuales se nos llame a prestar servicio e incluso bendice el mundo en el que vivimos. Es necesario que aprendamos a seguir con rectitud las doctrinas y enseñanzas que el Señor nos ha dado por ser poseedores de Su santo sacerdocio. Se nos aconseja esto:

"Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado.

"El que sea perezoso no será considerado digno de permanecer, y quien no aprenda su deber y no se presente aprobado, no será considerado digno de permanecer"[13].

Que el Señor nos bendiga, como miembros de Su Iglesia, para que nos demos cuenta de la bendición que es tener el sacerdocio en la tierra y poder utilizarlo para el beneficio de nuestra familia y de toda la humanidad. Es mi oración que podamos progresar para comprender la relación que tenemos con Dios, nuestro Padre Eterno, y con el sacerdocio que Él nos ha dado, es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Artículos de Fe 1:5.
2. "La familia: Una proclamación para el mundo", *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24.
3. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia, John Taylor,* 2002, pág. 133.
4. Juan 15:16.
5. *Conference Report*, octubre de 1938, pág. 118.
6. D. y C. 93:40.
7. D. y C. 93:41–43.
8. Moisés 3:24.
9. Moisés 5:4–5.
10. Moisés 5:12.
11. Spencer W. Kimball, *Marriage and Divorce*, 1976, págs. 17–18.
12. *Discourses of Brigham Young*, seleccionados por John A. Widtsoe, 1954, pág. 130.
13. D. y C. 107:99–100.

La Iglesia mundial es bendecida por la voz de los profetas

ÉLDER DIETER F. UCHTDORF
De la Presidencia de los Setenta

Demos oídos a los profetas de nuestros días mientras nos ayudan a fijar nuestra atención en las cosas que son fundamentales en el plan del Creador.

¡Qué gozo y privilegio es formar parte de esta Iglesia mundial y ser enseñados y edificados por profetas, videntes y reveladores! Esta conferencia se está transmitiendo a 68 países y se está traduciendo en 55 idiomas. Es en verdad una Iglesia global, con miembros diseminados a través de las naciones de la tierra. Todos somos hijos de un Dios viviente y amoroso, nuestro Padre Celestial. Les expreso mi amor, estimados hermanos y hermanas.

Hace sólo tres meses, bajo el inspirado liderazgo del presidente Gordon B. Hinckley, nos unimos en la dedicación del reconstruido Templo de Nauvoo, ocasión que remontó nuestros pensamientos al profeta José y renovó nuestros recuerdos de los primeros santos; sus sacrificios, penas y lágrimas; pero a la vez de su valor, fe y confianza en el Señor. No tengo ningún antepasado entre los pioneros del siglo diecinueve; sin embargo, desde los primeros días en que me uní a la Iglesia he sentido un estrecho vínculo con esos primeros pioneros que cruzaron las praderas. Ellos son mis antepasados espirituales, del mismo modo que lo son para todo miembro de la Iglesia, sea cual sea su nacionalidad, idioma o ámbito cultural. Ellos establecieron no sólo un lugar seguro en el Oeste, sino también un fundamento espiritual para la edificación del reino en todas las naciones del mundo.

Ahora que el mensaje del Evangelio restaurado de Jesucristo

La Primera Presidencia y miembros del Quórum de los Doce Apóstoles en el estrado del Centro de Conferencias.

está siendo aceptado en el mundo, todos somos pioneros en nuestro propio ámbito y circunstancia. Fue en el caos de la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial que mi familia oyó por primera vez acerca de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. George Albert Smith era el Presidente en ese entonces. Yo era sólo un niño, y dos veces en menos de siete años perdimos todas nuestras pertenencias. Éramos refugiados con un futuro incierto. No obstante, durante esos mismos siete años, obtuvimos más de lo que cualquier cantidad de dinero pudiese comprar. Encontramos un refugio celestial, un lugar de defensa en contra de la desesperanza: el Evangelio de Jesucristo y Su Iglesia, dirigida por un profeta verdadero y viviente.

Durante ese periodo de mi niñez, jugué en casas bombardeadas y me crié entre las ruinas que resultaron de una guerra perdida, dándome cuenta de que mi propio país había infligido terrible dolor a muchas naciones durante la horrorosa Segunda Guerra Mundial.

Las buenas nuevas de que Jesucristo había llevado a cabo la perfecta Expiación por la humanidad, redimiendo a todos del sepulcro y recompensando a cada uno según sus obras, fue el poder sanador que le infundió esperanza y paz a mi vida.

Cualesquiera sean nuestros retos en la vida, nuestras cargas pueden ser ligeras si no sólo creemos en Cristo, sino también en Su capacidad y en Su poder para purificar y dar consuelo a nuestras vidas, y aceptamos Su paz.

El presidente David O. McKay era el profeta durante mi adolescencia. Era como si le conociera personalmente: podía sentir su amor, bondad y dignidad; me infundió confianza y valor en mi juventud. A pesar de que me crié en Europa, a miles de kilómetros de distancia, pensaba que él confiaba en mí, y no quería desilusionarlo.

Otra fuente de fortaleza fue la epístola que el apóstol Pablo escribió mientras estaba en la cárcel, dirigida a Timoteo, su ayudante y amigo más fiel. Él escribió:

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.

"Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor" (2 Timoteo 1:7–8).

Esas palabras de uno de los antiguos apóstoles de nuestro Salvador me parecieron sumamente importantes después de la Guerra, así como me lo parecen hoy en día. Y sin embargo, cuántos de nosotros permitimos que los temores se apoderen de nosotros en esta época de tensión internacional, incertidumbres económicas y políticas, y de retos personales.

Dios se dirige a nosotros con voz uniforme. Dios tratará de igual modo a toda la familia humana. Tal vez formemos parte de un barrio grande o de una rama pequeña, el clima o la vegetación tal vez sean diferentes, los antecedentes culturales y el idioma quizás varíen, y el color de nuestra piel podrá ser totalmente distinto, pero el poder universal y las bendiciones del Evangelio restaurado están al alcance de todos, sin importar cultura, nacionalidad, sistema político, tradición, idioma, ambiente económico o educación.

Hoy en día tenemos de nuevo apóstoles, videntes y reveladores que son los atalayas en la torre, mensajeros de la verdad sanadora y divina. Dios se dirige a nosotros por medio de ellos. Ellos son plenamente conscientes de las diversas circunstancias

en las que nosotros como miembros vivimos; ellos están en este mundo, pero no son de él.

Tenemos un profeta viviente sobre la faz de la tierra, sí, Gordon B. Hinckley. Él conoce nuestros retos y temores; él tiene las respuestas inspiradas. Hace un año, en su manera optimista y clara nos enseñó:

"No hay necesidad de temer. Podemos tener paz en nuestros corazones y paz en nuestros hogares. Cada uno de nosotros puede ser una influencia para bien en este mundo...

"Nuestra seguridad yace en el arrepentimiento. Nuestra fortaleza proviene de la obediencia a los mandamientos de Dios" ("Los tiempos en los que vivimos", *Liahona,* enero de 2002, pág. 86).

Los profetas nos hablan en el nombre del Señor y con toda sencillez. El Libro de Mormón lo ratifica de este modo: "Porque el Señor Dios ilumina el entendimiento; pues él habla a los hombres de acuerdo con el idioma de ellos, para que entiendan" (2 Nefi 31:3).

Tenemos la responsabilidad no sólo de escuchar sino de actuar de acuerdo con Su palabra, a fin de que podamos obtener las bendiciones de las ordenanzas y convenios del Evangelio restaurado. Él dijo: "Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis" (D. y C. 82:10).

Tal vez haya ocasiones en las que nos sintamos abrumados, heridos o al borde del desánimo al poner un gran esfuerzo por ser miembros perfectos de la Iglesia. Pero tengan la seguridad de que sí hay bálsamo en Galaad. Demos oídos a los profetas de nuestros días mientras nos ayudan a fijar nuestra atención en las cosas que son fundamentales en el plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos. No tenemos que hacer todo, pero todos tenemos que hacer algo. El Señor nos conoce; Él nos ama; Él desea que tengamos éxito, y nos alienta con estas palabras: "Y mirad que se hagan todas [las] cosas con prudencia y orden; porque no se exige que [los hombres o las mujeres corran] más aprisa de lo que sus fuerzas [les] permiten... [porque] conviene que [sean diligentes]" (Mosíah 4:27).

¿Somos diligentes al vivir los mandamientos de Dios, sin correr más aprisa de lo que nuestras fuerzas lo permitan? ¿O estamos simplemente caminando despreocupados? ¿Utilizamos nuestro tiempo, talentos y recursos con prudencia? ¿Nos concentramos en las cosas que son más importantes? ¿Estamos siguiendo el consejo inspirado de los profetas?

Un ejemplo es el fortalecimiento de nuestras familias. El principio de la noche de hogar para la familia nos fue dado en 1915. El presidente McKay de nuevo recordó a los padres en 1964 que "ningún otro éxito puede compensar el fracaso en el hogar" (citado en "La dignidad personal para ejercer el sacerdocio", *Liahona,* julio de 2002, pág. 60). En 1995, los profetas de nuestros días hicieron una apelación al mundo de fortalecer la familia como la unidad fundamental de la sociedad. Y hace apenas tres años, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles cariñosamente declararon: "Aconsejamos a los padres y a los hijos dar una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar para la familia, al estudio y a la instrucción del Evangelio y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada" ("Carta de la Primera Presidencia", *Liahona,* diciembre de 1999, pág. 1).

Con humildad y fe renovemos nuestra dedicación y devoción de seguir a los profetas, videntes y reveladores con toda diligencia. Demos oídos y seamos instruidos y edificados por aquellos que poseen todas las llaves del reino. Y al asistir a esta conferencia, rogamos que se realice un cambio en nuestros corazones, que haya un gran deseo de hacer lo bueno (véase Alma 19:33), y que seamos pioneros en la edificación de un fundamento espiritual que establezca la Iglesia en la región del mundo donde vivamos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

El Coro del Tabernáculo proporcionó la música para varias de las sesiones de la conferencia.

Una voz de alegría para nuestros hijos

COLEEN K. MENLOVE
Presidenta General de la Primaria

Éste es nuestro deber... nuestra oportunidad, de enseñar y testificar con diligencia a nuestros hijos en cuanto a la veracidad del Evangelio de Jesucristo.

¡Me gustan los signos de admiración!; los utilizo a menudo cuando escribo recordatorios para mí y para otras personas. Es una manera de demostrar entusiasmo y dedicación. La puntuación de uno de mis pasajes favoritos de las Escrituras lleva signos de admiración:

"Ahora, ¿qué oímos en el evangelio que hemos recibido? ¡Una voz de alegría!" En el resto del versículo y en los cuatro versículos siguientes hay otros 36 signos de admiración; dicen, en parte:

"Una voz de misericordia del cielo, y una voz de verdad que brota de la tierra... una voz de... nuevas de gran gozo...".

"¡Cuán gloriosa es la voz que oímos de los cielos, que proclama en nuestros oídos gloria, [y] salvación...!"[1], con signos de admiración.

Podemos oír una voz de alegría que brinda exclamaciones de gozo y esperanza a nuestra vida. El gozo de nuestros testimonios del Salvador puede acentuar todo aspecto de nuestra vida a medida que nos esforzamos por venir a Cristo.

¿Y nuestros hijos? ¿Oyen ellos exclamaciones de gozo y esperanza en el Evangelio? Después de una lección de la Primaria en cuanto a la Primera Visión de José Smith, se pidió a los miembros de la clase que hicieran dibujos para que los llevaran a casa y los mostraran a su familia. A los niños se les había enseñado acerca de la oscuridad que José experimentó antes de la aparición del Padre y del Hijo. Una niña de seis años escogió una crayola negra y empezó a colorear la parte inferior y uno de los bordes verticales de la hoja. Cuando la maestra le preguntó sobre el dibujo, dijo que era José Smith en la oscuridad.

La maestra le preguntó: "¿Sabías que cuando nuestro Padre Celestial y Jesús se aparecieron se fue la oscuridad? El Padre Celestial y Jesús son siempre más poderosos que Satanás, y Ellos te protegerán". La niña continuó con su dibujo; en la esquina superior trazó dos figuras; luego cambió la crayola negra por una amarilla y coloreó el resto de la página con luz.

Es esa luz, la luz del Evangelio restaurado, una "voz de alegría", que los padres pueden dar a conocer a sus hijos. El adversario es real, pero los niños pueden sentir la paz y el gozo que resultan al ejercer la fe en Jesucristo. Nuestros hijos no experimentarán esa luz a menos que les enseñemos el Evangelio.

El Señor mandó a los padres "criar a [sus] hijos en la luz y la verdad"[2]. También nos mandó enseñar a nuestros hijos "a orar y a andar rectamente delante del Señor"[3], y "a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo... del bautismo y del don del Espíritu Santo..."[4]. Nosotros les afinamos los oídos, la mente y el corazón a fin de que reconozcan "una voz de alegría" y tengan el deseo de ser dignos de obtener gozo eterno cuando les enseñamos las verdades del Evangelio.

Esto se ejemplifica en el Libro de Mormón. El padre de Enós había enseñado a éste "en disciplina y amonestación del Señor". Esa gran bendición hizo que Enós proclamara: "...bendito sea el nombre de mi Dios por ello"[5]. Luego, Enós explica: "...las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente"[6].

Una amiga relató una experiencia que tuvo cuando era niña en una rama de la Iglesia en la que ella era la única en edad de Primaria. Semana tras semana, su madre efectuaba una Primaria de hogar, el mismo día y a la misma hora; ella esperaba entusiasmada

sentarse en el sofá con su madre y aprender el Evangelio de Jesucristo y la forma de vivirlo. Las minutas que la madre anotaba con cuidado en una libreta indicaban que en las reuniones de la Primaria de hogar siempre incluían oraciones, himnos y una lección.

El gran deseo de esa madre era que su hijita obtuviera un testimonio de Jesucristo y sintiese la alegría del Evangelio. Le proporcionó a su hija lo que para ella había sido tan importante cuando era niña. Esa pequeña, en la actualidad una mujer de fe y convenios, piensa en su niñez con profunda gratitud por el entusiasmo y la dedicación que su madre tuvo para enseñarle acerca del Salvador. La constancia de esa madre llegó a ser una enorme fuente de regocijo para su hija... con signos de admiración.

Los profetas vivientes son resueltos con respecto a nuestro sagrado deber de enseñar a nuestros hijos[7]. En una carta emitida por la Primera Presidencia, se nos exhorta a "dar una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar, al estudio y a la instrucción del Evangelio y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada"[8].

Sí, la vida puede ser demasiado agitada para los padres, y lo mismo está ocurriendo a los niños. Sería fácil decir que no hay suficiente tiempo para hacer todo. Al mirar hacia atrás, a un tiempo que pasó muy rápido, me doy cuenta de que en cada día hubo momentos preciosos con muchas oportunidades de ayudar a nuestros hijos a oír la "voz de alegría" en el Evangelio. Los niños siempre aprenden de nosotros; aprenden lo que es importante por lo que hacemos, así como por lo que no hacemos. Las oraciones familiares infrecuentes, el estudio casual de las Escrituras y las noches de hogar ocasionales no serán suficientes para fortalecer a nuestros hijos. ¿Dónde aprenderán los niños el Evangelio y las normas como la castidad, la integridad y la honradez si no es en el hogar? Esos principios se pueden reforzar en la iglesia, pero los padres son los más aptos y eficaces para enseñarlos a sus hijos.

El comprender quiénes son esos niños y el potencial que tienen en el reino de Dios nos puede servir para tener un mayor deseo de hacer frente a las pruebas con más paciencia y más amor. El Señor nos ayudará a enseñar a nuestros hijos si hacemos todo lo que esté de nuestra parte. Las familias son eternas y el Salvador desea que tengamos éxito. Al procurar tener el Espíritu, podemos recibir el consuelo, la guía y la seguridad que necesitamos para cumplir las responsabilidades y recibir las bendiciones del ser padres.

Para ello contamos con la ayuda de los programas divinamente inspirados de la Iglesia y de los que han sido llamados a ministrar a nuestros hijos. Mi esposo y yo estamos agradecidos por los obispos, los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, los maestros orientadores y las maestras visitantes que fortalecieron a nuestra familia. Ya sea que tengamos hijos en casa o no, todos desempeñamos un papel importante en asistir a los padres.

Los niños son muy capaces de aprender las cosas importantes del reino. Al escucharles, podemos darnos cuenta de la forma en que están

llevando a la práctica lo que están aprendiendo del Evangelio. Un padre le explicó a su hijita de cuatro años que la familia había pasado casi todo el día limpiando la casa y que sólo había un cuarto desordenado.

Le preguntó: "¿Sabes cuál es el cuarto que no está limpio?".

"El mío", respondió rápidamente.

"¿Hay alguien que podría ayudar a limpiarlo?", le preguntó, esperando que dijera que ella lo haría.

En vez de ello, contestó: "Papito, sé que si alguien tiene miedo, está preocupado o necesita ayuda, se puede poner de rodillas y pedirle a nuestro Padre Celestial que le ayude".

Es interesante notar que al escuchar a nuestros hijos, ellos también nos enseñan. Un padre contó la experiencia que tuvo con su hija de ocho años: "Mientras meditaba en la preparación del discurso que tenía para la reunión sacramental sobre el tema 'Volveos como niños', le pregunté a mi hija por qué era necesario volvernos como niños. Ella respondió: 'Porque todos somos niños, comparados a Jesús, y porque los niños tienen mucha imaginación' ".

Sorprendido por la última parte de su respuesta, le preguntó por qué es necesario tener mucha imaginación, a lo que ella contestó: "Para pensar en Jesús en el jardín de Getsemaní y en la cruz, y para pensar en Él al tomar la Santa Cena".

Como en todas las cosas, el Salvador nos dio el ejemplo de la forma en que debemos amar y enseñar a nuestros hijos. Cuando se apareció a los nefitas en este hemisferio, en las Escrituras dice que cuando hubo hablado a la gente, "lloró... y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos"[9].

Al hablar de esa ocasión, el presidente Gordon B. Hinckley dijo: "No hay cuadro más tierno ni más hermoso en todas las Santas Escrituras que el que representan esas sencillas palabras que describen el amor del Salvador por los niños pequeños"[10].

La clave para lograr la eficaz enseñanza del Evangelio en el hogar es suplicar que el Espíritu del Señor nos acompañe. Uno de los mejores consejos que mi esposo y yo recibimos durante momentos difíciles en la crianza de los hijos, fue que hiciésemos todo lo posible por tener el Espíritu y conservarlo en nuestro hogar. Los niños no pueden aprender las cosas espirituales ni tener sentimientos espirituales sin la guía del Espíritu.

Como padres, podemos compartir a menudo con nuestros hijos nuestro testimonio de Jesucristo. El dar testimonio, ya sea durante una noche de hogar o en un momento propicio para la enseñanza, invitará el Espíritu. El presidente Boyd K. Packer nos exhorta: "Enseñen a nuestros jóvenes a expresar su testimonio, a testificar que Jesús es el Cristo, que José Smith es un profeta de Dios, que el Libro de Mormón es verdadero..."[11].

El presidente Hinckley nos asegura: "De todas las alegrías de la vida, ninguna se compara a la de ser padres felices. De todas las responsabilidades que debemos cumplir, ninguna otra es tan seria. Criar a los hijos en un entorno de amor, de seguridad y de fe es el más grato y el más valioso de los deberes"[12].

Sé —entre signos de admiración— que los niños pueden recibir un testimonio por el Espíritu que lleva convicción y devoción a nuestros corazones. Doy testimonio de que éste es nuestro deber, que es nuestra oportunidad, de enseñar y testificar con diligencia a nuestros hijos en cuanto a la veracidad del Evangelio de Jesucristo, a fin de que ellos también oigan la "voz de alegría", en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 128:19, 23; véanse también los versículos 20–22.
2. D. y C. 93:40.
3. D. y C. 68:28.
4. D. y C. 68:25.
5. Enós 1:1.
6. Enós 1:3.
7. Véase La Familia: "Una proclamación para el mundo", *Liahona*, octubre de 1998, pág. 24.
8. Véase "El fortalecimiento de las familias: nuestro deber sagrado", *Liahona,* julio de 1999, pág. 38.
9. 3 Nefi 17:21.
10. Véase "Salvemos a los niños", *Liahona,* enero de 1995, pág. 67.
11. Véase "Dediquen tiempo a sus hijos", *Liahona,* enero de 1994, pág. 34.
12. Véase "Salvemos a los niños", *Liahona,* enero de 1995, pág. 67.

Rodeados por "los brazos de [Su] amor"

ÉLDER NEAL A. MAXWELL
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Todavía ocurrirán hechos desconcertantes, pero, como Nefi, ¡todavía podemos saber que Dios nos ama, lo que representa un conocimiento feliz y fundamental que nos sostendrá a través de todo!

En la turbulencia de las crisis y el siniestro remolino de los acontecimientos mundiales, los verdaderos discípulos mantendrán la fe en un Dios revelador y amoroso, y en Su plan para redimir a Sus hijos, ¡que es el *porqué* de *todo* lo que Él hace! (véase Moisés 1:39). Más aún, el carácter de Dios, como se nos ha revelado, nos indica que Él tiene la capacidad cósmica para garantizar que Él en realidad "puede" ejecutar Su obra grandiosa (véase 2 Nefi 27:20–21; *Joseph Smith Translation*, Isaías 29:22–23).

Los verdaderos discípulos también mantendrán viva la fe en Su Hijo expiatorio, Jesucristo; y, por haberse "convertido al Señor" (3 Nefi 1:22), pasarán a través de un feliz y "potente cambio" (véase Mosíah 5:2; Alma 5:12–14).

En realidad, mis hermanos y hermanas, de todos modos, Jesús ya ha salido victorioso en la batalla más grande: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, *yo he vencido al mundo*" (Juan 16:33; cursiva agregada). La Expiación que llevó a cabo trajo la resurrección universal a billones y billones de personas, sacando finalmente a todos del sepulcro: ¡no importa cómo ni cuándo hayamos llegado allí! Por lo tanto, en una noche despejada, a pesar de que vemos estrellas de inconcebible perennidad, ellas no son inmortales. ¡Pero felizmente nosotros sí lo somos!

Del mismo modo, los "verdaderos creyentes" (4 Nefi 1:36) mantendrán viva la fe en la Restauración de los últimos días con sus visitaciones que confieren poder, sus profetas y apóstoles, y sus Escrituras "claras y preciosas" (1 Nefi 13:29). Ciertamente, los primeros principios del Evangelio se adecuan a los últimos días.

Paradójicamente, al salir "de la oscuridad" la Iglesia restaurada, lo que parecen duros desafíos pondrán de manifiesto aun más la naturaleza distintiva de la Iglesia (D. y C. 1:30). Sin embargo, el hacer concordar más nuestra conducta con nuestras creencias nos traerá inexorables recordatorios de los constantes deberes del discipulado.

El Evangelio restaurado es vivo, amplio y profundo: excede a nuestra comprensión. Nos edifica, ya se trate del divino diseño del universo o de destacar la importancia de la castidad y la fidelidad personales. ¡Solamente los discípulos humildes pueden encarar sin riesgo una teología tan heroica!

Con las Escrituras para darnos firmeza y seguridad, nosotros también podemos "Confia[r] en Dios... y él *[n]os consolará* en [n]uestras aflicciones" (Jacob 3:1; cursiva agregada).

Nosotros también seremos: "*sostenido[s] en tribulaciones y dificultades de todas clases*... sí, *Dios... todavía [nos] librará*" (véase Alma 36:3, 27; cursiva agregada).

Porque el Señor ha dicho: "...estaré en medio de vosotros" (D. y C. 49:27). "...yo os guiaré" (D. y C. 78:18).

Más aún, Dios nos da una seguridad inapreciable y personal por medio del Espíritu Santo (véase Juan 14:26; D. y C. 36:2). Ya sea en tiempos tranquilos o turbulentos, nuestra mejor fuente de consuelo es el Consolador.

Enoc lloró por la iniquidad de su época, y, al principio, rehusó ser consolado (véase Moisés 7:4, 44). Pero recibió revelaciones, en las que se le mostró sucesivamente a Jesús como Redentor del mundo, la Restauración de los últimos días y la Segunda Venida. Y se le dijo: "Anímese tu corazón, regocíjate" (Moisés 7:44). Las doctrinas y las revelaciones pueden

La estatua El Christus, en el Centro de Visitantes Norte de la Manzana del Templo, atrae visitantes de todas las edades.

del mismo modo animarnos a nosotros, aun en medio de "guerras y rumores de guerra" (Mateo 24:6; Marcos 13:7; véase también 1 Nefi 12:2; Mormón 8:30; D. y C. 45:26). Debido a eso, no debemos sentir fatigada la mente (véase Hebreos 12:3; D. y C. 84:80).

Nuestra condición de discípulos no tiene por qué secarse por el desaliento o el calor del día, ni los desalentadores síntomas sociales deben "apesadumbrar[nos]" (Moroni 9:25), ni siquiera las confrontaciones mundanas cara a cara (véase Alma 32:38).

Podemos intentar evitar algunas cosas del escenario terrenal; pero Jesús no intentó evitar el Getsemaní ni el Calvario. En lugar de ello, "acab[ó Sus] preparativos para con los hijos de los hombres" (D. y C. 19:19).

Con respecto a las pruebas, las que incluyen nuestra fe y la paciencia, no hay excepciones, sólo variaciones (véase Mosíah 23:21). Esos ejercicios están designados a aumentar nuestra facultad para la felicidad y el servicio. Aun así, el fiel tampoco estará completamente inmune contra los acontecimientos de este planeta. De ahí que la valiente actitud de Sadrac, Mesac y Abed–nego, cuando estaban en peligro, sea digna de emulación. Ellos sabían que Dios podía rescatarlos. "Y si no", afirmaron, servirían a Dios de todas maneras (véase Daniel 3:16–18). De manera similar, el guardar el primero y el séptimo mandamiento, pasados de moda pero imperativos, puede reflejar el valor que demostraron en la antigüedad tres jovencitas; ellas dijeron "no" con su vida (véase Abraham 1:11).

Por lo tanto, podemos estar atribulados en todo, pero en realidad nada puede separarnos del amor de Cristo (véase 2 Corintios 4:8; Romanos 8:35–39); las ansiedades del mundo no son parte del estar "anhelosamente consagrados" (D. y C. 58:27). Aún así, como Pedro nos exhortó, podemos y debemos echar toda nuestra ansiedad sobre el Señor, porque ciertamente Él nos cuida (véase 1 Pedro 5:7). ¡Ah, mis hermanos y hermanas, qué emancipación anhelada nos brinda esa confiada entrega!

En cuanto a remediar nuestros errores, en el camino del arrepentimiento no nos enfrentamos con embotellamientos de tráfico. Es una autopista de peaje, no una carretera gratuita y el aplicar la expiación de Cristo nos hará ir más rápido por ese camino.

Quizás necesitemos de algunos Jetros que nos hablen francamente para motivarnos (véase Éxodo 18:14–24), o de momentos de súbita comprensión, como sucedió a los primeros Apóstoles, que llegaron a esta conclusión: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan 6:68).

Además, a menos que estemos llenos de resolución, ¿qué les diríamos a los héroes y a las heroínas de la bóveda Martin y del río Sweetwater? ¿Les diríamos: "Los admiramos, pero vacilamos en atravesar nuestros propios ríos de helada adversidad"?

Hermanos y hermanas, por asignación divina, "éstos [son nuestros] días" (Helamán 7:9), puesto que "todas las cosas tienen que acontecer en su hora" (D. y C. 64:32). Por otra parte, aun cuando vivimos en un mundo que fracasa, no se nos envió aquí para fracasar.

¿Recuerdan la nueva estrella que anunció el nacimiento en Belén? Estaba en la órbita precisa mucho antes de brillar allí. Asimismo, a nosotros se nos ha colocado en órbitas humanas para iluminar. La correlación divina no funciona sólo en el cosmos, sino también en este planeta. Después de todo, las planchas del Libro de Mormón no se enterraron en Bélgica ni se hizo que José Smith naciera siglos después en la distante Bombay.

El levantar aquella constelación de "sensatos" padres de la patria a fin de crear la extraordinaria Constitución de los Estados Unidos, cuyos derechos y protección son pertinentes a "todo hombre" no fue tampoco un acto efectuado al azar (véase D. y C. 101:77–78, 80). Un historiador calificó a los padres de esta patria como "la generación más destacada de hombres conocidos en la historia de Estados Unidos y, posiblemente, de cualquier otra nación" (Arthur M. Schlesinger, *The Birth of the Nation*, 1968, pág. 245). Otro historiador agregó: "Sería invalorable poder saber qué produjo esa explosión de talento en una población de sólo dos millones y medio de habitantes" (Barbara W. Tuchman, *The March of Folly: From Troy to Vietnam*, 1984, pág.18).

No obstante, algunos se conforman con un dios incapaz e inconstante. Lamán y Lemuel, por ejemplo, sabían

del milagroso rescate del antiguo Israel de los ejércitos poderosos de Faraón, pero aun así murmuraron y se amedrentaron por un simple Labán local. Nosotros podemos estar igualmente limitados y preocupados por nuestra persona solamente. Dios, que vigila el entretejido de galaxias, estrellas y mundos, nos pide que confesemos Su mano también en nuestra propia vida (véase D. y C. 59:21). ¿No se ha reafirmado que no cae ni un pajarillo sin que [nuestro Padre] lo sepa, y que los cabellos de [nuestra cabeza] están contados? (véase Mateo 10:29–30; D. y C. 84:80). ¡Dios tiene en cuenta todo detalle! Así como Él conoce todas Sus vastas creaciones, Él también conoce y ama a cada uno en cualquier multitud, en realidad, ¡a cada uno y a toda la humanidad! (véase 1 Nefi 11:17).

Reflexionen en Su afectuoso saludo a Moisés: "Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos" (Éxodo 33:12), y en lo que dijo a José Smith: "Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!" (José Smith—Historia 1:17.)

No es de extrañar que el rey Benjamín nos suplique que creamos que no comprendemos "todas las cosas que el Señor puede comprender" (véase Mosíah 4:9). El pasar por alto las revelaciones referentes a la asombrosa capacidad de Dios es como contentarnos con jugar sin objeto con cubos de madera que tengan las letras del alfabeto sin darnos cuenta de que los sonetos de Shakespeare se crearon con ese mismo alfabeto.

Nuestro padre Abraham "no dudó" de la divina promesa de la posteridad, porque estaba "plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido" (Romanos 4:20–21). Que estemos nosotros "plenamente convencidos".

Estas palabras de Anselmo contienen un buen consejo: "Creed a fin de comprender", en lugar de "comprended a fin de creer" (*St. Anselm*,

trad. por Sidney Norton Deane, 1903, pág. 7).

Hermanos y hermanas, aunque vivimos en una época de conmoción, podemos permanecer en lugares santos y no ser movidos (véase D. y C. 45:32; 87:8). Aun cuando vivamos en tiempos de violencia, podemos gozar de esa paz interior que sobrepasa todo entendimiento (véase Filipenses 4:7). Todavía ocurrirán hechos desconcertantes, pero, como Nefi, ¡todavía podemos saber que Dios nos ama, lo que representa un conocimiento feliz y fundamental que nos sostendrá a través de todo! (véase 1 Nefi 11:17).

¿Cómo podemos saber que Dios nos conoce y nos ama? Él nos lo dice en las Escrituras, y, del mismo modo, podemos saberlo si contamos concienzudamente nuestras bendiciones y las veces en que nos concede Su gracia. Pero, más que nada, Él nos lo dice por medio de la voz apacible y delicada del Espíritu (véase Alma 34:38; D. y C. 78:17–19).

El "potente cambio" que exige el discipulado puede parecerse a una montaña rusa, como revelaciones elevadas que traen la circunspección de una perspectiva humilde. Eso sucedió a Moisés, cuando "cayó a tierra" y exclamó: "...el hombre no es nada, cosa que yo nunca me había imaginado" (Moisés 1:9–10). A continuación, recibió la declaración tranquilizadora y divina: "Porque... ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39).

El cambio "potente", sin embargo, constituye una potente y ardua labor, que se hace más difícil por el prestar atención a los impulsos mezquinos del hombre natural; muchas son las veces en que nuestras posibilidades han quedado ahogadas por lo mundano. Sabemos que no estamos muy preparados para las edificadoras revelaciones. Imagínense, ¡la porción espiritual de cada uno de nosotros es, en realidad, eterna y estábamos "en el principio con Dios"! (véase D. y C. 93:29, 33).

Por supuesto, no podemos comprender completamente todo eso *ahora mismo*; no podemos saber el significado de todas las cosas *ahora mismo*. ¡Pero *ahora mismo* sí podemos saber que Dios nos conoce y nos ama individualmente!

Pero, hermanos y hermanas, ¿qué nos impide conocerlo mejor y amarlo más? Nuestra indecisión para abandonar todos nuestros pecados, pensando que, en cambio, podemos abandonar unos cuantos. De igual manera, nuestra indecisión para dejar que nuestra voluntad sea absorbida en la de Él, pensando que, en cambio, el solo hecho de reconocer Su voluntad es suficiente (véase Mosíah 15:7).

El profeta José Smith afirmó que Dios: "Antes que ésta [la tierra] alcanzara existencia... contempló todos los acontecimientos relacionados con la tierra... [Dios] sabía... de la grande maldad en que se hundiría la familia humana, sus debilidades y su fuerza... la situación de las naciones y su destino... y ha proveído todo lo necesario para [la] redención [de la humanidad]" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 267).

Parte de lo que Dios "ha proveído" consta de personas imperfectas, como ustedes y como yo, comprometidas a brillar y a prestar servicio en la órbita que se les haya asignado, sabiendo todo el tiempo que estamos rodeados "por los brazos de [Su] amor" (D. y C. 6:20).

En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

¿Cómo me beneficia a mí?

PRESIDENTE JAMES E. FAUST
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Tomar uno su propia cruz y seguir al Salvador equivale a vencer el egoísmo; es un compromiso de servir a los demás.

Ruego humildemente que el mismo espíritu que ha acompañado esta mañana a los demás oradores prosiga mientras me dirijo a ustedes.

Hace muchos años, yo mantenía una relación profesional con dos hombres mayores y de más experiencia. Hacía mucho que éramos amigos y encontrábamos de gran utilidad el ayudarnos mutuamente. Cierto día, uno de mis colegas buscó nuestra ayuda en un asunto complicado. Apenas se nos explicó el asunto, lo primero que dijo el otro socio fue: "¿Cómo me beneficia a mí?". Cuando ese viejo amigo reaccionó de manera tan egoísta, pude ver una mirada de dolor y decepción en el rostro del que había solicitado nuestra ayuda. Después de aquello la relación entre los dos jamás volvió a ser la misma. Nuestro interesado amigo no prosperó porque su egoísmo pronto eclipsó sus considerables dones, talentos y cualidades. Lamentablemente, una de las maldiciones del mundo actual se encuentra en esta reacción egoísta: "¿Cómo me beneficia a mí?".

Durante mi carrera profesional ayudé a los herederos de una virtuosa pareja a repartir su patrimonio, el cual no era grande, pero incluía el fruto de muchos años de trabajo arduo y sacrificios. Sus hijos eran todos personas decentes, temerosas de Dios a las que se les había enseñado a vivir los principios de salvación impartidos por el Salvador. Mas cuando se tuvo que dividir el patrimonio, surgió una disputa sobre quién debería llevar qué parte. Aun cuando no había nada de gran valor sobre lo que tuviesen que disputar, los sentimientos de egoísmo y codicia abrieron una división entre algunos miembros de la familia que nunca curó y continuó en la generación siguiente. Qué trágico que el legado ofrecido por aquellos padres maravillosos resultara tan destructor para la unidad familiar y el amor de los hijos. De esto aprendí que el egoísmo y la codicia generan amargura y contención; por otro lado, el sacrificio y el ser generosos son fuente de paz y alegría.

En el gran concilio de los cielos, durante la presentación del gran plan de salvación para los hijos de Dios, Jesús respondió: "Heme aquí; envíame"[1], y "Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre"[2]. Fue así como se convirtió en nuestro Salvador. En contraposición, Satanás, a quien se había tenido en alta estima como "un hijo de la mañana"[3], respondió que él descendería y "[redimiría] a todo el género humano, de modo que no se [perdería] ni una sola alma"[4]. Satanás tenía dos condiciones: la primera era denegar el albedrío, y la segunda era que él recibiría toda la honra. En otras palabras, él tenía que beneficiarse de alguna manera; y así se convirtió en el padre de las mentiras y la fuente del egoísmo.

Tomar uno su propia cruz y seguir al Salvador equivale a vencer el egoísmo; es un compromiso de servir a los demás. El egoísmo es una de las características humanas más innobles que debemos subyugar y vencer. Torturamos nuestra alma cuando nos concentramos en recibir más que en dar. A menudo, la primera palabra que muchos niños pequeños aprenden es *mío*. A ellos se les debe enseñar el gozo que es el compartir. Ciertamente, el ser padres es uno de los mejores tutores para ayudarnos a vencer el egoísmo. Las madres descienden al valle de sombra de muerte para alumbrar a sus hijos. Los padres trabajan fuerte y renuncian a mucho para resguardar, alimentar, vestir, proteger y educar a sus hijos.

He aprendido que el egoísmo tiene más que ver con la manera que nos sentimos respecto a nuestras posesiones que con cuántas cosas tenemos. El poeta Wordsworth dijo: "Estamos demasiado inmersos en el mundo; todo el tiempo, / Adquiriendo y gastando desperdiciamos nuestro poder"[5]. Un hombre pobre puede ser egoísta, y un hombre rico ser generoso[6], pero toda persona obsesionada con recibir encontrará

grandes dificultades para tener paz en esta vida.

El élder William R. Bradford dijo una vez: "De todas las influencias que hacen que los hombres escojan lo malo, el egoísmo es, sin duda alguna, la más fuerte. Allí donde hay egoísmo, el Espíritu del Señor está ausente. Los talentos no se comparten, las necesidades de los pobres quedan sin atender, los débiles no son fortalecidos, no se instruye a los ignorantes y no se recupera a los que se han perdido"[7].

Recientemente me dirigí a una de las personas más generosas que he conocido, y le pedí que describiera los sentimientos de satisfacción, fruto de su generosidad. Él habló sobre los sentimientos de dicha y felicidad que anidan en el corazón cuando se comparte con aquellos que son menos afortunados. Dijo que en realidad nada es suyo, que todo procede del Señor, que no somos sino guardianes de lo que Él nos ha dado. Tal como dijo el Señor al profeta José Smith: "Todas estas cosas son mías, y vosotros sois mis mayordomos"[8].

A veces nos resulta fácil olvidar que "de Jehová es la tierra y su plenitud"[9]. El Señor nos advirtió, tal como se registra en el libro de Lucas: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

"También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho.

"Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?

"Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes;

"y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate.

"Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?

"Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios"[10].

Hace unos años, el élder ElRay L. Christiansen me habló de uno de sus parientes lejanos de Escandinavia que se unió a la Iglesia. Como era una persona próspera, vendió sus tierras y ganado en Dinamarca para venir a Utah con su familia. Por algún tiempo las cosas le fueron bien en lo referente a la Iglesia y sus actividades, y prosperó económicamente. Sin embargo, sus posesiones lo envolvieron de manera tal, que se olvidó de la razón por la que había venido a los Estados Unidos. Su obispo le visitó y le suplicó que volviera a ser tan activo como antes. Pasaron los años y algunos de sus hermanos lo visitaron y dijeron: "Lars, el Señor fue bueno contigo cuando estabas en Dinamarca. Ha sido bueno contigo desde que llegaste aquí... Creemos que, dado que te estás haciendo mayor, te haría bien dedicar parte de tu tiempo a los intereses de la Iglesia. Después de todo, no podrás llevarte estas cosas contigo cuando te vayas".

Molesto por ese comentario, el hombre respondió: "Bueno, entonces no me iré"[11]. ¡Pero vaya si lo hizo! ¡Todos lo haremos!

Para algunos es fácil obsesionarse con lo que tienen y perder la perspectiva eterna. Cuando Abraham partió para Egipto, su sobrino Lot le acompañó a Betel. Tanto Lot como Abraham tenían rebaños, manadas y tiendas, "y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar"[12]. Tras algunas disputas entre los pastores de Abraham y los de Lot, Abraham le propuso a Lot: "No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos.

"...Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda"[13].

Lot vio "la forma de beneficiarse" al observar la fructífera llanura del Jordán y escogió quedarse con aquella tierra cercana al mundano lugar de Sodoma[14]. Abraham estaba feliz por poder llevar sus rebaños a vivir en la tierra más árida de Canaán, y a pesar de ello acumuló mucha más riqueza allí.

Sin embargo, hacemos memoria de Abraham principalmente por ser el gran patriarca del pueblo del convenio del Señor. Una de las primeras referencias que tenemos del pago del diezmo se produce cuando Abraham entregó a Melquisedec el diezmo de todo cuanto poseía[15]. Abraham gozaba de la confianza del Señor, pues Dios le mostró las inteligencias del mundo preterrenal, la elección de un Redentor y la Creación[16]. Se conoce también a Abraham por su disposición para sacrificar a su hijo, Isaac. Este formidable acto de fe es un símbolo del acto supremo de desinterés de toda la historia del mundo: cuando el Salvador dio Su vida por todos nosotros para expiar nuestros pecados.

Hace algunos años, "un muchacho coreano guardó su asignación de dinero semanal y compró periódicos. Luego, él y sus amigos los vendieron en las calles de Seúl, Corea, para juntar dinero y ayudar a uno de sus compañeros de la escuela que no tenía dinero suficiente para seguir estudiando. Ese jovencito también compartía su merienda con aquel compañero para que no pasara hambre en la escuela. ¿Por qué lo hacía? Porque había estado estudiando el relato del buen samaritano[17] y no sólo deseaba aprender sobre él, sino que anhelaba saber cómo se sentía uno al actuar como ese personaje de la parábola... Sólo después de que su padre le interrogara minuciosamente sobre sus actividades"[18] admitió: "Pero, papá, cada vez que ayudo a mi amigo siento que me parezco más al buen samaritano. Además, deseo ayudar a mis compañeros de colegio que no son tan afortunados como yo. Lo que hago no tiene tanta importancia. Leí sobre ello en el manual de

La Presidencia de los Setenta (al frente) y algunos de los miembros de su quórum.

seminario y sentí que era lo que debía hacer"[19]. El muchacho no se preguntó "¿Cómo me beneficia a mí?" antes de realizar sus actos amables. De hecho, lo hizo sin pensar en recompensa ni reconocimiento algunos.

El 11 de septiembre de 2001 las Torres Gemelas del World Trade Center de la ciudad de Nueva York sufrieron el impacto de dos aviones gobernados por terroristas que causaron el desplome de ambos edificios y la muerte de miles de personas. Pero de esa tragedia han surgido centenares de relatos de actos de valentía y desinterés. Un relato sumamente conmovedor y heroico es la historia del coronel jubilado Cyril "Rick" Rescorla, que trabajaba como vicepresidente de seguridad de la corporación Morgan Stanley Dean Witter, relato que aparece en el periódico The Washington Post.

Rick era un militar con experiencia como líder de combate y se hallaba en su oficina cuando "el primer avión chocó contra la torre norte a las 8.48 de la mañana... Recibió una llamada telefónica procedente del piso 71 informándole sobre la bola de fuego del Edificio 1 del World Trade Center, e inmediatamente ordenó la evacuación de todos los 2.700 empleados del Edificio 2", y de 1.000 más del Edificio 5. Con la ayuda de un megáfono subió piso tras piso logrando pasar por un embotellamiento en el piso 44, y subió hasta el 72, para ayudar en la evacuación de todas las personas de cada planta. Un amigo, que vio a Rick animando a las personas en el hueco de la escalera del piso 10, le dijo: "Rick, tú también tienes que salir".

" 'Tan pronto como me asegure de que todos hayan salido' ", fue su respuesta.

"No estaba nada asustado. Estaba anteponiendo su vida a la de sus colegas". Llamó a las oficinas centrales para decir que volvía a subir en busca de rezagados.

Su esposa vio estrellarse el avión de United Airlines contra la torre donde estaba su marido. "Pasados unos minutos, sonó el teléfono. Era Rick.

" 'No quiero que llores', dijo. 'Ahora tengo que evacuar a mi gente' ".

"Ella siguió llorando.

" 'Si algo me sucediera, quiero que sepas que has dado sentido a mi vida'.

"La conexión se cortó". Rick no logró salir.

"El 11 de septiembre Morgan Stanley sólo perdió a 6 de sus 2.700 empleados de la Torre Sur, un milagro aislado entre tanta mortandad. Los directivos de la compañía dicen que todo el mérito es de Rescorla, ya que fue él quien diseñó el plan de evacuación; fue él quien hizo que la gente se apresurara, y luego regresó al infierno en busca de personas rezagadas. Él fue la última persona que salió de la Torre Sur tras el atentado con coche bomba contra el World Trade Center en 1993, y nadie parece dudar que podría haber vuelto a ser el último si el rascacielos no se hubiera desplomado sobre él".

En medio de la gran atrocidad y de la matanza del 11 de septiembre de 2001, Rick no estaba buscando beneficiarse, sino que pensaba desinteresadamente en los demás y en el peligro que estaban corriendo. Rick Rescorla era el "hombre adecuado en el lugar adecuado y en el momento adecuado". Rick, "un gigante de 62 años, sacrificó su vida por los demás"[20]. Tal y como dijo el Salvador: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos"[21].

La mayoría de nosotros no demuestra su generosidad de forma tan dramática, ya que para cada uno de nosotros la generosidad puede equivaler a ser la persona adecuada en el lugar adecuado y en el momento adecuado para prestar servicio. Casi cada día trae consigo oportunidades de efectuar actos desinteresados en favor de otras personas. Esos actos son ilimitados y pueden ser tan sencillos

como una palabra amable, una mano amiga o una sonrisa cortés.

El Salvador nos recuerda: "El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará"[22]. Una de las paradojas de la vida es que una persona que lo aborda todo con una actitud egoísta puede lograr dinero, propiedades y tierras, pero al final perderá la satisfacción y la felicidad de las que disfruta el que goza compartiendo sus talentos y dones generosamente con los demás.

Deseo testificar que el mayor servicio que puede brindar cualquiera de nosotros es estar al servicio del Maestro. De todas las actividades de mi vida ninguna ha sido más recompensante ni benéfica que el aceptar los llamamientos de servir en esta Iglesia. Cada uno ha sido diferente y ha traído consigo una bendición distinta. La mayor satisfacción de la vida se recibe al prestar servicio a los demás y no obsesionarse con: "¿y cómo me beneficia a mí?". De esto testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Abraham 3:27.
2. Moisés 4:2.
3. D. y C. 76:26.
4. Moisés 4:1.
5. William Wordsworth, "The World Is Too Much with Us; Late and Soon", *The Complete Poetical Works of William Wordsworth,* 1923, pág. 353.
6. Véase D. y C. 56:17.
7. William R. Bradford, "Selfishness vs. Selflessness", *Ensign*, abril de 1983, pág. 51.
8. D. y C. 104:86.
9. Salmos 24:1.
10. Lucas 12:15–21.
11. *Conference Report*, octubre de 1973, pág. 35; o *Ensign*, enero de 1974, pág. 35.
12. Génesis 13:6.
13. Génesis 13:8–9.
14. Véase Génesis 13:10–11.
15. Véase Alma 13:15.
16. Véase Abraham 3–4.
17. Véase Lucas 10:25–37.
18. Victor L. Brown, "El estandarte del Señor", *Liahona*, enero de 1985, pág. 32.
19. "Profiting for Others", *Tambuli,* febrero de 1980, pág. 29.
20. Michael Grunwald, "A Tower of Courage", *Washington Post*, 28 de octubre de 2001.
21. Juan 15:13.
22. Mateo 10:39.

El sostenimiento de oficiales de la Iglesia

PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Hermanos y hermanas, el presidente Hinckley me ha pedido que presente a las Autoridades Generales, a los Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares de la Iglesia para su voto de sostenimiento.

Se propone que sostengamos a Gordon Bitner Hinckley como Profeta, Vidente y Revelador, y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Thomas Spencer Monson como Primer Consejero de la Primera Presidencia y a James Esdras Faust como Segundo Consejero de la Primera Presidencia. Los que estén a favor sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, a Boyd Kenneth Packer como Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes hermanos como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland y Henry B. Eyring. Los que estén a favor sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a los Consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como Profetas, Videntes y Reveladores. Los que estén a favor sírvanse manifestarlo. Los contrarios, si hubiese alguno, con la misma señal.

Se propone que relevemos al élder Ben B. Banks como miembro de la Presidencia de los Quórumes de los Setenta y como miembro del Primer Quórum de los Setenta y se le nombre Autoridad General Emérita. Los que deseen unirse a nosotros para hacerlo, sírvanse manifestarlo. Gracias.

Agradecidos por su servicio como miembros del Segundo Quórum de los Setenta, relevamos honorablemente a los élderes Richard D. Allred, Athos M. Amorim, L. Edward Brown,

Earl M. Monson y Jerald L. Taylor así como a los siguientes Setenta Autoridades de Área: Paulo C. Amorim, Carl W. Bacon, Bruce B. Bingham, O. Brent Black, Antonio Cappi, Victor D. Cave, Craig C. Christensen, James M. Dunn, David W. Ferrel, Daryl H. Garn, D. Rex Gerratt, Mario E. Guzmán, Spencer V. Jones, Hitoshi Kashikura, Chong-Youl Kim, Richard K. Klein, John Maxwell, Wolfgang H. Paul, Keith L. Smith, Juan Uceda, Claudio D. Zivic. Los que deseen sumarse a este voto de agradecimiento, sírvanse manifestarlo levantando la mano. Todos ellos han servido muy bien.

Se propone que relevemos con un voto de agradecimiento al élder Richard J. Maynes como Segundo Consejero de la Presidencia General de la Escuela Dominical. Los que estén a favor sírvanse levantar la mano.

Se propone que sostengamos al élder Dieter F. Uchtdorf como miembro de la Presidencia de los Quórumes de los Setenta. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, pueden manifestarlo con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los élderes Craig C. Christensen, James M. Dunn, Daryl H. Garn, D. Rex Gerratt y Spencer V. Jones como miembros nuevos del Segundo Quórum de los Setenta. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Opuestos, por la misma señal.

Se propone que sostengamos al élder Val R. Christensen como Segundo Consejero de la Presidencia General de la Escuela Dominical. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Opuestos, por la misma señal.

Se propone que relevemos con un voto de agradecimiento y sincero aprecio a las hermanas Margaret D. Nadauld, Carol B. Thomas y Sharon G. Larsen de la presidencia general de las Mujeres Jóvenes. También relevamos a todas las integrantes de la mesa general de las Mujeres Jóvenes. Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a la hermana Susan Winder Tanner como la nueva presidenta general de las Mujeres Jóvenes, con la hermana Julie Bangerter Beck como primera consejera y la hermana Elaine Schwartz Dalton como segunda consejera. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Opuestos, por la misma señal.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares como están constituidas en la actualidad. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Si hay alguien que se oponga, puede manifestarlo.

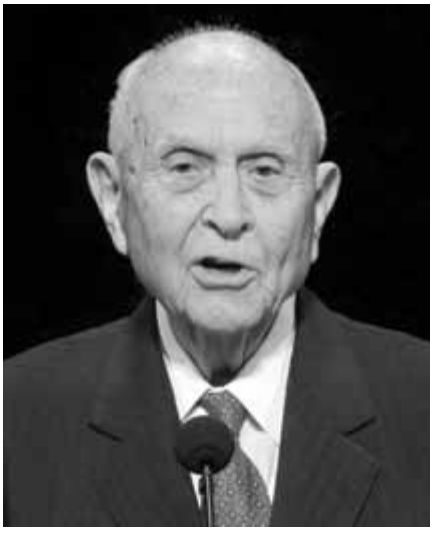
Presidente Hinckley, parece que el sostenimiento ha sido unánime y afirmativo.

Gracias, hermanos y hermanas, por su fe y por sus oraciones. Gracias a aquellos que han sido relevados de su generoso servicio y dedicación a su Padre Celestial, y bienvenidos aquellos que acaban de ser llamados. Pediremos ahora a los miembros recién llamados del Segundo Quórum de los Setenta y a la presidencia general de las Mujeres Jóvenes que pasen a ocupar sus lugares en el estrado. Gracias. ■

“¿No son diez los que fueron limpiados?”

ÉLDER DAVID B. HAIGHT
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Si vamos a demostrar gratitud a nuestro Padre Celestial en forma apropiada, debemos hacerlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza.



Cuando el presidente Thomas S. Monson pidió a los nuevos miembros de los Setenta y a la presidencia general de las Mujeres Jóvenes que subieran a tomar sus lugares en el estrado, recordé vívidamente el día en que, en abril de 1970, me llamaron para ser Ayudante del Quórum de los Doce, lo cual fue una sorpresa para mí. Hacía pocas horas que lo sabía. Cuando me invitaron a tomar asiento en uno de los sillones rojos del viejo Tabernáculo, el coro empezó a cantar “Oh, divino Redentor”. Al escuchar el suplicante canto con su maravillosa melodía, en silencio pedí al Salvador que me aceptara y no recordara mis fracasos, mis faltas ni mis pecados (véase Salmos 25:7). ¡Qué magnífico día fue aquél! Todo eso me pasó por la memoria cuando el presidente Monson extendió su invitación hoy.

Es para mí un honor estar aquí esta tarde para pasar unos momentos con todos ustedes y expresarles mi testimonio y mis sentimientos acerca de esta obra maravillosa.

Le dije al élder Neal A. Maxwell que llegaría hasta aquí sin el bastón; me lo ofreció, pero le dije: “No, me las arreglo sin él. Te demostraré que tengo la fe para que sea así”. Al envejecer y con el correr de los años, me siento honrado de tener esta oportunidad, y de tener la capacidad y el deseo de presentarme y testificarles de las bendiciones del Evangelio que he recibido durante estos muchos años pasados. No sé si seré el más viejo que hay en esta gran sala hoy; me encuentro en mi nonagésimo séptimo año de vida. Cuando se anunció esta mañana que ésta es la conferencia general semestral número 172 de la Iglesia, se me ocurrió que algunas personas jóvenes pensarán que ciento setenta y dos años es un tiempo muy, muy largo. Les hablaré del centenario de la organización de la Iglesia; ese año nos casamos Ruby y yo. Era 1930. Así que éste es el aniversario 172 de la Iglesia y hemos estado casados setenta y dos años. Lo menciono para que los matemáticos entre ustedes recuerden el número ciento setenta y dos. Se llega a él fácilmente.

En este momento deseo rendir tributo y expresar gratitud a mi Padre Celestial por las bendiciones que he recibido durante toda mi vida, por haber nacido de buenos padres y haberme criado en un buen hogar. Y, por haberme relacionado con buena gente en todas las actividades en las que he participado al viajar por todo el país. Las buenas personas influyen en nosotros, ayudan a moldear nuestra personalidad y carácter, y contribuyen a que formemos parte de la sociedad y vivamos en la forma en que debemos vivir; nos ayudan a llevar a cabo empresas dignas y nos levantan a un plano más elevado. Estoy sumamente agradecido a mi Padre Celestial por las bendiciones que he tenido. Doy testimonio de Él, de que sé que es nuestro Padre y que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el Creador y el Salvador de toda la humanidad. Estoy agradecido por la misión majestuosa que Él tuvo en la Creación y en el establecimiento del Evangelio en la tierra, y por la oportunidad que ofrece a los seres humanos, si lo escuchan, de aprender y comprender y de recibir las bendiciones del cielo, si las merecen y viven de tal manera que el Evangelio se convierta en una gran parte de su vida.

Siento gratitud por mis antepasados que se convirtieron a la Iglesia en los primeros días de ésta, que se mudaron del estado de Nueva York a Nauvoo y participaron allí en el templo, y luego vinieron con el éxodo hasta el Oeste. Al contarles hoy de todas esas bendiciones, estoy

agradecido por todas ellas.

Debo referirme al presidente Gordon B. Hinckley, quien pronunció un magnífico discurso esta mañana dándonos un resumen de los últimos años y, particularmente, de los acontecimientos de Nauvoo y de la reconstrucción de ese majestuoso templo. Todo lo que ha ocurrido allí ha sido una bendición para el mundo y para la humanidad.

Quiero que el presidente Hinckley sepa que lo he observado atentamente desde que lo llamaron para ser otro consejero del presidente Spencer W. Kimball y al asumir sus funciones en la Primera Presidencia. ¡Cómo ha progresado y madurado y recibido inspiración y guía al ejecutar los hechos de los que hemos sido testigos! Muchos hemos participado con una pequeña intervención en la visión que él ha tenido del progreso de la Iglesia últimamente, incluso de la edificación de templos, de los cuales tenemos ciento catorce en funcionamiento. Todo eso ha sido resultado de la dirección inspirada del presidente Hinckley. Bendito sea por lo que ha hecho para ayudar a la Iglesia a extenderse y a darse a conocer y mejorar por todo el mundo. Estamos sumamente agradecidos por lo que ha hecho, por la reputación que goza hoy la Iglesia y por su liderazgo.

Miembros del Quórum de los Doce Apóstoles esperan mientras los miembros de la Primera Presidencia se retiran después de una sesión.

Según lo que está escrito en Lucas, un día el Salvador entró en una población donde había diez leprosos. Los que hemos crecido en los últimos años sabemos muy poco acerca de los leprosos. La lepra era antiguamente una terrible y temible enfermedad. Aquellos diez leprosos se acercaron al Salvador y le dijeron: "Maestro, ten misericordia de nosotros", ten misericordia de los que sufrimos esta terrible plaga de la lepra. Y Él les dijo: "Id, mostraos a los sacerdotes", y eso hicieron. Fueron a los sacerdotes y todos fueron sanados, los diez. Poco después, uno de ellos volvió al Salvador y se puso de rodillas, postrado, agradeciéndole el haberlo bendecido y curado de aquella terrible enfermedad. Y el Salvador le dijo: "¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve restantes, ¿dónde están?" (Véase Lucas 17:11–19.)

Me ha impresionado mucho ese relato al leerlo una y otra vez,. ¿Les gustaría ser parte de la "sociedad de los nueve"? ¿Qué les parece, ser parte de aquellos que olvidan volver al Salvador y reconocer las bendiciones que Él les ha dado? Sólo uno volvió.

Es tan fácil para nosotros recibir bendiciones, muchas de ellas casi inadvertidas, y ver que suceden cosas que pueden contribuir a cambiar nuestra vida, a mejorarla y a recibir en ella al Espíritu. Pero a veces las tomamos como algo natural. Cuán agradecidos debemos estar por las bendiciones que el Evangelio de Jesucristo proporciona a nuestro corazón y nuestra alma. Quiero recordarles a todos que si vamos a demostrar gratitud a nuestro Padre Celestial en forma apropiada, debemos hacerlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, porque fue Él quien nos dio la vida y el aliento. Él nos dio la oportunidad de vivir, de tener el Evangelio en nuestra vida, de tener el ejemplo de buenas personas como el presidente Hinckley que hoy dirige la Iglesia en todo el mundo; y a

los jóvenes, la oportunidad de observarlo con orgullo y agradecimiento por tener un líder que tiene el aspecto y el comportamiento de un líder espiritual digno y que demuestra el efecto del Espíritu de Cristo en nuestro corazón y nuestra alma. Al magnificarse, desarrollarse y expandirse esa gratitud, podrá bendecirnos el corazón, la mente y el alma hasta el punto de despertar en nosotros el deseo de seguir adelante y hacer las cosas que se nos pide que hagamos.

Nosotros tenemos gran parte de nuestra familia esparcida entre por lo menos veinte localidades de los Estados Unidos e Inglaterra. Yo les he sugerido que cuando tengan la oportunidad de sostener a las Autoridades Generales, particularmente al presidente Hinckley y a sus consejeros, si tienen que ponerse de pie junto a una radio o dondequiera que estén, que levanten la mano con entusiasmo y se digan: "Estoy tomando parte en el sostenimiento de los líderes de la Iglesia". Al levantar la mano hoy, podía imaginarme a algunos pequeñitos —niños a los que queremos y adoramos— levantando las manitas en varias partes del mundo. Espero que podamos inspirar en ellos, junto con el Espíritu del Señor, un deseo de aprender, de saber, de vivir y ser parte del Evangelio de Jesucristo. Esperamos que disfruten plenamente de las oportunidades de desarrollar el carácter y que sean capaces de esforzarse y ayudar a cambiar y a elevar el corazón de otras personas.

Dios vive. Él es nuestro Padre. Les testifico que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y que el profeta José Smith fue el Profeta de la Restauración. El presidente Hinckley es hoy el líder inspirado de esta Iglesia en todo el mundo. Bendito sea por todo lo que hace y por la inspiración y revelación y visión que tiene al llevar adelante la obra. Y dejo este testimonio con ustedes en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

El diezmo: Una prueba de fe con bendiciones eternas

ÉLDER ROBERT D. HALES
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Paguen su diezmo; abran las ventanas de los cielos; serán bendecidos abundantemente por su obediencia y fidelidad a las leyes y mandamientos del Señor.

El diezmo es una prueba de fe con bendiciones eternas[1]. En el Antiguo Testamento, Abraham demostró su fe al pagar diezmos al gran sumo sacerdote Melquisedec[2]. Jacob, nieto de Abraham, prometió al Señor: "De todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti"[3].

El diezmo se ha establecido en estos últimos días como una ley esencial para los miembros de la Iglesia restaurada del Señor. Es una de las formas básicas de demostrar nuestra fe en Él y nuestra obediencia a Sus leyes y mandamientos. El diezmo es uno de los mandamientos que nos habilitan, mediante nuestra fe, a entrar en el templo: la Casa del Señor.

Poco más de tres meses después del martirio del profeta José Smith, cuando los santos edificaban el Templo de Nauvoo, Brigham Young escribió en nombre del Quórum de los Doce Apóstoles:

"Observen firme y constantemente la ley del diezmo... luego acérquense a la Casa del Señor y sean instruidos en Sus caminos, y caminen por Sus senderos"[4].

La observancia estricta de la ley del diezmo no sólo nos habilita para recibir las ordenanzas salvadoras más elevadas del templo, sino que también nos permite recibirlas en nombre de nuestros antepasados. Cuando se le preguntó al presidente John Taylor, en ese entonces integrante del Quórum de los Doce, si los miembros de la Iglesia que no habían pagado

sus diezmos podían ser bautizados por los muertos, contestó:

"El que no pague sus diezmos no es digno de bautizarse por los muertos... Si un hombre no tiene la fe suficiente para cumplir con estos pormenores, tampoco tiene la fe suficiente para salvarse a sí mismo ni a sus amigos"[5].

El diezmo desarrolla y prueba nuestra fe. Al sacrificar al Señor lo que podríamos pensar que necesitamos o que deseamos para nosotros, aprendemos a confiar en Él. Nuestra fe en Él hace posible que guardemos los convenios del templo y recibamos las bendiciones eternas del mismo. La pionera Sarah Rich, esposa de Charles C. Rich, escribió en su diario después de salir de Nauvoo:

"Fueron muchas las bendiciones que recibimos en la Casa del Señor, lo cual nos llenó de gozo y consuelo en medio de nuestras tribulaciones, y nos permitió tener fe en Dios, sabiendo que Él nos guiaría y nos apoyaría en la jornada desconocida que estaba ante nosotros"[6].

Al igual que los pioneros, el pago obediente del diezmo fortifica nuestra fe y esa fe nos sostiene a través de las pruebas, las tribulaciones y el dolor en nuestra jornada por la vida.

El diezmo también nos enseña a controlar nuestros deseos y pasiones por las cosas del mundo. El pago del diezmo nos alienta a tener un trato honrado con nuestros semejantes. Aprendemos a confiar en que lo que se nos ha dado, por medio de las bendiciones del Señor y de nuestro esfuerzo diligente, es suficiente para nuestras necesidades.

El diezmo tiene un propósito especial como ley preparatoria. A principios de esta dispensación, el Señor mandó a ciertos miembros de la Iglesia vivir la ley más alta de la consagración, una ley recibida por convenio. Los santos enfrentaron grandes tribulaciones cuando no guardaron ese convenio[7]. Se retiró entonces la ley de consagración y en su lugar el Señor reveló la ley del diezmo para toda la Iglesia[8]. El 8 de julio de 1838, Él declaró:

"Y esto será el principio del diezmo de mi pueblo...

"Y todos aquellos que hayan entregado este diezmo pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y ésta les será por ley fija perpetuamente"[9].

La ley del diezmo nos prepara para vivir la ley más alta de la consagración, de dedicar y dar todo nuestro tiempo, talentos y recursos a la obra del Señor. Mientras llegue el día en que se nos requiera vivir esa ley más alta, se nos manda vivir la ley del diezmo, que es dar liberalmente[10] una décima parte de nuestro ingreso anualmente.

A aquellos que viven fiel y honradamente la ley del diezmo, el Señor promete una abundancia de bendiciones. Algunas de esas bendiciones son temporales, así como el diezmo es temporal, pero al igual que las ordenanzas físicas externas del bautismo y de la Santa Cena, el mandamiento de pagar el diezmo requiere un sacrificio temporal que, a la larga, se traduce en grandes bendiciones espirituales.

Conozco a un matrimonio que vivía a miles de kilómetros del templo más cercano. Aun cuando no ganaban mucho, pagaban fielmente su diezmo y ahorraron todo lo que pudieron para ir a la casa del Señor. Después de un año, el hermano del esposo —que no era miembro de la Iglesia— en forma inesperada les ofreció dos pasajes de avión. Esa bendición temporal hizo posible la bendición espiritual de sus investiduras en el templo y su sellamiento. Más tarde recibieron una bendición espiritual adicional cuando el hermano, conmovido por la humilde fidelidad del matrimonio, se unió a la Iglesia.

Las bendiciones temporales y espirituales del diezmo se adaptan específicamente a nosotros y a nuestras familias, de acuerdo con la voluntad del Señor, pero para recibirlas debemos obedecer la ley sobre la cual se

basan[11]. Con respecto a los diezmos, el Señor ha dicho: "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde"[12].

¿Rechazaríamos intencionalmente el derramamiento de bendiciones del Señor? Lamentablemente, eso es lo que hacemos cuando dejamos de pagar el diezmo y decimos no a las bendiciones que estamos buscando y por las que estamos orando. Si alguno de ustedes duda de las bendiciones del diezmo, le recomiendo aceptar la invitación del Señor de "[probarlo] ahora en esto". Paguen su diezmo; abran las ventanas de los cielos; serán bendecidos abundantemente por su obediencia y fidelidad a las leyes y mandamientos del Señor.

Tengan la seguridad de que las bendiciones se derraman por igual sobre ricos y pobres. Como dice el himno, es el sacrificio lo que trae las bendiciones del cielo, no la cantidad de nuestras aportaciones[13].Los miembros que pagan sin reparos el diez por ciento de su ingreso anual reciben todas las bendiciones prometidas del diezmo, ya sea que la cantidad sea la blanca de la viuda o el tesoro de un rey.

Hace algunos años visité un centro de reuniones de otra denominación religiosa. Grabado sobre los hermosos vitrales provenientes de Europa estaba el nombre de su donante; esculpidas en el majestuoso púlpito de cedro del Líbano estaban las iniciales del rico benefactor; las bancas más deseables llevaban el nombre de prominentes familias que habían hecho los mayores donativos al fondo de construcción de la iglesia.

En contraste, en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, todo el que paga un diezmo íntegro es reconocido y bendecido por igual por el Señor, sin honores especiales ni recompensas públicas. Él "no hace acepción de personas"[14]; su ley de ingresos es en verdad equitativa.

Es importante en estos días la forma en que se distribuyen los diezmos. Mientras que por un lado vemos ejemplos de codicia y avaricia entre algunos ejecutivos corporativos irresponsables, nosotros podemos estar agradecidos de que el Señor proporcionó una forma de administrar los diezmos bajo Su dirección.

De acuerdo con las revelaciones, los obispos han sido ordenados para "administrar el almacén del Señor; recibir los fondos de la iglesia" [15]. Se espera que tanto los obispos como los secretarios paguen un diezmo íntegro y hayan aprendido a vivir en forma prudente de acuerdo con sus medios. Horas después de recibir los fondos de diezmos de los miembros de sus barrios o ramas, esos líderes locales traspasan esos fondos a las Oficinas Generales de la Iglesia.

Luego, de acuerdo con la revelación del Señor, el uso de los diezmos lo determina un consejo compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente. El Señor declara específicamente que el trabajo del Consejo debe ser dirigido "por mi propia voz dirigida hacia ellos"[16]. Este consejo se denomina el "Consejo Encargado de la Disposición de los Diezmos".

Es sorprendente observar cómo ese Consejo está atento a la voz del Señor. Cada miembro está al tanto de todas las decisiones del Consejo y participa en ellas. No se toma ninguna decisión hasta que haya unanimidad en el Consejo. Todos los fondos de diezmos se gastan en los objetivos de la Iglesia, entre los que se cuenta el bienestar: el cuidado de los pobres y los necesitados; templos, edificios y el mantenimiento de centros de reuniones, educación, cursos de estudio; en una palabra, en la obra del Señor.

Cuando un amigo del presidente George Albert Smith le preguntó lo que pensaba del plan que tenía de tomar lo que habría sido el diezmo y donar esa décima parte a organizaciones de beneficencia de su elección, el consejo del presidente Smith fue el siguiente:

"Me parece que eres muy generoso con lo que le pertenece a alguien más... Me has dicho lo que has hecho con el dinero del Señor, sin ninguna indicación de que hayas dado ni un solo centavo tuyo. Él es el mejor socio que tienes en el mundo; él te da todo lo que posees, aun el aire que respiras. Él ha dicho que debes dar la décima parte de lo que percibes a la Iglesia; eso no es lo que has hecho; has tomado el dinero de tu mejor socio para regalarlo a otros"[17].

Los diezmos de los miembros de la Iglesia pertenecen al Señor, quien decide, por medio de un consejo de Sus siervos, cómo se deberán usar.

Doy mi testimonio a los miembros de la Iglesia y a otras personas de todo el mundo con respecto al Consejo Encargado de la Disposición de los Diezmos. He formado parte de ese Consejo durante diecisiete años, como Obispo Presidente de la Iglesia y ahora como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles. Sin excepción, los fondos de los diezmos de la Iglesia se han utilizado para los propósitos del Señor.

El Señor desea que todos Sus hijos tengan las bendiciones que provienen del pago del diezmo. Muy a menudo nosotros, como padres, no enseñamos ni alentamos a nuestros hijos a vivir esa ley porque sus aportaciones sólo ascienden a unos pocos centavos. Pero sin el testimonio de los diezmos, ellos son vulnerables. En los años de su adolescencia les atraen la ropa, las diversiones y las posesiones costosas, y se arriesgan a perder la protección especial que les da el diezmo.

Al pasar los años, ¿es posible que un joven sea ordenado élder, sirva en una misión y enseñe a los demás en forma eficaz una ley que él mismo no

ha vivido? Al volver a casa y al enfrentar las presiones de los estudios, de empezar una familia y una carrera, ¿se le hará más fácil vivir la ley del diezmo? De igual forma, ¿será digna una jovencita de servir al Señor y de hacer convenios de un matrimonio celestial sin haber ganado un testimonio del diezmo por sí misma? ¿Estará preparada para enseñar a sus hijos una ley que no haya aprendido por experiencia propia? ¡Cuánta fidelidad se necesita de padres y madres que en unión invocan las bendiciones protectoras del diezmo sobre sus familias y las bendiciones que justamente les pertenecen! El presidente Lorenzo Snow dijo: "Enseñen a sus hijos a pagar los diezmos, para que lo hagan perpetuamente. Si observamos esa ley, no importa qué hagan nuestros enemigos, el Señor nos preservará"[18].

En unas semanas más cada uno de nosotros tendrá la oportunidad sagrada de reunirse nuevamente con su obispo y ajustar sus diezmos con el Señor. El obispo de ustedes será delicado y amable; entenderá los desafíos que ustedes enfrentan. Si no pueden ponerse al corriente, sigan adelante; empiecen a pagar a partir de hoy. Compartan con su obispo la promesa que han hecho de pagar un diezmo íntegro en el futuro y busquen la forma de regresar al templo lo antes posible. Tan pronto como hayan demostrado su fe al pagar el diezmo durante un tiempo y al cumplir con otros mandamientos necesarios, tendrán la posibilidad de disfrutar de las bendiciones eternas del templo. Les suplico, no dejen pasar esta oportunidad; no la dejen para después.

Padres y madres, al prepararse para el ajuste de diezmos, les recomiendo reunir a sus pequeñitos y ayudarles a calcular sus centavos. Ayuden a sus jóvenes y jovencitas a consultar sus registros y a hacer un inventario de sus ingresos anuales. ¡Qué oportunidad más maravillosa es sembrar la semilla de la fe en los corazones de sus hijos! Con esto los iniciarán en el camino que lleva al templo. Las generaciones de sus antepasados y su posteridad por venir les llamarán bienaventurados, porque habrán preparado a sus hijos para llevar a cabo ordenanzas salvadoras en beneficio de ellos. No es coincidencia, mis hermanos y hermanas, que bajo la dirección del profeta viviente de Dios sobre la tierra hoy día, el presidente Gordon B. Hinckley, se estén construyendo templos por todo el mundo. El guardar los mandamientos, que incluye el pago de nuestros diezmos, nos habilitará para entrar en esos templos, ser sellados a nuestra familia y recibir bendiciones eternas.

Ruego que no demoremos y que demos oídos al mandamiento de nuestro Señor de vivir la ley del diezmo. Sé de dos misioneros que visitaron a una familia muy pobre. La casa de la familia estaba hecha de madera prensada y palos, con piso de tierra y sin electricidad ni camas. El padre, un agricultor, había gastado todo el ingreso del día en alimentos para la cena. Al salir de ese humilde hogar, el compañero mayor pensó para sí: "La ley del diezmo va a ser un obstáculo para esta familia. Quizás no debamos mencionarla por un tiempo". Unos minutos más tarde el compañero menor, que se había criado en circunstancias similares en su propio país, expresó sus pensamientos en voz alta: "Sé que tenemos que esperar cuatro lecciones más para enseñar la ley del diezmo, pero, ¿podríamos enseñarla en nuestra próxima visita? Ellos necesitan saber sobre los diezmos porque necesitan tanto la ayuda y las bendiciones del Señor".

Ese misionero entendía que "Hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan; y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa"[19]. El Señor desea bendecir a esa familia y espera ansiosamente su obediencia para poder hacerlo.

Mis amados hermanos y hermanas, las bendiciones eternas del diezmo son reales; las he experimentado en mi vida y en la de mi familia. La prueba de nuestra fe es si viviremos o no la ley del diezmo por medio de la obediencia y el sacrificio. Porque, en las palabras del profeta José Smith, "una religión que no requiera el sacrificio de todas las cosas nunca tendrá poder suficiente para producir la fe indispensable para la vida y la salvación"[20].

Testifico que el Señor Jesucristo sacrificó Su vida para traer esta salvación a cada uno de nosotros. Como Su testigo especial, testifico que Él vive y en Su nombre expreso mi gratitud a ustedes, los niños, las viudas, los jóvenes, las familias —los fieles— por sus diezmos sagrados. "A tu prójimo ayudaste y así serviste a tu Señor"[21]. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, págs. 220–221.
2. Véase Génesis 14:20.
3. Génesis 28:22.
4. Véase "La ley divina del diezmo" *Liahona*, diciembre de 1986, pág. 12.
5. "La ley divina del diezmo" *Liahona*, diciembre de 1986, pág. 12.
6. Diario de Sarah De Armon Pea Rich, Archivos de la Biblioteca Harold B. Lee, Universidad Brigham Young, (manuscrito), pág. 42.
7. Véase Joseph Fielding Smith, *Church History and Modern Revelation*, primera serie, 1946, pág. 196.
8. Véase la Introducción histórica a la sección 119 de Doctrina y Convenios.
9. D. y C. 119:3–4.
10. Véase *Church History and Modern Revelation*, tercera serie, 1946, pág. 120.
11. Véase D. y C. 130:21–22.
12. Malaquías 3:10.
13. Véase "Loor al Profeta", *Himnos*, Nº 15.
14. D. y C. 1:35; 38:16.
15. D. y C. 72:10.
16. D. y C. 120:1.
17. Véase *Liahona*, diciembre de 1986, pág. 16.
18. Citado en *Church History and Modern Revelation*, tercera serie, pág. 122.
19. D. y C. 130:20–21.
20. Presidente James E. Faust, "Abrir las ventanas de los cielos", *Liahona*, enero de 1999, pág. 69.
21. "Un pobre forastero", *Himnos*, Nº 16.

Y si no

ÉLDER LANCE B. WICKMAN
De los Setenta

La prueba suprema de la mortalidad es afrontar el "por qué" y después olvidarse de él, confiando humildemente en la promesa del Señor de que "todas las cosas tienen que acontecer en su hora".

Uno de mis recuerdos más preciados se relaciona con las asignaciones de fin de semana a las conferencias de estaca para acompañar a un presidente a visitar a los miembros de su estaca que afrontaban los problemas de la vida con valor y fe, en especial aquellos que habían perdido un hijo o se esforzaban valientemente por cuidar a un enfermo o a un hijo lisiado o minusválido. Por dolorosa experiencia personal, sé que no hay pena más difícil que la pérdida de un hijo. Ni tampoco hay nada que parezca tan interminable y agotador que el cuidado constante de un hijo discapacitado, ya sea física o mentalmente. Todos esos padres pueden identificarse plenamente con el padre del hijo al que lo aquejaba un "espíritu mudo", quien, al ser amonestado por el Salvador a creer, respondió con angustia: Señor, "creo; ayuda mi incredulidad" (véase Marcos 9:17, 23–24).

Por tanto, hoy quisiera dirigirme a todos los que se esfuerzan en este laboratorio que se vale de la fe, conocido como la mortalidad, y en particular a los padres desconsolados, abrumados y afligidos que suplicantes preguntan: "¿Por qué?".

Primero, sepan por favor que el dolor es el resultado natural del amor. Nadie puede amar desinteresadamente a una persona y no sentir una profunda pena por su sufrimiento o muerte futura. La única forma de evitar el dolor sería no experimentar el amor; pero es el amor el que da a la vida su riqueza y su significado. Por tanto, lo que un padre acongojado puede esperar del Señor en respuesta a sus oraciones fervientes no necesariamente debe ser la eliminación del dolor sino la dulce confirmación de que, sean cuales sean las circunstancias, su hijo está bajo el tierno cuidado de un amoroso Padre Celestial.

Segundo, jamás duden de la bondad de Dios, aun cuando no sepan el "porqué". La pregunta que hacen con más tenacidad los afligidos y los abrumados, es simplemente: *¿Por qué?* *¿Por qué* murió nuestra hija cuando oramos tanto para que viviera y a pesar de haber recibido bendiciones del sacerdocio? *¿Por qué* luchamos tanto con este infortunio cuando otros cuentan acerca de las curaciones milagrosas de sus seres queridos? Esas son preguntas naturales, preguntas comprensibles; pero a la vez son preguntas que por lo general no tienen respuesta en la vida terrenal. El Señor sencillamente ha dicho: "...son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isaías 55:9). Así como la voluntad del Hijo fue "absorbida en la voluntad del Padre" (Mosíah 15:7), lo mismo debe ocurrir con la nuestra.

De todas formas, nosotros los mortales deseamos naturalmente saber el porqué. No obstante, al insistir con demasiado fervor en una respuesta, podemos olvidar que la mortalidad se diseñó, por así decirlo, como la época de las preguntas sin contestar. La vida terrenal tiene un propósito diferente, definido de manera más precisa: Es un terreno de pruebas, un estado de probación, un período para andar por medio de la fe, un tiempo de preparación para presentarse ante Dios (véase por ejemplo, Abraham 3:24–25; 2 Nefi 31:15–16, 20; Alma 12:24; 42:4–13). Es con cultivada humildad (véase Alma 32:6–21) y sumisión (véase Mosíah 3:19) que nos es posible comprender la plenitud de la experiencia mortal proyectada y prepararnos mental y espiritualmente para recibir la inspiración del Espíritu. En esencia, la humildad y la sumisión son una expresión de total disposición a dejar que las preguntas que principian con "por qué" queden por ahora sin respuesta, o quizás incluso para preguntarnos: "¿Por qué no?". Es perseverando hasta el fin (véase 2 Nefi 31:15–16; Alma 32:15; D. y C. 121:8), que alcanzamos los propósitos de esta vida. Pienso que la prueba suprema de la mortalidad es afrontar el "por qué" y después olvidarse de él, confiando humildemente en la promesa del Señor de que "todas las

La Primera Presidencia (a la derecha) y miembros del Quórum de los Doce Apóstoles.

cosas tienen que acontecer en su hora" (D. y C. 64:32).

Pero el Señor no nos ha dejado sin consuelo ni sin respuestas. Sobre la curación de los enfermos, claramente ha dicho: "Y además, sucederá que el que tuviere fe en mí para ser sanado, *y no estuviere señalado para morir*, sanará" (D. y C. 42:48; cursiva agregada). Muy seguido pasamos por alto la frase condicional, "y no estuviere señalado para morir" ("o" podríamos añadir, "para estar enfermo o incapacitado"). Por favor, no se desesperen cuando se hayan ofrecido oraciones fervientes, se hayan dado bendiciones del sacerdocio y aún así sus seres queridos no mejoren o incluso dejen este mundo. Consuélense al saber que ustedes hicieron todo lo que pudieron. ¡Esa fe, ayuno y bendición no pueden ser en vano! El que un hijo no se recupere a pesar de todo lo que se haya hecho a su favor puede, y debe, ser la base para la paz y la tranquilidad de todos los que lo aman! *El Señor —que inspira las bendiciones y que oye toda oración ferviente— lo ha llamado de todas formas a Su lado.* Todas las experiencias con la oración, el ayuno y la fe tal vez hayan sido más para *nuestro* beneficio que para el de él.

Entonces, ¿cómo debemos acercarnos al Trono de la gracia al rogar fervientemente por un ser amado y poner las manos sobre su cabeza para darle una bendición por medio de la autoridad del sacerdocio? ¿Cómo podemos ejercer apropiadamente nuestra fe? El profeta José Smith definió ese primer principio del Evangelio como la "fe *en el Señor Jesucristo*" (Artículos de Fe 1:4, cursiva agregada). Es la frase significativa —"en el Señor Jesucristo"— la que en ocasiones olvidamos. Muy a menudo, oramos o damos una bendición, y después esperamos nerviosamente para ver si se nos ha concedido lo que hemos pedido, como si el obtener la aprobación nos proporcionara una evidencia necesaria de Su existencia. ¡Eso no es fe! La fe es, sencillamente, *confianza* en el Señor. Como dijo Mormón, es "una *mente firme* en toda forma de santidad" (Moroni 7:30; cursiva agregada). Los tres magistrados hebreos confiaron en que el Señor los salvaría del horno de fuego ardiendo, "*y si no*", le dijeron al rey, aun así "no serviremos a tus dioses" (Daniel 3:18; cursiva agregada). Es significativo que no sólo tres, sino cuatro hombres se vieron en medio de las llamas y "el aspecto del cuarto [era] semejante a hijo de los dioses" (Daniel 3:25).

Lo mismo sucede con nosotros. Es común en nuestro mundo secular decir "ver para creer". Sea cual sea el valor que ese dicho tenga en los asuntos mundanos de la vida, no se aplica a la hora de volvernos al Señor durante nuestras dificultades más amargas. El curso del Señor se define mejor mediante una máxima diferente: "Creer para ver". La fe en el Señor es el principio básico, no la conclusión. *Sabemos* que Él vive; *por lo tanto*, confiamos en que Él nos bendecirá de acuerdo con Su voluntad y sabiduría divinas. A esa confianza ingenua en el Señor se le conoce en las Escrituras sencillamente como el "sacrificio" de "un corazón quebrantado y un espíritu contrito" (D. y C. 59:8).

Ofrezco esto como una convicción profunda forjada en el crisol ardiente de la experiencia de la vida. Nuestro segundo hijo, Adam, llegó a nuestra vida cuando yo me encontraba muy lejos, en las junglas y arrozales de Vietnam. Todavía tengo el telegrama de júbilo en el que se me anunciaba su nacimiento. Adam era un niño rubio, de ojos azules y juguetón. Cuando cumplió cinco años, esperaba con entusiasmo empezar la escuela.

En ese entonces, en nuestra comunidad del sur de California, se desató una epidemia de una enfermedad muy común en los niños, y Adam la contrajo. Aparte de cerciorarnos de que estuviera cómodo, no nos preocupamos demasiado; incluso daba la apariencia de ser un caso leve. Pero de súbito, una mañana no se levantó; había entrado en coma. Lo llevamos de inmediato al hospital donde fue admitido en cuidados intensivos. Un grupo de dedicados médicos y enfermeras lo atendían constantemente, mientras su madre y yo manteníamos una vigilia permanente en la sala de espera cercana.

Llamé por teléfono a nuestro querido presidente de estaca y amigo de la infancia, ahora un apreciado compañero de los Setenta, el élder Douglas L. Callister, y le pedí si podría ir al hospital y ayudarme a darle una bendición del sacerdocio a Adam. Llegó a los pocos minutos. Al entrar en el reducido y apretado lugar donde yacía el cuerpecito inerte de Adam, con la cama rodeada de un complicado conjunto de aparatos de observación y otro equipo médico, los atentos doctores y enfermeras con reverencia dieron un paso atrás y se cruzaron de brazos. Al pronunciarse las familiares y consoladoras palabras de una bendición del sacerdocio, con fe y sincera súplica, me embargó el profundo sentimiento de que Alguien más estaba presente. ¡Me conmovió el pensamiento de que si abría los ojos, vería al Salvador junto a nosotros! Yo no fui la única persona en la habitación que sintió ese Espíritu. Unos meses después nos enteramos por casualidad que una de las enfermeras que se hallaba presente ese día se sintió tan conmovida que buscó a los misioneros y se bautizó.

Pero a pesar de todo, Adam no mejoró. Durante varios días, se debatió entre esta vida y el más allá, mientras nosotros le rogábamos al Señor que nos lo devolviera. Finalmente una mañana, después de una noche terrible, mientras yo caminaba por un corredor desierto del hospital, le hablé al Señor y le dije que queríamos intensamente que nuestro pequeñito volviera a nosotros, pero que, por sobre todas las cosas, deseábamos que se hiciese Su voluntad y que nosotros —tanto Pat como yo— la aceptaríamos. Al poco tiempo, Adam cruzó el umbral de las eternidades.

Francamente, todavía lloramos por nuestro hijito, aunque la benévola ministración del Espíritu y el paso de los años han mitigado nuestra tristeza. Su fotografía adorna la repisa de la chimenea de nuestra sala junto a una fotografía más reciente de la familia, de hijos y nietos. Pero tanto Pat como yo sabemos que un amoroso Padre Celestial dispuso que el camino de él por la mortalidad fuese más corto y fácil que el nuestro, y que él se ha ido antes para darnos la bienvenida cuando finalmente nosotros también crucemos ese umbral ineludible.

Y cuando torrentes tengáis que pasar,
los ríos del mal no os pueden turbar
pues yo las tormentas podré aplacar...
salvando mis santos de todo pesar.

La llama no puede dañaros jamás
si en medio del fuego os ordeno pasar.
El oro del alma más puro será...
pues sólo la escoria se habrá de quemar...

Al alma que anhele la paz que hay en mí,
no quiero no puedo dejar en error;
yo lo sacaré de tinieblas a luz...
y siempre guardarlo con grande amor
("Qué firmes cimientos", *Himnos*, Nº 40).

En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Por sacrificios se dan bendiciones

ÉLDER ROBERT K. DELLENBACH
De los Setenta

Si tenemos amor, si tenemos caridad, si somos obedientes a Dios y seguimos a Sus profetas, nuestros sacrificios nos traerán las bendiciones del cielo.

Las palabras "por sacrificios se dan bendiciones", del himno "Loor al Profeta"[1], siempre me conmueven el alma. El sacrificio se define como: "El acto de ceder algo de valor a cambio de algo que es de mayor valor o importancia"[2]. El sacrificio se realiza de muchos modos. Los Santos de los Últimos Días hacemos un convenio con el Señor de sacrificarnos, y al hacerlo, sometemos nuestra voluntad a la de Él, y dedicamos nuestra vida a edificar Su reino y a servir a Sus hijos.

A aquellos que se sacrifican fielmente mediante un diezmo íntegro, el Señor ha prometido que abrirá las ventanas de los cielos[3]. Ese sacrificio no sólo bendice a la persona y a la familia, sino que esas aportaciones voluntarias a la Iglesia proporcionan las fuentes de recursos que ayudan al reino del Señor a efectuar milagros día a día. El rey Benjamín dijo: "[Consideren] el bendito y feliz estado de aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Porque he aquí, ellos son bendecidos en todas las cosas, tanto temporales como espirituales"[4]. La fiel contribución de los diezmos es una manifestación externa de un compromiso interior de sacrificarnos.

El obedecer la ley del ayuno es otra forma de sacrificio. El Señor nos pide que apartemos un domingo al mes para ayunar dos comidas; se nos invita a contribuir a la Iglesia el dinero que ahorremos en el costo de esas dos comidas para que ésta ayude a los necesitados. El ayunar y el contribuir con una ofrenda generosa producen un efecto purificador en el alma. El presidente Spencer W. Kimball declaró: "En la práctica de la ley del ayuno, la persona encuentra un manantial personal de poder para vencer los excesos personales y el egoísmo"[5].

La obra del templo y la de historia familiar es un sacrificio de amor. Los santos fieles dedican millones de horas a compilar historia familiar; buscan en microfilmes y en registros, y con lápiz y computadoras registran fechas y acontecimientos. En el templo llevan a cabo ordenanzas sagradas para sus preciados antepasados. Como en el caso del Salvador, ésta es una expresión de sacrificio: el hacer algo por los demás que ellos no pueden hacer por sí mismos.

Hace unos años, cuando estábamos en una asignación para la Iglesia en San Petersburgo, Rusia, mi esposa Mary Jayne y yo tuvimos la singular oportunidad de sentir las bendiciones de la obra de historia familiar. Visitamos el archivo de las estadísticas demográficas para ver el trabajo que había hecho la Iglesia para microfilmar algunos registros de Rusia occidental. Al ver al archivista fotografiar las páginas mohosas de libros antiguos de la ciudad de Pskov, los nombres se convirtieron en gente real. Parecían salir de las páginas y decir: "Me han encontrado; ya no estoy perdido. Sé que algún día, en alguna parte, alguno de mi familia llevará mi nombre al templo y seré bautizado y recibiré la investidura, y mi esposa y mis hijos serán sellados a mí. ¡Gracias!".

La vida de José Smith fue un ejemplo de sacrificio desinteresado por el Evangelio de Jesucristo. Aunque el Profeta José sufrió grandemente, permaneció optimista y superó muchas persecuciones. Parley P. Pratt relata una conmovedora experiencia al estar con el Profeta en la cárcel en Misuri, en el invierno de 1838–1839. Esos seis meses de sufrimiento y confinamiento instruyeron a ese preeminente y preordenado profeta.

En la cárcel, el Profeta y los demás hermanos habían oído a los guardias alardear de las infames injusticias que habían cometido entre los "mormones". Finalmente, el Profeta no pudo aguantar más esas sórdidas blasfemias. De súbito, se levantó y, "con voz de trueno", dijo: " *'SILENCIO, demonios del pozo infernal! En el nombre*

de Jesucristo os reprendo y os mando callar'...

"Permaneció erguido en abrumadora majestad; encadenado y sin armas, sereno y digno como un ángel..." [Los temblorosos guardias] se retiraron a un rincón, "tiraron sus armas", le pidieron perdón, y luego "se quedaron en silencio hasta que cambió la guardia".

El hermano Pratt escribe más adelante: "He visto a magistrados de justicia ataviados con su vestimenta oficial... He presenciado a un congreso en asamblea solemne... Me he imaginado a reyes, cortes reales, tronos y coronas... pero majestad y dignidad sólo he contemplado una vez en mi vida, en cadenas, a medianoche, en el lóbrego calabozo de una desconocida aldea de Misuri"[6].

Unas semanas después de ese acontecimiento, en otra oscura hora, José imploró la guía del Señor. El Señor respondió: "Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento"[7]. Luego el Señor dijo estas interesantes palabras al Profeta: "Los extremos de la tierra indagarán tu nombre"[8].

Cinco años después, al mirar atrás y contemplar la incompleta construcción del Templo de Nauvoo, José supo que iba "como cordero al matadero"; sin embargo, se sentía "sereno como una mañana veraniega"[9]. Con garantías de que lo protegerían, se entregó a otro arresto; sin embargo, su confianza fue traicionada. El 27 de junio de 1844, él y su hermano Hyrum fueron asesinados salvajemente en la cárcel de Carthage.

Los extremos de la tierra han indagado en cuanto al nombre de José Smith, y hoy día el sol brilla sobre los miembros de la Iglesia restaurada de Jesucristo en todo el mundo. Estas palabras sobre el mártir Abraham Lincoln también describen la majestad del profeta José Smith:

He aquí un hombre de grandeza
contra el mundo;
un hombre semejante a las
montañas y los mares...
que cuando en el torbellino fue
derrumbado,
lo hizo como el roble aún verde y
majestuoso,
que con poderoso estruendo cae
sobre las colinas
y un lugar vacío deja contra el
cielo"[10].

No hay sacrificio más grande que el sacrificio expiatorio del Salvador Jesucristo. Su Expiación, pese a que es incomprensible e incomparable, fue el acontecimiento culminante de este mundo. Estamos agradecidos porque debido a Su suprema ofrenda de caridad, la muerte no tiene aguijón ni el sepulcro victoria.

Nuestro desafío es sacrificar desinteresadamente todo lo que se nos ha dado, incluso nuestra voluntad. Como bien lo dijo el élder Neal A. Maxwell: "La sumisión de nuestra voluntad es la única cosa exclusivamente personal que tenemos para colocar sobre el altar de Dios; todo lo demás que le damos... es lo que Él nos ha dado o prestado a nosotros"[11].

Al final, el sacrificio es un asunto del corazón... del corazón. "He aquí, el Señor requiere el corazón y una mente bien dispuesta"[12]. Si tenemos amor, si tenemos caridad, si somos obedientes a Dios y seguimos a Sus profetas, nuestros sacrificios nos traerán las bendiciones del cielo. "Y me ofreceréis como sacrificio un corazón quebrantado y un espíritu contrito"[13].

En forma poco común, vislumbré en pequeña escala el sacrificio del amor del Salvador por mí. Estando en Jerusalén una Nochebuena, mi esposa y yo visitamos varios de los sitios por donde el Salvador caminó y enseñó. La agonía que Él padeció nos produjo gran pesar al visitar el calabozo debajo del palacio de Caifás. Fue allí donde nuestro Señor fue flagelado y azotado. Vimos en el muro los agujeros de

las cadenas, y con lágrimas cantamos "Un pobre forastero"[14]. Él se encontraba muy solo entre los criminales más viles. Acongojados, suplicamos valor para ser siervos dignos de Él.

Poco después, visitamos el Sepulcro del Jardín. Resonaron en nuestro corazón las palabras de las Escrituras: "No está aquí, pues ha resucitado"[15]. Eliza R. Snow escribió:

En agonía Él colgó
y en silencio padeció.
Su gran misión desempeñó.
Al Padre Él glorificó.
Por los pecados padeció.
Vida eterna Él nos dio"[16].

La expiación del Salvador fue el acto más sublime de caridad jamás conocido por el género humano.

Nosotros cantamos estas palabras del presidente Gordon B. Hinckley:

El vive, roca de mi fe,
la luz de la humanidad.
El faro del camino es,
destello de la eternidad"[17].

Me aflige pensar que una sola gota de Su sangre se haya derramado por mí. Ruego que algún día pueda encontrarme con el Salvador. Me arrodillaré y besaré sus manos y pies heridos, y Él enjugará mis lágrimas. Ruego que Él me diga: "Bien, buen siervo y fiel"[18]. Debido a Su misericordia, tengo esperanza. Él es la "fuente de toda bendición"[19]. De estas cosas testifico en el sagrado nombre del más grande ejemplo de sacrificio, sí, nuestro Salvador Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. *Himno*s, Nº 15.
2. *The Oxford Encyclopedic English Dictionary,* 1991, "sacrifice," 1272–1273.
3. Véase Malaquías 3:10.
4. Mosíah 2:41.
5. Véase "Convirtámonos en puros de corazón", *Liahona*, agosto de 1978, pág. 127.
6. Véase Marlin K. Jensen, "La influencia de una buena vida", *Liahona*, julio de 1994, pág. 54.
7. D. y C. 121:7.
8. D. y C. 122:1.
9. D. y C. 135:4.
10. Edward Markham, "Lincoln the Man of the People", en Louis Untermeyer, comp., *A Treasury of Great Poems,* 1955, págs. 994–995.
11. "...absorbida la voluntad del Padre", *Liahona*, enero de 1996, pág. 27.
12. D. y C. 64:34.
13. 3 Nefi 9:20.
14. *Himnos*, Nº 16.
15. Mateo 28:6.
16. "Cristo, el Redentor, murió", *Himnos,* Nº 114.
17. "Vive mi Señor", *Himnos,* Nº 74.
18. Mateo 25:21.
19. *Hymns,* Nº 70.

“Llamados a servir”

ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Para criar a nuestras familias y servir fielmente en la Iglesia, todo ello sin correr más aprisa de lo que nuestras fuerzas nos permitan, requiere prudencia, juicio, ayuda divina e, inevitablemente, algún sacrificio.

Buenas tardes, hermanos y hermanas. Les traigo saludos de los maravillosos miembros y misioneros de Latinoamérica. Como muchos de ustedes ya saben, el élder Dallin Oaks y su esposa, y yo mismo y mi esposa hemos sido llamados a servir en las áreas de la Iglesia de Filipinas y Chile, respectivamente. Si el murmullo de las conversaciones sirve de indicación alguna, esta decisión ha demostrado ser de más interés para la Iglesia que lo que cualquiera pudiera haberse imaginado. Cualesquiera que sean sus especulaciones, me considero autorizado para asegurarles que no nos dirigimos a estos puestos de avanzada como dos de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Para aquellos que intentan buscar una “señal” en todo esto, tengan a bien verla como la señal de una Iglesia maravillosa, internacional y en crecimiento, con miembros y misioneros que se desplazan con firmeza a través de idiomas y continentes. Es un gozo conocer y servir con Santos de los Últimos Días de todas partes, de cerca y de lejos, en casa o en el extranjero, y les damos las gracias por sus oraciones y su interés en la obra.

Este tipo de servicio que prestan los Doce no es, obviamente, algo nuevo y debo decir que nuestra generación ha tenido menos dificultades en salir a prestarlo que la anterior. Lo mejor de todo es tener a la hermana Holland conmigo en vez de tener que dejarla en casa, cuidando de sí misma y de los hijos. Es más, no tuve que realizar trabajo alguno durante el camino para pagarme el pasaje a Santiago. Volamos en pocas horas hasta nuestro destino en un moderno avión en vez de tener que navegar durante semanas, e incluso meses, en la bodega de un barco. No tuve que padecer escalofríos, fiebre, paludismo, cólera ni tisis, si bien me resfrié y uno de los vuelos de conexión se retrasó una hora. Espero que esas dificultades me hagan digno de estar algún día ante Pedro, Pablo, Brigham y Wilford.

Como la mayoría de ustedes, crecí con los relatos de aquellos primeros Apóstoles que iban a Canadá, Inglaterra, Escandinavia, Europa, las Islas del Pacífico, México, Asia y demás lugares. Hace poco leí sobre la misión de Parley P. Pratt en Chile, donde la familia perdió y enterró a un hijo pequeño en Valparaíso. He leído sobre el élder Melvin J. Ballard que fue llamado a dedicar Sudamérica cuando este maravilloso continente aún era un campo misional nuevo y bastante sobrecogedor. El servicio que contribuye a la edificación de una Iglesia joven y en aumento no se solicita de forma casual ni se brinda caprichosamente. En ocasiones los obstáculos han sido enormes, y el precio a pagar elevado.

No sólo hablamos de aquellos primeros Apóstoles que partieron hacia otros lugares a servir, sino de las mujeres que los apoyaron, y que además tuvieron que sostenerse a sí mismas y a sus hijos, y quedarse en casa para criar y proteger a las familias, esa otra porción de la viña del Señor en la que tanto hincapié hace.

El día del segundo viaje de su marido a Inglaterra, Vilate Kimball estaba tan débil y temblaba tanto debido a las fiebres palúdicas, que no pudo hacer más que darle débilmente la mano a su marido cuando él fue a despedirse con lágrimas en los ojos. Su pequeño hijo David no tenía más que cuatro semanas de vida, y sólo un hijo, Heber Parley, de cuatro años, se encontraba lo bastante bien como para traer agua para el alivio de la familia. En las horas siguientes a la partida de su esposo, Vilate perdió las fuerzas y tuvo que recibir ayuda para regresar al confinamiento de su lecho.

Mary Ann Young y sus hijos estaban igualmente enfermos cuando Brigham partió con idéntica misión, y la situación económica era igualmente

precaria. Una descripción conmovedora la retrata cruzando el río Mississippi en el frío invierno, pobremente vestida y temblando de frío, abrazando a su hijita mientras se dirigía a la oficina de diezmos de Nauvoo a pedir unas pocas papas. Entonces, y todavía con fiebre, emprendía el camino de regreso con el bebé cruzando el peligroso río y sin escribir jamás a su marido palabra alguna sobre esas dificultades[1].

Rara vez nos enfrentamos hoy día a circunstancias semejantes, aunque muchos misioneros y miembros todavía se sacrifican enormemente para hacer la obra del Señor. A medida que se reciben las bendiciones y la Iglesia madura, todos esperamos que el servicio nunca sea tan difícil como el que tuvieron que prestar aquellos primeros miembros; pero, tal y como cantan los misioneros de Oslo a Osorno, de Seattle a Cebú, *somos* "llamados a servir"[2]. Para criar a nuestras familias y servir fielmente en la Iglesia, todo ello sin correr más aprisa de lo que nuestras fuerzas[3] nos permitan, requiere prudencia, juicio, ayuda divina e, inevitablemente, algún sacrificio. Desde Adán hasta el día de hoy, la fe verdadera en el Señor Jesucristo ha estado siempre unida al ofrecimiento de un sacrificio, siendo nuestro pequeño esfuerzo un símbolo de la majestuosidad de Su ofrenda[4]. Con la atención volcada por entero en la Expiación de Jesucristo, el profeta José Smith enseñó que una religión que no requiera un convenio de sacrificio no puede tener el poder de cumplir la promesa de la vida eterna[5].

Permítanme compartir un ejemplo actual tanto de los retos como de las bendiciones que nos puede proporcionar el ser "llamados a servir". Una hermana maravillosa le dijo hace poco a un querido amigo: "Quiero hablarte del momento en que dejé de resentirme por el tiempo y el sacrificio de mi esposo al ser obispo. Resultaba molesto la facilidad con la

que se presentaba una 'emergencia' con un miembro del barrio justo cuando mi esposo y yo estábamos a punto de salir o de hacer algo especial juntos.

"Un día di rienda suelta a mi frustración y acordamos que, además de la noche de los lunes, debíamos asegurarnos otra noche de la semana para nosotros dos. Pero cuando llegó esa 'primera noche' y estábamos a punto de entrar en el auto para disfrutar de una tarde juntos, sonó el teléfono.

" 'Se trata de una prueba', le dije sonriendo. El teléfono seguía sonando. 'Recuerda nuestro trato, nuestra cita. Acuérdate de mí. Deja que suene el teléfono'. Para entonces ya no sonreía.

"Mi pobre esposo parecía atrapado entre el teléfono y yo. Sabía que su lealtad principal era hacia mí, y sabía también que él deseaba disfrutar de aquella noche tanto como yo, pero parecía paralizado por el timbre del teléfono.

" 'Será mejor que vaya y vea de qué se trata', dijo con ojos tristes. 'Probablemente no sea nada'.

" ' Si lo haces habrás arruinado nuestra cita', grité. 'Estoy segura'.

"Me apretó la mano y dijo: 'Volveré enseguida', y salió disparado a contestar el teléfono.

"Como mi esposo no regresó al auto de inmediato, supe qué estaba pasando. Salí del vehículo, entré en la casa y me fui a la cama. A la mañana siguiente se disculpó quedamente, yo acepté sus disculpas con una quietud aún mayor, y ahí quedó todo.

"O eso creía yo. Me percaté de que aquel hecho seguía molestándome semanas después. No culpaba a mi esposo, sin embargo seguía molesta. El recuerdo aún se conservaba fresco cuando se me acercó una hermana del barrio a la que apenas conocía. Muy vacilante, me preguntó si podía hablar conmigo. Me dijo que pensaba que se había enamorado de un hombre que parecía traer mucho ánimo a su vida monótona; ella, que estaba casada con un hombre que trabajaba a jornada completa y asistía a numerosas clases en la universidad. Su apartamento era como una prisión. Tenía niños pequeños muy exigentes, ruidosos y agotadores. Y dijo: 'Tuve la grande tentación de abandonar lo que consideraba mi estado desdichado e irme con aquel hombre. Mi situación era tal que sentía ser merecedora de algo mejor que lo que tenía. Mi raciocinio me llevó a pensar que podía alejarme de mi esposo, de mis hijos, de mis convenios del templo y de mi Iglesia, y hallar la felicidad con un extraño'.

"Y añadió: 'Todo estaba listo y habíamos acordado la hora de mi huida. Pero, en un último vestigio de cordura, la conciencia me dijo que llamara a su esposo, mi obispo. Digo *conciencia*, pero sé que fue una impresión espiritual directa del cielo. Llamé casi contra mi voluntad. El teléfono sonaba, sonaba y sonaba. Mire

cómo me hallaba mentalmente, que me dije: "Si el obispo no contesta, será una señal de que debo seguir adelante con el plan". El teléfono seguía sonando y estaba a punto de colgar y dirigirme directamente hacia mi destrucción, cuando entonces oí la voz de su esposo, la cual penetró mi alma como un rayo. De repente me hallé sollozando y diciendo: "Obispo, ¿es usted? Tengo problemas y necesito ayuda". Su esposo vino a ayudarme y hoy día estoy bien gracias a que él respondió al teléfono.

" 'Pienso en ello y me doy cuenta de que me sentía cansada y tontamente vulnerable. Amo a mi esposo y a mis hijos con todo mi corazón. No puedo imaginarme la tragedia que sería mi vida sin ellos. Nuestra familia aún está pasando por momentos difíciles; todo el mundo los tiene. Pero hemos hablado sobre esos asuntos y el futuro parece prometedor; siempre termina siéndolo'. Y añadió: 'No le conozco bien, pero deseo darle las gracias por apoyar a su esposo en su llamamiento. Desconozco cuál habrá sido el precio de ese servicio para usted o sus hijos, pero si algún día hay algún coste particularmente personal, sepa cuán eternamente agradecida estaré por el sacrificio que personas como usted hacen para ayudar a rescatar a gente como yo' ".

Hermanos y hermanas, entiendan que yo soy uno de los que predica de manera enfática una expectativa más razonable y realista de lo que nuestros obispos y otros líderes pueden hacer. Pienso particularmente que uno de los problemas más graves de la sociedad actual reside en la amplia gama de exigencias cívicas, profesionales y de otra índole que hacen que los padres, y en especial las madres, salgan del hogar donde se están criando los hijos. Y dado que soy un categórico partidario de que los cónyuges y los hijos se merecen disfrutar de un tiempo sagrado y dedicado con el esposo o el padre, nueve de cada diez

veces estarían de acuerdo con la esposa que dijo a su marido que *no* respondiera al teléfono. Pero me siento agradecido, como también se sintió aquella joven, de que en aquella ocasión, ese buen hombre siguiera las impresiones del Espíritu y contestara a su "llamada", en este caso, su "llamado a servir".

Testifico del hogar, de la familia y del matrimonio, las posesiones humanas más preciadas de nuestra vida. Testifico de la necesidad de protegerlas y preservarlas mientras encontramos el tiempo y la forma de servir fielmente en la Iglesia. Espero que estas prioridades estén en conflicto sólo en contadas excepciones, cuando en una hora, un día o una noche de crisis, el deber y una impresión espiritual requieren de nuestra respuesta. En estas circunstancias, rindo tributo a cada esposa que ha tenido que sentarse sola mientras se enfriaba la cena, a todo esposo que ha tenido que prepararse su propia cena (aunque con él de cocinero estaba destinada a enfriarse de todos modos), y a cada niño que haya sufrido la decepción de tener que posponer una acampada o de que alguno de sus padres no haya ido a verle jugar un partido (¡y espero que esto no ocurra con demasiada frecuencia!). Rindo tributo a cada presidente de misión, su esposa e hijos, a cada matrimonio llamado a servir con ellos, y a todos los demás que por un periodo de tiempo se pierden los nacimientos y los bautismos, las bodas y los funerales, el estar con la familia y tener experiencias divertidas como respuesta a un "llamado a servir". Gracias a todos los que, en las circunstancias difíciles que haya en la Iglesia, "hacen lo mejor que pueden" para edificar el reino de Dios en la tierra.

Testifico del sacrificio y del servicio del Señor Jesucristo, quien lo dio todo por nosotros, y que en ese espíritu de dar dijo: "Sígueme tú"[6]. "Si alguno me sirve, sígame", dijo, "y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará"[7]. Semejante servicio trae inevitablemente consigo decisiones difíciles sobre cómo equilibrar las prioridades y cómo ser el mejor discípulo que Él desea que seamos. Le agradezco Su guía divina para ayudarnos a tomar estas decisiones y auxiliar a los interesados en encontrar el camino correcto. Me siento agradecido por Él, porque "llevó... nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores"[8] y nos ha llamado a hacer lo mismo los unos por los otros. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

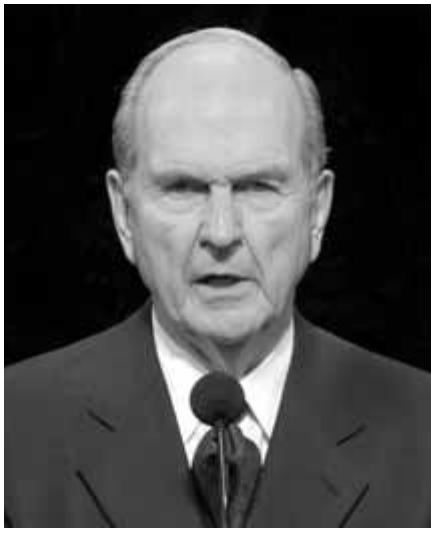
NOTAS

1. Para la obra definitiva que documenta estas experiencias, véase James B. Allen, y otros, *Men with a Mission: The Quorum of the Twelve Apostles in the British Isles, 1837–1841* (1992). Los padecimientos de Vilate Kimball y Mary Ann Young se hallan en las páginas 267–276.
2. Véase *Himnos*, Nº 161.
3. Véase Mosíah 4:27.
4. Ésta es una doctrina demasiada extensa como para documentarla aquí. Véase Moisés 5:4–8; 3 Nefi 9:17–21; D. y C. 59:8–12; 97:8–9.
5. Véase *Lectures on Faith,* 1985, págs. 68–69.
6. Juan 21:22.
7. Juan 12:26.
8. Mosíah 14:4; véase también Isaías 53:4.

“Bienaventurados los pacificadores”

ÉLDER RUSSELL M. NELSON
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La paz es una virtud de importancia fundamental que debemos procurar alcanzar.



Entre los viajes más memorables de todos los que he hecho con mi familia, destacan nuestras peregrinaciones a la Tierra Santa. Las visitas que hemos hecho a esa parte del mundo nos han cambiado la vida. Pero ahora, la Tierra Santa es una caldera que hierve de agitación, y de acceso prohibido para los que quisieran ir allí en busca de alimento espiritual. Prácticamente todas las partes del mundo están plagadas de actos de terror que antes eran desconocidos. La confusión sobreviene a muchas personas que mientras ruegan por la paz encaran con temor a los que se valen de la violencia para lograr sus fines.

La paz y la contención

En las Escrituras se han profetizado los tiempos peligrosos en los que vivimos. Se ha previsto nuestra época como una etapa de “fuegos, y tempestades, y vapores de humo en países extranjeros… guerras, rumores de guerras y terremotos en diversos lugares… en que habrá grandes contaminaciones sobre la superficie de la tierra… y toda clase de abominaciones”[1].

Esa profecía hace eco al relato de las Escrituras de la segunda generación de la vida humana[2] sobre la tierra: “Y en aquellos días Satanás ejercía gran dominio entre los hombres y agitaba sus corazones a la ira; y desde entonces hubo guerras y derramamiento de sangre; y buscando poder, el hombre levantaba su mano en contra de su propio hermano…”[3]. Desde los tiempos de Caín y Abel[4], de Esaú y Jacob[5], y de José que fue vendido para Egipto[6], las enemistades familiares han alimentado las llamas de la hostilidad.

El odio entre hermanos y vecinos ha llegado en la actualidad a reducir ciudades sagradas a urbes de dolor. Cuando pienso en la difícil situación de esos lugares, acude a mi memoria el proverbio: “Los hombres escarnecedores ponen la ciudad en llamas; mas los sabios apartan la ira”[7].

Punto de vista doctrinal

Las Escrituras dan luz tanto sobre la causa como sobre el remedio de la enfermedad del odio humano: “…el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo…”[8].

La paz prevalece sólo si se sustituye esa inclinación natural a contender con la autodeterminación de vivir a un nivel más elevado. El venir a Jesucristo que es el “Príncipe de paz”[9] es el camino que conduce a la paz en la tierra y a la buena voluntad entre los hombres[10]. Él nos ha hecho la promesa: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”[11].

Jesús enseñó a las personas el modo de vivir unas con otras. Él proclamó los dos grandes mandamientos; primero: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”[12], y el segundo: “y a tu prójimo como a ti mismo”[13].

En seguida, añadió: “Amad a vuestros enemigos, [y] bendecid a los que os maldicen”[14].

Él enseñó la Regla de Oro: “…todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos…”[15]. Este principio se encuentra en casi todas las religiones principales. Otras personas, como por ejemplo, Confucio y Aristóteles, también lo enseñaron[16]. Después de todo, el Evangelio no comenzó con el Niño de Belén. Es sempiterno. Fue proclamado en el principio a Adán y Eva. Partes del Evangelio se han conservado en diversas culturas. Aun las mitologías paganas se han engrandecido con fragmentos de la verdad de dispensaciones anteriores.

Esté donde esté y se exprese como se exprese, la Regla de Oro contiene el código moral del reino de Dios.

Prohíbe el que una persona se inmiscuya en los derechos de otra. Es igualmente válida con respecto a las naciones, a las asociaciones y a las personas en forma individual. Con compasión y tolerancia, ella reemplaza el deseo de venganza del "ojo por ojo, y diente por diente"[17]. Si permaneciéramos en ese viejo y infructuoso camino, estaríamos todos ciegos y sin dientes[18].

Ese concepto de tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros es fácil de comprender y lleva implícitos los valiosos atributos de cada hijo e hija de Dios[19]. La Escritura pide a los padres que no consientan que sus hijos "contiendan y riñan unos con otros y sirvan al diablo, que es el maestro del pecado", sino, dice: "les enseñaréis a amarse mutuamente y a servirse el uno al otro"[20].

Jesús enseñó la importancia de la reconciliación y de la resolución de las discrepancias entre las personas. Él dijo:

"…cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio…

"Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,

"deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda"[21].

El Maestro de maestros nos enseñó: "perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.

"Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas"[22].

Jesús dijo que llegaría el día del juicio y que todas las personas darán cuenta de su vida mortal y de cómo habrán tratado a las demás personas[23].

Obligaciones cívicas

Los mandamientos de amar a Dios y al prójimo están vinculados.

No podemos amar plenamente a Dios si no amamos a nuestros semejantes. No podemos amar plenamente a nuestros semejantes si no amamos a Dios. Los hombres son en verdad hermanos porque Dios es en verdad nuestro Padre. Sin embargo, las Escrituras están salpicadas de relatos de contención y combates; condenan enérgicamente los actos bélicos de agresión, pero sustentan la obligación de los ciudadanos de defender sus familias y su libertad[24]. Por motivo de que "creemos en estar sujetos a los reyes, presidentes, gobernantes y magistrados; en obedecer, honrar y sostener la ley"[25], los miembros de esta Iglesia serán llamados al servicio militar de diversas naciones. "Creemos que Dios instituyó los gobiernos para el beneficio del hombre, y que él hace a los hombres responsables de sus hechos con relación a dichos gobiernos, tanto en la formulación de leyes como en la administración de éstas, para el bien y la protección de la sociedad"[26].

Durante la segunda guerra mundial, cuando los miembros de la Iglesia se vieron obligados a luchar en bandos opuestos, la Primera Presidencia afirmó que "el gobierno es responsable del control civil de sus ciudadanos o súbditos, así como del bienestar político de ellos y del llevar a cabo tácticas políticas, interiores y exteriores… Pero la Iglesia en sí, como tal, no tiene responsabilidad de esas tácticas, [ni de otra cosa] que no sea exhortar a sus miembros a dar toda su… lealtad a su país"[27].

La paz sí es posible

Por motivo de la larga historia de las hostilidades que ha habido sobre la tierra, muchas personas consideran que la paz no se puede conseguir. No estoy de acuerdo con eso; la paz sí es posible. Podemos aprender a amar a nuestros semejantes de todo el mundo. Sean judíos, musulmanes o correligionarios cristianos, o sean hinduistas, budistas u otros, sí podemos vivir juntos con admiración y respeto mutuos, sin renunciar a nuestras convicciones religiosas. Las cosas que tenemos en común son de mayor envergadura que nuestras diferencias. La paz es una virtud de importancia fundamental que debemos procurar alcanzar. Los profetas del Antiguo Testamento creyeron que era posible y nosotros también debemos creerlo. El salmista dijo: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones"[28], "...hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra"[29].

Al padre Abraham se le llamó singularmente "amigo de Dios"[30]. La paz tuvo para Abraham una prioridad absoluta; él deseó ser "un príncipe de paz"[31]. Su influencia podría cobrar mucha importancia en nuestra actual búsqueda de la paz. Sus hijos, Ismael e Isaac, aunque de madres diferentes, superaron sus desacuerdos cuando se ocuparon en una causa común. Cuando su progenitor hubo muerto, juntos sepultaron los restos de su exaltado padre[32]. Sus descendientes bien podrían seguir ese ejemplo.

La posteridad de Abraham tiene un potencial que ha sido divinamente decretado. El Señor dijo que haría de Ismael una gran nación[33] y que en la descendencia de Abraham, de Isaac y de Jacob serían benditas todas las

naciones de la tierra[34].

De manera que los descendientes de Abraham —a quienes se han hecho grandes promesas de influencia infinita— se encuentran en una posición de importancia fundamental para surgir como pacificadores. Habiendo sido escogidos por el Todopoderoso, son capaces de dirigir el rumbo de su poderoso potencial hacia la paz.

Para que se solucionen las dificultades políticas actuales harán falta mucha paciencia y numerosas negociaciones. El procedimiento se realzaría en gran medida si se siguiera con oración.

Isaías profetizó de buenas posibilidades para nuestra época. Al hablar de la congregación de Israel y de la restauración de la Iglesia por conducto del profeta José Smith, Isaías escribió:

"...acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzará otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo...

"Y levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra"[35].

Esas profecías de esperanza podrían concretarse si tanto los líderes como los ciudadanos de las naciones aplicaran las enseñanzas de Jesucristo. La nuestra podría ser entonces una etapa de paz y de progreso incomparables. La crueldad del pasado quedaría sepultada. La guerra y sus horrores quedarían relegados a un vago rincón de la memoria. Las naciones se sustentarían mutuamente en sus aspiraciones. Los pacificadores podrían dirigir el arbitraje, prestar ayuda a los necesitados e infundir esperanza a los que tienen temor. A esos patriotas los alabarían las futuras generaciones y los glorificaría nuestro Dios Eterno.

La esperanza del mundo es el Príncipe de Paz: nuestro Creador, Salvador, Jehová y Juez. Él nos ofrece la vida buena, la vida en abundancia y la vida eterna. La vida tranquila y la prosperidad están al alcance de los que cumplan Sus preceptos[36] y sigan Su sendero que conduce a la paz. Esto testifico a todo el mundo.

Los miembros de la Iglesia

Ahora bien, con respecto a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ¿qué espera el Señor de nosotros? Como Iglesia, debemos "renuncia[r] a la guerra y proclama[r] la paz"[37]. Como personas, debemos seguir "lo que contribuye a la paz"[38], ser pacificadores y vivir en paz, como matrimonios, familias y vecinos. Debemos vivir la Regla de Oro. Tenemos los escritos de los descendientes de Judá que ya se han unido con los escritos de los descendientes de Efraín[39]. Debemos emplearlos y ensanchar nuestro círculo de amor para abarcar a toda la familia humana. Debemos llevar el amor divino y las doctrinas reveladas de la religión restaurada a nuestros vecinos y amigos. Debemos estar al servicio de ellos en la medida de nuestras posibilidades y oportunidades. Debemos conservar nuestros principios en un nivel elevado y defender lo recto. Debemos continuar congregando al Israel disperso por los cuatro cabos de la tierra y ofrecerle las ordenanzas y los convenios que sellan a las familias para siempre. Hemos de llevar esas bendiciones a las personas de todas las naciones.

Si vivimos de ese modo, nuestro Maestro nos bendecirá, pues nos ha hecho esta promesa: "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia"[40].

La nuestra es la causa celestial del Señor. La nuestra es la causa de la gloria eterna para todo el género humano. Y, en calidad de pacificadores, seremos llamados los hijos de Dios. De ello testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mormón 8:29–31; véase también 2 Timoteo 3:1–7, 12–13; D. y C. 45:26–27.
2. Se remonta a la época de Set, hijo de Adán y Eva.
3. Moisés 6:15.

4. Véase Génesis 4:8–10.
5. Véase Génesis 27:41.
6. Véase Génesis 37:28.
7. Proverbios 29:8.
8. Mosíah 3:19.
9. Isaías 9:6.
10. Véase Lucas 2:14.
11. Mateo 5:9; véase también 3 Nefi 12:9; *Joseph Smith Translation*, Mateo 5:11.
12. Mateo 22:37.
13. Mateo 22:39; véase también Lucas 10:27; D. y C. 59:5–6.
14. Mateo 5:44.
15. Mateo 7:12; véase también Lucas 6:31; 3 Nefi 14:12.
16. Véase B. H. Roberts, *New Witnesses for God,* 3 tomos, 1909–1911, tomo III, págs. 492–493.
17. Mateo 5:38; véase también Éxodo 21:24–27; Levítico 24:20.
18. Véase Joseph Stein, *Un violinista sobre el tejado*, 1964, pág. 142.
19. Véase Mateo 25:40; D. y C. 18:10.
20. Mosíah 4:14–15.
21. Mateo 5:22–24; véase también 3 Nefi 12:22–24; *Joseph Smith Translation*, Mateo 5:24–26.
22. Marcos 11:25–26; véase también *Joseph Smith Translation*, Marcos 11:27–28.
23. Véase Mateo 12:36; Romanos 14:10–12; 1 Juan 4:16–21; Alma 41:3; 3 Nefi 27:16–22.
24. Véase Alma 43:45–47; 46:11–12, 19–20; 48:11–16.
25. Artículos de Fe 1:12.
26. D. y C. 134:1.
27. En James R. Clark, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* 6 tomos, 1965–1975, tomo VI, págs. 155–156.
28. Salmos 46:1.
29. Salmos 46:9.
30. Santiago 2:23; véase también 2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8. Hace largo tiempo, nuestro Creador hizo un convenio con Abraham, el cual había de aplicarse a "mil generaciones" (Deuteronomio 7:9; véase también 1 Crónicas 16:15; Salmos 105:8). Ha de cumplirse en los últimos días (véase 1 Nefi 15:13, 18; D. y C. 124:58; 132:30).
31. Abraham 1:2.
32. Véase Génesis 25:9. Abram, el nombre original de Abraham, significa "padre exaltado" (véase el *Bible Dictionary*, "Abraham", pág. 601).
33. Véase Génesis 21:13, 18.
34. Véase Génesis 17:19; 21:12; 22:18; 28:13–14; 35:9–12; Éxodo 32:13; Deuteronomio 9:5; Abraham 2:11; *Joseph Smith Translation,* Génesis 17:25.
35. Isaías 11:11–12; véase también Romanos 15:12.
36. Véase 2 Crónicas 20:20; Mateo 6:24–33; Juan 10:10; 1 Nefi 2:20; 4:14; 2 Nefi 1:9, 20; 4:4; Jarom 1:9; Mosíah 1:7; 2:22, 31; Alma 9:13; 36:1, 30; 37:13; 38:1; 48:25; 50:20; Helamán 3:20; D. y C. 64:34.
37. D. y C. 98:16.
38. Romanos 14:19.
39. Véase Ezequiel 37:16–19; 2 Nefi 3:12.
40. Isaías 41:10.

El patriarca de estaca

PRESIDENTE BOYD K. PACKER
Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles

El Señor tiene un interés particular en el patriarca, quien ocupa un cargo exclusivo en la Iglesia.

Hace cincuenta y ocho años, llamé a la puerta de J. Roland Sandstrom, patriarca de la Estaca Santa Ana, California, con la recomendación de mi obispo para recibir la bendición patriarcal. No nos conocíamos y no volveríamos a encontrarnos en catorce años. Volvimos a vernos quince años después, y, en esa ocasión, como miembro de los Doce, le di una bendición el día antes de que falleciera.

Recibí la transcripción de la bendición por correo en el cuartel de la base de la fuerza aérea a la que me habían destacado. En aquel entonces yo no sabía, como lo sé ahora, que un patriarca tiene visión profética, que la bendición que me dio sería más que una guía para mí, puesto que ha sido un escudo, una protección.

La revelación indica que "es el deber de los Doce ordenar ministros evangelistas en todas las ramas grandes de la iglesia, según les sea designado por revelación"[1].

El profeta José Smith dijo: "El evangelista es un patriarca... Dondequiera que la Iglesia de Cristo se halle establecida sobre la tierra, allí debe haber un patriarca para el beneficio de la posteridad de los santos, tal como fue con Jacob cuando dio su bendición patriarcal a sus hijos"[2].

Las Escrituras hablan de tres tipos de patriarcas: los padres de familia[3], los profetas líderes de los tiempos antiguos y el patriarca de estaca, oficio al que se es ordenado en el Sacerdocio de Melquisedec[4].

El padre de familia es patriarca de su familia y puede y debe dar bendiciones de padre a sus hijos.

Hasta hace unos pocos años, todo patriarca de estaca era llamado y ordenado por un miembro del Quórum de los Doce Apóstoles. Cuando el número de estacas aumentó, esa responsabilidad se delegó al presidente de estaca.

Al igual que los demás oficios del Sacerdocio de Melquisedec —élderes, sumos sacerdotes, setentas y apóstoles—, el patriarca de estaca es ordenado en lugar de ser apartado.

El presidente de estaca envía el nombre de un hermano al Quórum de los Doce Apóstoles. Cada nombre se tiene en cuenta detenidamente y con oración. Una vez que es aprobado, el patriarca es sostenido en una conferencia de estaca; en seguida, es ordenado. Entonces él, con percepción profética, pronunciará bendiciones sobre la cabeza de los que vayan a él con la recomendación del obispo de su respectivo barrio.

Hay una publicación titulada *Información y sugerencias para patriarcas,* en la que se dan instrucciones al presidente de estaca y al patriarca con respecto a este sagrado oficio. Esa publicación la trataron durante años la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce. Cada vez que se revisaba, se reducía de tamaño. Uno de los hermanos de mayor antigüedad del Quórum dijo: "Hermanos, no debemos inmiscuirnos demasiado entre el Señor y Sus patriarcas".

Ahora pedimos a todo presidente de estaca y a todo patriarca que relea ese breve documento. Léanlo más de una vez.

Los patriarcas no solicitan dar bendiciones. Los miembros deben procurar recibir la bendición cuando se sientan inspirados a hacerlo. No hay edad determinada para recibir la bendición patriarcal. El obispo se asegura de que el miembro tenga la edad y la madurez suficientes para entender el significado y la importancia de tal bendición.

Las bendiciones patriarcales las registra y las transcribe la persona que haya sido asignada por el presidente de estaca. Esa bendición llega a ser un tesoro muy personal.

Con excepción de los familiares inmediatos, no debemos permitir que otras personas lean nuestra bendición ni debemos pedir a nadie que la interprete. Ni el patriarca ni el obispo pueden ni deben interpretarla.

Cuando los Doce llamaban y ordenaban a los patriarcas, compartíamos las experiencias que teníamos al respecto. Aprendimos que el Señor tiene un interés particular en el patriarca, quien ocupa un cargo exclusivo en la Iglesia.

Dos patriarcas de estaca conversan afuera del Centro de Conferencias.

Recuerdo una conferencia en la que el patriarca de ésta era muy anciano. Si bien su ordenación seguiría vigente, había llegado el momento de eximirle de dar bendiciones.

El presidente de estaca había recomendado a un hermano que tenía mucha experiencia de liderazgo. Sin embargo, yo no tenía la sensación de que él debía ser el patriarca.

Estaba al tanto de que la Primera Presidencia había indicado a los presidentes de estaca: "El que un hombre haya cumplido honorablemente sus deberes en un oficio directivo y el que haya llegado a una edad madura no es razón para que deba o no deba ser un buen patriarca... [El patriarca de estaca debe ser un hombre que haya] cultivado en su alma el espíritu de los patriarcas; de hecho, ésa debe ser su característica más notable... al igual que debe ser [un hombre] de sabiduría que posea el don y el espíritu para bendecir"[5].

Cuando la reunión de la noche estaba a punto de comenzar, un hombre mayor avanzó hasta la mitad del pasillo y, al no encontrar asiento, se fue a la parte de atrás de la capilla. No estaba tan bien vestido como la mayoría de las demás personas y era evidente que pasaba mucho tiempo al aire libre.

Pregunté en voz baja al presidente de estaca: "¿Quién es ese hermano?".

Percibiendo lo que yo estaba pensando, me dijo: "Ah, no creo que él pudiese ser el patriarca. Vive en la periferia de un barrio distante y nunca ha sido miembro de un obispado ni del sumo consejo".

Se le invitó a ofrecer la primera oración y ni bien había él dicho unas pocas palabras cuando llegó la confirmación por revelación: "Éste es el patriarca".

Según recuerdo, tenía seis hijos y una hija. El menor se hallaba entonces cumpliendo una misión, como lo habían hecho sus hermanos mayores que ya estaban casados y que vivían en diversas partes del país, y todos ellos servían fielmente en la Iglesia.

"¿Y su hija?", le pregunté.

"Ah", me dijo: "usted la conoce; es la esposa de uno de los consejeros de la presidencia de la estaca".

Yo pensé: "¡Un patriarca, este hombre es un auténtico patriarca!".

Antes de la sesión general de esa conferencia, me encontré en el vestíbulo con el patriarca anciano y le dije: "Hoy le daremos ayuda en el oficio de patriarca".

Él me contestó: "¡Ah, gracias! Lo agradeceré mucho, muchísimo".

Agregué: "Permítame decirle el nombre del nuevo patriarca; entonces, usted, el presidente de la estaca y yo seremos los únicos que lo sabremos".

Cuando le dije el nombre, sobrecogido, exclamó: "¡*Esto es* sorprendente! Le vi entre la gente cuando entraba en el edificio y me dije: '¿No sería él un magnífico patriarca?' ". Aquello fue una inspiradora confirmación del anciano patriarca.

No hay nada como este oficio en toda la Iglesia ni en todo el mundo.

Los presidentes de estaca deben ser particularmente solícitos con el patriarca. Deben invitarle a sentarse en el estrado y reconocer su presencia.

En ocasiones regulares, tal vez dos veces al año, deben ustedes entrevistar al patriarca y leer algunas de las bendiciones que haya dado. Recuérdenle que cada bendición debe ser individual y especial para la persona. El presidente de estaca no debe desatender esa lectura periódica de bendiciones.

Una vez ordené a un patriarca que se sentía agobiado por la responsabilidad. Durante meses no consiguió llegar a dar una bendición. Por último, le preguntó al presidente de estaca si podía escribir un párrafo a modo de introducción para las bendiciones patriarcales. El presidente de estaca le dio su aprobación.

Posteriormente, me dijo: "Cuando fue el primer joven a recibir su bendición, gracias a que yo había memorizado la introducción, me sentí cómodo. Puse las manos sobre su cabeza y no empleé ni una sola palabra de ella. Aquel día aprendí de quién son las bendiciones. No son mis bendiciones, sino que son dictadas por el Espíritu".

Se ha dicho que una bendición patriarcal es " '[un párrafo] del libro de vuestras posibilidades'. Si leemos nuestra bendición patriarcal, veremos lo que el espíritu de profecía habrá manifestado en cuanto a lo que cada uno de nosotros puede llegar a ser"[6].

Una parte esencial de la bendición patriarcal es la declaración del linaje. Mediante el estudio detenido de las Escrituras, el patriarca se familiariza con el orden patriarcal; aprende el destino de las tribus de Israel.

Las Autoridades Generales han enseñado: "Al dar una bendición, el patriarca puede declarar nuestro linaje, es decir, que somos de Israel y, por consiguiente, de la familia de Abraham, y de una tribu específica de Jacob. En la mayoría de los casos, los Santos de los Últimos Días son de la tribu de Efraín, la tribu a la que se dio la responsabilidad de dirigir la obra de los últimos días. Ya sea que vengan las bendiciones por linaje o por adopción, no importa (Perla de Gran Precio, Abraham 2:10). Eso es muy importante, puesto que sólo por el linaje de Abraham se cumplirán las grandes bendiciones del Señor a Sus hijos sobre la tierra (Génesis 12:2, 3; Perla de Gran Precio, Abraham 2:11).

"Entonces, el patriarca, mirando hacia lo futuro, describe las bendiciones y las promesas, algunas especiales, otras generales, a las que la persona del linaje correspondiente... tiene derecho; y, por medio de su autoridad, las sella sobre ella, a fin de que le pertenezcan para siempre mediante su fidelidad"[7].

Puesto que cada uno de nosotros lleva diversos linajes, a dos miembros de una familia se les puede declarar que son de diferentes tribus de Israel.

Un patriarca puede dar bendiciones patriarcales a sus propios hijos, nietos y bisnietos que vayan a él recomendados por su respectivo obispo.

Cuando se nos hacen solicitudes de alguna excepción, para que una persona reciba una bendición de un tío o de algún amigo predilecto de la familia, invitamos a que se siga el método establecido y a que las personas

reciban la bendición del patriarca de su propia estaca.

En los distritos de las misiones o en las estacas en las que no haya patriarca, los miembros pueden recibir la recomendación de su obispo o presidente de rama respectivo para que les dé la bendición el patriarca de una estaca contigua.

Alguna que otra vez, puede suceder que los miembros piensen que su bendición es un tanto menos de lo que esperaban. Pero, a medida que pase el tiempo, advertirán en ella el poder de la revelación.

A veces, alguien se preocupará porque alguna promesa hecha en su bendición patriarcal todavía no se ha cumplido. Por ejemplo, en una bendición se puede indicar que la persona contraerá matrimonio y ésta no encuentra compañero o compañera. Eso no significa que la bendición no se cumplirá. Conviene saber que las cosas ocurren en el debido tiempo del Señor y no siempre en el nuestro. Las cosas de naturaleza eterna no tienen límite de tiempo. Desde la existencia preterrenal hasta nuestra existencia más allá del velo de la muerte, nuestra vida es una vida eterna.

Circunstancias como la edad avanzada o las dolencias, el mudarse fuera de la estaca, o el llamamiento a servir en una misión puede hacer preciso que el presidente de estaca recomiende al Quórum de los Doce Apóstoles que al patriarca se le exima honorablemente del servicio activo.

El presidente Harold B. Lee contó lo ocurrido con respecto al llamamiento de un patriarca. Él y el presidente de estaca fueron a la casa del hermano, quien había estado trabajando con sus hijos en la granja de bienestar todo el día, por lo que estaba cansado y cubierto de polvo y sudor.

El presidente Lee comentó: "Le hice sentirse aún más cansado cuando le dije la razón por la que había ido a verle: que iba a ser llamado a ser el patriarca de esa estaca".

Después de la sesión de la mañana de la conferencia, donde ese hermano expresó un notable testimonio, fueron a una oficina del sótano.

La esposa del presidente de la estaca estuvo presente y escribió al presidente Lee: "Cuando usted puso las manos sobre la cabeza [del hermano], pensé: Con este hermano alternamos, hemos salido de viaje con él, hemos ido a bailes... y, ahora, parte de su responsabilidad es declarar el linaje de cada persona a la que dé una bendición. Él no ha estudiado lenguas antiguas, ¿cómo va a saberlo?

"...Usted se acercó y puso las manos sobre su cabeza, y una luz que vino por detrás, pasó a través de usted hacia él. Y yo pensé: Qué extraña coincidencia que un rayo de sol haya entrado precisamente en ese momento. Pero después me di cuenta de que no había [ventana alguna], ni nada por donde entrase un rayo de sol. Había presenciado la respuesta a mi pregunta... Esa luz provino de algún lugar más allá del hermano Lee, pasó a través del hermano Lee y llegó al patriarca. Entonces supe de dónde iba él a obtener esa información: por medio de las revelaciones de Dios Todopoderoso"[8].

Y así debe ser. Cada vez que un patriarca es ordenado o que pronuncia una bendición, esa misma luz, aunque no sea visible, está presente. Confiere poder al patriarca para declarar el linaje y dar una bendición profética, aunque él sea un hombre de capacidad normal.

No permitan que el oficio de patriarca de estaca se desatienda ni se pase por alto. Es esencial para el poder espiritual de la estaca.

Ahora bien, presidentes de estaca, atiendan solícitamente a la obra de su patriarca de estaca. Consérvenle cerca de ustedes; entrevístenle y lean selecciones de las bendiciones que haya dado.

Hablando ahora a los patriarcas: Ustedes han sido escogidos para un oficio que muy pocos hombres han sido llamados a poseer. Deben vivir de tal manera que, mediante la inspiración espiritual, puedan dar proféticas e inspiradas bendiciones. Sean patriarcas ejemplares en su propia familia. Vivan de modo que sean dignos del Espíritu. Experimenten el regocijo de su llamamiento.

El patriarca [que me bendijo], que nunca me había visto, me hizo una promesa que se aplica a cada uno de nosotros. Él me dijo: "Mira hacia adelante a la luz de la verdad, a fin de que la sombra del error, de la incredulidad, de la duda y del desaliento caiga detrás de ti"[9]. Muchas veces he recibido fortaleza al leer esa bendición patriarcal que me dio un inspirado siervo del Señor.

Doy testimonio de que éste es un oficio santo, un oficio sagrado, una bendición para esta Iglesia, de que es un ejemplo de las bendiciones que el Señor ha establecido en Su Iglesia para bendición de todos nosotros. Y doy testimonio de Él, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 107:39.
2. *Enseñanzas del Profeta José Smith,* págs. 179–180.
3. Adán aconsejó y bendijo a su posteridad (véase D. y C. 107:42–56); Jacob bendijo a sus hijos y a los descendientes de éstos (véase Génesis 49:1–28); Lehi bendijo a su posteridad (véase 2 Nefi 4:3–11).
4. El Salvador ordenó apóstoles, profetas y evangelistas (Efesios 4:11); el deber de los Doce es ordenar evangelistas (véase D. y C. 107:39); Hyrum Smith había de ocupar el oficio de patriarca (véase D. y C. 124:91–92, 124; 135:1).
5. Carta de la Primera Presidencia, 29 de junio de 1903; véase también James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, págs. 57–58.
6. Harold B. Lee, *Stand Ye in Holy Places*, 1975, pág. 117.
7. John A. Widtsoe, *Evidences and Reconciliations*, 3 tomos, 1943–1951, tomo I, págs. 73–74.
8. *The Teachings of Harold B. Lee*, editado por Clyde J. Williams, 1996, págs. 488–489.
9. Bendición Patriarcal de Boyd K. Packer, 15 de enero de 1944, pág. 2.

La generación más grandiosa de misioneros

ÉLDER M. RUSSELL BALLARD
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Les suplicamos a ustedes, nuestros jóvenes del Sacerdocio Aarónico, que se superen, que estén a la altura de lo que pueden llegar a ser y que estén plenamente preparados para servir al Señor.

En una de las historias más poderosas e instructivas del Libro de Mormón, el pueblo de Ammón había hecho convenio de nunca volver a tomar armas para derramar sangre humana. Mas "cuando vieron el peligro, y las muchas aflicciones... que los nefitas padecían por ellos, se llenaron de compasión y sintieron deseos de tomar las armas en defensa de su país" (Alma 53:13). Helamán y sus hermanos los persuadieron a honrar el convenio que habían hecho con el Señor.

El relato de las Escrituras no nos dice quién señaló primeramente que sus hijos no habían hecho el mismo convenio que sus padres, pero me gusta pensar que fue uno de los jóvenes quien sugirió la posibilidad de que a él y a sus compañeros se les permitiera "portar armas... y... [llamarse] nefitas.

"E hicieron un convenio de luchar por la libertad de los nefitas, sí, de proteger la tierra hasta con su vida" (Alma 53:16–17).

Ése era un cometido extraordinario para un grupo de 2.000 jóvenes, pero ellos eran extraordinarios. De acuerdo con el registro de las Escrituras, eran "sumamente valientes en cuanto a intrepidez, y también en cuanto a vigor y actividad; mas he aquí, esto no era todo; eran hombres que en todo momento se mantenían fieles a cualquier cosa que les fuera confiada.

"Sí, eran hombres verídicos y serios, pues se les había enseñado a guardar los mandamientos de Dios y a andar rectamente ante él" (Alma 53:20–21).

El resto de la historia nos cuenta que esos jóvenes pelearon con valentía contra el ejército lamanita compuesto de hombres mucho mayores y de más experiencia. Según su líder, Helamán, "combati[eron] como con la fuerza de Dios... y con tanto ímpetu cayeron sobre los lamanitas, que los llenaron de espanto; y por esta razón los lamanitas se rindieron como prisioneros de guerra" (Alma 56:56).

¡Imagínense! Esos jóvenes inexpertos estaban tan preparados espiritual y físicamente, y eran tan poderosos, que espantaron a sus enemigos ¡al grado de que se rindieron! Aun cuando en un momento dado todos los 2.000 jóvenes fueron heridos en la batalla, ninguno murió (véase Alma 57:25). Cito de nuevo a Helamán: "Y lo atribuimos con justicia al milagroso poder de Dios, por motivo de su extraordinaria fe en lo que se les había enseñado a creer: que había un Dios justo, y que todo aquel que no dudara, sería preservado por su maravilloso poder" (Alma 57:26).

Hermanos, en la actualidad estamos peleando una batalla que en muchos aspectos es más arriesgada y más peligrosa que la batalla que se libró entre nefitas y lamanitas. Nuestro enemigo es astuto y hábil. Estamos peleando contra Lucifer, el padre de todas las mentiras, el enemigo de todo lo que es bueno, correcto y santo. Verdaderamente vivimos en el tiempo del cual profetizó el apóstol Pablo, en que "habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,

"sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,

"…amadores de los deleites más que de Dios,

"que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita" (2 Timoteo 3:2–5).

¿No les parece eso familiar, hermanos? A mí me parece como lo que se ve en la televisión por la noche, en las

horas de mayor audiencia.

Vivimos en "tiempos peligrosos". Nuestra lucha es literalmente por las almas de los hombres. El enemigo es implacable y despiadado. Está tomando prisioneros eternos a un ritmo alarmante, y no hay señales de que esté aminorando sus esfuerzos.

Si bien estamos profundamente agradecidos por los muchos miembros de la Iglesia que hacen grandes cosas en la batalla por la verdad y el bien, debo decirles honradamente que no es suficiente. Necesitamos mucha más ayuda. Y tal como el pueblo de Ammón acudió a sus hijos para obtener refuerzos para la guerra en contra de los lamanitas, así acudimos nosotros a ustedes, mis jóvenes hermanos del Sacerdocio Aarónico. Les necesitamos. Al igual que los 2.000 jóvenes guerreros de Helamán, ustedes también son hijos espirituales de Dios y pueden ser investidos con poder para edificar y defender Su reino. Necesitamos que hagan convenios sagrados, así como ellos lo hicieron. Necesitamos que sean meticulosamente obedientes y fieles, tal como ellos lo fueron.

Lo que actualmente necesitamos es la generación más grandiosa de misioneros que haya existido en la historia de la Iglesia. Necesitamos misioneros dignos, capacitados y vigorosos espiritualmente que, al igual que los 2.000 jóvenes guerreros de Helamán, sean "sumamente valientes en cuanto a intrepidez, y también en cuanto a vigor y actividad" y que sean "en todo momento... fieles a cualquier cosa que les [sea] confiada" (Alma 53:20).

Escuchen esas palabras, mis hermanos jóvenes: *Valientes. Intrepidez. Vigor. Actividad. Fieles*. No necesitamos jóvenes espiritualmente débiles y que estén comprometidos sólo a medias; no necesitamos que simplemente llenen un puesto, sino que necesitamos todo su corazón y toda su alma. Necesitamos misioneros

vibrantes, inteligentes y fervientes que sepan escuchar y responder a los susurros del Santo Espíritu. Éste no es el momento para los alfeñiques espirituales; no podemos enviarles a una misión para que se reactiven, se reformen o para que obtengan un testimonio; simplemente no tenemos tiempo para eso. Queremos que estén llenos de "fe, esperanza, caridad y amor, con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios" (D. y C. 4:5).

En calidad de Apóstol del Señor Jesucristo, les insto a comenzar ahora —esta noche— a ser plena y completamente dignos. Tomen la determinación y prométanse a ustedes mismos y a Dios que a partir de este momento se esforzarán diligentemente por mantener sus corazones, manos y mentes puros y sin mancha de cualquier tipo de transgresión moral. Tomen la decisión de evitar la pornografía, tal como evitarían la más peligrosa enfermedad, pues eso es precisamente lo que es; tomen la determinación de abstenerse completamente del tabaco, del alcohol y de las drogas prohibidas; hagan el firme propósito de ser honrados; decidan ser buenos ciudadanos y observar las leyes del país en que vivan; tomen la determinación que desde esta noche en adelante nunca profanarán su cuerpo ni utilizarán lenguaje vulgar e impropio de un poseedor del sacerdocio.

Y eso no es todo lo que esperamos de ustedes, mis jóvenes hermanos. Esperamos que tengan un entendimiento y un testimonio fuerte y sólido del Evangelio restaurado de Jesucristo; esperamos que trabajen con gran esfuerzo; esperamos que hagan convenios y que los guarden; esperamos que sean misioneros que estén a la altura de nuestro glorioso mensaje.

Éstas son normas elevadas; lo comprendemos, pero no nos disculpamos por ello, ya que reflejan las normas del Señor para poder recibir el Sacerdocio de Melquisedec, para entrar en el templo, para servir como misioneros y para ser esposos y padres rectos. No hay nada nuevo en ellas, nada que no hayan escuchado antes. Pero esta noche les suplicamos a ustedes, nuestros jóvenes del Sacerdocio Aarónico, que se superen, que estén a la altura de lo que pueden llegar a ser y que estén plenamente preparados para servir al Señor.

Muchos de ustedes ya van por ese camino, y les felicitamos por su dignidad y determinación. Para aquellos que no vayan por ese camino, sea esta noche el comienzo de su proceso de preparación. Si ven que tienen deficiencias en la dignidad, decidan hacer los cambios necesarios y comiencen a hacerlo ahora mismo. Si piensan que deben hablar con su padre y con su obispo sobre algún pecado que hayan cometido, no esperen; háganlo ahora. Ellos les ayudarán a arrepentirse y a cambiar a fin de que

puedan ocupar su lugar como miembros de la generación más grandiosa de misioneros.

Asegúrense de entender esto: el nivel de la norma para el servicio misional se ha elevado. Los días del misionero que "se arrepiente y se va" ya pasaron. Ustedes saben a lo que me refiero, ¿no es así, mis jóvenes hermanos? Algunos jóvenes tienen la idea errónea de que pueden tener una conducta pecaminosa y después arrepentirse cuando cumplan 18 años y medio para poder ir a la misión a los 19 años. Si bien es cierto que se pueden arrepentir del pecado, tal vez llenen o no los requisitos para servir. Es mucho mejor mantenerse limpios, puros y valientes si hacen cosas sencillas, tales como éstas:

- Establecer una relación de ferviente oración con nuestro Padre Celestial.
- Santificar el día de reposo.
- Trabajar y poner parte de sus ganancias en una cuenta de ahorros.
- Pagar un diezmo íntegro y honrado.
- Limitar la cantidad de tiempo que dediquen a jugar juegos en la computadora. La cantidad de puntos que logren en un minuto en un juego de computadora no tendrá efecto alguno en su capacidad para ser un buen misionero.
- Dar al Señor más de su tiempo al estudiar las Escrituras y obtener una comprensión del mensaje maravilloso de la Restauración que tenemos para el mundo.
- Servir a los demás y compartir su testimonio con ellos.

Ahora bien, ustedes, los padres, tienen una función vital en este proceso de preparación. Sabemos que la influencia más profunda que se puede tener al ayudar a los jóvenes a prepararse para el Sacerdocio de Melquisedec, el matrimonio y la paternidad es la familia. Si sus hijos comprenden las doctrinas básicas que se precisan para llegar a ser padres fieles, seguramente estarán listos para servir en una misión regular. Lamentablemente, demasiados padres renuncian a esa eterna responsabilidad. Suponen que los obispo, Seminario, la Escuela Dominical, los maestros y los líderes de los Hombres Jóvenes están en mejor posición de motivar e inspirar a sus hijos que ellos. Eso simplemente no es verdad. Aun cuando los líderes eclesiásticos son importantes para la preparación misional y del sacerdocio, la Iglesia existe como un recurso para ustedes; pero no es substituto de la enseñanza, ni de la guía ni de la corrección inspiradas que ustedes proporcionen.

Por consiguiente, si vamos a elevar el nivel de los requisitos para que sus hijos sirvan en una misión, eso también significa que lo estamos haciendo para ustedes. Si esperamos más de ellos, eso quiere decir que también esperamos más de ustedes y de sus esposas. Recuerden que los 2.000 jóvenes guerreros de Helamán fueron fieles porque "se les había enseñado a guardar los mandamientos de Dios y a andar rectamente ante él" (Alma 53:21), y esa instrucción se impartió en sus hogares.

Algunos padres piensan que no tienen el derecho de hacer preguntas a sus hijos en cuanto a su dignidad; creen que eso sólo está dentro del ámbito del obispo. Padres: no sólo tienen el derecho de saber la dignidad de sus hijos, sino que tienen la responsabilidad de saberlo. Es su deber saber el estado de sus hijos en lo que respecta a su bienestar y progreso espiritual. Tienen que seguir de cerca las inquietudes y las preocupaciones que ellos compartan con ustedes. Hagan preguntas específicas a sus hijos en cuanto a su dignidad, y rehúsen aceptar cualquier respuesta que no sea específica.

Con demasiada frecuencia, nuestros obispos tienen que indicar a los jóvenes que hablen con sus padres en cuanto a los problemas que están teniendo. Ese procedimiento en realidad debe circular en sentido contrario. Los padres deberían ser profundamente conscientes de lo que esté sucediendo en la vida de sus hijos de manera que sepan en cuanto a los problemas antes que el obispo. Deberían estar en comunicación con sus hijos e ir con ellos a hablar con su obispo si eso fuera necesario para completar el arrepentimiento. En su función de jueces divinamente nombrados en Israel, el obispo y el presidente de estaca determinan la dignidad y resuelven los asuntos en nombre de la Iglesia, pero, padres, ustedes tienen una responsabilidad eterna por el bienestar espiritual de sus hijos. Por favor, ocupen su lugar legítimo como consejeros, asesores y líderes del sacerdocio y preparen a sus hijos para poseer el Sacerdocio de Melquisedec y para servir como misioneros.

Ahora quisiera dirigir unas palabras a ustedes, los obispos. Soy consciente de que hay muchos jóvenes que no cuentan con un padre fiel en el hogar. En esos casos, utilicen los recursos de la Iglesia para asegurarse de que a los poseedores del Sacerdocio Aarónico les enseñen hermanos del Sacerdocio de Melquisedec que puedan ayudarlos a prepararse para su futuro servicio en el sacerdocio. Sobre ustedes, obispos y presidentes de estaca, recae la responsabilidad de recomendar solamente a aquellos jóvenes y jovencitas que ustedes juzguen estén espiritual, física, mental y emocionalmente preparados para enfrentar las realidades actuales de la obra misional. Hermanos, juzguen sabiamente y recuerden que no es necesario que se llame a todo jovencito a servir lejos de su hogar; algunos quizá sirvan de mejor manera bajo la dirección de ustedes como misioneros de barrio.

A los que actualmente prestan servicio como misioneros regulares, les

agradecemos su servicio. Esta noche es una buena ocasión para que cada uno de ustedes analice detenidamente su rendimiento, y si no están a la altura de estas normas, el presidente de misión les ayudará a realizar los cambios necesarios para ser siervos eficaces y dedicados al Señor Jesucristo.

Finalmente, todos ustedes, los que ya han servido, recuerden que se les relevó de la misión, mas no de la Iglesia. Han pasado dos años siendo representantes del Señor Jesucristo. Esperamos que siempre se vean y actúen como uno de Sus discípulos. Vistan como tales. Actúen como tales. No sigan las tendencias y las modas mundanas. No deben rebajarse a eso. Si han cometido un error, entonces hagan lo que sea necesario para volver a obtener su equilibrio espiritual. Las reglas para la felicidad y el éxito después de la misión son básicamente las mismas que las que tenían durante la misión: orar con fervor, trabajar arduamente y ser obedientes. Manténganse ocupados ahora y busquen una compañera eterna con quien puedan disfrutar de la vida. Sirvan juntos al Señor y críen a la próxima generación grandiosa.

Mis hermanos, he hablado sin rodeos esta noche. Espero que puedan sentir el amor y la preocupación que proceden de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles y otros líderes de la Iglesia al pedirles que se preparen ahora para unirnos al llevar las bendiciones del Evangelio restaurado a todas las personas de la tierra. Cada uno de ustedes tiene un valor incalculable, y queremos que tenga éxito y seguridad en la batalla por las almas de los hijos de nuestro Padre Celestial. Que Dios los bendiga con el valor de ser "fieles" "en todo momento" (Alma 53:20) y con la visión para darse cuenta de quiénes son y de lo que el Señor tiene para que ustedes hagan, lo ruego en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

Creo que puedo y sabía que podía

PRESIDENTE JAMES E. FAUST
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Aunque no todos tenemos la misma experiencia, aptitudes y fortaleza... todos seremos considerados responsables por el uso de los dones y de las oportunidades que se nos hayan dado.

Mis queridos hermanos del santo sacerdocio, al hablar en esta ocasión a esta vasta audiencia, ruego por su comprensión. Como Presidente de la Iglesia, el presidente Gordon B. Hinckley ha logrado llevar a cabo un número insuperable de tareas. Sin embargo, una vez fue un joven poseedor del Sacerdocio Aarónico como muchos de ustedes, jóvenes del Sacerdocio Aarónico, que serán los futuros líderes de la Iglesia. En esta oportunidad, deseo dirigir mis palabras principalmente a ustedes. Es importante que comprendan que el éxito —tanto en forma personal como para la Iglesia— dependerá de la determinación que tengan de llevar a cabo la obra del Señor. Cada uno de ustedes debe tener fe y confianza para seguir adelante.

A todo hombre y joven que me escucha esta noche se le ha confiado el poder más grande de la tierra: el santo sacerdocio de Dios; éste es el poder de actuar rectamente en el nombre del Señor con el fin de edificar el reino de Dios en la tierra. Les recuerdo que "los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud"[1]. El sacerdocio es una comisión divina y el Señor nos hará responsables del uso que hagamos de esa extraordinaria autoridad.

Oí por primera vez la maravillosa historia de *La pequeña locomotora que sí pudo* cuando tenía unos diez años de edad. De niño me fascinaba este relato porque los vagones del tren estaban llenos de animales, de payasos de juguete, de cortaplumas, de rompecabezas, de libros y de cosas deliciosas para comer. Sin embargo, la máquina que tiraba del tren se estropeó al comenzar a subir la montaña. El cuento dice que llegó una locomotora grande de un tren pasajeros y

que, cuando se le pidió que tirara de los vagones para pasar la montaña, se negó porque no quería rebajarse y tirar de un tren pequeño. Pasó otra locomotora, pero tampoco quiso rebajarse a ayudar al pequeño tren porque era una locomotora de carga. Se acercó una locomotora vieja, pero no quiso ayudar porque, dijo: "Estoy muy cansada... No puedo. No puedo. No puedo".

Entonces, una pequeña locomotora azul pasó por la vía y también se le pidió que tirara de los vagones hasta el otro lado de la montaña, donde se encontraban los niños. La pequeña locomotora respondió: "No soy muy grande... y sólo me utilizan para cambiar los vagones de la estación. Nunca he pasado la montaña". Pero le preocupaba que los niños que se encontraban al otro lado se desilusionaran al no recibir las cosas hermosas que había en los vagones; por lo que dijo: "Creo que puedo. Creo que puedo. Creo que puedo". Y se enganchó al pequeño tren. "Piiiiiii. Chucu, chucu, hizo la Pequeña Locomotora Azul. 'Creo que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo. Que puedo' ". Con esa actitud, la pequeña locomotora llegó a la cima de la montaña y comenzó a descender hacia el otro lado diciendo: "Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía. Sabía que podía"[2].

En ocasiones se nos llama para que nos esforcemos y hagamos más de lo que pensamos que podemos hacer. Recuerdo un comentario del presidente Theodore Roosevelt: "Soy sólo un hombre corriente pero, ¡caramba!, ¡trabajo más que un hombre corriente!"[3]. Desarrollamos nuestros talentos cuando pensamos en primer lugar que podemos hacerlo. Todos conocemos la parábola de los talentos. El Maestro dio a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, "a cada uno conforme a su capacidad...

"Y el que había recibido cinco

talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos.

"Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos.

"Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor".

Después de mucho tiempo, el Maestro pidió cuentas. El que había recibido cinco talentos informó que había ganado otros cinco talentos, y recibió un reconocimiento: "...sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré". El que recibió dos talentos, ganó otros dos y también recibió la promesa de un dominio más grande. Pero el que había recibido un talento, lo devolvió diciendo: "Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste;

"por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra"[4].

Al dar cuentas de su mayordomía, este siervo perezoso culpó a su amo de sus propios defectos[5]. Al menos pudo haber puesto el dinero en circulación y recibido intereses en vez de enterrarlo. Su talento le fue quitado y dado al hombre que tenía diez talentos. Entonces el Señor nos dice: "Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado"[6].

Podríamos preguntarnos si fue justo quitarle el talento al que tenía menos y dárselo al que tenía más. Sin embargo, desde el principio, el Señor explicó que cada hombre tenía capacidad[7].

Algunos nos contentamos con lo que estamos haciendo. Nos quedamos tranquilos con aquello de "comed, bebed y divertíos" cuando abundan las oportunidades para progresar y perfeccionarnos. Perdemos las oportunidades que se nos presentan de edificar el reino de Dios porque tenemos la idea pasiva de que otra persona se encargará de ello. El Señor nos dice que dará más a quienes sean diligentes. Ellos serán magnificados por sus esfuerzos, como la pequeña locomotora azul al tirar del tren para subir la montaña. Pero para los que dicen: "Tenemos bastante, les será quitado aun lo que tuvieren"[8].

El Señor confía talentos espirituales a todos Sus siervos, incluido cada poseedor del sacerdocio. El Señor, que nos dota de esos talentos, nos dice: "Creo que puedes. Creo que puedes". Aunque no todos tenemos la misma experiencia, aptitudes y fortaleza, se nos ofrecen oportunidades diferentes para emplear esos dones espirituales, y todos seremos considerados responsables por el uso de los dones y de las oportunidades que se nos hayan dado.

La historia de la Iglesia contiene relatos de poseedores del sacerdocio muy capaces. Unos pocos fueron brillantes, pero a la vez imprevisibles e informales, y, por lo tanto, perdieron los dones y los talentos espirituales con los que el Señor tan ricamente los había dotado. Les hablaré de uno de ellos.

Samuel Brannan guió a algunos de los santos alrededor del Cabo de Hornos en el barco *Brooklyn*. Antes de anclar en la Bahía de San

Un coro de hombres jóvenes canta durante la sesión del sacerdocio.

Francisco, se detuvieron brevemente en Hawai. Él estaba convencido de que el grupo principal de santos no debía establecerse en las Montañas Rocosas, sino que debía seguir hasta California, por lo que viajó hacia el Este y se encontró con el primer grupo de emigrantes bajo el mando de Brigham Young, en Green River, Wyoming. Se valió de todos sus poderes de persuasión a fin de intentar convencer a Brigham Young de que aprovechara las oportunidades que pensaba que ofrecía California. Brigham Young le respondió: "Si vamos a California, no estaremos allí ni cinco años; pero si nos quedamos en las montañas y cultivamos nuestras propias papas y las consumimos, pienso que nos quedaremos allí"[9]. Brannan se quedó con el grupo principal de los santos durante algunos días, pero luego, a causa de su empecinamiento y de su egocentrismo, regresó a California en agosto de 1847.

Al igual que la locomotora grande que no quería rebajarse a tirar de los vagones para pasar la montaña, Samuel Brannan no tenía la mira en edificar el reino de Dios. En lugar de ello, sus objetivos eran los negocios y el hacer dinero. Se convirtió en el primer millonario de California al realizar numerosas inversiones en empresas y la compra de tierras. Dado que había sido el líder de ese grupo de santos, el presidente Young le pidió un informe sobre los diezmos que había recibido de los miembros de la Iglesia en California, incluso el de los que participaron en la búsqueda de oro, pero no le obedeció, no utilizó esos fondos para establecer la Iglesia ni para ayudar a los miembros del lugar.

Por algún tiempo, Brannan tuvo mucho éxito en el establecimiento de empresas y en la adquisición de tierras para su propio beneficio, pero al final pasó por grandes dificultades. Su familia no permaneció unida y cuando él falleció estaba solo, arruinado física, espiritual y económicamente. Durante dieciséis meses, nadie reclamó sus restos mortales y finalmente fue enterrado en el cementerio Mount Hope de San Diego. Samuel Brannan logró mucho en su vida, pero al final pagó el terrible precio de no haber honrado su mayordomía del sacerdocio ni haber seguido al profeta de Dios[10].

Nosotros, que ahora tenemos la responsabilidad del sacerdocio de esta Iglesia, debemos seguir y apoyar a nuestro profeta, el presidente Gordon B. Hinckley.

Al igual que "La pequeña locomotora que sí pudo", debemos permanecer en la vía correcta y desarrollar nuestros talentos. Debemos recordar que el sacerdocio sólo se puede utilizar para propósitos correctos. Cuando se utiliza "en cualquier grado de injusticia, he aquí los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre"[11].

Para permanecer en la vía correcta, debemos honrar y sostener a quienes poseen las llaves del sacerdocio presidente. Se nos recuerda que muchos son "los llamados, y poco los escogidos"[12]. ¿Cuándo somos escogidos? Somos escogidos por el Señor sólo cuando hemos hecho todo lo posible por sacar adelante esta santa obra mediante nuestros esfuerzos y talentos consagrados. Nuestros esfuerzos deben ser siempre guiados por los principios que el Señor ha expuesto en la sección 121 de Doctrina y Convenios:

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

"por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia"[13].

El sacerdocio se ha dado para bendecir las vidas de los demás. El presidente David O. McKay dijo: "La esencia misma del sacerdocio es eterna. Al encontrar expresión en la vida, manifiesta su poder. No podemos concebir el poder del sacerdocio como si fuera una gran represa de agua embalsada. Ese poder se activa y produce buenos resultados sólo cuando se libera y la fuerza liberada se utiliza en valles, campos, huertas y hogares felices; de la misma forma, el principio del poder se manifiesta sólo al utilizarse en la vida de los hombres, al hacer volver su corazón y deseos hacia Dios e inducir el servicio a sus semejantes"[14]. Si no servimos a los demás, entonces el sacerdocio en realidad no nos beneficia, ya que no es un poder pasivo. Hermanos, sean generosos con el poder de bendecir que se recibe por medio del sacerdocio, en especial con los miembros de su propia familia. Recuerden que el Señor ha dicho: "...a quien bendigas yo bendeciré"[15].

Al prepararnos para cuando demos cuenta al Señor de nuestra mayordomía personal del sacerdocio, ¿dónde estaremos? Recuerden que "el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente"[16].

Espero que no seamos como la gran locomotora del tren de pasajeros, demasiado orgullosos para aceptar las asignaciones que se nos den. Ruego que no seamos como la persona del tan conocido poema que dice:

"Padre, ¿dónde quieres que
trabaje?",
dije yo con gran amor.
E indicando un vulgar paraje,
"Trabaja allí", me respondió.
Yo al instante dije: "¡Oh, no, allí no!,
pues nadie me verá,
no importa cuánto me aplique.
Yo allí no quiero estar".
Me habló con voz suave,
tiernamente contestó:
"El Señor para el que trabajes",
decide ya en tu corazón,
pues Nazaret y Galilea
poca cosa también son"[17].

También espero que no seamos como la locomotora de carga, que no estaba dispuesta a hacer "la milla extra" de servicio. El Maestro enseñó que "quien te obligue a ir una milla, ve con él dos"[18]. Algunas de las épocas más satisfactorias de nuestra vida son aquellas en las que invertimos en esa "milla extra" de servicio, cuando el cuerpo dice que quiere descansar, pero nuestro ser interior emerge y dice: "Heme aquí, envíame"[19].

O, como la locomotora vieja, ¿decimos que estamos muy cansados o muy viejos? Les recuerdo que el presidente Hinckley tiene 92 años y ¡continúa muy fuerte!

Espero que todos seamos como "La pequeña locomotora que sí pudo". No era muy grande, sólo se había utilizado para cambiar los vagones, y nunca había pasado una montaña, pero estuvo dispuesta. Esa pequeña locomotora se enganchó al tren que había quedado detenido, subió hasta la cima de la montaña jadeando y la bajó dando resoplidos y diciendo: "Sabía que podía". Cada uno de nosotros debe subir montañas que nunca ha escalado antes.

Hermanos, grande es nuestra obra y pesadas nuestras responsabilidades del sacerdocio. Espero y ruego que podamos seguir adelante con esta obra santa, humildemente, con oración y unidos bajo la guía del Espíritu del Señor y la dirección del presidente Gordon B. Hinckley, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. D. y C. 121:36.
2. "La pequeña locomotora que sí pudo", renarración por Watty Piper, de Mabel C. Bragg, *The Pony Engine*, 1930.
3. Evan Esar editor, *Dictionary of Humorous Quotations*, pág. 151.
4. Mateo 25:15, 16–18, 21, 24–25.
5. Véase James E. Talmage, *Jesús el Cristo,* págs. 612–613.
6. Mateo 25:29.
7. Véase Mateo 25:15.
8. 2 Nefi 28:30.
9. *Discourses of Brigham Young*, seleccionados por John A. Widtsoe, 1954, pág. 475.
10. Véase John K. Carmack, "California: What Went Right and What Went Wrong", *Nauvoo Journal*, primavera de 1998; Paul Bailey, "Sam Brannan and the Sad Years", *Improvement Era*, abril de 1951, págs. 232–234, 282–287.
11. D. y C. 121:37.
12. D. y C. 121:34.
13. D. y C. 121:41–42.
14. *Pathways to Happiness*, 1957, pág. 230.
15. D. y C. 132:47.
16. 2 Nefi 9:41.
17. Meade McGuire, citado por Thomas S. Monson, en "El llamado del deber", *Liahona,* julio de 1986, pág. 37.
18. 3 Nefi 12:41.
19. 2 Nefi 16:8.

Paz, cálmense

PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Sus palabras en las sagradas Escrituras son más que suficiente: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios".

Los cantos del coro de jóvenes esta noche han avivado mi mente y me han hecho recordar las canciones que cantaba de niño. Solíamos entonar con entusiasmo:

Pon tu hombro a la lid con fervor,
haz tu obra con afán y amor,
hay que luchar y trabajar.
Pon tu hombro a la lid[1].

Teníamos una directora de coro que enseñaba a cantar a los muchachos. Teníamos que cantar. La hermana Stella Waters movía la batuta a escasos centímetros de nuestras narices y marcaba el ritmo dando unos golpes tan fuertes con el pie que hacía crujir el suelo.

Si cantábamos de forma aceptable, la hermana Waters nos dejaba cantar uno de nuestros himnos favoritos que, inevitablemente, siempre era:

Cristo, el mar se encrespa,
y ruge la tempestad.
Obscuros los cielos se muestran,
terribles y sin piedad.
¿No te da pena el vernos?
¿Puedes aún dormir
cuando el mar amenaza sumirnos
en vasta profundidad?

Y entonces venía el estribillo reconfortante:

Las olas y vientos oirán Tu voz:
"¡Cálmense!"
Sean los mares que rujan más,
o diablos que bramen con fuerte clamor,
las aguas al barco no dañarán
del Rey de los cielos y de la mar.
Mas todos ellos se domarán.
"¡Cálmense!" "¡Cálmense!"
Mas todos ellos se domarán.
"¡Paz, cálmense!"[2]

Siendo niño, podía comprender más o menos el peligro de un mar azotado por la tormenta; sin embargo, mi entendimiento de otros demonios que pueden estar al acecho en nuestra vida, que pueden destruir nuestros sueños, ahogar nuestra dicha y desviarnos de nuestro camino hacia el reino celestial de Dios era algo menor.

La lista de demonios destructivos es interminable y cada hombre, joven o anciano, conoce aquellos contra los que debe luchar. Nombraré sólo unos pocos:

El Demonio de la **Avaricia;** el Demonio de la **Falta de Honradez;** el Demonio de la **Deuda;** el Demonio de la **Duda;** el Demonio de las **Drogas;** y los demonios gemelos de la **Inmodestia** y la **Inmoralidad**. Cada uno de estos demonios puede causar daños terribles a nuestra vida, y varios de ellos juntos pueden conducirnos a la destrucción.

Referente a la **avaricia**, Eclesiastés nos aconseja cautela: "El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto"[3].

Jesús aconsejó: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee"[4].

Debemos aprender a separar la necesidad de la avaricia.

Cuando hablamos del demonio de la **falta de honradez,** podemos hallarlo en una variedad de lugares. Uno de éstos es la escuela. Evitemos copiar, mentir, sacar partido de los demás o cualquier cosa parecida. Dejemos que la integridad sea nuestra norma.

Cuando tengan que tomar una decisión, no se pregunten: "Qué pensarán los demás?"; sino más bien: "¿Qué pensaré de mí mismo?".

Cada día somos tentados muchas veces a abrazar el demonio de la **deuda**. Cito el consejo del presidente Gordon B. Hinckley:

"Me preocupa la enorme deuda que pesa sobre la gente de esta nación, entre la que se encuentra nuestros propios miembros.

"Se nos engaña con la atractiva publicidad a la que estamos expuestos. Por televisión se nos comunica la tentadora invitación a pedir un préstamo de hasta el 125 por ciento del valor de nuestra casa, pero no se hace ninguna mención del interés que hay que pagar...

"Naturalmente, reconozco que quizás sea necesario pedir un préstamo para comprar una casa, pero compremos una casa cuyo precio esté dentro de nuestras posibilidades, a fin de

menguar los pagos que constantemente pesarán sobre nuestra cabeza sin misericordia ni tregua hasta por treinta largos años"[5].

Yo quisiera añadir: No debemos permitir que nuestros gastos superen nuestros ingresos.

En cuanto al demonio de las **drogas**, incluyo, por supuesto, el alcohol. Las drogas dañan la capacidad de pensar, razonar y tomar decisiones prudentes y cautas. A menudo generan violencia, abuso infantil y de la esposa, y pueden generar una conducta que causa dolor y sufrimiento a los inocentes. "Di no a las drogas" es una frase que refleja nuestra determinación y que recibe apoyo del pasaje de las Escrituras:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

"Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es"[6].

Al considerar los demonios gemelos, a saber la **inmodestia** y la **inmoralidad**, debería convertirlos en trillizos e incluir la **pornografía**, pues los tres van juntos.

En la interpretación del sueño de Lehi, hallamos una descripción muy acertada con respecto a lo destructiva que es la pornografía: "Y los vapores de tinieblas son las tentaciones del diablo que ciegan los ojos y endurecen el corazón de los hijos de los hombres, y los conducen hacia caminos anchos, de modo que perecen y se pierden"[7].

Un Apóstol de esta dispensación, el élder Hugh B. Brown, declaró: "Cualquier inmodestia que conduzca a tener pensamientos impuros constituye una profanación del cuerpo, ese templo en el que puede morar el Espíritu Santo"[8].

Esta noche compartiré con ustedes una joya de la revista *Improvement Era*, publicada en 1917 pero que todavía se aplica aquí y ahora: "La costumbre actual y habitual de la indecencia en el vestir, el diluvio de la inmoralidad en la literatura impresa, en el teatro y más aun en las películas... la aceptación de la inmodestia en las conversaciones y la conducta cotidianas, están llevando a cabo una labor mortal pues fomentan un vicio destructor del alma"[9].

Alexander Pope, en su inspirado "Ensayo sobre el hombre", declaró:

El vicio es un monstruo de horrible parecer,
Pues no hay más que verlo para detestarlo;
Sin embargo, de tanto contemplarlo puede suceder,
Que tras tolerarlo y compadecerlo, lleguemos a abrazarlo[10].

Puede que hallemos una buena explicación de este demonio en la epístola de Pablo a los corintios: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar"[11].

Es infinitamente mejor que cada uno de nosotros oiga y preste atención a la llamada de la conciencia, pues ésta siempre nos advierte como un amigo antes de castigarnos como un juez.

El Señor mismo dice la última palabra: "Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor"[12].

Hermanos, hay una responsabilidad de la que ningún hombre puede evadirse, y es el efecto que tiene la influencia personal.

Ciertamente, nuestra influencia se percibe en nuestras respectivas familias. A veces, los padres olvidamos que también nosotros fuimos niños, y en ocasiones los niños causan problemas a los padres.

Recuerdo que de niño me gustaban mucho los perros. Un día tomé mi carrito, puse en él una caja grande de madera y me fui en busca de perros. En aquel entonces había perros por todas partes: en la escuela, en las aceras o vagando por los predios vacíos, de los que habían muchos. Al encontrar un perro y capturarlo, lo ponía en la caja, lo llevaba a casa, lo metía en la carbonera y cerraba la puerta. Creo que aquel día traje a casa cerca de seis perros de diversos tamaños y los hice mis prisioneros. No tenía idea de qué haría con todos esos perros, así que no dije a nadie lo que había hecho.

Papá llegó a casa del trabajo y, como era habitual, tomó el recipiente del carbón y se fue a la carbonera a llenarlo. ¿Pueden imaginarse su sorpresa cuando abrió la puerta e inmediatamente se dio de bruces con seis perros que intentaban escapar al mismo tiempo? Según recuerdo, papá se ofuscó un poco y luego, al tranquilizarse me dijo con calma: "Tommy, las carboneras son para al carbón, y los perros de otras personas pertenecen a esas personas". Al observarle aprendí una lección sobre paciencia y tranquilidad.

Es bueno que lo haya aprendido, pues algo parecido me sucedió con nuestro hijo menor Clark.

A Clark siempre le han gustado los animales, las aves, los reptiles, cualquier cosa que esté viva, lo cual hizo que a veces nuestra casa se convirtiera en un pequeño caos. Un día, siendo niño, llegó a casa procedente de las montañas de Provo con una serpiente de agua, a la que llamó Herman.

Acababa de llegar y Herman se perdió, y mi esposa la encontró más tarde en el armario de la vajilla. Las serpientes de agua tienen un don para estar donde menos se lo espera uno. Pues Clark se la llevó a la bañera, puso el tapón y un poco de agua y pegó un cartel en la bañera que decía: "No usar. Esta bañera pertenece a Herman". Así que tuvimos que utilizar otro baño mientras Herman ocupaba el otro secuestrado.

Pero un día, para nuestra sorpresa,

Herman desapareció. Deberíamos haberle llamado *Houdini*. ¡Había desaparecido! Al día siguiente mi esposa limpió la bañera y la preparó para su uso normal. Y pasaron varios días.

Una tarde decidí que era hora de darme un baño relajante, así que llené la bañera con mucha agua caliente y me sumergí en ella en busca de unos minutos de descanso. Allí estaba yo, meditando, cuando el agua jabonosa subió y llegó al nivel de la salida de desagüe y comenzó a salir por ella. ¿Pueden imaginarse mi sorpresa cuando, mientras miraba la salida de desagüe, Herman apareció nadando en dirección a mi rostro? Así que le grité a mi esposa: "¡Frances! ¡Aquí viene Herman!".

De modo que volvimos a atrapar a Herman, la metimos en una caja a prueba de escapadas y nos fuimos de excursión a Vivian Park, en los cerros de Provo, donde le dimos libertad en las hermosas aguas del arroyo South Fork. Jamás volvimos a verla.

En la sección 107 de Doctrina y Convenios, versículo 99, hay una admonición breve, pero directa, dirigida a todo poseedor del sacerdocio: "Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado". Siempre he tomado este mandato muy en serio y me he esforzado por vivir de acuerdo con él.

A veces oigo en mi mente una y otra vez la guía que dio el presidente John Taylor a los hermanos del sacerdocio: "Si no magnifican sus llamamientos, Dios los hará responsables de aquellos a los que pudieron haber salvado si hubiesen cumplido con su deber"[13].

En lo referente al cumplimiento de nuestras responsabilidades, he aprendido que cuando damos oídos a una impresión del Espíritu y la obedecemos sin demora, nuestro Padre Celestial guiará nuestros pasos y bendecirá nuestra vida, así como la vida de otras personas. No conozco una experiencia más dulce ni un sentimiento más preciado que el de hacer caso a una impresión sólo para descubrir que el Señor ha contestado la oración de otra persona por mi intermedio.

Quizás baste con un ejemplo. Un día, hace más de un año, tras terminar mis obligaciones en la oficina, tuve la fuerte impresión de visitar a una anciana viuda, paciente en la institución St. Joseph Villa, aquí en Salt Lake City, así que manejé hasta allí de inmediato.

Al entrar en su cuarto vi que estaba vacío. Pregunté a un encargado dónde podría estar y me condujo hasta una gran sala, en la que encontré a esa dulce viuda charlando con su hermana y con otra amiga. Todos disfrutamos de una conversación placentera.

Mientras hablábamos, un hombre se acercó hasta la puerta de la sala para adquirir un refresco de una de las máquinas expendedoras. Me miró y me dijo: "¡Vaya!, usted es Tom Monson".

"Sí", respondí. "Y usted se parece a un Hemingway". Reconoció que era Stephen Hemingway, el hijo de Alfred Eugene Hemingway, que había servido como consejero mío cuando fui obispo, hacía ya muchos años, y a quien llamaba Gene. Stephen me dijo que su padre estaba en ese mismo edificio y que estaba a punto de morir. Había estado pronunciando mi nombre y la familia había intentado ponerse en contacto conmigo, pero no habían logrado dar con mi número de teléfono.

Me excusé y fui de inmediato con Stephen hasta el cuarto de mi antiguo consejero; allí estaban reunidos otros hijos suyos. Su esposa había fallecido hacía unos años. Para los miembros de la familia, el haberme encontrado con Stephen fue una respuesta de nuestro Padre Celestial a su gran deseo de que pudiera ver a su padre antes de morir y responder a su llamado. También yo sentí que había sido así, pues si Stephen no hubiese entrado en la sala donde yo estaba de visita en ese preciso momento, ni siquiera habría sabido que Gene estaba allí.

Le dimos una bendición y prevaleció un espíritu de paz; y tras una encantadora conversación, me fui.

A la mañana siguiente, una llamada telefónica me anunció que Gene Hemingway había fallecido veinte minutos después de haber recibido la bendición que le habíamos dado su hijo y yo.

Ofrecí una callada oración de agradecimiento a nuestro Padre Celestial por Su guía que me impulsó a visitar St. Joseph Villa y me condujo hasta mi querido amigo, Alfred Eugene Hemingway.

Creo que los pensamientos que

Gene Hemingway tuvo aquella tarde al disfrutar de la influencia del Espíritu, al participar de una humilde oración y al pronunciarse una bendición del sacerdocio, se hicieron eco de las palabras del himno "Paz, cálmense" que cité al principio de mi mensaje:

¡Guárdame siempre, oh Cristo!
Ya no me dejes más,
Y me fondearé en Tu puerto,
seguro do Tú estás.

Todavía amo ese himno y les testifico esta noche del consuelo que nos ofrece:

Las olas y vientos oirán Tu voz:
"¡Cálmense!"
Sean los mares que rujan más, o
diablos que bramen con fuerte
clamor,
las aguas al barco no dañarán del
Rey de los cielos y de la mar.
Mas todos ellos se domarán.
"¡Cálmense!" "¡Cálmense!"
Mas todos ellos se domarán. "¡Paz,
cálmense!"[14]

Sus palabras en las sagradas Escrituras son más que suficiente: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios"[15]. Testifico de esta verdad en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

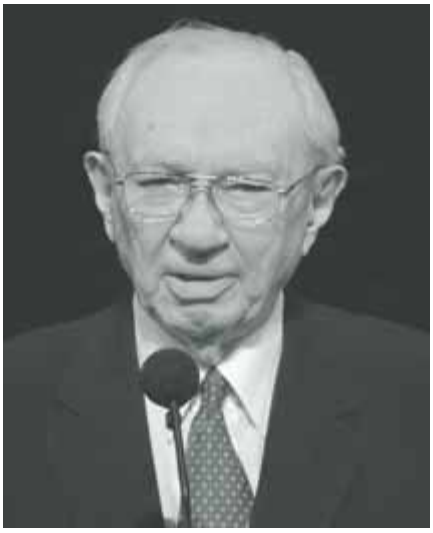
NOTAS

1. Will L. Thompson (1847–1909) "Pon tu hombro a la lid", *Himnos*, Nº 164.
2. Mary Ann Baker, aprox. 1874, "Paz, cálmense", *Himnos*, Nº 54.
3. Eclesiastés 5:10.
4. Lucas 12:15.
5. "A los jóvenes y a los hombres", *Liahona*, enero de 1999, pág. 63.
6. 1 Corintios 3:16–17.
7. 1 Nefi 12:17.
8. *The Abundant Life*, 1965, pág. 65.
9. Joseph F. Smith, "Unchastity the Dominant Evil of the Age", *Improvement Era*, junio de 1917.
10. Citado en *Familiar Quotations*, de John Bartlett, edición 14, 1968, pág. 409.
11. 1 Corintios 10:13.
12. D. y C. 133:5.
13. Citado en *The Abundant Life*, de Hugh B. Brown, pág. 37.
14. *Himnos*, Nº 105.
15. Salmos 46:10.

A los hombres del sacerdocio

PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

Ustedes, los hombres que poseen este preciado sacerdocio, líguenlo a sus propias almas. Sean dignos de él en todo momento y en toda circunstancia.



Ahora, mis amados hermanos, les hablo con el deseo de brindar ayuda. Ruego que el Espíritu del Señor me guíe.

No necesito decirles que nos hemos convertido en una Iglesia muy grande y compleja. Nuestro programa es tan amplio y nuestro alcance tan extenso que es difícil de comprender. Somos una Iglesia de liderazgo laico. ¡Qué extraordinario y maravilloso es eso! Y así debe permanecer; nunca debe moverse hacia la dirección de un extenso clérigo remunerado. Pero sabemos que la carga administrativa sobre nuestros obispos y presidentes de estaca, al igual que sobre algunos otros, es muy pesada. El estar al tanto de ello ha llevado a la Presidencia y a los Doce a realizar varias reuniones, algunas de ellas largas e interesantes, en las que, en efecto, hemos desarmado la Iglesia y la hemos vuelto a armar. Nuestro objetivo ha sido ver si había algunos programas de los que pudiéramos prescindir. Pero al analizarlos, no hemos visto mucho que se pudiera eliminar. El eliminar uno es como desprenderse de un hijo, y nadie tiene el corazón para hacerlo. Pero quiero asegurarles que estamos al tanto de la carga que llevan y del tiempo que dedican. En esta reunión del sacerdocio quiero mencionarles unos pocos puntos que hemos analizado. Creo que se darán cuenta de que hemos hecho algún progreso, aun cuando parezca pequeño.

Les voy a hablar acerca de diversos puntos.

Hemos tomado la decisión, primero, de que, a partir del 1 de noviembre, la recomendación del templo permanecerá en vigencia durante dos años en lugar de uno. Eso reducirá el tiempo en que los obispos y los presidentes de estaca y sus consejeros pasan en entrevistas para las recomendaciones del templo. Claro está que, si en algún momento, alguien que posea una recomendación llega a ser indigno de ir al templo, será entonces responsabilidad

del obispo o del presidente de estaca retirársela.

La experiencia, sin embargo, ha demostrado que hay muy pocos casos así; por lo que desde ahora ése será el programa, hermanos. A partir del 1 de noviembre, no importa cuál sea la fecha anotada en la recomendación, la fecha de vencimiento se extenderá por un año. Las recomendaciones se renovarán entonces cada dos años en lugar de un año como hasta ahora. Esperamos que eso sea beneficioso; estamos seguros de que lo será.

Otro punto.

El élder Ballard les ha hablado con respecto a los misioneros. Quiero decirles que apruebo lo que él ha dicho. Espero que nuestros jóvenes y jovencitas acepten el desafío que él les ha hecho. Debemos aumentar la dignidad y los requisitos de quienes van al mundo como embajadores del Señor Jesucristo.

Ahora bien, en la Iglesia tenemos una costumbre interesante. A los misioneros que salen se les brinda una despedida. En algunos barrios eso se ha convertido en un problema. Entre los misioneros que se van y los que regresan, la mayoría de las reuniones sacramentales están dedicadas a despedidas y bienvenidas.

Nadie más en la Iglesia tiene una despedida cuando comienza un servicio en particular. Nunca tenemos una reunión especial de despedida para un obispo recién llamado, ni para un presidente de estaca, ni para una presidenta de la Sociedad de Socorro, ni para una Autoridad General, ni para nadie que yo recuerde. ¿Por qué entonces tenemos despedidas para los misioneros?

La Primera Presidencia y los Doce, después de mucha oración y consideración minuciosa, han llegado a la decisión de que el programa actual de despedida misional debe modificarse.

Al misionero que sale debe dársele la oportunidad de hablar en la reunión sacramental durante 15 o 20

minutos. Pero los padres y hermanos no serán invitados a hacerlo. Podrá haber dos o más misioneros que hablen en el mismo servicio. La reunión estará totalmente a cargo del obispo y no habrá arreglos por parte de la familia. No habrá números musicales especiales ni nada por el estilo.

Sabemos que eso será una gran desilusión para muchas familias. Tanto madres como padres, hermanos y hermanas y amigos han participado en despedidas en el pasado; pero les pedimos que acepten esta decisión. Si ya se han hecho los arreglos para una despedida, deben seguirse adelante; pero en el futuro, no se debe planear ninguna en la forma tradicional en que se ha hecho hasta ahora. Estamos convencidos de que cuando se hayan tenido en cuenta todos los aspectos de esa situación, se verá que ésta es una decisión prudente. Por favor, acéptenla mis queridos hermanos. Hago llegar este ruego también a las hermanas, en particular a las madres.

Esperamos que tampoco continúen las reuniones muy elaboradas en casa del misionero, después de la reunión sacramental en la que éste hable. La familia podría desear reunirse, y no ponemos objeción a eso; sin embargo, pedimos que no se lleve a cabo una recepción pública con gran cantidad de invitados.

El servicio misional es una experiencia tan maravillosa que trae consigo su propio galardón. Y cuando el misionero regrese a su casa y al barrio, se le puede dar nuevamente la oportunidad de hablar en una reunión sacramental.

El siguiente punto.

Permítanme dar un breve informe acerca del Fondo Perpetuo para la Educación, que se estableció hace un año y medio en la conferencia de abril. El programa sigue adelante y progresa muy bien. Tenemos una considerable cantidad de dinero gracias a la contribución de fieles Santos de los Últimos Días. Esperamos que pronto tendremos más con el fin de ayudar a un número más grande de personas dignas de ayuda.

En la actualidad, unos cinco mil hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes, están recibiendo educación académica que, de otra forma, quizás no hubieran tenido la oportunidad de recibir. Piensen en los resultados. A esos fieles Santos de los Últimos Días se les ha ofrecido una escalera para que puedan subir y salir de la condición de pobreza en la que ellos y sus antepasados han vivido. Su capacidad de ingreso se ha incrementado considerablemente. Su poder de liderazgo ha mejorado. Ellos se convertirán en hombres y mujeres de bien, en miembros de la Iglesia que sacarán adelante su programa de una manera que antes era imposible de imaginar.

Les daré un ejemplo: la primera joven que recibió un préstamo ha terminado ya un año de capacitación y ha solicitado fondos para su último año de aprendizaje. Ella estudia para ser auxiliar de dentista.

Con anterioridad, ella trabajaba en un restaurante y ganaba $130.00 al mes. Se prevé que, cuando ella termine sus estudios, en poco tiempo ganará $650.00 al mes para empezar: un aumento inmediato del 500 por ciento. Y eso aumentará con los años.

Qué maravillosa diferencia pueden lograr unos cuantos dólares cuando se utilizan apropiadamente. Multipliquen ahora la experiencia de esa joven por cinco mil. Es algo extraordinario de imaginar. Los estudiantes reciben capacitación para llegar a ser mecánicos, analistas de sistemas, asesores de empresas, técnicos de enfermería, técnicos de sistemas de información, enfermeras, trabajadores de hospitales, programadores de informática, ingenieros de informática, diseñadores de moda, contadores, electricistas, maestros de inglés, panaderos, administradores de hotel y diseñadores gráficos, por nombrar algunos.

Las posibilidades son ilimitadas y lo que está sucediendo es en verdad algo maravilloso y milagroso.

El próximo punto que deseo mencionar es la noche de hogar. Sentimos temor de que ese programa tan importante esté decayendo en muchos aspectos. Hermanos, no hay nada más importante que su familia. Ustedes saben eso. Este programa comenzó en 1915, hace 87 años, cuando el presidente Joseph F. Smith instó a Santos de los Últimos Días a apartar una noche a la semana para dedicarla específicamente a la familia. Sería un tiempo dedicado a la enseñanza, a la lectura de las Escrituras, a cultivar los talentos o hablar sobre asuntos familiares. No debía ser un tiempo para asistir a eventos deportivos ni a ninguna actividad por el estilo. Claro está que, si hay de vez en cuando una actividad familiar de ese tipo, estaría bien. Sin embargo, en virtud de la frenética rapidez de nuestra vida, cada vez en mayor aumento, es muy importante que padres y madres se sienten junto con sus hijos, oren juntos, los instruyan en las vías del Señor, consideren los problemas familiares y permitan que los hijos expresen sus talentos. Estoy convencido de que ese programa se recibió por revelación del Señor en respuesta a las necesidades de las familias de la Iglesia.

Si existía la necesidad hace 87 años, esa necesidad es por cierto mucho más grande ahora.

Se tomó la decisión de dedicar la noche del lunes a esta actividad familiar. En las áreas donde hay gran número de miembros de la Iglesia, los funcionarios de las escuelas y otros aceptaron el programa y no programaron eventos para esa noche.

En la actualidad, parece haber una creciente tendencia a planear otros eventos para la noche del lunes. Respetuosamente, solicitamos a los funcionarios de nuestras escuelas públicas y a los demás que nos permitan tener esa noche a la semana para llevar a cabo ese importante y tradicional programa. Les pedimos que no proyecten eventos que requieran la participación de los niños el lunes por la noche. Estoy seguro de que ellos se van a dar cuenta de que es más importante que las familias tengan la oportunidad de estar juntas sin preocupaciones de otros compromisos, por lo menos una vez a la semana. Quedaremos sumamente agradecidos si ellos colaboran en ese sentido; e instamos con gran ahínco que los padres y las madres tomen más en serio esa oportunidad y ese desafío de hacer del lunes por la noche un tiempo sagrado para la familia.

He recibido gran cantidad de invitaciones para participar los lunes en reuniones de la comunidad, sobre una cosa u otra, pero he rehusado a todas ellas con agradecimiento y explicado que tengo reservado el lunes para la noche de hogar. Espero fervientemente que cada uno de ustedes haga lo mismo.

El próximo punto.

Hermanos, los exhorto nuevamente sobre la importancia de la independencia económica de todo miembro y familia de la Iglesia.

Ninguno de nosotros sabe cuándo puede ocurrir una catástrofe. Las enfermedades, los accidentes y el desempleo pueden afectar a cualquiera de nosotros.

Tenemos un programa grandioso de bienestar, con instalaciones para esos casos, como silos de granos en varios lugares. Es importante que lo hagamos; pero el mejor lugar para tener algunos alimentos guardados es dentro de nuestra casa, junto con un poco de dinero ahorrado. El mejor programa de bienestar es el nuestro propio. Cinco o seis botes o latas de trigo en casa valen más que una gran cantidad de éste en el granero de bienestar.

No estoy prediciendo ningún desastre eminente, y espero que no haya ninguno. Pero la prudencia debe gobernar nuestra vida. Todo aquel que es dueño de una casa reconoce la necesidad de contar con una póliza de seguro contra incendios. Esperamos y oramos que no haya nunca un incendio; sin embargo, pagamos igual la póliza para estar cubiertos en caso de que éste ocurra.

Debemos hacer lo mismo en lo que se refiere al bienestar familiar.

Podemos comenzar modestamente. Empezar por almacenar alimentos para una semana e ir poco a poco aumentando a un mes y después a tres. Hablo de alimentos para cubrir las necesidades básicas. Como todos sabemos, ese consejo no es nuevo, pero temo que muchos piensen que el almacenamiento de alimentos para largo plazo esté tan fuera de su alcance, que no hagan ningún esfuerzo al respecto.

Comiencen poco a poco, mis hermanos, y gradualmente diríjanse al logro de un objetivo razonable. Ahorren un poco de dinero en forma regular y se sorprenderán de cómo se acumula.

Líbrense de las deudas y del terrible cautiverio que ellas traen consigo.

Oímos mucho acerca de segundas hipotecas, y ahora me dicen que hay terceras hipotecas.

Contrólense en lo referente a gastar, a pedir prestado, en conductas que llevan a la bancarrota y a la

desesperación que ésta trae consigo.

Finalmente, mis hermanos, deseo volver brevemente a un asunto del que he hablado yo antes y el que han tratado el élder Ballard y el presidente Monson en esta reunión. Espero que no les incomode el que intente recalcar de nuevo lo que ellos han dicho. Me refiero a la conducta moral de los miembros de la Iglesia.

Demasiados han sido atrapados en la telaraña de la inmoralidad y de los amargos frutos que ésta supone. A los jóvenes que se encuentran aquí esta noche— a los hombres jóvenes— deseo decirles con el lenguaje más fuerte del que soy capaz que se mantengan alejados de la iniquidad moral. Ustedes saben lo que está bien y lo que está mal. No pueden valerse de la ignorancia como excusa de una conducta inaceptable.

¿Cómo es posible que piensen que pueden involucrarse en prácticas inmorales y después ir al campo misional como representantes del Señor Jesucristo? ¿Suponen que pueden ser dignos de ir a la casa del Señor y contraer matrimonio allí por el tiempo y por la eternidad si se han involucrado en esas prácticas?

Les suplico, mis queridos y jóvenes amigos, que eviten tal comportamiento. No será fácil. Requerirá autodisciplina. Las fuerzas con las cuales se enfrentan son poderosas y tentadoras. Son las fuerzas de un adversario muy listo. Necesitan la fortaleza que proviene de la oración.

Manténganse alejados de las cosas eróticas de Internet. Sólo los harán caer y podrán llevarlos a la destrucción.

Nunca se olviden de que poseen el sacerdocio de Dios. Cuando Juan el Bautista les confirió el Sacerdocio Aarónico a José Smith y a Oliver Cowdery declaró que ese sacerdocio "tiene las llaves el ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados" (D. y C. 13).

¿Desean el ministerio de ángeles?

Ese ministerio traerá consigo recompensas incomparables. Escojan recorrer la senda correcta y Dios los bendecirá y los nutrirá y los "llevará de la mano y dará respuesta a [sus] oraciones" (D. y C. 112:10).

A ustedes, los hombres maduros, les extiendo la misma súplica y la misma amonestación. Pequeños comienzos llevan a grandes tragedias. Tratamos con ellas constantemente. Hay tanto dolor, resentimiento, desilusión y divorcio entre nosotros.

Voy a mencionar un asunto que he tenido que tratar mucho en el pasado. Me refiero al malvado y despreciable pecado del abuso infantil.

No podemos tolerarlo ni lo toleraremos. Cualquiera que abuse de un menor puede esperar que se le aplique la acción disciplinaria de la Iglesia y posiblemente la legal.

El abuso infantil es una afrenta a Dios. Jesús habló de la belleza e inocencia de los niños. A todo el que tenga una inclinación que pueda llevar al abuso de niños, le digo en el lenguaje más severo de que soy capaz, que se domine a sí mismo. Busquen ayuda antes de lastimar a un niño y traer la ruina sobre ustedes.

Ustedes, los hombres que poseen este preciado sacerdocio, líguenlo a sus propias almas. Sean dignos de él en todo momento y en toda circunstancia.

Si lo hacen, disfrutarán de "la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento" (Filipenses 4:7).

Que el Señor los bendiga, mis queridos hermanos del sacerdocio, jóvenes y adultos. Padres, sean un ejemplo para sus hijos. Jóvenes, acudan a sus padres para recibir sabiduría, guía y entendimiento.

Cuán grandes son las promesas del Señor para los que andan en la fe. Les dejo mis bendiciones, mi amor y mi testimonio. Qué gran y maravillosa fuerza del bien hay en el sacerdocio si estamos unidos y marchamos adelante como uno solo. Que el Señor nos bendiga para hacerlo, ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Modelos que debemos seguir

PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Todos los que vivimos en el mundo de hoy necesitamos puntos de referencia, o sea, modelos que debemos seguir.

Hace muchos años admiré la cubierta de una de las publicaciones de nuestra Iglesia que consistía de una magnífica reproducción de una pintura de Carl Bloch. La escena que el artista captó en su imaginación y que luego, con el toque de la mano del Maestro, traspasó al lienzo, representaba a Elisabet, esposa de Zacarías, que recibía a María, la madre de Jesús. Ambas darían luz a varones: serían nacimientos milagrosos.

Al hijo que le nació a Elisabet se le llegó a conocer como Juan el Bautista. Tal como en el caso de Jesús, el hijo de María, lo mismo ocurrió con Juan: poco y valioso es lo que se registra sobre sus años de adolescencia. Todo lo que sabemos de la vida de Juan, desde su nacimiento hasta su ministerio público, lo encierra una sola frase: "Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel"[1].

El mensaje de Juan era breve; predicaba en cuanto a la fe, el arrepentimiento, el bautismo por inmersión y el otorgamiento del Espíritu Santo por medio de una autoridad superior a la que él poseía. "Yo no soy el Cristo", declaró a sus fieles discípulos, "sino que soy enviado delante de él"[2]. "Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego"[3].

Luego ocurrió el bautismo de Cristo por Juan el Bautista. Más tarde, Jesús testificó: "Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista"[4].

Todos los que vivimos en el mundo de hoy necesitamos puntos de referencia, o sea, modelos que debemos seguir. Juan el Bautista nos proporciona un ejemplo perfecto de verdadera humildad, ya que él siempre se sometió a Aquel que habría de seguirle: el Salvador de la humanidad.

El aprender acerca de aquellos que confiaron en Dios y siguieron Sus enseñanzas nos ayuda a percibir el Espíritu que nos dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios"[5]. Ellos fueron bendecidos al guardar sus mandamientos con firmeza y al confiar en Él. Si seguimos el ejemplo de ellos, nosotros también seremos igualmente bendecidos en nuestros días y época. Cada uno se convierte en un modelo que debemos seguir.

A todos nos gusta el hermoso relato de Abraham e Isaac que se encuentra en la Biblia. Cuán terriblemente difícil debió haber sido para Abraham, en obediencia al mandamiento de Dios, tomar a su amado Isaac y llevarlo a la tierra de Moriah, para presentarlo allí como holocausto. ¿Se imaginan el tormento de su corazón mientras juntaba la leña para el fuego y emprendía la jornada al lugar señalado? No hay duda del dolor que le habrá agobiado el cuerpo y torturado la mente al atar a Isaac, ponerlo sobre el altar y estirar el brazo para tomar el cuchillo con el que mataría a su hijo. ¡Qué gloriosa sería la declaración y con cuánto asombro la recibiría! "No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único"[6].

Abraham reúne los requisitos como modelo de obediencia intachable.

Si alguno de nosotros piensa que no le es posible superar sus dificultades, lea entonces acerca de Job, ya que al hacerlo, sentirá que podrá decir: "Si Job pudo soportarlo y superarlo, yo también".

Job era un "hombre perfecto y recto temeroso de Dios y apartado del mal"[7]. Job, hombre piadoso y próspero, habría de enfrentar una prueba que habría destruido a cualquiera. Habiendo sido despojado de sus posesiones, menospreciado por sus amigos, afligido por su sufrimiento, destrozado por la pérdida de su familia, le fue dicho: "Maldice a Dios, y muérete"[8]. Resistió esa tentación, y desde lo profundo de su alma noble, declaró: "Mas he aquí que en los cielos está mi testigo, y mi testimonio en las alturas"[9]. "Yo sé que mi Redentor vive"[10].

Job se convirtió en el modelo de paciencia sin límite. Hasta hoy en día decimos que los que han sufrido mucho tienen "la paciencia de Job". Él nos proporciona un ejemplo que todos debemos emular.

Un "varón justo,... perfecto en sus generaciones", uno que "con Dios caminó"[11] era el profeta Noé. Habiendo sido ordenado al sacerdocio a temprana edad, "se convirtió en predicador de la rectitud y declaró el Evangelio de Jesucristo, enseñando fe, arrepentimiento, bautismo y la recepción del Espíritu Santo"[12]. Exhortó que el no dar oídos a su mensaje traería inundaciones sobre aquellos que escucharan su voz y que, aun así, no obedecieran sus palabras.

Noé obedeció el mandato de Dios de construir un arca para que él y su familia se librasen de la destrucción; obedeció las instrucciones de Dios de poner en el arca un par de toda criatura viviente, a fin de que también se salvasen de las aguas.

El presidente Spencer W. Kimball dijo: "Y como aún no había evidencia ni de lluvia ni de diluvio,... las amonestaciones [de Noé] se consideraban ilógicas. ¡Qué absurdo parecía construir un arca en tierra seca, cuando el sol brillaba en todo su esplendor y la vida transcurría normalmente! Pero el tiempo de gracia se acabó. Vino el diluvio y los desobedientes se ahogaron. El milagro del arca fue producto de la fe que se manifestó al construirla"[13].

Noé tuvo la fe inquebrantable de seguir los mandamientos de Dios. Ojalá que siempre hagamos lo mismo. Ruego que recordemos que muchas veces la sabiduría de Dios parece ser una tontería para el hombre; pero la lección más grande que podemos aprender en la tierra es que cuando Dios habla y nosotros obedecemos, siempre estaremos en lo correcto.

Un modelo de la mujer ideal es Rut. Al percibir la gran congoja de su suegra Noemí, quien padecía la pérdida de sus dos buenos hijos, sintiendo quizás el dolor de la desesperación y la soledad que afligían a Noemí en lo más profundo de su alma, Rut pronunció lo que ha llegado a ser una clásica declaración de lealtad: "No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios"[14]. Los actos de Rut manifestaron la sinceridad de sus palabras.

Mediante la firme lealtad de Rut hacia Noemí, ella se habría de casar con Booz, con lo cual ella, la extranjera y conversa moabita, llegó a ser bisabuela de David y, por ende, un antepasado de nuestro Salvador Jesucristo.

Paso ahora a un poderoso profeta del Libro de Mormón, a saber, Nefi, hijo de Lehi y Saríah. Él era fiel y obediente a Dios, valiente y audaz. Cuando se le dio la difícil tarea de obtener las planchas de bronce de Labán, no murmuró, sino que declaró: "Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado"[15]. Tal vez ese acto de valor haya inspirado las palabras de consejo de la estrofa del himno "La barra de hierro":

A Nefi, un profeta fiel
del Libro de Mormón...

La barra de hierro firme es.
Asidla sin cesar.
La barra es la palabra de Dios;
a salvo nos puede guiar[16].

Nefi fue ejemplo de constante determinación.

Ninguna descripción de modelos que debemos seguir estaría completa si no se incluyera a José Smith, el primer profeta de esta dispensación. Cuando sólo tenía catorce años de edad, este valiente jovencito se internó en una arboleda, a la que más tarde se le llamaría sagrada, y recibió una respuesta a su sincera oración.

José fue objeto de implacable persecución al dar a conocer a otras personas el relato de la gloriosa visión que había recibido en esa arboleda. No obstante, a pesar de que se le ridiculizó y menospreció, permaneció firme. Él dijo: "...había visto una visión; yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo"[17].

Paso por paso, haciendo frente a la oposición casi constantemente, y teniendo siempre la guía de la mano del Señor, José organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. En todo lo que hizo demostró su valor.

Hacia el fin de su vida, cuando él y su hermano Hyrum eran llevados a la cárcel de Carthage, con valor enfrentó lo que indudablemente sabía que le esperaba, y selló su testimonio con su sangre.

Al hacer frente a las pruebas de la vida, ruego que siempre emulemos el valor que demostró el profeta José Smith.

Hoy se encuentra ante nosotros otro profeta de Dios, sí, nuestro amado presidente Gordon B. Hinckley, quien ha presidido la expansión más grande en la historia de la Iglesia, tanto numérica como geográficamente. Ha atravesado fronteras que jamás se habían cruzado, y se ha reunido con líderes de gobierno y con miembros de todo el mundo. Su amor por la gente trasciende las barreras de idiomas y culturas.

Con visión profética, ha instituido el Fondo Perpetuo para la Educación, el cual pone fin al ciclo de pobreza de nuestros miembros en muchos lugares del mundo, y proporciona técnicas y capacitación que permiten que los jovencitos y las jovencitas obtengan un buen empleo. Ese plan inspirado ha encendido la luz de la esperanza en aquellos que pensaban que estaban condenados a vivir en la mediocridad, pero que ahora tienen la oportunidad de tener un futuro mejor.

El presidente Hinckley ha trabajado incansablemente para llevar las sagradas bendiciones a los miembros de la Iglesia de todo el mundo al construir templos que estén al alcance de todos. Él tiene la capacidad de levantar a un plano más elevado a las personas de todas las condiciones sociales, sin importar su afiliación religiosa. Él es el modelo del optimismo infalible, y le reverenciamos como profeta, vidente y revelador.

Las cualidades singulares que posee en los hombres y las mujeres que he mencionado pueden ser de gran ayuda para nosotros al hacer frente a los problemas y las dificultades que yacen adelante. Permítanme ilustrar este punto al mencionar la experiencia de la familia de Jerome Kenneth Pollard, de Oakland, California.

El pasado mes de mayo, cuando el élder Taavili Joseph Samuel Pollard viajaba hacia la oficina de la misión, el último día de su misión en Zimbabwe, el auto en el que viajaba viró descontrolado y chocó contra un árbol. Un transeúnte pudo rescatar al compañero del élder Pollard, pero éste, que había quedado inconsciente, quedó atrapado en el auto, que estalló en llamas. El élder Pollard falleció. Su madre había fallecido hacía ocho años, de modo que su padre criaba solo a la familia. Tenía un hermano que servía en la Misión de las Indias Occidentales.

Cuando el padre se enteró de la muerte del élder Pollard, ese hombre humilde —que ya había perdido a su esposa— llamó al hijo que estaba en la Misión de las Indias Occidentales para darle la noticia de la muerte de su hermano. Por esa línea de larga distancia, el hermano Pollard y su hijo, a quienes sin duda los consumía la angustia y el dolor, cantaron juntos "Soy un hijo de Dios"[18]. Antes de terminar la llamada, el padre hizo una oración a nuestro Padre Celestial para darle gracias por Sus bendiciones y para suplicar Su consuelo divino.

Más tarde, el hermano Pollard comentó que él sabía que todo saldría bien, porque en su familia todos tienen firmes testimonios del Evangelio y del Plan de Salvación.

Mis hermanos y hermanas, en esta maravillosa dispensación del cumplimiento de los tiempos, al pasar por esta vida y enfrentar las pruebas y los retos del futuro, ruego que recordemos el ejemplo de los modelos a los que he hecho referencia esta mañana. Ruego que tengamos la verdadera humildad de Juan el Bautista, la obediencia intachable de Abraham, la paciencia sin fin de Job, la fe inquebrantable de Noé, la firme lealtad de Rut, la constante determinación de Nefi, el valor audaz del profeta José Smith y el optimismo infalible del presidente Hinckley. Esas características serán un baluarte de fortaleza a lo largo de nuestra vida.

Ruego que siempre tengamos la guía del Ejemplo supremo, sí, el hijo de María, el Salvador Jesucristo, cuya vida misma nos brindó un modelo perfecto que debemos seguir.

Nacido en un establo, acunado en un pesebre, descendió de los cielos para vivir en la tierra como hombre mortal y establecer el Reino de Dios. Durante Su ministerio terrenal, Él enseñó a los hombres una ley mayor. Su glorioso Evangelio reformó las ideas del mundo. Bendijo a los enfermos, hizo que el cojo caminara, que el

Algunos miembros se reúnen alrededor de la fuente en la plaza ubicada al este del Templo de Salt Lake, con el Centro de Conferencias al fondo.

Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Noviembre de 2002

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Presidente Thomas S. Monson
Primer Consejero

Presidente Gordon B. Hinckley

Presidente James E. Faust
Segundo Consejero

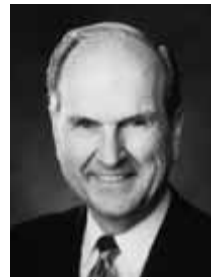
EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Boyd K. Packer

L. Tom Perry

David B. Haight

Neal A. Maxwell



Russell M. Nelson

Dallin H. Oaks

M. Russell Ballard

Joseph B. Wirthlin

Richard G. Scott

Robert D. Hales

Jeffrey R. Holland

Henry B. Eyring

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA

Earl C. Tingey

D. Todd Christofferson

David E. Sorensen

Dennis B. Neuenschwander

Charles Didier

Cecil O. Samuelson Jr.

Dieter F. Uchtdorf

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

Angel Abrea

Carlos H. Amado

Neil L. Andersen

Merrill J. Bateman

William R. Bradford

Monte J. Brough

Sheldon F. Child

L. Whitney Clayton

Gary J. Coleman

Spencer J. Condie

Gene R. Cook

Quentin L. Cook

Claudio R. M. Costa

Robert K. Dellenbach

John B. Dickson

Christoffel Golden Jr.

Walter F. González

John H. Groberg

Bruce C. Hafen

Donald L. Hallstrom

F. Melvin Hammond

Harold G. Hillam

F. Burton Howard

Jay E. Jensen

Marlin K. Jensen

Kenneth Johnson

W. Rolfe Kerr

Yoshihiko Kikuchi

Cree-L Kofford

John M. Madsen

Richard J. Maynes

Lynn A. Mickelsen

Glenn L. Pace

Carl B. Pratt

Ronald A. Rasband

Lynn G. Robbins

Steven E. Snow

Francisco J. Viñas

Lance B. Wickman

W. Craig Zwick

EL SEGUNDO QUÓRUM DE LOS SETENTA

E. Ray Bateman

Douglas L. Callister

Craig C. Christensen

Val R. Christensen

Darwin B. Christenson

Keith Crockett

Adhemar Damiani

James M. Dunn

Daryl H. Garn

Duane B. Gerrard

D. Rex Gerratt

H. Aldridge Gillespie

Ronald T. Halverson

Keith K. Hilbig

J. Kent Jolley

Spencer V. Jones

Gerald N. Lund

Dale E. Miller

Merrill C. Oaks

Robert C. Oaks

Robert F. Orton

Stephen B. Oveson

Wayne S. Peterson

Bruce D. Porter

H. Bryan Richards

Ned B. Roueché

R. Conrad Schultz

Dennis E. Simmons

Donald L. Staheli

Robert R. Steuer

David R. Stone

H. Bruce Stucki

D. Lee Tobler

William R. Walker

Gordon T. Watts

Stephen A. West

Robert J. Whetten

Richard H. Winkel

Robert S. Wood

H. Ross Workman

EL OBISPADO PRESIDENTE

Richard C. Edgley
Primer Consejero

H. David Burton
Obispo Presidente

Keith B. McMullin
Segundo Consejero

El presidente Gordon B. Hinckley presidió todas las sesiones de la conferencia. Lo acompañó su esposa, Marjorie.

ciego viera y que el sordo oyera. Aun resucitó a los muertos.

¿Y cómo reaccionó el mundo ante Su mensaje de misericordia, Sus palabras de sabiduría, Sus lecciones sobre la vida? Hubo unas cuantas almas preciosas que lo apreciaron, le lavaron los pies, aprendieron Su palabra y siguieron Su ejemplo.

Por otro lado, hubo muchos que lo rechazaron. Cuando Pilato les preguntó: "¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?"[19], ellos gritaron: "¡Sea crucificado!"[20]. Lo ridiculizaron, le dieron a beber vinagre, lo injuriaron, lo golpearon con una caña, le escupieron y lo crucificaron.

A través de las generaciones, el mensaje de Jesús ha sido el mismo. A Pedro y a Andrés, a orillas del hermoso mar de Galilea, Él dijo: "Venid en pos de mí"[21]. A Felipe de antaño dio el llamado: "Sígueme" [22]. Al levita que estaba sentado al banco de los tributos públicos se le instruyó: "Sígueme" [23]. Y a ustedes y a mí, si tan sólo escuchamos, nos llegará esa misma invitación: "Venid en pos de mí".

Ruego hoy día que así lo hagamos. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

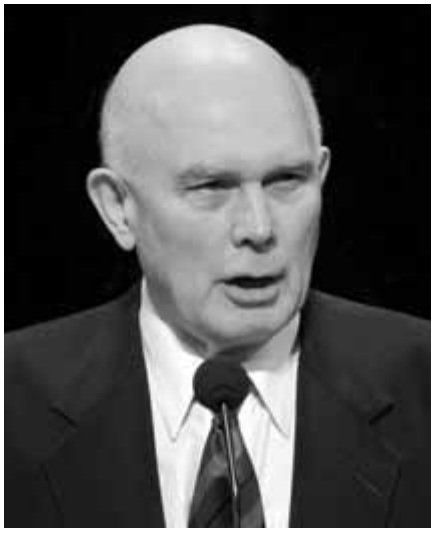
NOTAS

1. Lucas 1:80.
2. Juan 3:28.
3. Lucas 3:16.
4. Mateo 11:11.
5. Salmos 46:10.
6. Génesis 22:9–10, 12.
7. Job 1:1.
8. Job 2:9.
9. Job 16:19.
10. Job 19:25.
11. Génesis 6:9.
12. Bible Dictionary, "Noah", págs. 738–739.
13. Véase "Fe en el Santo de Israel", *Liahona,* agosto de 1981, pág. 40.
14. Rut 1:16.
15. 1 Nefi 3:7.
16. Joseph L. Townsend (1849–1942) *Himnos*, Nº 179.
17. José Smith — Historia 1:25.
18. Naomi W. Randall (1908–2001) *Himnos*, Nº 196.
19. Mateo 27:22.
20. Marcos 15:13.
21. Mateo 4:19.
22. Juan 1:43.
23. Lucas 5:27.

A donde me mandes iré

ÉLDER DALLIN H. OAKS
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La dimensión total de [nuestra] conversión en hombres y mujeres de Dios se lleva a cabo mejor mediante nuestras labores en Su viña.



Mi tema proviene de un himno que ha inspirado a los siervos fieles del Señor de muchas generaciones:

Quizás no tenga yo que cruzar
montañas ni ancho mar;
quizás no sea a lucha cruel
que Cristo me quiera enviar.
Mas si Él me llama a sendas
que yo nunca caminé,
confiando en Él le diré:
Señor, adonde me mandes iré.
("A donde me mandes iré", *Himnos*, N° 175.)

Escrito por una poetisa que no era Santo de los Últimos Días, sus palabras expresan la dedicación de los hijos fieles de Dios en todas las épocas.

Abraham, que condujo a Isaac en aquella desgarradora jornada hasta el monte Moriah, iba fielmente a donde el Señor quería que fuera (véase Génesis 22). También lo hizo David, cuando salió de las filas de los ejércitos de Israel para responder al desafío del gigante Goliat (véase 1 Samuel 17). Ester, inspirada para salvar a su pueblo, recorrió un mortífero sendero para enfrentar al rey en el aposento real (véase Ester 4–5). "A donde me mandes iré, Señor" fue la motivación que tuvo Lehi para abandonar Jerusalén (véase 1 Nefi 2) y su hijo Nefi para volver en busca de los preciados anales (véase 1 Nefi 3). Se podrían citar cientos de otros ejemplos de las Escrituras.

Todas esas almas fieles demostraron su obediencia a la guía del Señor y la fe que tenían en Su poder y bondad. Como lo explicó Nefi: "Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7).

A nuestro alrededor, y en recuerdos de tiempos pasados, tenemos los ejemplos inspiradores del servicio humilde y fiel de Santos de los Últimos

Días. Uno de los más conocidos es el del presidente J. Reuben Clark. Después de más de dieciséis años de haber sido un primer consejero de influencia extraordinaria, se reorganizó la Primera Presidencia y lo llamaron como segundo consejero. Dando un ejemplo de humildad y de disposición a prestar servicio que ha influido en generaciones, él dijo a la Iglesia:" 'Cuando servimos al Señor, no interesa dónde sino cómo lo hacemos. En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, uno debe aceptar el lugar que se le haya llamado a ocupar y no debe ni procurarlo ni rechazarlo' " (citado por Keith K. Hilbig en "El crear o continuar eslabones del sacerdocio", *Liahona*, enero de 2002, pág. 53).

De la misma importancia, aunque menos visibles, están los millones de miembros que ahora trabajan con fe y devoción similares en los rincones remotos de la viña del Señor. Nuestros fieles misioneros mayores presentan los mejores ejemplos que conozco.

Hace poco revisé los papeles misionales de más de cincuenta matrimonios mayores. Todos habían cumplido ya por lo menos tres misiones cuando enviaron los papeles para recibir otro llamamiento; provenían de todas partes, desde Australia hasta Arizona, de California a Misuri; sus edades variaban desde sesenta y setenta y tantos años hasta... bueno, no importa. Una de las parejas, que se ofrecía para cumplir la séptima misión, había prestado servicio en la Manzana del Templo, en Alaska, en Nueva Zelanda, en Kenya y en Ghana; se les mandó a Filipinas. Se podrían citar infinidad de ejemplos similares.

Los comentarios de los líderes del sacerdocio, que aparecen en los papeles de esos matrimonios, son un testimonio de servicio y sacrificio. A continuación, cito varios:

"Dispuestos a ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa durante todo el tiempo que se les requiera".

"Son un gran ejemplo de los miembros de la Iglesia que dedican su vida a servir al Señor".

"Iremos a donde el Señor quiera que vayamos", comentó un matrimonio. "Oramos para que nos manden a donde se nos necesite".

Los comentarios de los líderes del sacerdocio sobre las cualidades de esos matrimonios dan un buen resumen de la obra que nuestros misioneros mayores llevan a cabo tan eficazmente.

"Él es especial para comenzar y hacer funcionar programas, y en liderazgo".

"Su mayor gozo es cuando se les pide que 'edifiquen' y desarrollen algo, por lo que una asignación en un área en desarrollo de la Iglesia sería apropiada para ellos. Están dispuestos a prestar servicio en cualquier cargo al que se les llame".

"Serían de mayor utilidad trabajando con los menos activos y los conversos que en las oficinas".

"Aman a los jóvenes y tienen un don especial para tratarlos".

"Consideran que son más eficaces, y les gusta más, la capacitación de líderes y la obra de hermanamiento".

"Han declinado un poco físicamente, pero no en asuntos espirituales ni en su entusiasmo misional".

"Él es un verdadero misionero. Se llama Nefi y sigue los pasos de su tocayo. Ella es una mujer extraordinaria y siempre ha sido un gran ejemplo. Serán excelentes en cualquier lugar

a donde se les llame. Ésta es su quinta misión". (Habían prestado servicio previamente en Guam, Nigeria, Vietnam, Pakistán, Singapur y Malasia. Para que descansaran de esos senderos tan difíciles, los siervos del Señor los llamaron a prestar servicio en el Templo de Nauvoo.)

Otro matrimonio habló por todos esos héroes y heroínas al escribir lo siguiente: "Iremos a cualquier parte y haremos lo que se nos pida. No es un sacrificio sino un privilegio".

Esos misioneros mayores ofrecen una porción especial de sacrificio y dedicación; así también lo hacen nuestros presidentes de misión y de templo y sus leales compañeras. Todos dejan atrás su hogar y su familia para prestar servicio regular durante cierto tiempo. Lo mismo hacen el ejército de misioneros jóvenes, que interrumpen su vida cotidiana, se despiden de familia y de amigos y salen (generalmente pagando sus propios gastos) a prestar servicio en dondequiera que el Señor les asigne, hablando por medio de Sus siervos.

A donde me mandes iré, Señor,
a montañas o islas del mar.
Diré lo que quieras que diga, Señor,
y lo que Tú quieras seré.
(Himnos, N° 175.)

Millones de otras personas prestan servicio viviendo en su propio hogar y sirviendo voluntariamente en la Iglesia. Eso hacen los veintiséis mil obispados y presidencias de rama, y las fieles presidencias de quórumes y de la Sociedad de Socorro, la Primaria y las Mujeres Jóvenes que trabajan con ellos y bajo su dirección. Y eso hacen millones de otras personas que son fieles maestros en barrios, ramas, estacas y distritos. Pienso, además, en los cientos de miles de maestros orientadores y maestras visitantes que cumplen el mandato del Señor de "velar siempre por los miembros de la iglesia, y estar con ellos y fortalecerlos" (D. y C. 20:53). Todos ellos pueden unirse en esta inspirada estrofa:

Habrá palabras de fe y paz
que me mande el Señor decir;
yo sé que en sendas de la maldad
hay seres que redimir.
Señor, si Tú quieres mi guía ser,
la senda seguiré;
tu bello mensaje podré anunciar,
y lo que me mandes diré.
(Himnos, N° 175.)

Como lo enseñó el rey y profeta Benjamín: "...cuando [estamos] al servicio de [n]uestros semejantes, sólo [estamos] al servicio de [n]uestro Dios" (Mosíah 2:17). También nos advirtió: "Y mirad que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten" (Mosíah 4:27).

El Evangelio de Jesucristo nos exhorta a convertirnos; nos enseña lo que debemos hacer y nos da las oportunidades de llegar a ser lo que nuestro Padre Celestial quiere que seamos. La dimensión total de esa conversión en hombres y mujeres de Dios se lleva a cabo mejor mediante nuestras labores en Su viña.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días tenemos una gran tradición de servicio abnegado. Sin duda, una de las características distintivas de esta Iglesia es el hecho de que no tenemos clero profesional ni pago en los miles de nuestras congregaciones locales ni en las estacas, distritos y misiones regionales que las supervisan. Como una parte esencial del plan de Dios para Sus hijos, el liderazgo y el trabajo en esta Iglesia lo suministran Sus hijos, que dedican liberalmente su tiempo al servicio de Dios y de sus semejantes. Ellos obedecen el mandamiento del Señor de amarlo y servirlo (véase Juan 14:15; D. y C. 20:19, 42:29, 59:5). Esa es la forma en que hombres y mujeres se preparan para la suprema bendición de la vida eterna.

A pesar de ello, todavía hay quienes podrían mejorar. Cuando pido a los presidentes de estaca sugerencias en cuanto al tema que debería tratar en la conferencia de su estaca, muchas veces me hablan de miembros que rechazan llamamientos en la Iglesia o que los aceptan y no cumplen sus responsabilidades. Hay algunos que no son dedicados ni fieles, y así ha sido siempre. Pero esa actitud tiene consecuencias.

El Salvador habló del contraste entre los fieles y los infieles en tres grandes parábolas que se encuentran en el capítulo 25 de Mateo. La mitad de las invitadas quedaron excluidas de las bodas por no estar preparadas cuando llegó el esposo (véase Mateo 25:1–13). A los siervos inútiles, que no emplearon los talentos que el Maestro les había dado, no se les permitió entrar en el gozo del Señor (véase Mateo 25:14–30). Y cuando el Señor vino en Su gloria, separó a las ovejas, que habían prestado servicio a Él y a sus semejantes, de los cabritos, que no lo habían hecho. Sólo los que lo habían hecho "a uno de estos mis hermanos más pequeños" (Mateo 25:40) fueron apartados a Su derecha para "heredar el reino preparado... desde la fundación del mundo" (véase Mateo 25:31–46).

Mis hermanos y hermanas, si no están completamente dedicados, les pido que consideren a quién es que se niegan a servir o descuidan su servicio cuando rechazan un llamamiento o cuando lo aceptan, cuando prometen y no lo cumplen. Ruego que cada uno de nosotros siga estas inspiradas palabras:

Habrá quizás algún lugar,
en viñas de mi Señor,
en donde pueda con fe servir
a Cristo, mi Salvador.
(Himnos, N° 175.)

Jesús señaló el camino. Aun cuando deseó no tener que recorrer la amarga senda a través de Getsemaní y el Calvario (véase D. y C. 19:18), con sumisión le dijo al Padre: "...pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42).

Antes, había enseñado:

"...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

"Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

"Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mateo 16:24–26).

Es preciso que recordemos el propósito de prestarnos servicio unos a otros. Si se tratara solamente de realizar parte de Su obra, Dios podría enviar "legiones de ángeles", como Jesús enseñó en otra ocasión (véase Mateo 26:53). Pero con eso no se cumpliría el propósito del servicio que Él ha determinado. Servimos a Dios y a nuestros semejantes a fin de convertirnos en la clase de hijos que puedan volver a vivir con nuestros Padres Celestiales.

Y siempre confiando en Su bondad,
Sus dones recibiré.
Alegre, haré Su voluntad,
y lo que me mande seré.
(*Himnos,* N° 175.)

Hace casi diez años leí la carta de un ex misionero que describía cómo había tenido lugar ese proceso en su vida. Escribía para agradecer a los que dirigían la obra misional por haberse "atrevido a enviarme a donde el Señor quería, en lugar de a donde a mí me parecía bien". Según explicó, provenía "de un ambiente de intelectualidad orgullosa y competitiva". Antes de la misión estaba estudiando en una universidad prestigiosa del este de los Estados Unidos. Cito sus palabras:

"Creo que por un sentido de obligación y de costumbre, llené y envié los papeles de la misión, marcando con extremo cuidado la columna donde expresaba mi gran deseo de prestar servicio en el extranjero y en otro idioma. También tuve la precaución de hacer notar mi excelencia como estudiante de ruso y mi capacidad de pasar dos años entre el pueblo ruso. Seguro de que ningún comité podría resistirse a tales cualidades, me quedé tranquilo esperando gozar de una extraordinaria aventura cultural y educativa".

Se quedó impactado al recibir el llamamiento para cumplir una misión en los Estados Unidos. No sabía nada del estado en el cual prestaría servicio, aparte de que estaría en su propio país y hablando en inglés, en lugar del otro idioma que había aprendido y, como dijo: "Las personas con las cuales trabajaría serían académicamente incompetentes". Continúa diciendo: "Estuve a punto de rechazar el llamamiento, pensando que me sentiría más útil anotándome en el Cuerpo de Paz o algo por el estilo".

Felizmente, aquel joven orgulloso encontró el valor y la fe para aceptar el llamamiento y seguir la guía y los consejos del buen presidente de misión. Entonces comenzó el milagro de su progreso espiritual. Él lo describe así:

"Al empezar mi servicio entre la gente ignorante de [aquel estado], luché denodadamente durante varios meses; pero la dulce influencia del Espíritu comenzó gradualmente a derrumbar las paredes de orgullo e incredulidad que rodeaban estrechamente mi alma. Y empezó el milagro de mi conversión a Cristo; el sentido de la realidad de Dios y de la fraternidad eterna del hombre se hizo cada vez más fuerte en mi turbada mente".

Él reconoció que no le había sido fácil, pero que con la influencia del excelente presidente de la misión y con el amor creciente que fue sintiendo hacia la gente a la cual servía, el cambio se hizo posible y tuvo lugar.

"Mi deseo de amar y servir a esas personas que, en la escala más importante, eran por lo menos mis iguales y casi sin duda superiores a mí, se hizo cada vez más fuerte. Por primera vez en la vida, aprendí la humildad, aprendí lo que significa valorar a los demás sin tener en cuenta los detalles insignificantes de la vida. Empecé a sentir que el corazón se me henchía de amor por los espíritus que vinieron conmigo a esta tierra" (carta a las Autoridades Generales, febrero de 1994).

Tal es el milagro del servicio. Como lo dijo la poetisa:

Mas si Él me llama a sendas
que yo nunca caminé,
confiando en Él le diré:
Señor, adonde me mandes iré.
(*Himnos,* N° 175.)

Testifico de Jesucristo, que nos llama a Su camino y a Su servicio, y ruego que tengamos la fe y la dedicación de seguirlo y las fuerzas para ser lo que Él quiere que seamos, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Para que todos sean uno en nosotros

ÉLDER D. TODD CHRISTOFFERSON
De los Setenta

No seremos uno con Dios y con Cristo hasta que logremos que la voluntad y el interés de Ellos sean nuestro mayor deseo.

Al llegar al fin de Su ministerio terrenal, y saber que "su hora había llegado" (Juan 13:1), Jesús reunió a Sus apóstoles en un aposento alto en Jerusalén. Después de la cena y de haberles lavado los pies y haberles enseñado, Jesús ofreció una oración sublime e intercesora a favor de esos apóstoles y de todos los que creerían en Él. Suplicó al Padre con estas palabras:

"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

"para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.

"Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad" (Juan 17:20–23).

¡Cuán glorioso es el contemplar que se nos ha invitado a esa unidad perfecta que existe entre el Padre y el Hijo! ¿Cómo puede suceder eso?

Al meditar en esa pregunta, queda claro que debemos comenzar por llegar a ser uno dentro de nosotros mismos. Somos seres duales, con un cuerpo y un espíritu, y a veces no nos sentimos en armonía o tenemos conflictos. La conciencia, la luz de Cristo (véase Moroni 7:16; D. y C. 93:2) ilumina nuestro espíritu, y naturalmente, éste responde a los susurros del Espíritu Santo y desea seguir la verdad. Pero los apetitos y las tentaciones a los que está sujeta la carne pueden, si lo permitimos, vencer y dominar el espíritu. Pablo dijo:

"Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.

"Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;

"pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7:21–23).

Nefi expresó sentimientos semejantes.

"Sin embargo, a pesar de la gran bondad del Señor al mostrarme sus grandes y maravillosas obras, mi corazón exclama: ¡Oh, miserable hombre que soy! Sí, mi corazón se entristece a causa de mi carne. Mi alma se aflige a causa de mis iniquidades.

"Me veo circundado a causa de las tentaciones y pecados que tan fácilmente me asedian" (2 Nefi 4:17–18).

Mas, al recordar al Salvador, Nefi pronuncia esta conclusión llena de esperanza: "...no obstante, sé en quien he confiado" (2 Nefi 4:19). ¿Qué quiso decir?

Jesús fue también un ser de carne y espíritu, pero no cedió a la tentación (véase Mosíah 15:5). Al buscar unidad y paz dentro de nosotros, podemos volvernos a Jesucristo porque Él comprende; comprende qué significa afrontar la lucha y también cómo ganarla. Como dijo Pablo: "...no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

Lo más importante es que podemos acudir a Jesús para que nos ayude a restaurar la unión interior de nuestras almas cuando hayamos caído ante el pecado y destruido nuestra paz. Poco después de Su súplica intercesora para que fuésemos "perfectos en unidad", Jesús sufrió y dio Su vida para expiar el pecado. El poder de Su expiación puede eliminar los efectos del pecado. Cuando nos arrepentimos, Su gracia expiadora nos justifica y purifica (véase 3 Nefi 27:16–20). Es como si no hubiéramos sucumbido,

como si no hubiéramos cedido a la tentación.

Al esforzarnos día a día y semana tras semana por seguir el camino de Cristo, nuestro espíritu afirma su preeminencia, la pugna interior decrece y las tentaciones cesan de causar preocupación. Hay una armonía cada vez mayor entre lo espiritual y lo físico hasta que nuestros cuerpos físicos se transforman, como dijo Pablo, de "instrumentos de iniquidad" en "instrumentos de justicia" ante Dios (véase Romanos 6:13).

Llegar a ser uno dentro de nosotros mismos nos prepara para la bendición aún más grandiosa de llegar a ser uno con Dios y Jesucristo.

Jesús logró una unidad perfecta con el Padre al someterse, tanto en cuerpo como en espíritu, a la voluntad del Padre. Su ministerio estuvo siempre claramente definido porque en Él no había una doble mentalidad que le debilitara ni le distrajera. Al referirse a Su Padre, Jesús dijo: "porque yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8:29).

Por ser la voluntad del Padre, Jesús se sometió aun hasta la muerte, "la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre" (Mosíah 15:7).

Indudablemente, no fue cosa insignificante. Ese sufrimiento dijo: "...hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

"Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres" (D. y C. 19:18–19).

Esas declaraciones revelan que la aspiración suprema del Salvador es glorificar al Padre. El Padre es "en" el Hijo en el sentido de que la gloria y la voluntad del Padre son la preocupación máxima del Hijo.

Durante la Última Cena con Sus apóstoles, el Salvador dijo:

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

"Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto" (Juan 15:1–2).

Es posible que no sepamos con anticipación qué forma de expiación personal sea necesaria ni qué sacrificios implique, pero si preguntáramos como lo hizo el joven rico: "¿Qué más me falta?" (Mateo 19:20), la respuesta del Salvador sería la misma: "Ven y sígueme" (Mateo 19:21); sé mi discípulo, así como yo soy discípulo del Padre, llega a ser "como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a [someterte] a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre [ti], tal como un niño se somete a su padre" (Mosíah 3:19).

El presidente Brigham Young habló de forma comprensiva del reto que enfrentamos, cuando dijo:

"Después de todo lo que se ha dicho y hecho, después que Él ha

guiado a Su pueblo por tanto tiempo, ¿no perciben una falta de confianza en nuestro Dios? ¿La perciben en ustedes? Podrían preguntar: 'Hermano Brigham, ¿la percibe en usted mismo?'. Sí, me doy cuenta de que todavía me falta confianza, sí hasta cierto punto, en Él, en quien confío. ¿Por qué? Porque no tengo el poder, como resultado de lo que la Caída ha producido en mí...

"...En ocasiones algo nace en mi interior que... traza una línea divisoria entre mi interés y el interés de mi Padre Celestial, que hace que mi interés y el interés de mi Padre Celestial no sean uno precisamente.

"...Nosotros debemos sentir y comprender, hasta donde nos resulte posible, hasta donde nuestra naturaleza caída nos permita, hasta el punto en que podamos obtener fe y conocimiento para entendernos a nosotros mismos, que el interés del Dios al que servimos es nuestro interés y que no tenemos ningún otro, ni en el tiempo ni en la eternidad" (*Deseret News*, 10 de septiembre de 1856, pág. 212).

No cabe la menor duda de que no seremos uno con Dios y con Cristo hasta que logremos que la voluntad y el interés de Ellos sean nuestro mayor deseo. Esa sumisión no se logra en un día, pero mediante el Espíritu Santo, el Señor nos ayudará si estamos dispuestos, hasta que, con el tiempo, podamos decir con certeza que Él es en nosotros como el Padre es en Él. A veces tiemblo al pensar en lo que ello pueda requerir, pero sé que es sólo en esa unión perfecta que se puede hallar una plenitud de gozo. Me siento agradecido más allá de lo que las palabras puedan expresar de haber sido invitado a ser uno con esos Seres Santos que venero y adoro como mi Padre Celestial y mi Redentor.

Ruego que Dios escuche la oración del Salvador y nos guíe a todos a ser uno con Ellos, es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

La mujer de fe

MARGARET D. NADAULD
Presidenta General de las Mujeres Jóvenes recientemente relevada

La mujer de fe confía en Dios... Sabe que Él tiene interés en su vida. Sabe que Él la conoce. Ella ama Sus palabras y bebe intensamente de esa agua viva.

Amo al Señor Jesucristo y Su Iglesia que ha sido restaurada en la tierra en nuestra época. Significan mucho para mí las enseñanzas de Su santa vida desde niño recién nacido hasta hombre resucitado: el Hijo de Dios.

Al leer en las páginas de la Biblia, me ha parecido verle cómo "crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres"[1], y era como haber estado allí cuando levantaba a los muertos. Sanó a los enfermos, alimentó a cinco mil personas y trajo consuelo, esperanza y un método de paz al mundo que Él había creado. Perdonó a los que le ridiculizaron, le torturaron y le crucificaron: porque no sabían lo que hacían. Me ha parecido ver el amor y el interés divinos que tuvo por Su madre aun cuando Él mismo estaba padeciendo intensamente. Venció a la muerte para que nosotros también la venciésemos. Ha preparado un lugar para nosotros en el cielo con nuestro Padre Eterno. Nos ha enseñado el plan de felicidad, así como a entenderlo y nos ha dado la esperanza de seguirlo. Su vida fue el ejemplo perfecto de lo que es el sacrificio y el servicio para cumplir el plan de Dios Su Padre.

La mujer Santo de los Últimos Días que sigue el ejemplo de Cristo en su vida cotidiana comienza a cumplir el plan de nuestro Padre Celestial con respecto a ella. Al hacerlo, ejerce una poderosa buena influencia en el mundo de hoy y hace frente a los desafíos de la vida terrenal. He conocido mujeres con esas cualidades que me han señalado el camino que debo seguir. La mujer Santo de los Últimos Días que sigue a Cristo es una verdadera cristiana en todo el sentido de la palabra; es una mujer de fe que confía en Dios, que tiene seguridad y es valiente.

La mujer de fe confía en Dios y encara la adversidad con esperanza. Sabe que Él tiene interés en su vida. Sabe que Él la conoce. Ella ama Sus palabras y bebe intensamente de esa agua viva. Se siente agradecida por el profeta que Él ha enviado para estos últimos días y confía en sus consejos y los sigue, porque sabe que al hacerlo hallará seguridad y paz. Busca en la oración la bondadosa y constante orientación y ayuda del Padre

Celestial que la escucha. Cuando ora, presta atención para dar lugar a la comunicación mutua. Ella confía en que Él, en Su forma silenciosa y tranquila, la llevará de la mano y dará respuesta a sus oraciones[2].

La mujer de fe tiene seguridad porque comprende el plan divino de nuestro Padre Celestial y su función de ser una bendición para los demás. Tiene seguridad en que cualquier sacrificio que haga vale algo en un sentido eterno. Sabe del sacrificio porque sabe de la vida del Salvador; y, aunque comprende que sus sacrificios son pequeños en comparación, también es consciente de que nuestro Padre Celestial entiende y valora lo que ella hace por fortalecer su hogar y su familia, y el mundo en el que vive. Su confianza aumenta porque es virtuosa, delicada y cortés, lo cual es mucho mejor que ser hermosa. Sus intenciones son puras. Es amorosa, dulce y bondadosa. El corazón de su marido y el de sus hijos están en ella confiados[3], al igual que el de los niños y el de los jóvenes, y el de las mujeres a los que ha sido llamada a enseñar, guiar, servir y amar; ellos cuentan con ella por motivo de ese espíritu especial que irradia. Es la imagen de Dios que ha recibido en el rostro, lo que es agradable e importante[4]. Tiene confianza en que está adquiriendo las cualidades que le permitirán ser invitada a estar en la presencia de su Padre Celestial, y podrá hacerlo con el conocimiento de que se sentirá enteramente a gusto allí, de que Él la conoce, la ama, la valora y la aprecia para siempre jamás.

La mujer de fe es valiente. No teme mal alguno porque Dios está con ella[5]. No hay incertidumbre ni trompeta que le dé sonido incierto en la vida. Puede vivir una vida de principios por motivo de que estudia la doctrina y las enseñanzas de un maestro perfecto: el Maestro. Es un digno ejemplo para todos los que la conocen. No es perfecta, desde luego, y no porque no tenga principios perfectos ni el ejemplo perfecto en Cristo, sino porque es humana. Se conserva alejada de las influencias malignas y de toda cosa impura, y, si algo indebido le sale al paso, es como una leona que defiende a sus cachorros. La valiente mujer de fe tiene el valor de hablar con sus hijos de las prácticas que los destruirían, y ellos no sólo la oyen hablar de sus cometidos, sino que los ven aplicados en su diario vivir: en la forma en que se viste, en lo que lee y en lo que ve, en el modo como pasa sus ratos libres, en lo que le gusta y la hace reír, en las personas a las que atrae y en su manera de actuar en todo tiempo, en todas las cosas y en todo lugar. Su modo de ser es encantador, jovial, lleno de vida y bueno. Nuestras niñas pequeñas, lo mismo que las mujeres jóvenes, pueden confiar en su ejemplo sin temor a equivocarse. Rogamos que ellas también sean valientes al buscar y fomentar lo edificante, lo feliz y lo decente, porque ellas son nuestro futuro.

Gracias sean dadas al cielo por las mujeres de fe que nos rodean. La mujer de fe ama al Señor y desea que Él lo sepa mediante la vida que lleva,

así como por las palabras que habla, por el servicio que presta a Sus hijos y por todo lo que hace. Sabe que el Señor la ama aun cuando es imperfecta y sigue intentando ser mejor. Sabe que si hace lo mejor que puede, eso basta, como nos ha dicho el presidente Hinckley[6].

La mujer de fe es bendecida por los varones fieles de su vida que poseen el sacerdocio de Dios y honran ese privilegio: su padre, el obispo, su marido, sus hermanos y sus hijos. Ellos la aprecian a ella y también aprecian los dones divinos que Dios le ha dado como Su hija. La apoyan y la animan, y comprenden la gran misión de su vida en calidad de mujer. La aman; la bendicen. A su vez son bendecidos por esa mujer de fe al caminar juntos por la senda de la vida, y saben, como enseña la Escritura, que "mejores son dos que uno... Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero..."[7].

Expreso mi gratitud por las magníficas mujeres de fe, y por los grandes y nobles hombres, al igual que por mi amada familia, que me han elevado e inspirado a lo largo de mi vida. Ellos han sido una bendición particularmente grande para mí en mis intentos por cumplir con la sagrada tarea que me ha encomendado el Señor como presidenta general de las Mujeres Jóvenes.

Amados hermanos y hermanas, sepan del amor que les tengo a ustedes y de la inmensa gratitud que siento por nuestro Padre Celestial y Su Hijo Amado, el Señor Jesucristo. Les honraré y serviré con todo mi corazón para siempre, y lo haré agradecida por el privilegio de hacerlo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

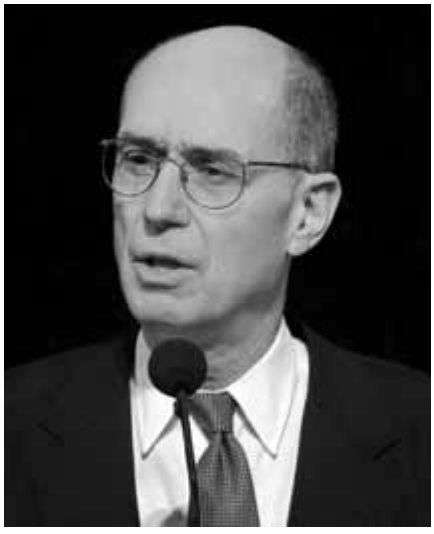
NOTAS

1. Lucas 2:52.
2. Véase D. y C. 112:10.
3. Véase Proverbios 31:11.
4. Véase Alma 5:14.
5. Véase Salmos 23:4.
6. Véase "Las mujeres de la Iglesia", *Liahona,* enero de 1997, pág. 78.
7. Eclesiastés 4:9–10.

Elévense a la altura de su llamamiento

ÉLDER HENRY B. EYRING
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El Señor le guiará por revelación de la misma forma en que lo llamó. Debe pedir con fe para recibir revelación y saber qué debe hacer.



No hace mucho, un joven al que no conocía se me acercó en un lugar abarrotado de personas y me dijo calladamente pero con gran firmeza: "Élder Eyring, acabo de ser llamado como presidente del quórum de élderes. ¿Qué consejo podría darme?". Yo sabía que no podía darle allí lo que él precisaba saber y pensar, con la gente pasando a nuestro lado, así que le dije: "Le daré mi consejo en la conferencia general".

Este joven no es el único que desea ayuda. Cada semana se llama a miles de miembros de la Iglesia de todo el mundo a prestar servicio y muchos de ellos son recién conversos. La variedad de sus llamamientos es grande, y la variedad de su experiencia previa en la Iglesia es aún mayor. Si usted es uno de los que llama, capacita o simplemente cuida de esas personas, como lo hacemos todos nosotros, hay ciertas cosas que debe saber sobre cómo ayudarles a tener éxito.

Primero debe asegurarse de que ellos reciban un manual de instrucciones, de lecciones o los registros que deban llevar. Incluso puede darles una lista de las horas y los lugares de las reuniones a las que deban asistir. Después, puede ocuparse de hablarles de cómo se va a evaluar su labor, cuando perciba cierta preocupación en sus ojos.

Hasta el más nuevo de los miembros de la Iglesia sabe que el llamamiento a servir debe ser, principalmente, un asunto del corazón. Llegamos a conocer al Maestro al entregarle por completo nuestro corazón y guardar Sus mandamientos. Con el tiempo, nuestro corazón cambia y llegamos a ser como Él. Por tanto, existe una manera mejor de

ayudar a los que reciben un llamamiento que darles una descripción de lo que tienen que hacer.

Lo que necesitarán, mucho más que una capacitación en sus tareas, es ver con ojos espirituales lo que significa ser llamados a servir en la Iglesia restaurada de Jesucristo. Ésta constituye el reino de Dios sobre la tierra, y debido a ello, tiene un poder que sobrepasa cualquier otra actividad en que los hombres puedan tomar parte. Ese poder depende de la fe de aquellos a quienes se llama a servir en esta Iglesia.

Por tanto, doy mi consejo a todo hombre o mujer, jovencita o joven que haya sido llamado o que sea llamado en el futuro. Hay algunas cosas cuya veracidad deberá llegar a conocer. Intentaré expresarlas con palabras, pero sólo el Señor, por medio del Espíritu Santo, puede manifestarlas a lo más profundo de su corazón. Ellas son:

En primer lugar, usted es llamado por Dios. El Señor le conoce. Él sabe a quién desea que sirva en cada responsabilidad de Su Iglesia. Él le escogió y ha preparado la manera de poder extenderle su llamamiento. Él restauró las llaves del sacerdocio a José Smith, las cuales han pasado por una línea sin interrupción hasta el presidente Hinckley. Mediante esas llaves, se han dado llaves a otros siervos del sacerdocio para presidir en estacas y barrios, en distritos y ramas. Fue por conducto de esas llaves que el Señor le ha llamado; esas llaves llevan consigo el derecho a la revelación, y ésta se recibe en respuesta a la oración. La persona que fue inspirada a recomendarle para su llamamiento no lo hizo porque usted le cayera bien o necesitara a alguien para llevar a cabo una determinada tarea. Esas personas oraron y recibieron la respuesta de que era a usted a quien se debía llamar.

La persona que le extendió el llamamiento no lo hizo simplemente porque sabía que usted era digno y estaba dispuesto a servir, sino que oró para conocer la voluntad del Señor con respecto a usted. Fueron la oración y la revelación dada a los siervos autorizados del Señor lo que le trajeron a este punto. Su llamamiento es un ejemplo de la fuente de poder exclusiva de la Iglesia del Señor. Los hombres y las mujeres son llamados por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos a quienes Él ha autorizado.

Se le ha llamado para representar al Salvador. Cuando usted testifica, su voz es la de Él, sus manos que auxilian son las de Él. Su labor consiste en bendecir a los hijos espirituales de Su Padre con la oportunidad de escoger la vida eterna. Por tanto, su llamamiento consiste en bendecir vidas, y esto es así aún en las tareas más sencillas que le hayan sido asignadas o en los momentos en los que podría estar haciendo algo aparentemente sin relación alguna con su llamamiento. Su forma de sonreír o la manera de ofrecer ayuda a alguien puede edificar la fe de esa persona; y tanto su forma de hablar como su comportamiento pueden destruir la fe.

Su llamamiento tiene consecuencias eternas para otras personas y para usted. Puede que en el mundo venidero miles de personas le llamen bienaventurado, un número mayor de las que usted haya servido aquí, pues serán los antepasados y los descendientes de aquellos que escogieron la vida eterna gracias a algo que usted dijo, hizo o incluso fue. Si alguien rechaza la invitación del Salvador porque usted no hizo todo lo que pudiera haber hecho, el pesar de ellos será el suyo. No hay llamamientos pequeños en lo referente a representar al Señor. Su llamamiento conlleva una seria responsabilidad, pero no debe temer porque su llamamiento también trae consigo grandes promesas.

Una de esas promesas es la segunda cosa que precisa saber; y es que el Señor le guiará por revelación de la misma forma en que lo llamó. Debe pedir con fe para recibir revelación y saber qué debe hacer. Acompaña al llamamiento la promesa de que tendrá respuestas, pero esa guía la recibirá sólo cuando el Señor tenga la certeza de que usted va a obedecer. Para conocer Su voluntad, usted debe estar comprometido a obedecerla. Las palabras "hágase tu voluntad", escritas en el corazón, son la puerta que conduce a la revelación.

La respuesta se recibe por medio del Espíritu Santo, y precisará esta guía con frecuencia. Para disfrutar de la compañía del Espíritu Santo, usted debe ser digno, purificado por medio de la expiación de Jesucristo. En consecuencia, la obediencia a los mandamientos, el deseo y sus súplicas determinarán la claridad con que el Maestro podrá guiarle por conducto de las respuestas a sus oraciones.

Con frecuencia las respuestas las recibirá durante el estudio de las Escrituras. Éstas contienen relatos de los hechos del Salvador durante Su ministerio terrenal y la guía que brindó a Sus siervos. Las Escrituras contienen doctrina que se aplica a cada momento y a cada situación. El meditar en las Escrituras le ayudará a hacer las preguntas adecuadas al orar, y, tan cierto como que los cielos se abrieron para José Smith tras meditar las Escrituras con fe, Dios dará respuesta a sus oraciones y le llevará de la mano.

Hay una tercera cosa que debe saber: Así como Dios le llamó y le guiará, Él le magnificará. Usted va a necesitar que Él le magnifique. Seguramente tendrá oposición en su llamamiento, pero está al servicio del Maestro, es Su representante y hay vidas eternas que dependen de usted. Él enfrentó la oposición y dijo que ése sería el destino de todos a los que llamara. Las fuerzas combinadas en contra de usted no sólo buscarán frustrar su labor, sino destruirle espiritualmente. El apóstol Pablo lo describió

de esta manera: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo..."[1].

Habrá ocasiones en las que se sienta abrumado. Uno de los ataques que recibirá será mediante el sentimiento de que usted resulta inadecuado; y sí, es inadecuado para aceptar el llamamiento de representar al Salvador únicamente con sus propias fuerzas; pero usted tiene acceso a más que sus facultades naturales y no trabaja solo.

El Señor magnificará lo que usted diga y haga a los ojos de la gente a la que preste servicio. Él enviará el Espíritu Santo para manifestarles que lo que usted ha dicho es verdad. Sus palabras y hechos portarán esperanza y brindarán dirección a la gente más allá de su capacidad natural y de su propio entendimiento. Ese milagro ha sido la marca distintiva de la Iglesia del Señor en cada dispensación, y está tan integrada en su llamamiento que puede que usted hasta la dé por sentado.

El día de su relevo le enseñará una gran lección. El día de mi relevo como obispo, uno de los miembros del barrio fue luego hasta mi casa y me dijo: "Sé que ya no es más mi obispo pero, ¿podríamos hablar una vez más? Usted siempre me ha dicho las palabras que necesitaba escuchar y me ha dado tan buenos consejos. El nuevo obispo no me conoce tan bien como usted. ¿Podríamos hablar una vez más?".

Accedí, aunque algo reacio. El miembro se sentó en una silla enfrente de mí, de forma idéntica a los cientos de veces que había entrevistado a los miembros del barrio como un juez en Israel. Comenzó la conversación y llegó el momento en el que se hizo necesario el consejo. Yo esperaba que las ideas, las palabras y los sentimientos fluyeran a mi mente, como siempre había sucedido.

Pero no recibí nada. En mi corazón y en mi mente sólo había silencio. Tras unos instantes dije: "Lo siento.

Aprecio su amabilidad y su confianza, pero me temo no poder ayudarle".

Cuando se le releve de su llamamiento sabrá lo que yo supe entonces. Dios magnifica a los que Él llama, incluso en lo que para usted parezca un servicio pequeño e insignificante. Usted tendrá el don de ver que su servicio sea magnificado, y dé las gracias mientras sea suyo, pues cuando ya no lo tenga, llegará a apreciarlo más de lo que pueda imaginarse.

El Señor no sólo magnificará el poder de sus esfuerzos, sino que trabajará a su lado. Sus palabras, dirigidas a cuatro misioneros llamados por medio del profeta José Smith a realizar una tarea difícil, dan valor a todo el que Él llama en Su reino: "...y yo mismo los acompañaré y estaré entre ellos; y soy su intercesor ante el Padre, y nada prevalecerá en contra de ellos"[2].

En virtud de que el Salvador es un ser resucitado y glorificado, no está físicamente con cada uno de Sus siervos en todo momento. Pero es perfectamente consciente de ellos y de sus circunstancias, y puede intervenir con Su poder. Es por ello que puede prometerle: "Y quienes os reciban, allí estaré yo también, porque iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros"[3].

Éste es otro modo que tiene el Señor de magnificarle en el llamamiento de servirle. En ocasiones, incluso muchas veces, usted sentirá que no puede hacer todo lo que quisiera. La pesada carga de sus responsabilidades le parecerá inmensa; le preocupará no poder pasar más tiempo con su familia; se preguntará cómo puede hallar tiempo y energías para cumplir con sus demás responsabilidades aparte de la familia y el llamamiento. Puede que llegue a sentirse desanimado o incluso culpable después de haber hecho todo lo posible para cumplir con sus obligaciones. Yo he tenido días y noches así. Permítame decirle lo que aprendí.

Si pienso únicamente en mi propio rendimiento, mi tristeza se acrecienta. Pero cuando recuerdo que el Señor prometió que Su poder estaría conmigo, empiezo a buscar evidencias de Su obra en la vida de las personas a las que sirvo, y oro para poder ver con ojos espirituales los efectos de Su poder.

Entonces, invariablemente, los rostros de estas personas comienzan a fluir a mi mente. Recuerdo el brillo de los ojos de un niño cuyo corazón recibió alivio, las lágrimas de felicidad en el rostro de una niña de la última fila de una clase de Escuela Dominical

que yo impartía, o el problema que se resolvió antes de tener tiempo de atenderlo. Entonces sé que he hecho bastante para que se cumpla una vez más la promesa dada por medio de José Smith: "Por tanto, muy queridos hermanos, hagamos con buen ánimo cuanta cosa esté a nuestro alcance; y entonces podremos permanecer tranquilos, con la más completa seguridad, para ver la salvación de Dios y que se revele su brazo"[4].

Puede tener la total certeza de que El Señor multiplicará muchas veces el poder de usted. Todo lo que Él le pide es que dé el mejor de sus esfuerzos y le entregue todo su corazón. Hágalo con buen ánimo y la oración de fe. El Padre y Su Hijo Amado enviarán el Espíritu Santo para ser su compañero y guiarle; sus esfuerzos se magnificarán en la vida de la gente a la que usted sirva y, cuando mire hacia atrás a lo que ahora pueden parecer momentos difíciles de servicio y sacrificio, el sacrificio se habrá convertido en una bendición y usted sabrá que ha visto el brazo de Dios dando ayuda a los que usted ha servido en Su nombre, y ayudándole también a usted.

Sé que Dios el Padre vive. Él oye y contesta nuestras oraciones. Aquellos a quienes servimos son Sus hijos espirituales. Ésta es la Iglesia verdadera de Jesucristo. Él es el único nombre mediante el cual se pueden santificar los hijos del Padre y lograr la vida eterna. Las llaves del sacerdocio las ejerce el profeta viviente del Señor, Gordon B. Hinckley.

Testifico que el Salvador vive y dirige Su Iglesia. Lo sé. Soy un testigo para Él y por Él. Él le observa y aprecia el servicio fiel que usted brinda en la obra a la que le ha llamado.

En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Efesios 6:12.
2. D. y C. 32:3.
3. D. y C. 84:88.
4. D. y C. 123:17.

El maravilloso fundamento de nuestra fe

PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

Gracias sean dadas a Dios por Su maravilloso otorgamiento de testimonio, autoridad y doctrina relacionados con ésta, la Iglesia restaurada de Jesucristo.

Mis queridos hermanos y hermanas, pido la inspiración del Señor al dirigirme a ustedes. No salgo de mi asombro ante la tremenda responsabilidad de dirigirme a los Santos de los Últimos Días. Estoy agradecido por su bondad y su paciencia. Ruego constantemente ser digno de la confianza de la gente.

Acabo de regresar de un viaje muy largo; ha sido muy pesado, pero ha sido maravilloso estar entre los santos. Si fuese posible, dejaría a cargo de otras personas los asuntos administrativos y rutinarios de la Iglesia, y luego, me dedicaría a visitar a la gente de las ramas pequeñas así como a la de las estacas grandes. Me gustaría reunirme con los santos dondequiera que estén. Considero que todo miembro de esta Iglesia merece una visita. Lamento que debido a las limitaciones físicas ya no me sea posible saludar con un apretón de manos a todos, pero puedo mirarles a los ojos con gozo en mi corazón y expresar mi amor y dejarles una bendición.

El motivo de este viaje reciente fue la rededicación del Templo de Freiberg, Alemania y la dedicación del Templo de La Haya, Holanda. Tuve la oportunidad de dedicar el Templo de Freiberg hace 17 años. Era un edificio un tanto modesto, construido en lo que antes era la República Democrática Alemana, la Zona Oriental de una Alemania dividida. Su construcción fue literalmente un milagro. El presidente Monson, Hans Ringger y otros se habían ganado la simpatía de los oficiales gubernamentales de Alemania Oriental, quienes dieron su aprobación.

El templo ha sido maravillosamente útil a través de estos años. El abominable muro ya ha desaparecido, lo que facilita que nuestros miembros

viajen a Freiberg. El edificio se había deteriorado después de esos años y ya era inadecuado.

El templo se ha ampliado, al mismo tiempo que se ha hecho más hermoso y práctico. Efectuamos sólo una sesión dedicatoria, a la que concurrieron santos de una extensa región. En la espaciosa sala en la que nos encontrábamos sentados, podíamos ver las marcadas facciones en el rostro de muchos de esos firmes y maravillosos Santos de los Últimos Días quienes, a través de todos esos años, en los tiempos buenos como en los malos, bajo restricciones impuestas por el gobierno, y ahora en perfecta libertad, han guardado la fe, han servido al Señor y han sido grandes ejemplos. Lamento tanto no haber podido poner mis brazos alrededor de esos heroicos hermanos y hermanas y decirles lo mucho que los quiero. Si me están escuchando en estos momentos, espero que sepan de ese amor y que disculpen mi apresurada partida.

De ahí viajamos hasta Francia para atender unos asuntos de la Iglesia. Luego volamos a Rotterdam y por auto fuimos hasta La Haya. El trabajar en tres naciones en un día es un horario un tanto pesado para un anciano.

Al día siguiente dedicamos el Templo de La Haya, Holanda, donde se efectuaron cuatro sesiones. ¡Fue una experiencia conmovedora y maravillosa!

El templo es un edificio hermoso ubicado en un buen lugar. Estoy muy agradecido por la Casa del Señor que satisfará las necesidades de los santos de Holanda, Bélgica y partes de Francia. En 1861 se enviaron misioneros a esa parte de Europa. Miles se han unido a la Iglesia, habiendo emigrado la mayoría a los Estados Unidos. No obstante, ahora tenemos allí un maravilloso grupo de fieles y queridos Santos de los Últimos Días que son merecedores de una Casa del Señor en su país.

Decidí que mientras nos encontrábamos en esa parte del mundo visitaríamos otras regiones. Es así que viajamos a Kiev, en Ucrania, lugar que visité hace 21 años. Allí se respira una nueva sensación de libertad. ¡Qué inspiración reunirnos con más de 3.000 santos ucranianos! Las personas se congregaron de todas partes del país a costa de grandes incomodidades y gastos para llegar allí.

Una familia no podía pagar los pasajes para ir con todos sus integrantes, de modo que los padres se quedaron en casa y enviaron a sus hijos para que tuviesen la oportunidad de estar con nosotros.

De ahí fuimos a Moscú, Rusia, lugar donde estuve también hace 21 años. Se ha realizado un cambio; es como la electricidad: no se puede ver pero se puede sentir. Allí también tuvimos una maravillosa reunión, con la oportunidad de conversar con importantes oficiales del gobierno, como lo habíamos hecho en Ucrania.

¡Qué valioso e inestimable privilegio el reunirnos con esos extraordinarios santos que se han congregado "uno de cada ciudad, y dos de cada familia" en el redil de Sión, en cumplimiento de la profecía de Jeremías (véase Jeremías 3:14). La vida no es fácil para ellos; sus cargas son pesadas, pero su fe es firme y sus testimonios son vibrantes.

En esos lugares lejanos, desconocidos para la mayoría de los miembros de la Iglesia, la llama del Evangelio arde brillante y alumbra el camino para miles.

Luego viajamos a Islandia, un bello lugar con gente bella. Allí sostuvimos una larga entrevista con el presidente de la nación, un hombre sumamente distinguido y capaz que ha estado en

Utah y que se expresa muy favorablemente de nuestra gente.

De nuevo nos reunimos con los santos. ¡Qué inspiración el mirar sus rostros que abarrotaban el centro de reuniones de la ciudad de Reykjavík!

En todos esos lugares, y en todas las oportunidades de hablar ante tantas personas, había algo que ocupaba mi mente en todo momento: la maravilla de esta obra, su absoluta maravilla. Las palabras de nuestro gran himno que acaba de entonar el coro acudían a mi mente repetidas veces:

"¡Qué firmes cimientos, oh santos de Dios,
tenéis por la fe en Su palabra de amor!"
("Qué firmes cimientos" *Himnos,* Nº 40).

Como Santos de los Últimos Días, ¿comprendemos y apreciamos de verdad la fortaleza de nuestra posición? Entre las religiones del mundo es singular y admirable.

¿Es esta Iglesia una institución educativa? Sí; constante e interminablemente nos encontramos enseñando en una gran variedad de circunstancias. ¿Es una organización social? Lo es. ¿Es una gran familia de amigos que pasan tiempo juntos y disfrutan de la compañía de unos y otros? ¿Es una sociedad de ayuda mutua? Sí. Posee un extraordinario programa para edificar la autosuficiencia y brindar ayuda a los necesitados. Es todas esas cosas y más. Pero más que eso, es la Iglesia y reino de Dios, establecidos y dirigidos por nuestro Padre Celestial y Su amado Hijo, el Señor Jesucristo resucitado, para bendecir a todos aquellos que entren en Su redil.

Declaramos sin duda alguna que Dios el Padre y Su Hijo, el Señor Jesucristo, se aparecieron en persona al joven José Smith.

Cuando Mike Wallace me entrevistó en el programa *60 Minutos*, me preguntó si en efecto yo creía eso. Le respondí: "Sí, señor; ese es lo milagroso".

Así me siento al respecto. Nuestra fortaleza entera se basa en la validez de esa visión. O sucedió o no sucedió; si no ocurrió, quiere decir que esta obra es un fraude; si ocurrió, quiere decir que es la obra más importante y maravillosa debajo de los cielos.

Piensen en ello, hermanos y hermanas. Los cielos permanecieron sellados durante siglos. Varios hombres y mujeres buenos —personas realmente grandiosas y maravillosas— trataron de corregir, fortalecer y mejorar su sistema de adoración y el conjunto de su doctrina. A ellos rindo honor y respeto. El mundo es un lugar mejor debido a sus acciones valientes. Aunque considero que su obra fue inspirada, no se vio favorecida con la abertura de los cielos ni con la aparición de la Deidad.

Luego, en 1820, se recibió esa gloriosa manifestación en respuesta a la oración de un jovencito que en la Biblia familiar había leído las palabras de Santiago: "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" (Santiago 1:5).

Sobre esa singular y extraordinaria experiencia se basa la validez de esta Iglesia.

En todos los registros de la historia religiosa no hay nada que se le compare. En el Nuevo Testamento se encuentra el relato del bautismo de Jesús, en que se oyó la voz de Dios y el Espíritu Santo descendió como paloma. En el monte de la transfiguración, Pedro, Santiago y Juan vieron delante de ellos al Señor transfigurado; oyeron la voz del Padre, pero no le vieron.

¿Por qué tanto el Padre como el Hijo se aparecieron a un muchacho, un simple jovencito? Por una razón: Ellos vinieron para dar inicio a la más grandiosa de las dispensaciones del Evangelio de todos los tiempos, en que todas las generaciones anteriores se congregarían y se agruparían en una.

¿Duda alguien de que la época en la que vivimos sea la más maravillosa en la historia del mundo? En la ciencia, la medicina, los medios de comunicación y de transporte se ha llevado a cabo un asombroso florecimiento sin igual en todas las crónicas de la humanidad. ¿Sería razonable creer que también debería haber un florecimiento de conocimiento espiritual como parte de ese renacimiento incomparable de luz y entendimiento?

El instrumento en esta obra de Dios fue un jovencito cuya mente no estaba atestada de las filosofías de los hombres. Esa mente estaba limpia y sin el adiestramiento en las tradiciones de esa época.

Es fácil ver por qué la gente no acepta este relato. Es algo casi incomprensible, y sin embargo es sumamente razonable. Las personas que están familiarizadas con el Antiguo Testamento admiten la aparición de Jehová a los profetas que vivieron en esa época relativamente sencilla. ¿Pueden ellas con razón negar la necesidad de que el Dios de los cielos y Su Hijo resucitado aparecieran en este periodo sumamente complejo de la historia del mundo?

Testificamos de estas cosas extraordinarias: de que Ambos vinieron, de que José les vio en Su gloria resplandeciente, de que Ellos le hablaron y que él oyó y registró Sus palabras.

Conocí a alguien que decía ser intelectual, que dijo que la Iglesia era prisionera de su propia historia. Le respondí que sin esa historia no tenemos nada. La veracidad de ese acontecimiento singular, excepcional y extraordinario es el elemento fundamental de nuestra fe.

Pero esa gloriosa visión era tan sólo el comienzo de una serie de manifestaciones que constituyen la historia de los primeros días de esta obra.

Como si esa visión no fuese suficiente para corroborar la personalidad y la realidad del Redentor de la humanidad, a ello le siguió la aparición del Libro de Mormón; he aquí algo que el hombre podía tener en sus manos, que podía "sopesar", por así decirlo; podía leerlo, podía orar en cuanto a él, ya que contenía una promesa de que el Espíritu Santo declararía su veracidad si ese testimonio se buscaba por medio de la oración.

Este libro extraordinario se yergue como un tributo a la realidad viviente del Hijo de Dios. La Biblia declara que "en boca de dos o tres testigos conste toda palabra" (Mateo 18:16). La Biblia, el testamento del Viejo Mundo, es un testigo; El Libro de Mormón, el testamento del Nuevo Mundo, es otro testigo.

No puedo comprender por qué el mundo cristiano no acepta este libro. Pienso que estarían en busca de cualquier cosa y de todo lo que estableciese sin duda alguna la realidad y la divinidad del Salvador del mundo.

A todo ello siguió la restauración del sacerdocio: primero, el Aarónico bajo las manos de Juan el Bautista, quien había bautizado a Jesús en el Jordán.

Luego vinieron Pedro, Santiago y Juan, apóstoles del Señor, quienes confirieron en esta época aquello que habían recibido de las manos del Maestro con quien habían caminado, incluso "las llaves del reino de los cielos" con autoridad para atar en los cielos lo que ellos ataren en la tierra (véase Mateo 16:19).

Posteriormente se confirieron llaves adicionales del sacerdocio bajo las manos de Moisés, Elías y Elías el profeta.

Piensen en ello, hermanos y hermanas. Piensen cuán maravilloso es.

Ésta es la Iglesia restaurada de Jesucristo. Nosotros somos Santos de los Últimos Días. Testificamos que los cielos se han abierto, que se ha partido el velo, que Dios ha hablado y que Jesucristo se ha manifestado a Sí mismo, a lo que siguió el otorgamiento de la autoridad divina.

Jesucristo es la piedra angular de esta obra, y está edificada sobre un "fundamento de... apóstoles y profetas" (Efesios 2:20).

Esa maravillosa restauración debe hacer de nosotros personas de tolerancia, de amor al prójimo, de agradecimiento y bondad hacia los demás. No debemos ser jactanciosos; no debemos ser orgullosos. Podemos ser agradecidos, y debemos serlo; podemos ser humildes, y debemos serlo.

Amamos a los miembros de otras iglesias; trabajamos juntos en buenas empresas. Les respetamos. Mas nunca debemos olvidar nuestras raíces; esas raíces que están en lo profundo del suelo del inicio de ésta, la última dispensación, la dispensación del cumplimiento de los tiempos.

¡Qué inspiración ha sido el mirar el rostro de hombres y mujeres a través del mundo, quienes llevan en su corazón una convicción solemne de la veracidad de este fundamento!

En lo que respecta a la autoridad divina, esto es lo más básico y fundamental de todo.

Gracias sean dadas a Dios por Su maravilloso otorgamiento de testimonio, autoridad y doctrina relacionados con ésta, la Iglesia restaurada de Jesucristo.

Éste debe ser nuestro grandioso y singular mensaje al mundo, el cual no ofrecemos con jactancia. Testificamos con humildad, pero con solemnidad y absoluta sinceridad. Invitamos a todos, a la tierra entera, a que escuchen este relato y evalúen su veracidad. Dios nos bendiga por creer en Sus manifestaciones divinas y nos ayude a extender el conocimiento de esos extraordinarios y gloriosos sucesos a todos los que estén dispuestos a escuchar. A éstos decimos, en un espíritu de amor: traigan todo lo bueno y toda la verdad que hayan recibido de cualquier fuente y veamos si podemos añadir a ellas. Extiendo esta invitación a los hombres y a las mujeres de todas partes con mi solemne testimonio de que esta obra es verdadera, y sé que es verdad por el poder del Espíritu Santo, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

¿Hallará [El] fe en la tierra?

ÉLDER JOSEPH B. WIRTHLIN
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Sólo cuando nuestra fe esté en armonía con la voluntad de nuestro Padre Celestial podremos recibir las bendiciones que buscamos.

Ésa ha sido la interpretación más bella del magnífico himno: "Un pobre forastero", que era el preferido del profeta José y de su hermano Hyrum. ¡Qué hermosa fue la interpretación del coro y de la orquesta!

Ruego tener conmigo el Espíritu del Señor que ha estado con nosotros durante la conferencia, para decir aquello que sea de beneficio para los miembros de la Iglesia y de los que no son miembros. Siento una gran humildad ante esta asignación.

Hoy hago una pregunta que el Salvador hizo hace casi dos mil años: "...cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?"[1].

El primer principio del Evangelio

¿Qué es la fe verdadera? La fe se define como "creencia y confianza en Dios y lealtad a Él... Una creencia firme en algo de lo que no existe prueba"[2]. Nosotros creemos que "la fe es tener esperanza en lo que no se ve pero que es verdadero..." y debe centrarse en Jesucristo. De hecho, nosotros creemos que "la fe en Jesucristo es el primer principio del Evangelio"[3].

La fe de la viuda

Hay quienes pueden enseñarnos acerca de la fe si tan sólo abrimos nuestro corazón y nuestra mente. Una de esas personas es una mujer cuyo esposo falleció. Habiéndose quedando sola para criar a su hijo, trató de buscar la forma de mantenerse, pero vivía en una época de terrible hambruna, donde los alimentos escaseaban y muchos perecían a causa del hambre.

A medida que disminuían los alimentos disponibles, también lo hacían sus oportunidades de sobrevivir. Cada día veía impotente cómo se agotaban sus provisiones.

Esperando encontrar ayuda, pero sin hallar ninguna, finalmente llegó el día en que la mujer se dio cuenta de que sólo le quedaban alimentos para una última comida.

Fue entonces cuando un extraño se le acercó y le hizo la petición inconcebible: "Te ruego que me traigas… un bocado de pan", le dijo.

La mujer se volvió y le contestó: "Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija". Ella le explicó que iba a prepararlos como última comida para ella y su hijo, "para que lo comamos, y nos dejemos morir".

No sabía que el hombre que estaba ante ella era Elías el profeta, a quien el Señor había enviado. Lo que ese profeta le dijo a continuación podría parecer sorprendente para aquellos que en la actualidad no comprenden el principio de la fe.

"No tengas temor", le dijo. "Pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo".

¿Se imaginan lo que ella pudo haber pensado? ¿Lo que pudo haber sentido? No tuvo ni tiempo para contestar cuando el hombre prosiguió: "Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra".

La mujer, luego de oír esa promesa profética, fue con fe e hizo lo que Elías el profeta le había pedido. "Y comió él, y ella, y su casa, muchos días. Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que Jehová había dicho por Elías" el profeta[4].

De acuerdo con la forma de ver actual, la petición del profeta podría parecer injusta y egoísta, y la respuesta de la viuda insensata e imprudente. Eso se debe más que nada a que muchas veces aprendemos a tomar decisiones basándonos en lo que vemos. Tomamos decisiones basándonos en la evidencia que está frente a nosotros y lo que parece ser nuestro interés mejor e inmediato.

"La fe", por otro lado, es "la certeza

de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve"[5]. La fe tiene ojos que traspasan la oscuridad y ven la luz que se encuentra del otro lado. "...que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios"[6].

El fracaso en el ejercicio de la fe

Con demasiada frecuencia, hoy por hoy, no confiamos tanto en la fe como en nuestra propia capacidad para razonar y resolver los problemas. Si enfermamos, la medicina moderna puede realizar curaciones milagrosas. Se pueden viajar largas distancias en corto tiempo. Con nuestros dedos en el teclado nos es posible conseguir información que hace 500 años hubieran convertido en príncipe al más pobre de los hombres.

La fe verdadera

"Mas el justo por la fe vivirá"[7], nos dicen las Santas Escrituras. Vuelvo a preguntarles, ¿qué es la fe?

La fe existe cuando la confianza absoluta en lo que no podemos ver se combina con las acciones que están en absoluta conformidad con la voluntad de nuestro Padre Celestial. Sin esas tres cosas —primero, confianza absoluta; segundo, acción y tercero, absoluta conformidad— sin estas tres, todo lo que tenemos es falso: una fe débil e inservible. Permítanme analizar cada uno de esos requisitos de la fe.

Primero, debemos tener confianza en lo que no podemos ver. Cuando Tomás sintió por fin la marca de los clavos y metió su mano en el costado del Salvador resucitado, confesó que, finalmente, creía.

"Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron"[8].

Pedro se hizo eco de esas palabras cuando elogió a los primeros discípulos por su fe en Jesucristo. Él dijo:

"a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso;

"obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas"[9].

Segundo, para que nuestra fe marque una diferencia, debemos actuar. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para convertir una creencia pasiva en una fe activa, porque en verdad, "la fe, si no tiene obras, es muerta"[10].

En 1998, el presidente Gordon B. Hinckley amonestó a los santos de esta Iglesia así como también a todo el mundo en general. Él pronunció la misma advertencia anoche en la reunión del sacerdocio, cuando dijo: "...ha llegado el momento de poner nuestra casa en orden". "Muchos de nuestros miembros viven al borde de sus ingresos; de hecho, algunos viven con dinero prestado... me preocupa la enorme deuda a plazos que pesa sobre la gente de esta nación, incluso sobre nuestra propia gente"[11].

Hermanos y hermanas, cuando esas palabras proféticas se pronunciaron, algunos miembros fieles de la Iglesia hicieron acopio de su fe, escucharon el consejo del profeta, y hoy se sienten profundamente agradecidos por haberlo hecho. Otros quizá creyeron que era verdad lo que había dicho el profeta, pero carecían de fe, incluso tan pequeña como un grano de mostaza; por consiguiente, algunos sufrieron problemas económicos, personales y familiares.

Tercero, nuestra fe debe estar en conformidad con la voluntad de nuestro Padre Celestial, incluso con Sus leyes de la naturaleza. El gorrión que se mete en un huracán puede pensar que podrá volar sin problemas a través de la tormenta, pero la ley implacable de la naturaleza lo convencerá finalmente de que no es así.

¿Somos nosotros más prudentes que el gorrión? En muchas ocasiones lo que pasa por fe en este mundo es poco menos que credulidad. Es angustioso ver con cuanto apremio la gente acepta las corrientes y las teorías que están de moda mientras que rechazan, no creen demasiado o prestan poca atención a los principios

eternos del Evangelio de Jesucristo. Es angustioso ver cómo algunos se precipitan hacia un comportamiento tonto y poco ético creyendo que Dios, de alguna forma, los salvará de las consecuencias trágicas e inevitables de sus acciones. Incluso ruegan pidiendo las bendiciones del cielo, sabiendo en su corazón que lo que hicieron es contrario a la voluntad de nuestro Padre Celestial.

¿Cómo podemos saber cuándo nuestra fe está en conformidad con la voluntad de nuestro Padre Celestial y que Él aprueba lo que buscamos? Debemos conocer la palabra de Dios. Una de las razones por las que nos sumimos en las Escrituras es conocer los tratos del Padre Celestial con el hombre desde el principio. Si los deseos de nuestro corazón son contrarios a las Escrituras, no debemos seguir adelante.

Después, debemos escuchar el consejo de los profetas de los postreros días, al darnos ellos instrucción inspirada.

Aún más, debemos meditar, orar y buscar la guía del Espíritu. Si lo hacemos, el Señor nos ha prometido: "...hablaré a tu mente y a tu corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón"[12].

Sólo cuando nuestra fe esté en armonía con la voluntad de nuestro Padre Celestial podremos recibir las bendiciones que buscamos.

Un principio de poder

La fe, cuando se comprende y practica verdaderamente, es uno de los poderes grandiosos y gloriosos de la eternidad. Es una fuerza poderosa que va más allá de nuestra comprensión. "Por la fe... [fue] constituido el universo por la palabra de Dios"[13]. Por medio de la fe, las aguas se dividieron, los enfermos sanaron, los inicuos callaron y se ha hecho posible la salvación.

Nuestra fe es el fundamento sobre el cual descansan todas las vidas espirituales, y debe ser el recurso más importante de nuestra vida. La fe es mucho más que creer; la fe es algo que vivimos.

Recuerden las palabras del Salvador: "Si puedes creer, al que cree todo le es posible"[14]. "El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará"[15].

La enseñanza del principio

Quienes anden por fe, sentirán que su vida se rodea de luz y las bendiciones del cielo. Comprenderán y conocerán cosas que otros no podrán. Los que no andan por fe consideran absurdas las cosas del espíritu, ya que éstas sólo se pueden discernir por el espíritu[16].

Las manifestaciones del cielo están selladas para que no sean comprendidas por quienes no creen. "Porque si no hay fe entre los hijos de los hombres", nos dice Moroni, "Dios no puede hacer ningún milagro entre ellos; por tanto, no se mostró sino hasta después de su fe"[17].

Sin embargo, a través de la historia, aun en momentos de oscuridad espiritual hubo quienes a través de los ojos de la fe lograron traspasar esa oscuridad y contemplar las cosas como son en realidad. Moroni reveló que "...hubo muchos cuya fe era tan sumamente fuerte... que no se les pudo impedir penetrar el velo, sino que realmente vieron con sus propios ojos las cosas que habían visto con el ojo de la fe; y se regocijaron"[18].

Nuestros hogares deben ser refugios de fe. Las madres y los padres deben enseñar los principios de fe a sus hijos. Los abuelos también pueden colaborar. Durante las reuniones familiares, cuando es apropiado, intento pasar un rato con alguno de nuestros nietos y hablar personalmente con él o ella. Me siento con ellos y les hago algunas preguntas. "¿Cómo estás?" "¿Cómo te va en los estudios?".

Después le pregunto qué piensa del Evangelio y de la Iglesia verdadera, que tanto significan para mí. Trato de descubrir cuán profundos son su fe y su testimonio. Si percibo algunos aspectos de duda, le pregunto:

"¿Aceptarías una meta de tu abuelo?".

Entonces le sugiero que lea las Escrituras diariamente y le recomiendo que se arrodille todas las mañanas y las noches y ore con sus padres y tenga además oraciones personales. Le insto a ir siempre a su reunión sacramental, a mantenerse siempre puro y limpio, a asistir a las reuniones, y finalmente, entre otras cosas, a tratar en todo momento de ser receptivo a los susurros del Señor.

Pero una vez, después de conversar con Joseph, nuestro nieto de ocho años, me miró a los ojos y me preguntó sin rodeos: "Abuelo, ¿ya me puedo ir?". Se escurrió rápidamente de mis brazos y yo pensé: "¿Habrá servido de algo?". Bueno, aparentemente sirvió porque al día siguiente me dijo: "Gracias por lo que me dijiste".

Si nos acercamos a ellos con amor en vez de con reproche, veremos que la fe de nuestros nietos aumentará como resultado de la influencia y el testimonio de alguien que ama al Salvador y a Su divina Iglesia.

Las pruebas

En ocasiones, el mundo se ve tenebroso; a veces nuestra fe se pone a prueba; otras sentimos que los cielos se cierran para nosotros. Aun así no debemos desesperarnos; nunca debemos abandonar nuestra fe, ni perder la esperanza.

Hace algunos años, empecé a darme cuenta de que las cosas a mi alrededor comenzaban a oscurecerse. Me preocupaba, ya que cosas sencillas como leer las Escrituras se me hacía cada vez más difícil. Me preguntaba qué estaba pasando con la calidad de las bombillas de la luz, por qué los fabricantes no podían hacer las cosas tan buenas como antes.

Reemplacé las bombillas por otras más brillantes. Pero éstas también comenzaron a palidecer. Culpé entonces al diseño malo de las lámparas y de las bombillas. Incluso me pregunté si el brillo del sol también había perdido su intensidad, hasta que se me ocurrió que el problema podía muy bien no estar en la luz de la habitación, ¡sino en mis ojos!

Poco después fui a ver a un oculista, el cual me aseguró que el mundo no estaba oscureciendo en absoluto. Una catarata que tenía en el ojo era lo que hacía que pareciera que la luz perdía su intensidad. No cabe duda de que eso les dirá la edad que tengo. Me puse en manos de ese competente especialista que me quitó la catarata y, ¡he aquí! ¡La luz volvió a inundar mi vida! La luz nunca había disminuido, sólo había menguado mi capacidad de verla.

Eso me enseñó una gran verdad. Muchas veces, cuando el mundo parece sombrío, cuando los cielos parecen distantes, echamos la culpa a todo cuanto nos rodea, cuando la verdadera razón de la oscuridad podría estar en nuestra propia falta de fe.

Tengan ánimo. Tengan fe y confianza. El Señor no los abandonará.

El Señor ha prometido que si nosotros escudriñamos diligentemente, oramos siempre, y somos creyentes, todas las cosas obrarán juntamente para nuestro bien, si andamos en la rectitud[19].

Sé, al igual que Alma en la antigüedad, que "quienes pongan su confianza en Dios serán sostenidos en sus tribulaciones, y sus dificultades y aflicciones, y serán enaltecidos en el postrer día"[20].

Nuestro Padre Celestial es un Ser poderoso, que actúa y dirige. Aun cuando a veces podamos llevar cargas de pesar, dolor y angustia; a pesar de que podamos estar esforzándonos por comprender las pruebas de fe que se nos hayan dado; aun cuando la vida parezca sombría y lóbrega, por medio de la fe, tenemos la confianza absoluta de que un amoroso Padre Celestial está a nuestro lado.

Tal y como prometió el apóstol Pablo: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo"[21].

Y un día traspasaremos completamente la oscuridad y veremos la luz; comprenderemos Su plan eterno, Su misericordia y Su amor.

"Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?"

Tal vez si los miembros de la Iglesia confiaran de corazón, convirtieran sus esperanzas y creencias en acciones y procuraran obedecer la voluntad del Señor, la respuesta a esa pregunta que el Salvador hizo hace dos mil años podría ser un resonante: "Sí, encontrará fe. Él encontrará fe entre los que han tomado Su nombre consigo; encontrará fe entre los que viven Sus principios divinos".

Testimonio

Testifico que mediante nuestro profeta, vidente y revelador, el presidente Gordon B. Hinckley, nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos habla en la actualidad. Testifico que el Evangelio fue restaurado en su plenitud por medio del profeta José Smith. La fe, un poder eterno, es un don de nuestro Padre Celestial para toda la humanidad. De esta verdad eterna doy mi testimonio personal en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 18:8.
2. "Fe", *Webster's Ninth New Collegiate Dictionary*, pág. 446.
3. Véase la *Guía para el Estudio de las Escrituras,* págs. 78–79.
4. Véase 1 Reyes 17:11–16.
5. Hebreos 11:1; véase también Hebreos 11:2–40; Éter 12:7–22.
6. 1 Corintios 2:5.
7. Romanos 1:17.
8. Juan 20:29.
9. 1 Pedro 1:8–9.
10. Santiago 2:17.
11. Véase "A los jóvenes y a los hombres", *Liahona,* enero de 1999, pág. 65.
12. D. y C. 8:2.
13. Hebreos 11:3.
14. Marcos 9:23.
15. Juan 14:12.
16. Véase 1 Corintios 2:14.
17. Éter 12:12.
18. Éter 12:19.
19. Véase D. y C. 90:24.
20. Alma 36:3.
21. Romanos 5:1.

Para quedar libre de las pesadas cargas

ÉLDER RICHARD G. SCOTT
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Debes confiar en que el Salvador ha dado Su vida para que tú puedas hacer los cambios necesarios en la tuya; esos cambios que traerán la paz.

Muchos de ustedes sufren sin ninguna necesidad al llevar pesadas cargas porque no abren el corazón al poder sanador del Señor. Que este mensaje los aliente a sentir la inspiración del Espíritu Santo para que hagan los cambios que les ayudarán a liberarse de las cargas opresivas. El Salvador ha prometido: "...aliviaré las cargas que pongan sobre vuestros hombros, de manera que no podréis sentirlas... y esto haré yo... para que sepáis de seguro que yo, el Señor Dios, visito a mi pueblo en sus aflicciones"[1]. Te hablaré a ti que sufres debido a elecciones incorrectas y después te daré algunas sugerencias, a ti, que te angustias por lo que otros te han hecho.

Sentado frente a mí, se encontraba un hombre abatido, con la cabeza entre las manos, sollozante ante las consecuencias inevitables de sus repetidas violaciones a los mandamientos de Dios. Con angustia, dijo: "No sé qué hacer. Me siento abrumado. Estoy cansado de no querer afrontar las cosas. No tengo paz ni felicidad. Cuando oro, nadie me escucha. ¿De qué vale hacerlo?".

Lo conozco desde hace mucho tiempo. Sus padres y otras personas han tratado de guiarlo, pero no han tenido mucho éxito. A causa de sus elecciones, se ha alejado de las verdades que lo habrían ayudado. No ha cultivado la fe en el Maestro ni en el poder de la oración. Sus decisiones se centran en aquello que satisface rápidamente sus antojos; o hace caso omiso a sus problemas o miente acerca de ellos. Ha manipulado la generosidad de sus padres y amigos con el fin de tratar de resolver rápidamente los problemas. Él no mide las consecuencias que las decisiones de hoy tienen en la vida del mañana.

Con mi corazón embargado de tristeza, me di cuenta de que él no ve el mundo como realmente es: un lugar de gozo y felicidad, de amistad verdadera donde la fe en Jesucristo y la obediencia a Sus enseñanzas invitan al Espíritu Santo a inspirarnos a tomar decisiones correctas. Él vive en un ambiente dominado por la influencia de Satanás. No hace caso a los sanos consejos porque en su mundo distorsionado no puede ver de qué modo lo beneficiarán. Ese punto de vista distorsionado de la vida es una realidad para él; se forjó cuando sucumbió a las tentaciones sutiles que decían: "Vamos; pruébalo; nadie se va enterar nunca. Es tu vida; vívela como te plazca. Nadie te puede obligar; tú tienes tu albedrío moral".

Esas insinuaciones y el encanto de lo prohibido le llevaron a un camino que parecía atractivamente fascinante. Fue llevado en la cresta de la ola del deseo y de la pasión, ajeno a las consecuencias, hasta que se estrelló al producirse el inevitable encuentro con las leyes de Dios. Eso produjo dolor, remordimiento y lamentación. Entonces Satanás inculcó otro concepto: "Es imposible volver atrás; es mejor que sigas haciendo lo mismo que hasta ahora; no tiene caso tratar de cambiar". Por motivo de sus pecados, no puede ver la salida a sus fracasos; en el ambiente en el que se encuentra no puede hallar lo necesario para empezar una nueva vida. Su trágico y limitado mundo ha sido producto de la violación a la ley eterna, motivado por el deseo de una satisfacción inmediata.

¿Te encuentras en una situación así? ¿Has hecho cosas que desearías no haber hecho? ¿Es difícil para ti ver la forma de resolver tus problemas? ¿Te parece estar bajo una carga agobiante y pesada que no te deja a pesar de todo lo que haces para deshacerte de ella? Bajo la influencia de emociones

o estimulantes poderosos, quizás haya períodos de alivio. Aun así, en los tranquilos momentos de reflexión que llegan inevitablemente, te das cuenta de que tu vida no es lo que desearías que fuera. En público podrás protestar que tus amigos e incluso el Señor te han abandonado, pero al reflexionar con sinceridad, te das cuenta de que has sido tú quien los ha abandonado a ellos. Por favor, decide ahora buscar el camino de regreso a la paz y al gozo reconfortante que reemplazan a los placeres pasajeros del pecado y a la agonía y al vacío que les siguen. Ya has confirmado lo que las Escrituras enseñan: "...la maldad nunca fue felicidad"[2]. Obtén gozo perdurable ahora, mediante una vida limpia y con sentido[3].

Sé que puedes escapar de la influencia controladora del maligno y de las cadenas tiránicas que atan tu vida. Para esa liberación, te será necesaria una solución que posiblemente sea diferente a tu forma de vida actual. Será necesario que ejerzas fe en un Padre Celestial que te ama. Aun cuando no puedas entender ahora el porqué, debes confiar en que el Salvador ha dado Su vida para que tú puedas hacer los cambios necesarios en la tuya; esos cambios que traerán la paz y el éxito ilusorio que parecen estar siempre fuera de tu alcance. Confía en que puedes vencer el ambiente deprimente en el que vives si confías en que hay un camino mejor. Debes buscar la ayuda de quienes comprenden y viven esa vida aun cuando tú no puedas entenderlo por el momento. Para ello será necesario que aprendas y obedezcas las enseñanzas del Señor. Una vez que te hayas comprometido plenamente a realizar ese cambio, verás que no es tan difícil como parece.

Las dolorosas consecuencias del pecado las puso a propósito en Su plan de felicidad un Padre Celestial caritativo para que no siguieras esa trágica senda en la vida. Un pecador no sólo sufrirá en esta vida, sino que los

pecados que no hayan sido perdonados por medio de un arrepentimiento sincero le causarán padecimiento más allá del velo[4].

Satanás se esfuerza por convencer a la gente de que los pecados se pueden ocultar, aun cuando es él quien hace que salgan a la luz en las circunstancias más comprometedoras. Su objetivo es esclavizar a los hijos de Dios. Todas sus tentaciones apetecibles y seductoras tienen como fin la destrucción del individuo. De hecho, cada uno de nosotros tiene que arrepentirse y obedecer constantemente para que el don del Salvador satisfaga las demandas de la justicia aun por nuestros pequeños errores de comisión u omisión.

El Salvador tomará sobre Sí las consecuencias de tus pecados si te arrepientes ahora. Si no lo haces, con el tiempo tendrás que sufrir por ellos.

Habla con tu obispo; él te mostrará cómo debes arrepentirte y te ayudará a hacerlo. Si oras y actúas, serás guiado a otras personas que te apoyarán[5]. El arrepentimiento es un proceso de purificación. Es difícil, pero tiene un fin, un fin glorioso de paz y perdón reconfortantes, y el milagro de un nuevo comienzo. La confesión de hechos indebidos es un paso importante, pero no es un arrepentimiento total. Tu obispo te explicará detenidamente lo que debas hacer.

Mencionaré dos aspectos del arrepentimiento que te brindarán poder sanador. Uno se encuentra en esta declaración del Maestro:

"Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia.

"No obstante, el que se arrepienta y *cumpla los mandamientos del Señor* será perdonado"[6].

Esa Escritura hace hincapié en que el Señor no permite el pecado, pero que Él perdonará al pecador arrepentido en virtud de Su amor perfecto. También enseña que no sólo es importante guardar un mandamiento que se haya quebrantado, sino que al obedecer *todos* los mandamientos obtendrás poder y apoyo adicionales en el proceso del arrepentimiento.

Otro aspecto importante del arrepentimiento es el reconocer la función del Salvador a través de Su expiación. En realidad, es la Expiación la que hace posible el arrepentimiento. Al orar y meditar sobre la misión de Jesucristo como nuestro Salvador y Redentor, obtendrás gran motivación y aliento que te ayudarán a arrepentirte. Sigue este ejemplo de Alma:

"...me vi en el más amargo dolor y angustia de alma; y no fue sino hasta que imploré misericordia al Señor Jesucristo que recibí la remisión de mis pecados. Pero he aquí, clamé a él y hallé paz para mi alma.

"...te he dicho esto... para que aprendas sabiduría, para que aprendas... que no hay otro modo o medio por el cual el hombre pueda ser salvo, sino en Cristo y por medio de él. He

aquí, él es la vida y la luz del mundo"[7].

Te ayudará el estudiar la magnífica explicación de la necesidad del arrepentimiento y de cómo obtenerlo, según aconsejó Alma a su descarriado hijo Coriantón, en el Libro de Mormón[8]. Por medio de la confianza en el plan de felicidad y en la capacidad del Salvador de cumplir Sus promesas, las tinieblas del pecado se disipan y regresa el gozo de una vida digna con la confianza de los seres queridos, si te la ganas conforme al modo del Señor. No culpes a los demás por tus errores. Arrepiéntete humildemente, porque está escrito: "...él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley"[9]. Por favor, decide arrepentirte ahora.

Es posible que lleves una pesada carga de sentimientos heridos ocasionados por otra persona que te haya ofendido seriamente. Tu reacción a esa ofensa puede haber distorsionado tu comprensión, por lo que te sientes justificado a esperar que esa persona te pida perdón para aliviar el dolor que sientes. El Salvador aclaró esa forma de pensar cuando mandó:

"Por tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado.

"Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres"[10].

No sigas llevando la carga de una ofensa. Pide con sinceridad perdón al que te haya ofendido, aun cuando consideres que no has hecho nada malo. Eso sin duda te brindará paz y es muy posible que se comiencen a solucionar serios malentendidos.

Si estás libre de pecados graves, no sufras innecesariamente por las

consecuencias de los pecados de otros. Como esposa, esposo, padre o ser querido, puedes sentir compasión por alguien que esté en la hiel de la amargura a causa del pecado. Sin embargo, no debes tomar sobre ti la responsabilidad de esos actos. Cuando hayas hecho todo lo que sea razonable para ayudar a quien amas, deja la carga a los pies del Salvador. Él te ha invitado a hacerlo para que de ese modo quedes libre de preocupación y depresión inútiles[11]. Al hacerlo, no sólo encontrarás paz sino que demostrarás tu fe en el poder del Salvador de quitar la carga del pecado de un ser amado, mediante su arrepentimiento y obediencia.

Ahora me dirijo a ti, que has sido marcado por el terrible pecado del abuso. El maltrato mental, físico o el abuso sexual puede causar graves consecuencias perdurables a menos que sean sanadas por el Señor. Entre ellas están el miedo, la depresión, la culpabilidad, el odio por sí mismo y una profunda falta de confianza en los demás que impide la curación. El maltrato que has sufrido se debe al ataque injusto que otra persona ha hecho a tu albedrío moral en contra de tu voluntad. En justicia, el Señor ha proporcionado el modo de que venzas las consecuencias destructivas del abuso. Ese alivio puede comenzar con el consejo de padres, líderes del sacerdocio y, cuando sea necesario, con la ayuda de profesionales competentes. Aun así, no tienes que pasar toda una vida de tratamiento. La recuperación completa vendrá por conducto de tu fe en Jesucristo y en Su poder y capacidad de que, por medio de Su expiación, se curarán las cicatrices de lo que es injusto o inmerecido. Es posible que para ti sea difícil creerlo por la forma en que te sientes ahora; sin embargo, yo he sido testigo de cómo el Salvador ha sanado de ese modo casos muy graves de abuso. Medita en el poder de la Expiación[12]. Ora para comprender cómo puede aliviarte[13]. Busca la ayuda de tu obispo para que el Señor te libre de una carga que tú no creaste.

Para terminar, si has tenido la impresión de quedar libre de las cargas que tú mismo u otras personas te han ocasionado, esos susurros son una invitación del Redentor. Actúa de acuerdo con ellos ahora mismo. Él te ama. Él dio Su vida para que quedes libre de cargas innecesarias. Él te ayudará a lograrlo. Sé que Él tiene el poder para sanarte. Comienza ahora. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mosíah 24:14.
2. Alma 41:10.
3. Véase D. y C. 82:10.
4. Véase D. y C. 19:4, 15–24.
5. Véase Spencer W. Kimball, *El Milagro del Perdón,* págs. 178–189; 201–213; 340–360.
6. D. y C. 1:31–32; cursiva agregada.
7. Alma 38:8–9.
8. Véase Alma, capítulos 39–42.
9. 2 Nefi 2:7; véase también Salmos 34:18.
10. D. y C. 64:9–10; véase también Marcos 11:25–26; Lucas 6:37; Mosíah 26:29–32; 3 Nefi 13:14–15.
11. Véase Mateo 11:28–30.
12. Véase John Taylor, *The Mediation and Atonement*, 1882.
13. Véase Richard G. Scott, "Cómo sanar las trágicas heridas del abuso", *Liahona,* julio de 1992, págs. 36–42.

El someterse al influjo del Santo Espíritu

ÉLDER KENNETH JOHNSON
De los Setenta

Esos susurros internos se originan de una fuente divina y, cuando se obedecen, nos ayudarán a mantenernos en el camino correcto, protegiéndonos así de las influencias dañinas y de los desvíos peligrosos.

Fui criado por padres amorosos en un hogar donde los valores que se enseñaban y se practicaban me prepararon el camino para conocer la Iglesia y aceptar los principios del Evangelio. Me bauticé en agosto de 1959, poco después de cumplir diecinueve años. Al meditar sobre los acontecimientos que precedieron mi conversión, mis pensamientos se remontan a una experiencia de mi niñez.

Cerca del hogar donde yo vivía cuando era niño había una casa grande. Tenía un terreno muy hermoso rodeado por lo que para mí era una enorme cerca, hecha de paneles de madera, probablemente de unos dos metros de alto. Recuerdo que atisbaba por entre las perforaciones de los paneles donde los nudos de la madera se habían caído. Era como mirar por un telescopio hacia un mundo diferente. El hermoso y bien cuidado césped, los ordenados jardines de flores y la pequeña arboleda le daban un ambiente idílico a esa morada tan inconfundible. Lamentablemente, la oportunidad de disfrutar de ese panorama siempre era breve debido a la vigilancia de un perro buldog británico que rondaba por los jardines y se sentía inmediatamente atraído hacia cualquiera que estuviese en las inmediaciones exteriores de la cerca. Aun cuando el feroz perro estaba encerrado en el jardín, el sonido de su respiración al arrimarse a la cerca me hacía retroceder de miedo mientras mi vívida imaginación me ponía ante variadas posibilidades.

El señor Lyons y su esposa, que vivían en esa casa, eran maestros de escuela. Mostraban un comportamiento muy circunspecto y parecían disfrutar de la intimidad que les ofrecía el ambiente de su propiedad. Algo que prestaba más intriga a la aventura era que el señor Lyons no tenía la mano derecha, por lo que utilizaba un garfio que le salía por debajo de la manga del saco. En mi mente infantil, imaginaba que el señor Lyons me perseguía, me atrapaba por el cuello con el garfio y me llevaba cautivo.

Recuerdo una mañana de agosto, cuando yo tenía diez u once años, después de una noche con vientos sumamente fuertes, que me encontré con algunos amigos cuando salía de mi casa. Era obvio que estaban entusiasmados por algo y me preguntaron: "¿Oíste el viento anoche?".

Cuando les respondí que sí, procedieron a contarme lo que habían descubierto: el viento había derribado varias secciones de la cerca que rodeaba la casa de los Lyons. Yo no entendía por qué eso habría de causar tanto alboroto y les pedí que me lo explicaran.

Respondieron con un entusiasmo aún mayor: ¡"Tenemos acceso a los manzanos!".

Yo seguía aún muy cauteloso y pregunté:

"Pero, ¿y el señor Lyons?".

"Ni el señor Lyons ni su señora están en casa. Están visitando a familiares".

"¿Dónde está el perro?", indagué.

"Lo pusieron en una residencia para perros", respondieron.

Mis amigos en verdad habían hecho una detallada investigación, por lo que, confiado en sus palabras, nos dirigimos deprisa a nuestro objetivo. Entramos en la propiedad, nos subimos a los árboles y empezamos a arrancar fruta, llenando nuestros bolsillos y también el espacio entre la camisa y el cuerpo. El corazón me latía con fuerza y el pulso se me aceleraba al pensar que en cualquier momento el perro o el señor Lyons, o ambos,

podrían aparecer en el jardín y aprehendernos. Corrimos desde el lugar de la escena de nuestra incursión a un lugar aislado en una arboleda cercana y, luego de reponernos, empezamos a comernos las manzanas.

Era agosto, y las manzanas todavía no estaban maduras para comerlas. De hecho, tenían un gusto amargo, pero la acritud de esas manzanas verdes no nos detuvo a medida que consumíamos con entusiasmo nuestro botín, y actuábamos bajo una compulsión que ahora no puedo explicar. Después de devorar una buena cantidad de manzanas, me contenté con dar un mordisco a cada una de las que quedaban y tirar las sobras entre unos arbustos cercanos. La diversión disminuyó a medida que nuestros cuerpos empezaron a reaccionar gradualmente ante la invasión que habían experimentado. La reacción química entre los jugos gástricos y las manzanas verdes me causaron retortijones en el estómago y empecé a sentir náuseas. Al estar allí sentado y arrepentido de lo que había hecho, me di cuenta de que en mi interior tenía un sentimiento mucho más incómodo que el que habían producido las manzanas verdes.

El mayor malestar se debió a que me daba cuenta de que lo que había hecho estaba mal.

Cuando mis amigos me propusieron invadir el jardín, me sentí incómodo, pero no tuve la valentía de negarme, por lo que reprimí mis sentimientos. Tras haber llevado a efecto el hecho, me agobiaba el remordimiento. Para mi consternación, no había hecho caso a los susurros que me advertían en cuanto al error de mis acciones.

Las barreras físicas y las fuerzas externas pueden impedir que continuemos por senderos errados; pero también existe un sentimiento dentro de nosotros, al que a veces se describe como un "silbo apacible y delicado"[1], que, si se reconoce y se actúa de acuerdo con él, nos evita sucumbir a la tentación.

Años más tarde, las palabras del presidente Boyd K. Packer llegaron a lo más profundo de mi ser cuando enseñó: "No podemos ponernos en marcha por el camino equivocado sin antes rechazar una advertencia". Pensé en aquel momento, y en otros como ése... en las impresiones y discernimientos que acuden a nosotros cuando contemplamos las consecuencias de nuestras acciones.

El profeta Mormón ensancha nuestra visión sobre la fuente de esas impresiones en estas palabras: "A todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que sepa discernir el bien del mal"[2].

La idea de que todos tenemos ese don para orientarnos se reafirma en el Evangelio de acuerdo con el libro de Juan, donde se escribe con respecto al Salvador: "[Él es] aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre"[3].

Esos susurros internos se originan de una fuente divina y, cuando se obedecen, nos ayudarán a mantenernos en el camino correcto, protegiéndonos así de las influencias dañinas y de los desvíos peligrosos.

Varias semanas después de la experiencia de las manzanas, salí a reunirme con mis amigos en la arboleda que quedaba en las inmediaciones de nuestra casa, pensando que se nos ocurriría alguna actividad o juego. Al acercarme, me di cuenta de que estaban acurrucados todos juntos. Vi que por encima de ellos salía humo y reconocí el aroma de tabaco quemado. Uno de ellos había conseguido un paquete de cigarrillos y estaban fumando. Me invitaron a unirme a ellos, pero me negué; insistieron, aduciendo que mi renuencia a participar era una señal de debilidad. Sus bromas se tornaron en ridículo, con comentarios degradantes; pero nada de lo que me dijeran o hicieran me podía persuadir a cambiar de parecer. Yo no había sido criado con el conocimiento del Evangelio restaurado ni sabía nada de la Palabra de Sabiduría, pero me contenía un sentimiento interno de que no debía participar con ellos.

Al regresar a casa, reflexionando en cuanto a la decisión que había tomado, me sentí muy bien. Aunque las expectativas para ese día no se habían materializado y ahora tendría que encontrar algo en qué ocupar mi tiempo sin mis amigos, descubrí algo sobre mí mismo, algo sobre la fuente de la verdadera felicidad y del sentimiento vigorizante que proviene del tomar la decisión correcta, sin importar las circunstancias o el resultado.

La revelación que recibió José Smith el Profeta describe los beneficios que tienen que ver con la adherencia a ese compás interior, en este pasaje de las Escrituras:

"Y el Espíritu da luz a todo hombre que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre en el mundo que escucha la voz del Espíritu"[4].

Este versículo no sólo nos da un testimonio adicional de que todos tenemos acceso a esa fuente de dirección divina, sino que también pone énfasis en la necesidad que tenemos de escuchar y de responder a los susurros que recibamos. La promesa que conlleva es de gran significado para mí: "Y todo aquel que escucha la voz del Espíritu, viene a Dios, sí, el Padre"[5].

Esos sentimientos, a los que a veces se hace referencia como la conciencia, pero que se definen con más exactitud como la Luz de Cristo, no sólo nos ayudan a decidir entre lo bueno y lo malo, sino que, si los obedecemos, nos llevan a la fuente de esa luz que emana de la presencia del Padre y del Hijo[6].

El Salvador prometió a Sus discípulos: "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad"[7]. Y luego describe ese don como "el Consolador, [que es] el Espíritu Santo"[8]. Uno puede tener

manifestaciones del Espíritu Santo, pero el don se confiere y sólo se puede recibir mediante la imposición de manos después del bautismo[9].

He llegado a apreciar más plenamente la razón por la que está escrito en cuanto a Sus discípulos en el hemisferio occidental: "...oraron por lo que más deseaban; y su deseo era que les fuese dado el Espíritu Santo"[10].

Él es el mensajero consumado de la verdad.

Al contemplar las experiencias de mi vida, me queda claro que muchas decisiones —algunas al parecer pequeñas en el momento, y otras con las que he luchado al reconocer su importancia— me han hecho ascender a niveles más elevados que los que habría logrado si no me hubiese sometido al influjo del Santo Espíritu[11].

Sin ese glorioso don no podemos comprender el propósito de la vida ni el gran plan del Padre Eterno[12]. Porque "¡...es imposible que el hombre descubra todos sus caminos! Y nadie hay que conozca sus sendas a menos que le sean reveladas"[13].

El depender de la lógica y el ejercer el intelecto no será suficiente, "ni tampoco es el hombre capaz de darlos a conocer, porque sólo se ven y se comprenden por el poder del Santo Espíritu que Dios confiere a los que lo aman y se purifican ante él"[14].

No encuentro palabras que expresen en forma adecuada mis sentimientos con respecto a la Luz de Cristo y al don del Espíritu Santo. Son como "lámpara a mis pies... y lumbrera a mi camino"[15].

Consideren la petición que hizo el Salvador al Padre con respecto a los Doce en la tierra de Abundancia, expresada en estas palabras:

"Padre, gracias te doy porque has dado el Espíritu Santo a éstos que he escogido; y es por su creencia en mí que los he escogido de entre el mundo.

"Padre, te ruego que des el Espíritu Santo a todos los que crean en sus palabras"[16].

En este mundo de turbulencia y agitación, podemos encontrar la seguridad y disfrutar de la paz de conciencia si creemos en las palabras de los profetas y a través de la compañía del Consolador. Así podremos saber que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo[17].

Declaro mi testimonio de estas verdades en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. George Q. Cannon, *Gospel Truths*, sel. Jerrel L. Newquist, 1987, pág. 250.
2. Moroni 7:16.
3. Juan 1:9.
4. D. y C. 84:46.
5. D. y C. 84:47
6. Véase Joseph F. Smith, *Gospel Doctrine*, quinta edición, 1939, pág. 59.
7. Juan 14:15–17
8. Juan 14:26.
9. Véase Joseph Fielding Smith, Jr., *Answers to Gospel Questions*, comp. Joseph Fielding Smith Jr., cinco tomos, 1957–1966, tomo II, pág. 154, véase también Hechos 2:38; 8:12–17; 19:1–6.
10. 3 Nefi 19:9.
11. Véase Mosíah 3:19; Moroni 7:13.
12. Véase Alma 34:9.
13. Jacob 4:8.
14. D. y C. 76:116.
15. Salmos 119:105; véase también *Answers to Gospel Questions,* tomo II, págs. 149–151.
16. 3 Nefi 19:20–21.
17. Véase 1 Corintios 12:3; *Enseñanzas del Profeta José Smith,* pág. 295.

Diversión y felicidad

ÉLDER CLAUDIO R. M. COSTA
De los setenta

Podemos sentirnos felices cada día de nuestra vida gracias a las pequeñas cosas que hacemos y somos plenamente felices al guardar los mandamientos de un Dios amoroso.

Hace unos cuatro meses, recibí la asignación de servir en Bogotá, Colombia, lugar al que nos trasladamos. Un día, mientras trataba de encontrar el camino para llegar a la capilla a la que asisto, me detuve en un parque para pedir información.

Observé que allí había muchas familias disfrutando de la bella y soleada mañana. Vi a unos cuantos niños jugando y corriendo llenos de vitalidad. Tenían un brillo especial en sus semblantes; tenían las mejillas enrojecidas por el sol y por la agitación de correr y jugar; observé que todos se llevaban muy bien.

Me dio la impresión de que se estaban divirtiendo bastante, pero al prestar mayor atención percibí que, más que estar divirtiéndose, aquellos niños tan puros eran totalmente felices.

Más tarde, mientras conducía el automóvil hacia la capilla, mis pensamientos se remontaron al tiempo que fui bautizado. Un amigo me preguntó qué era lo que había encontrado de diferente en la Iglesia. Yo le respondí: "He encontrado la verdadera felicidad", a lo que él comentó: "La felicidad completa no existe; lo único que existe son momentos felices".

Comprendo que ese buen amigo mío no entendía la diferencia que hay entre *diversión* y *felicidad*. Lo que él llamaba "momentos felices" eran esas ocasiones en las que se divertía. Lo que no sabía era que la felicidad es mucho más que sólo diversión, ya que ésta es pasajera, mientras que la felicidad es un estado perdurable.

Muchas personas de este mundo no comprenden la diferencia que existe entre diversión y felicidad y tratan de encontrar la felicidad en medio de la diversión. Pero esas palabras tienen diferentes significados.

Al buscar una definición de ambas palabras en el diccionario encontré lo siguiente: *Diversión*: Espectáculo, juego, fiesta. *Felicidad*: Satisfacción, alegría, dicha.

Después de entrar en la Iglesia, aprendí que realmente existe una gran diferencia entre estos dos términos. Aun antes de ser bautizado supe que el Señor tiene un plan de salvación para todos Sus hijos (véase 2 Nefi 2:9). Gracias a ese plan, y dependiendo de lo que hagamos aquí en la tierra, podremos volver a la presencia de nuestro Padre Celestial y vivir con Él para siempre en un estado de felicidad eterna.

Tanto la diversión como la felicidad son buenas, pero indudablemente vale más la pena buscar la felicidad. La felicidad puede comprender también la diversión, pero la diversión sola no nos asegurará la verdadera felicidad.

En el capítulo 15 de Lucas encontramos la parábola del hijo pródigo. En ella el hijo menor pide a su padre la parte que le corresponde de su herencia. El padre se la entrega y el joven hijo se va al mundo, en busca de lo que él creía que era la verdadera felicidad. Empieza a divertirse mucho y mientras le dura el dinero se ve rodeado de muchas personas que afirman ser sus amigos. Una vez que desperdicia toda su fortuna en diversiones con los supuestos amigos, éstos le dan la espalda y él se queda sin nada. A esa altura de su vida el muchacho pasa por mucho sufrimiento y decepción; va a trabajar para un hombre para cuidarle los cerdos y al pasar hambre desea comer incluso las algarrobas que comían esos animales. Entonces repara en el hecho de que los sirvientes de su padre se alimentaban bien y tenían incluso de sobra, y que él no tenía qué comer.

Así, decide volver a la casa de su padre y pedirle que le permita ser uno de sus empleados. Regresa arrepentido de sus hechos y su padre, un hombre justo, lo recibe lleno de amor. Entonces él se da cuenta de que su felicidad estaba allí, en la vida apacible junto a su familia.

Todos los que buscan la felicidad completa la pueden encontrar en el Evangelio de Jesucristo, el cual se enseña en Su Iglesia. Por medio de la

doctrina de Jesucristo, aprendemos que podemos formar parte de ese gran plan de felicidad que Él ha preparado para todos nosotros, Sus hijos e hijas. Si guardamos Sus mandamientos, somos bendecidos y llegamos a conocer la verdadera felicidad; aprendemos que somos felices al hacer las cosas pequeñas que nos edifican y que aumentan nuestra fe y nuestro testimonio, cosas que hacemos a diario, como por ejemplo:

Somos felices al orar por la mañana y por la noche y al saber que el Señor nos escucha y está siempre dispuesto a bendecirnos, perdonarnos y ayudarnos. Nos sentimos felices al percibir la influencia del Espíritu Santo en nuestra vida, especialmente a la hora de tomar decisiones importantes. Nos sentimos felices al llegar al hogar después de un largo y agotador día de trabajo y encontrarnos con nuestra esposa e hijos que nos reciben con sonrisas y grandes manifestaciones de amor. Nos sentimos felices al conversar con nuestros hijos, al pasar momentos gratos en familia y al tener nuestra noche de hogar. En una palabra, podemos sentirnos felices cada día de nuestra vida gracias a las pequeñas cosas que hacemos y somos plenamente felices al guardar los mandamientos de un Dios amoroso que se interesa en Sus hijos.

La verdadera felicidad está en obedecer los mandamientos de Dios. En 2 Nefi 2:25, aprendemos que "Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo", o, en otras palabras, para que sean felices.

He visto esta felicidad en la vida de muchos miembros de la Iglesia. Hace algunas semanas fui asignado a presidir una conferencia de estaca en la ciudad de Cali, Colombia. Allí conocí a un joven miembro de la Iglesia muy especial, cuyo caso puede ilustrar muy bien lo que es ser totalmente feliz.

Se llama Fabián. Su familia también es miembro y él conoce el plan de felicidad desde su más tierna edad. En 1984, cuando tenía tres años, Fabián y su familia vivían cerca de una ancha y transitada avenida, que servía de ruta para muchas líneas de autobuses.

Un día, aprovechando que el portón de su casa estaba abierto, el pequeño Fabián salió a la calle y fue atropellado por un autobús. Gracias a la bondad de nuestro Padre Celestial, Fabián salió con vida del accidente. Sus padres lo llevaron a tres diferentes hospitales, pero en ninguno lo pudieron atender. Continuaron buscando ayuda, pero cuando la encontraron, el diagnóstico no fue muy alentador. Después de múltiples operaciones, los médicos informaron a la familia que los daños que su hijo había sufrido en las extremidades eran tan severos que, para salvarlo, tendrían que amputarle la pierna derecha.

El pequeño Fabián comenzó entonces una vida diferente sin una de sus piernas. Poco a poco aprendió a controlar su cuerpo, caminando con la ayuda de muletas. Con el tiempo fue a la escuela y recibió el apoyo de sus maestros y compañeros. Algunos se burlaban de su condición, pero aprendió a no dejarse abatir por esas burlas.

Participaba con entusiasmo en actividades físicas y, a pesar de que le resultaba difícil ganar las competencias, estaba siempre listo para participar en cada una de ellas con valentía.

Actualmente Fabián es consejero en la presidencia de los Hombres Jóvenes de su estaca. Asiste en forma regular a clases de instituto de religión y participa activamente como líder estudiantil. Juega baloncesto y fútbol y también juega al tenis de mesa con sus amigos de instituto; anda en bicicleta y hace todo lo que puede hacer un joven normal; además trabaja como voluntario dando clases de inglés en una fundación para niños pobres.

Fabián quiere servir al prójimo y a Dios con todas sus fuerzas. Siempre hay una sonrisa en su rostro y está continuamente dispuesto a ayudar a alguien. Fabián es un joven verdaderamente feliz. Con una fuerza extraordinaria que es el producto de su

confianza en Dios, él es un gran ejemplo para todos cuantos le conocen.

Su felicidad proviene de esforzarse cada día por vivir una vida digna y de ser obediente a los mandamientos de Dios. Él me recuerda el pasaje que se encuentra en Mosíah 2:41: "Y además, quisiera que consideraseis el bendito y feliz estado de aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Porque he aquí, ellos son bendecidos en todas las cosas, tanto temporales como espirituales; y son recibidos en el cielo, para que así moren con Dios en un estado de interminable felicidad. ¡Oh recordad, recordad que estas cosas son verdaderas!, porque el Señor Dios lo ha declarado".

Si somos obedientes a los mandamientos de Dios, viviremos felices para siempre. El Señor declara en Alma 41:10 que "la maldad nunca fue felicidad".

Como siervo de Dios y miembro de Su Iglesia, les invito a ser plenamente felices si escuchan Sus consejos, viven Sus mandamientos y obedecen las palabras de Sus profetas vivientes.

Sé que el factor que más influye en nuestra felicidad es el prestar atención a los consejos de los profetas vivientes quienes nos enseñan en esta Iglesia.

Tengo un testimonio de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo, nuestro Salvador y Redentor. Él dio Su preciosa vida por cada uno de nosotros. Sé que José Smith es un profeta de Dios, lo sé con todo mi corazón. Sé que el Libro de Mormón es la palabra de Dios y que nos puede guiar por caminos de felicidad.

Sé que el presidente Gordon B. Hinckley es el profeta de Dios en la actualidad y que él nos enseña con amor y paciencia cómo podemos ser felices en esta vida y en la vida venidera.

Estas cosas forman parte de mi testimonio de la verdad y las comparto con ustedes, mis hermanos y hermanas, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

¡A Sión venid, pues, prestos!

OBISPO KEITH B. MCMULLIN
Segundo Consejero del Obispado Presidente

Los principios de amor, trabajo, autosuficiencia y consagración son ordenados por Dios. Aquellos que los acepten y gobiernen sus vidas de la manera correspondiente, llegarán a ser puros de corazón.

Cuando nos reunimos con los miembros de la Iglesia alrededor del mundo, parece haber un desafío universal: el tener tiempo suficiente para hacer todo lo indispensable. Entre aquellos que tienen escasos recursos, se necesita más tiempo para ganar el sustento diario. Entre aquellos que tienen lo suficiente, se necesita más tiempo para disfrutar de la vida. El desafío es desalentador porque el tiempo es limitado; el hombre no puede prolongar el día ni extender el año.

El mundo es el culpable, porque a medida que lucha por hallar maneras más eficaces de administrar el tiempo, nos hace caer en la trampa de buscar más y más cosas terrenales. Pero la vida no es una lucha contra el tiempo, sino una batalla entre el bien y el mal.

Qué hacer en cuanto a todo esto puede ser una de las decisiones más mortificantes de la vida. En 1872, el profeta Brigham Young aconsejó a los santos en cuanto a este tema. Él dijo: "¡Deténganse! ¡Esperen! Cuando se levanten en la mañana y antes de llevarse a la boca ningún alimento... inclínense ante el Señor, pídanle que les perdone los pecados, que los proteja durante el día, que los libre de toda tentación y de todo mal, y que guíe correctamente sus pasos *para que puedan hacer algo ese día que resulte en beneficio para el Reino de Dios en la tierra.* ¿Tienen tiempo para eso?… Éste es el consejo que doy a los santos hoy. Deténganse, no se apresuren... Ustedes están siempre demasiado apresurados; no asisten suficientemente a las reuniones, no oran bastante, no leen las Escrituras lo suficiente, no meditan bastante, *están ocupados en otras cosas y con tanto apremio que no saben qué hacer primero*... Permítanme reducir esto a una simple máxima, uno de los dichos más sencillos y familiares que podrían utilizarse: 'Manténgase siempre listos', de modo que cuando les

llegue la buena fortuna puedan estar preparados para recibirla"[1].

Válganse del plan del Evangelio para establecer las prioridades correctas. El Señor enseñó: "Por tanto, no busquéis las cosas de este mundo, mas buscad primeramente edificar el reino de Dios [o Sión], y establecer su justicia, y todas las cosas os serán añadidas"[2].

Durante mi infancia en el sur de Utah, los conceptos de Sión no eran tan claros para mí como lo son ahora. Vivíamos en un pueblo pequeño no muy lejos del Zion National Park (Parque Nacional Sión). En la iglesia, a menudo cantábamos la conocida letra:

Israel, Jesús os llama
de las tierras de pesar.
Babilonia va cayendo;
Dios sus torres volcará.
A Sión venid, pues, prestos,
y su ira evitad.
A Sión venid, pues, prestos,
y su ira evitad[3].

En mi mente de niño, veía los magníficos precipicios y enormes pináculos de piedra del parque nacional. Entre las escarpadas paredes del cañón serpenteaba un río de agua algunas veces plácida y otras veces torrentosa. Probablemente se pueden imaginar la confusión que experimentaba ese niño al tratar de establecer la relación entre las palabras del himno y los parajes familiares de aquel hermoso parque. Aunque no todo encajaba perfectamente, en mi mente tenía la firme impresión de que Sión era algo majestuoso y divino. Con el correr de los años, ha surgido un mejor entendimiento. En las Escrituras leemos: "Por tanto, de cierto, así dice el Señor: Regocíjese Sión, por que ésta es Sión: los puros de corazón..."[4].

El establecimiento de Sión debe ser la meta de todo miembro de la Iglesia. Se puede afirmar con toda seguridad que: *Al procurar con todo nuestro corazón traer y establecer Sión, las preocupaciones en cuanto a la*

escasez de tiempo desaparecerán. Hay satisfacciones y bendiciones al participar en esta noble causa. Nuestra vida personal se transforma. El hogar ya no es un hotel sino un refugio de paz, seguridad y amor. La sociedad en sí cambia. En Sión, cesan las contenciones y las disputas; desaparecen las distinciones de clase y el odio; nadie es pobre, ni espiritual ni temporalmente, y deja de existir toda clase de iniquidad. Como muchos han atestiguado, "ciertamente, no podía haber un pueblo más dichoso entre todos los... creados por la mano de Dios"[5].

El antiguo profeta Enoc trabajó muchos años para llevar a su pueblo a ese estado de rectitud. Tal como en nuestros días, ellos también vivieron en una época de hostilidad, iniquidad, guerras y derramamiento de sangre; pero los justos respondieron. "Y el Señor llamó SIÓN a su pueblo, *porque* eran uno en corazón y voluntad, y vivían en rectitud; y no había pobres entre ellos"[6].

Fíjense especialmente en la palabra *"porque"* en este pasaje. Sión se establece y florece *por* la vida y las labores de sus habitantes, inspiradas por Dios. Sión no viene como un obsequio, sino porque la gente virtuosa que ha hecho convenios se une para establecerla. El presidente Spencer W. Kimball observó: "Cuando cantamos juntos 'A Sión, venid', estamos diciendo... venid al barrio, a la rama, a la misión, a la estaca y ayudemos en el establecimiento de Sión"[7]. De este modo, una vez reunidos a la manera del Señor, los Santos de los Últimos Días se esfuerzan concienzudamente por establecer Sión como el "reino de nuestro Dios y su Cristo"[8], en preparación para la segunda venida del Señor[9].

El presidente Hinckley nos ha recordado que: "...esta obra en la cual estamos embarcados no es una obra común. Es la causa de Cristo; es el Reino de Dios, nuestro Padre Eterno; es la edificación de Sión sobre la tierra..."[10].

"Para edificar esa Sión [de] la cual los profetas han hablado y de la que el Señor ha hecho una extraordinaria promesa, tenemos que dejar a un lado nuestro destructivo egoísmo. Tenemos que vencer nuestro amor por la comodidad y la holgura, y en el proceso mismo del esfuerzo y de las dificultades, en las mayores aflicciones, llegaremos a conocer mejor a nuestro Dios"[11].

Entre las doctrinas que promueven este orden más alto de sociedad en el sacerdocio se encuentran el *amor,* el *servicio*, el *trabajo*, la *autosuficiencia*, la *consagración* y la *mayordomía*[12]. Para entender mejor cómo podemos establecer Sión sobre la base de estas verdades fundamentales, consideremos cuatro de ellas.

La primera es el *amor*.

"Jesús... dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

"Este es el primero y grande mandamiento.

"Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

"De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas"[13].

El amar a Dios sobre todo lo demás nos induce a poner nuestras

prioridades en su debida perspectiva y en orden nuestra vida para que estén de acuerdo con Él. Llegamos a amar todas las creaciones de Dios, incluso a nuestros semejantes. El poner a Dios en primer plano en todas las cosas hace que haya más amor y devoción entre cónyuges, padres e hijos. En Sión encontramos a todo hombre "buscando... el bienestar de su prójimo, y haciendo todas las cosas con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios"[14].

Después sigue el *trabajo*. El trabajo es un esfuerzo físico, mental o espiritual. El Señor mandó que "con el sudor de tu rostro comerás el pan"[15]. El trabajo es la fuente de felicidad, estima propia y prosperidad. En el sistema administrativo establecido por Dios, no hay lugar para el engaño y la codicia. El trabajo debe ser un esfuerzo honrado guiado por ese propósito divino que lo abarca todo: "Mas el obrero en Sión trabajará para Sión; porque si trabaja por dinero, perecerá"[16].

Enseguida viene la autosuficiencia. Ésta es la precursora del albedrío personal y la seguridad. El Señor ha mandado a esta Iglesia y a sus miembros prepararse, ser autosuficientes e independientes[17]. Los tiempos de abundancia son tiempos en los que debemos vivir en forma prudente y almacenar. Los tiempos de escasez son tiempos en los que debemos vivir con frugalidad y utilizar lo que hemos almacenado.

"Ningún fiel Santo de los Últimos Días que esté física o emocionalmente capacitado cederá voluntariamente la carga de su propio bienestar o el de su familia a otra persona, sino que, mientras pueda, bajo la inspiración del Señor y con sus propios esfuerzos, se proveerá tanto él mismo como a su familia de las cosas espirituales y temporales necesarias de la vida"[18].

Somos hijos e hijas de Dios y dependemos verdaderamente de Él para todo lo que poseemos. Si guardamos

Sus mandamientos, Él jamás nos abandonará. Pero nuestro Padre Celestial no hace por nosotros aquello que nosotros podemos y debemos hacer por nosotros mismos. Él espera que usemos los recursos que recibimos de Él para mantenernos a nosotros y a nuestra familia. Cuando lo hacemos, somos autosuficientes[19].

Por último, *la consagración.* El convenio de la consagración incluye el sacrificio; comprende *el amor, el trabajo* y *la autosuficiencia;* y es fundamental para el establecimiento del reino de Dios. "No se puede edificar a Sión", dijo el Señor, "sino de acuerdo con los principios de la ley del reino celestial"[20]. El convenio de la consagración es fundamental para esa ley. Algún día deberemos aplicarla en su plenitud. Ese convenio abarca el "donar el tiempo, los talentos y los recursos para cuidar a aquellos que lo necesiten—ya sea espiritual o temporalmente—y edificar el reino de Dios"[21].

Estos principios de *amor, trabajo, autosuficiencia* y *consagración* son ordenados por Dios. Aquellos que los acepten y gobiernen sus vidas de la manera correspondiente, llegarán a ser puros de corazón. La unión en justicia es el sello de su sociedad. Su paz y armonía se convierten en un pendón a las naciones. El profeta José Smith dijo:

"El establecimiento de Sión es una causa que ha interesado al pueblo de Dios en todas las edades; es un tema que los profetas, reyes y sacerdotes han tratado con gozo particular... a nosotros nos es permitido verla, participar en ella y ayudar a extender esta gloria [de Sión]... *obra... que está destinada a efectuar la destrucción de los poderes de las tinieblas, la renovación de la tierra, la gloria de Dios y la salvación de la familia humana"*[22].

Les testifico que estas cosas son verdaderas. Gordon B. Hinckley es un profeta de Dios sobre la tierra, así como lo fue José Smith, hijo. El reino de Dios es La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y se convertirá en Sión en toda su belleza. Cristo es el Redentor del mundo, el Hijo Amado del Dios viviente, el Santo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

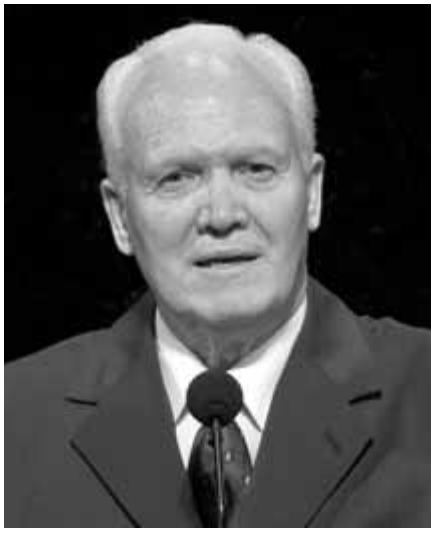
NOTAS

1. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, págs. 50, 251; cursiva agregada.
2. Traducción de José Smith, Mateo 6:38.
3. "Israel, Jesús os llama", *Himnos*, Nº 6.
4. D. y C. 97:21.
5. Véase 4 Nefi 1:16; véanse también los versículos 1–18.
6. Moisés 7:18; cursiva agregada.
7. En el informe de la Conferencia de Área de París, 1976, pág. 3.
8. D. y C. 105:32; véase también D. y C. 68:25–31; 82:14; 115:1–6.
9. Véase D. y C. 65:2, 6.
10. "Un pendón a las naciones", *Liahona*, enero de 1990, pág. 54.
11. "Nuestra misión salvadora", *Liahona*, enero de 1992, pág. 67.
12. Véase Spencer W. Kimball, "Y el Señor llamó Sión a su pueblo", *Liahona*, diciembre de 1984, págs. 6–7.
13. Mateo 22:37–40.
14. D. y C. 82:19.
15. Moisés 4:25; véase también Génesis 3:19.
16. 2 Nefi 26:31.
17. Véase D. y C. 78:13–14; 38:29–31.
18. Véase "Y el Señor llamó Sión a su pueblo", *Liahona*, diciembre de 1984, págs. 6–7; véase también 1 Timoteo 5:8.
19. Véase *El proveer a la manera del Señor*, pág. 5.
20. D. y C. 105:5.
21. Véase "Y el Señor llamó Sión a su pueblo", *Liahona*, diciembre de 1984, pág. 7.
22. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 282–284; cursiva agregada.

Papá, ¿estás despierto?

ÉLDER F. MELVIN HAMMOND
De los Setenta

¿Se preguntan sus hijos si ustedes están dormidos en lo que respecta a las cosas que tienen más importancia para ellos?



Hace poco, el élder Pace, el élder Condie y yo nos reunimos con la Primera Presidencia. Al entrar en la sala, el presidente Hinckley nos miró con detenimiento y luego, con una sonrisa, dijo: "¿Cómo pueden tres hombres de pelo blanco ser la Presidencia de los Hombres Jóvenes de esta Iglesia?". Sólo le respondimos: "Porque usted nos llamó, Presidente".

Jovencitos, esperamos que estén entusiasmados con el programa "Sacerdocio Aarónico: Cumplir nuestro deber a Dios". Ha sido presentado a todo el Sacerdocio Aarónico en el mundo y tiene como fin bendecirles espiritual, física, social y mentalmente. Los requisitos son importantes y requerirán el máximo de sus esfuerzos. Podrán establecer metas personales y lograrlas con la ayuda de sus padres y extraordinarios líderes. Por toda la Iglesia se percibe un gran entusiasmo relacionado con este programa. Queremos que *cada uno de ustedes* cumpla los requisitos y reciba el anhelado premio "Mi deber a Dios".

Hace muchos años llevé a nuestro único hijo, que era sólo un niño, en su primer viaje de campamento y pesca. El cañón era empinado y el descenso era difícil; pero la pesca era excelente. Cada vez que un pez mordía mi anzuelo, le daba la caña al emocionado muchacho, quien, con gritos de alegría, terminaba de sacar la bella trucha. En las sombras y la frescura de la tarde que caía, empezamos a subir la elevada montaña. Él se apresuró antes que yo y me decía: "Vamos, papá; a que te gano a llegar hasta arriba". El reto cayó en oídos sordos. Su pequeño cuerpo literalmente parecía volar alrededor de cada obstáculo y cuando parecía que yo iba a desfallecer con cada paso, él llegó a la cima y se volvió para darme ánimo. Después de cenar nos arrodillamos para orar; su vocecita se elevó dulcemente hacia los cielos en una plegaria para dar fin a nuestro día. Después nos metimos en una gran bolsa de dormir y luego de empujar y tirar un poco, su cuerpecito se acurrucó fuertemente contra el mío para recibir calor y seguridad durante la noche. Al contemplar a mi hijo a mi lado, de pronto sentí una ola de amor pasar por mi cuerpo con tal fuerza que hizo que se me salieran las lágrimas. En ese preciso momento, él me abrazó y dijo:

"Papá".

"Sí, hijo".

"¿Estás despierto?"

"Sí, hijo, estoy despierto".

"Papi, ¡te quiero un millón y un trillón de veces!"

Inmediatamente se quedó dormido, pero yo permanecí despierto hasta altas horas de la noche, expresando mi gratitud por las maravillosas bendiciones que representaba el cuerpecito de aquel niño.

Mi hijo es ya adulto, con un hijo propio. De vez en cuando, los tres salimos a pescar. Al ver a mi nieto pelirrojo junto a su padre recuerdo la imagen de aquel momento maravilloso de hace mucho tiempo. La pregunta inocente: "Papá, ¿estás despierto?", aún acude a mi corazón.

A todo padre, hago la misma pregunta penetrante: "Papá, ¿estás despierto?". ¿Se preguntan sus hijos si ustedes están dormidos en lo que respecta a las cosas que tienen más importancia para ellos? Permítanme decirles que hay varios aspectos que nos indicarán si estamos 'despiertos' o 'dormidos' a la vista de nuestros hijos.

Primero, nuestro amor a Dios y el aceptar nuestro papel como líder de la familia al guardar Sus mandamientos. Hace algunos años, después de una conferencia de estaca, tuve la impresión de visitar a un hermano que se había alejado de la Iglesia. Lo encontramos trabajando en el jardín. Me acerqué y le dije: "Estimado hermano, el Señor Jesucristo me ha enviado a verlo; soy el élder Hammond, uno de Sus siervos".

Nos dimos un abrazo y entramos en su hermoso y modesto hogar. Él llamó

a su esposa y tres hijos para recibirnos; dos apuestos jovencitos y una bella jovencita se sentaron al lado de sus padres. Les pregunté qué era lo que deseaban más que nada en ese momento. El hijo mayor dijo: "Si tan sólo todos pudiéramos volver a la Iglesia como familia, seríamos tan felices y estaríamos tan agradecidos". Les hicimos saber lo mucho que el Salvador les necesitaba y lo mucho que les amaba. Les expresamos nuestro testimonio y luego nos arrodillamos en oración. El padre oró; y la madre lloró. Ya han vuelto a estar totalmente activos en la Iglesia. Los hijos están orgullosos de su padre y son felices.

Todo padre en la Iglesia debe actuar como patriarca de su hogar; debe ponerse a la cabeza al guiar espiritualmente a la familia. No debe delegar ni transferir sus responsabilidades a la madre; debe reunirlos para tener oración familiar, noche de hogar para la familia, lectura de las Escrituras y de vez en cuando entrevistas de padre. Él es el protector, el defensor y la fuente bondadosa de disciplina. Es el padre quien debe dirigir, unificar y fortalecer la unidad familiar al aceptar el sacerdocio de Dios y responder a los llamamientos y privilegios relacionados con la autoridad del sacerdocio. La relación que él tenga con Dios y Su Hijo Jesucristo es uno de los faros de luz que guiará a sus hijos e hijas a través de las tormentas de la vida.

Si el padre es un verdadero discípulo de Jesucristo, entonces los hijos le seguirán como la noche sigue al día. "Papá, ¿estás despierto?"

Segundo, la relación que tengamos con nuestra esposa, la madre de nuestros hijos. Teniendo en cuenta todo lo que hacemos, el modo en que tratemos a nuestra esposa bien podría tener el mayor impacto en el carácter de nuestros hijos. Si un padre es culpable de imponer abuso verbal o físico a su compañera, en cualquier grado, sus hijos le tendrán resentimiento y quizás hasta lo desprecien. Es interesante saber que cuando ellos crezcan y se casen, es probable que sigan el mismo modelo de abuso con su propia esposa. Hay una necesidad urgente en nuestra sociedad de padres que respeten a su esposa y la traten con amor y dulzura.

Hace poco escuché a un padre que imprudentemente le llamó a su bella e inteligente esposa "estúpida" y "tonta" de la manera más degradante por un pequeño error que había cometido inocentemente. Los hijos lo oyeron, avergonzados y atemorizados por su madre, que había sido denigrada frente a los que ella tanto amaba. Pero a pesar de haberse expresado una disculpa y pedido perdón, permanecieron aún la herida y la vergüenza de un momento sin sentido.

No se puede esperar que el Espíritu del Señor nos bendiga si insistimos en enfadarnos, en ser indiferentes y crueles con nuestro cónyuge. No podemos esperar que nuestros hijos tengan respeto y gentileza hacia su madre si nosotros no damos el ejemplo apropiado. El presidente David O. McKay dijo: "Lo más importante que un padre puede hacer por sus hijos es amar a la madre de ellos" (citado por Theodore Hesburgh, *Reader's Digest,*

enero de 1963, pág. 25; en *Richard Evans' Quote Book,* 1971, pág. 11).“Papá, ¿estás despierto?”

Tercero, proporcionar disciplina que sea justa y se aplique con amor. Muy a menudo, debido a nuestra propia frustración y debilidad, levantamos nuestras manos para golpear a nuestros hijos, por lo general, con el fin de tratar de proteger nuestro propio orgullo egoísta. Todo hijo necesita disciplina; y no sólo la necesita, sino que la espera y la desea. La disciplina da dirección y enseña autodominio, pero en toda disciplina debe haber un sentimiento de justo criterio y amor puro.

Cuando era niño, mi madre, que era viuda, me aplicó la disciplina más severa posible. Me dijo con lágrimas en los ojos: “Hijo, me tienes tan decepcionada”. El dolor que sentí en el corazón fue más de lo que podía soportar; mil latigazos no me habrían dolido tanto. Sabía que esa reprimenda era el resultado de su amor puro, porque, si había algo de lo que estaba seguro, era de que mi madre me amaba. Tomé la determinación de que jamás volvería a ser la causa de la decepción y la angustia de mi madre angelical. Creo que he tenido éxito en el cumplimiento de esa decisión.

En lo referente a la disciplina, “Papá, ¿estás despierto?”

Padres, es sumamente importante que dominemos los retos que he mencionado si queremos que nuestros hijos sean espiritual y emocionalmente maduros. Si lo hacemos, ellos no se avergonzarán de nosotros ni tampoco de sí mismos. Llegarán a ser hombres de honor, respeto, llenos de amor, dispuestos a servir al Salvador y a someter su voluntad a la de Él. Entonces nos regocijaremos en el hecho de que serán nuestros para siempre. Ellos dirán: “Papá, ¿estás despierto?” .

Y responderemos: “Sí, hijo, estoy despierto”.

En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Cada uno… una persona mejor

PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

Hay lugar para la superación personal en cada uno… sean cuales fuesen nuestras circunstancias, podemos mejorar como personas y, al hacerlo, influir en los que nos rodean.

¡Qué maravillosa ha sido esta conferencia, mis hermanos y hermanas! Al regresar a nuestros hogares y a nuestras actividades diarias, cada uno de nosotros debe ser una persona mejor de lo que era cuando comenzó esta conferencia.

Todos los que han dirigido la palabra lo han hecho muy bien. Las oraciones han sido inspiradoras y la música, magnífica.

Pero lo más importante es lo que haya ocurrido dentro de cada uno de nosotros como consecuencia de lo que hemos experimentado. Yo, personalmente, he tomado una resolución más firme en mi fuero interno de ser una persona mejor de lo que he sido hasta ahora. Espero ser un poco más bondadoso con cualquier persona con la que me encuentre y que esté afligida. Espero ser un poco más útil para con los que estén necesitados. Confío en ser un poco más digno de su confianza, en ser un mejor esposo, un mejor padre y un mejor abuelo. Espero ser mejor vecino y mejor amigo. Confío en ser un mejor Santo de los Últimos Días, con un entendimiento más amplio de los prodigiosos aspectos de este glorioso Evangelio.

Desafío a cada uno de ustedes, los que oyen mi voz, a elevarse a la altura de la divinidad que llevan dentro. ¿Nos damos cuenta de lo que en realidad significa ser hijo o hija de Dios, del hecho de que tenemos dentro de nosotros algo de la naturaleza divina?

Creo de todo corazón que los Santos de los Últimos Días, hablando en términos generales, son personas buenas. Si vivimos de conformidad con los principios del Evangelio, tenemos que ser personas buenas, puesto que seremos generosos y bondadosos, considerados y tolerantes, útiles y serviciales para con los afligidos. Podemos o amortiguar la naturaleza divina y esconderla de manera que no se manifieste en la forma en que vivimos o podemos darle viveza y hacerla resplandecer en todo lo que hagamos.

Hay lugar para la superación personal en cada uno. Sea cual sea nuestra ocupación, sean cuales fuesen nuestras

circunstancias, podemos mejorar como personas y, al hacerlo, influir en los que nos rodean.

No hace falta hacer ostentación de nuestra religión. Ciertamente no debemos jactarnos de ella ni ser arrogantes en forma alguna, pues eso es contrario al Espíritu de Cristo a quien debemos procurar emular. Ese Espíritu halla expresión en el corazón y en el alma, en nuestra manera discreta y modesta de vivir.

Todos hemos visto a personas a las que casi envidiamos porque han cultivado una manera de ser que, sin asomo de alusión a ello, a todas luces, irradian la belleza del Evangelio que han incorporado a su modo de conducirse.

Podemos hablar con más suavidad. Podemos devolver bien por mal. Podemos sonreír cuando manifestar enojo sería mucho más fácil. Podemos ejercer el autodominio y la autodisciplina, y no hacer ningún caso a los agravios que se nos hagan.

Seamos personas felices. El plan del Señor es un plan de felicidad. La vida será más llevadera, las preocupaciones disminuirán y las tribulaciones serán menos difíciles de sobrellevar si cultivamos el espíritu de la felicidad.

Esforcémonos un poco más por cumplir con nuestra responsabilidad de padres. El hogar es la unidad básica de la sociedad. La familia es la organización básica de la Iglesia. Nos preocupamos profundamente por la calidad de vida de nuestra gente como esposos y esposas, y como padres e hijos.

Hay demasiadas críticas y acusaciones con enojo y elevado tono de la voz. Los apremios a que nos vemos sometidos todos los días son enormes. El marido llega a casa del trabajo cada día cansado e irritable. Lamentablemente, la mayoría de las esposas trabajan, y ellas también se enfrentan con un serio desafío que puede ser más costoso de lo que vale la pena. Los niños se las arreglan solos para buscar entretenimientos, muchos de los cuales no son buenos.

Mis hermanos y hermanas, debemos esforzarnos por cumplir con nuestra responsabilidad de padres como si todo en la vida dependiera de ello, porque, de hecho, todo en la vida sí depende de ello.

Si fracasamos en nuestros hogares, fracasamos en nuestras vidas. Nadie que haya fracasado en su hogar ha triunfado en verdad. Pido a ustedes, los varones, en particular, que se detengan a hacerse un examen de conciencia en su calidad de esposos y padres, y cabezas de familia. Oren y pidan orientación, ayuda y dirección, y después sigan lo que les indiquen los susurros del Espíritu para guiarlos en la más seria de todas sus responsabilidades, puesto que las consecuencias de su liderazgo en su hogar serán eternas e imperecederas.

Dios los bendiga, mis amados amigos. Ruego que el espíritu de paz y de amor los acompañe dondequiera que estén. Que haya armonía en sus vidas. Como he dicho a nuestros jóvenes en muchos lugares, sean inteligentes, sean puros, sean verídicos, sean agradecidos, sean humildes, tengan el espíritu de oración. Ruego que se arrodillen en oración ante el Todopoderoso con acción de gracias hacia Él por Sus abundantes y generosas bendiciones. Ruego que entonces se pongan de pie y sigan adelante como hijos e hijas de Dios para llevar a cabo Sus eternos propósitos, cada cual a su propia manera, es mi humilde oración al mismo tiempo que dejo mi amor y bendiciones con ustedes, en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

Video: "Heme aquí; envíame"

Bonnie D. Parkin

Hace 161 años, sobre una colina que domina la ciudad de Nauvoo, Illinois, los Santos de los Últimos Días colocaron la piedra angular para una casa del Señor. Y sólo un año más tarde, el Señor, por medio del profeta José Smith, estableció la Sociedad de Socorro para las mujeres, un acto necesario, dijo el Profeta, para completar la organización de la Iglesia. Esa sociedad de hermanas fue un instrumento para la construcción y finalización de este glorioso y milagroso templo. Nuestro legado espiritual como hijas del convenio de Dios en esta asociación divinamente inspirada empezó aquí, en la ciudad La Hermosa. El Templo de Nauvoo es un símbolo tangible de lo que hemos logrado, de lo que podemos lograr y de lo que nuestro Padre Celestial tiene reservado para Sus fieles hijas.

Kathleen H. Hughes

A esa primera reunión de la Sociedad de Socorro asistieron sólo 20 mujeres: unas jóvenes mayores, otras nuevas conversas, algunas con hijos y otras solteras. ¡Muy parecido a la Sociedad de Socorro de hoy! Y creció rápidamente, abrazando a mujeres de diversas circunstancias y experiencias; se necesitaba a cada hermana, al igual que hoy se necesita a cada una de ustedes. Esas hermanas enfrentaban grandes problemas: la muerte de hijos, la falta de comida, el rechazo de la familia, la persecución, la falta de fe. Pero, por los convenios hechos con el Señor durante la conversión, se escuchaban unas a otras, se alentaban y se enseñaban. Compartían comida, ropa y sentimientos. En una bendición del sacerdocio se le dijo a Nancy Tracy: "Tú conoces la voz del Buen Pastor… y cuando Él vino a reunir Sus ovejas, reconociste Su mensaje y lo recibiste con gozo y alegría"[1]. La dedicación y la conversión de las hermanas se manifestaron en actos de caridad, de compasión y de hermandad.

Anne C. Pingree

¡Nuestras primeras hermanas de la Sociedad de Socorro eran muy parecidas a nosotras! Hubo momentos en los que las jóvenes o las ancianas, inmigrantes o recién convertidas, se sentían solas, excluidas, incapaces de superar los desafíos que enfrentaban. Pero esas hermanas, rebosantes de fe, avanzaron unidas para hacer su parte para edificar la casa del Señor. En forma individual hicieron sus ofrendas: donaron sus escasas telas, remendaron ropa, alimentaron a los trabajadores, contribuyeron las reliquias familiares, proporcionaron albergue, nutrieron a los enfermos y a los ancianos, incluso cosieron el velo del templo. Sus centavos, que podrían haberles comprado comida o ropa, sirvieron para comprar clavos para la construcción del templo y cristales para las ventanas. En cuanto a su sacrificio, una hermana dijo: "De buena fe me dirigí a la oficina del templo a entregar mi ofrenda, pero de pronto sobrevino la tentación... de que ese dinero costearía las cosas que necesitaba en ese momento. Pero resistí, y me dije, 'aunque no tenga más que unas migas de pan cada día durante

una semana, pagaré este dinero al fondo de construcción del templo' "[2]. Nuestras primeras hermanas de la Sociedad de Socorro consideraron "un privilegio dar su aportación para ayudar a las Autoridades a edificar la casa del Señor"[3]. Sin reparos dijeron: "¡Señor, heme aquí; envíame!".

Bonnie D. Parkin

Desde el principio, los objetivos de la Sociedad de Socorro han sido el salvar almas, buscar al pobre y al necesitado, ofrecer alivio al afligido, fortalecerse unas a otras. A medida que esas hermanas trabajaron en la edificación del templo y luego recibieron su propia investidura, encontraron la paz y la valentía necesarias para la difícil jornada futura. Hoy día, esto es también así con nosotras. En Nauvoo el Señor necesitó a cada hermana —sin importar edad, educación, ingresos, idioma, experiencia— para ayudar en la edificación de Su reino.

¡Hoy no es diferente! A todas se nos necesita en la Sociedad de Socorro. Nuestro profeta viviente nos ha pedido que avancemos y cumplamos nuestras responsabilidades de salvar almas. De hecho, hemos concertado el convenio solemne de hacerlo. El mandato original del profeta José Smith de "dar alivio al pobre" y "salvar almas"[4], se aplica a nosotras. Debemos también dar una mano de apoyo, aligerar cargas, compartir nuestro testimonio y fe en Jesucristo. Me encanta lo que Zina Young, una de las primeras hermanas de la Sociedad de Socorro, dijo sobre la hermandad: "Es una bendición reunirnos juntas... El Espíritu de Dios está aquí y, cuando nos hablamos unas a otras, es como el aceite que va de una vasija a otra"[5].

Hermanas, aquí es donde empezó nuestro legado de fe. Cuando veamos esta casa restaurada del Señor, recordemos que Jesucristo nos ha comisionado, en estos últimos días, a ayudar en la edificación de Su reino. Debemos acudir a Él, honrar Su sacerdocio y vivir nuestros convenios. Cualesquiera sean nuestras circunstancias y el lugar donde vivamos, podemos —y debemos— dar un paso al frente como hijas de Dios y proclamar con tenacidad: "Señor, heme aquí; envíame". ■

NOTAS

1. Reminiscencias y diario de Nancy Naomi Alexander Tracy, Archivos del Departamento de Historia Familiar e Historia de la Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, págs. 74–75.
2. Louisa Barnes Pratt, "Journal of Louisa Barnes Pratt", *Heart Throbs of the West,* comp. Kate B. Carter, 12 tomos, 1939–51, tomo VIII, pág. 233.
3. Elizabeth Ann Whitney, según la cita Jill Mulvay Derr y otros, *Women of Covenant: The Story of Relief Society,* 1992, pág. 51.
4. *History of the Church,* tomo V, pág. 25.
5. Minutas de "Senior and Junior Cooperative Retrenchment Association", 3 de octubre de 1874, Archivos del Departamento de Historia Familiar e Historia de la Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Con santidad de corazón

BONNIE D. PARKIN
Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Cada vez que tendemos la mano con amor, paciencia, bondad y generosidad, honramos nuestros convenios al decir: "Heme aquí, envíame".

Aunque somos muchas más que aquellas hermanas de la Sociedad de Socorro de Nauvoo, el espíritu de nuestra congregación es el mismo. Tal como nosotras, ellas se edificaron, alentaron e inspiraron unas a otras; oraron las unas por las otras; consagraron al reino todo lo que poseían. El presidente Hinckley nos ha descrito como "una gran reserva de fe y de buenas obras... un áncora de devoción, de lealtad y de logros"[1]. Cuán extraordinario es que, ya sea que estemos en el Centro de Conferencias, en una capilla en México o en una rama en Lituania, somos hermanas en Sión con una gran tarea que realizar. Y juntas, con la guía de un profeta de Dios, lo lograremos. Espero que puedan sentir el amor que tengo hacia ustedes, el mismo que comparten mis consejeras, quienes son una gran bendición para mí.

Decir que me quedé estupefacta cuando el presidente Hinckley me llamó a ser la presidenta general de la Sociedad de Socorro es quedarse corta. Ustedes me comprenden; pero, con voz trémula, respondí: "Heme aquí, envíame". Cuando una amiga judía se enteró de lo que este llamamiento requería, me miró como si yo estuviera loca y me preguntó: "Bonnie, ¿por qué has aceptado eso?". (En ocasiones como ésta, a menudo me pregunto lo mismo.) Pero hay una razón por la que lo hice: he hecho convenios con el Señor y sé lo que eso requiere. Además, sabía que ustedes y yo serviríamos juntas y que mis esfuerzos serían en beneficio de todas nosotras.

Desde hace siglos, las mujeres rectas se han estado uniendo a la causa de Cristo. Muchas de ustedes se han bautizado hace poco; los convenios que han hecho son nuevos en sus corazones y sus sacrificios son recientes. Al pensar en ustedes, recuerdo a Priscilla Staines, de Wiltshire, Inglaterra, que a los diecinueve años se unió a la Iglesia en 1843. Sola, tuvo que salir secretamente por la noche para ser bautizada, debido a las persecuciones de sus vecinos y el descontento de su familia. Ella escribió: "Esperamos hasta la medianoche... y nos dirigimos a un arroyuelo que había a cuatro kilómetros de distancia. Encontramos el agua... congelada, y el élder tuvo que abrir un hoyo lo suficientemente grande para efectuar el bautismo. Nadie, sólo Dios y Sus ángeles, y los pocos testigos que aguardaban en la orilla, escucharon mi convenio; pero en la solemnidad de esa hora, parecía que toda la naturaleza estaba escuchando y que el ángel registrador escribía nuestras palabras en el libro del Señor"[2].

Sus palabras: "Nadie, sólo Dios y Sus ángeles... escucharon mi convenio", me conmovieron profundamente, porque, al igual que Priscilla —no importa nuestra edad, nuestro conocimiento del Evangelio, ni nuestro tiempo en la Iglesia—, todas somos mujeres del convenio. Ésta es una frase que a menudo oímos en la Iglesia, pero, ¿qué significa? ¿En qué forma los convenios definen quiénes somos y cómo vivimos?

Los convenios —o las promesas que tienen validez entre nosotros y nuestro Padre Celestial— son esenciales para nuestro progreso eterno. Paso a paso, Él nos instruye para que seamos como Él al invitarnos a participar en Su obra. Cuando nos bautizamos, hacemos el convenio de amarle con todo nuestro corazón, y de amar a nuestros hermanos y hermanas como a nosotras mismas. En el templo hacemos convenios adicionales de ser obedientes, generosos, fieles, honorables y caritativos. Hacemos el convenio de hacer sacrificios y de consagrar todo lo que tenemos. Cuando guardamos los convenios forjados mediante la autoridad del sacerdocio, recibimos bendiciones hasta rebosar nuestra copa. ¿Cuán a menudo reflexionan en que sus convenios se extienden más allá de la vida terrenal y en que las ponen en contacto con lo Divino? El

hacer convenios es la manifestación de un corazón dispuesto; el guardarlos es la manifestación de un corazón fiel.

Parece muy sencillo al leerlo, ¿verdad? Naturalmente, al llevarlo a la práctica es donde probamos quiénes somos en realidad. Por eso, cada vez que tendemos la mano con amor, paciencia, bondad y generosidad, honramos nuestros convenios al decir: "Heme aquí, envíame". Por lo general, decimos esas palabras en forma callada y privada, sin alarde de extravagancia.

¿Cuándo los convenios que otra persona ha hecho con el Señor han sido una bendición para *ustedes* o les han traído paz y aliento a su alma? Cuando mi esposo y yo fuimos misioneros en Inglaterra, vimos a muchos élderes y hermanas cuyas vidas reflejaban la influencia directa de los convenios de mujeres rectas. Yo estaba tan agradecida por las madres, las hermanas, las tías y las maestras —como muchas de ustedes— que, al guardar sus convenios, hicieron llegar bendiciones a los demás por la forma en la que enseñaron a esos futuros misioneros.

Los convenios no sólo nos persuaden a dejar lo que es cómodo y a entrar en una nueva etapa de progreso, sino que conducen a los demás a hacer lo mismo. Jesús dijo: "...pues las obras que me habéis visto hacer, ésas también las haréis"[3]. Él guardó Sus convenios y eso nos alienta a guardar los nuestros.

Los convenios nos libran del sufrimiento innecesario. Por ejemplo, cuando obedecemos la guía del Profeta, guardamos un convenio. Él nos ha aconsejado que evitemos las deudas, que tengamos un abastecimiento de alimentos y que seamos autosuficientes; pero el vivir dentro de lo que nuestros ingresos nos permitan, nos bendice más allá de esa obediencia; nos enseña gratitud, autodominio y generosidad; nos brinda paz de las presiones económicas y

protección de la avaricia del materialismo. El mantener nuestras lámparas con aceite significa que las circunstancias imprevistas no nos obstaculizan las oportunidades para declarar con devoción: "Heme aquí, envíame".

Los convenios que se renuevan dan energía y vigor al alma abatida. Cada domingo, cuando participamos de la Santa Cena, ¿qué sucede en nuestro corazón cuando escuchamos las palabras "y a recordarle siempre"?[4]. ¿Mejoramos a la semana siguiente, concentrándonos en lo que es más importante? Sí, afrontamos dificultades; sí, es pesado hacer cambios, pero, ¿se han preguntado cómo soportaron nuestras hermanas el haber sido expulsadas de Nauvoo, muchas de ellas caminando todo el camino? Cuando se les cansaban los pies, ¡sus convenios les infundían aliento! ¿Qué otra cosa podría haberles brindado esa fortaleza espiritual y física?

Los convenios nos protegen también de ser "llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error"[5]. Las mujeres del convenio permanecen firmes cuando a lo malo se le llama bueno, y a lo bueno malo. Ya sea en las aulas de la universidad, en el trabajo, o al ver a los "expertos" por televisión, el recordar nuestros convenios nos impide ser engañadas.

Los convenios nos mantienen a nosotras y a nuestros seres queridos espiritualmente seguros y preparados al poner lo más importante en primer plano. Por ejemplo, en lo referente a las familias, no nos podemos permitir la indiferencia ni la distracción. La niñez está desapareciendo; muy pocos han conocido los días felices que yo conocí al criarme en una granja. El presidente Hinckley ha dicho: "Creo que nuestros problemas, casi cada uno de ellos, sale de los hogares de la gente. Si va a haber un cambio... se debe comenzar en el hogar. Es allí donde se aprende la verdad, donde se cultiva la integridad, se inculca la autodisciplina y donde se nutre el amor"[6].

Hermanas, el Señor necesita mujeres que enseñen a sus hijos a trabajar,

a aprender, a servir y a creer. Ya sean los nuestros, o los de otra persona, debemos estar dispuestas a decir: "Heme aquí, envíame para cuidar a tus pequeñitos, a ponerlos en primer lugar, a guiarlos y protegerlos de la maldad, a amarlos".

Algunas veces nos enfrentamos con el dilema de guardar nuestros convenios cuando no parece haber una razón lógica para hacerlo. Escuché a una hermana soltera relatar su experiencia de "haber llegado a confiar plenamente en el Señor". Su vida no era lo que había esperado. ¿Les parece familiar? Ese periodo de introspección se distinguió por cambios de trabajo, nuevas presiones económicas, la influencia de filosofías mundanas. Presten atención a lo que ella hizo. Al tratar con las otras hermanas del barrio, descubrió que ellas también buscaban la paz que brinda el Evangelio. Pidió que le dieran una bendición del sacerdocio; con valor cumplió su llamamiento; estudió y trató de dedicar más plenamente su amor, gratitud y convicción a Jesús. Ella oró. "Le supliqué al Señor", contó, "y le dije que haría lo que Él me pidiera hacer". Lo hizo a pesar de esas dificultades. ¿Y saben lo que ocurrió? No, su compañero eterno no se presentó a la puerta, sino que la paz le llegó al corazón y su vida se mejoró.

Hermanas, guardamos nuestros convenios cuando compartimos la sabiduría de la vida para alentarnos mutuamente, cuando hacemos las visitas de maestras visitantes con compasión sincera, cuando le hacemos saber a una hermana más joven que su punto de vista nos beneficia en la Sociedad de Socorro. ¡Eso lo podemos hacer!

Cuando la joven Priscilla, la conversa británica de 1843, cruzó el Atlántico, una mujer de la edad de su madre le dio su amistad. Esa hermana mayor también sintió el gran deseo de cumplir sus convenios. Al llegar al muelle de Nauvoo, ella estuvo al lado de Priscilla; juntas, audaces y optimistas, se unieron a los santos de Dios[7].

La integridad espiritual para guardar nuestros convenios se deriva del ser constantes en el estudio de las Escrituras, de la oración, del servicio y del sacrificio. Esos pasos sencillos nutren nuestras almas para poder decir: "Envíame a ayudar a una hermana y a su recién nacido; envíame a instruir a un alumno con dificultades; envíame a amar a una persona que no sea miembro de la Iglesia; envíame donde me necesites y cuando me necesites".

El Señor nos ha llamado a hacer nuestras tareas con "santidad de corazón"[8]. Y la santidad es el resultado del vivir los convenios. Amo la letra de este himno y cómo me hace sentir:

Más santidad dame,
más consagración;
más paciencia dame,
más resignación,
más rica esperanza,
más abnegación,
más celo en servirte,
con más oración"[9].

La santidad da lugar a las palabras: "Heme aquí, envíame". Cuando Priscilla Staines hizo su convenio de medianoche en aquellas aguas congeladas, dio un paso a una nueva vida, con la ropa casi congelada, pero con el corazón cálido de gozo: "No podía volver atrás", dijo. "Me propuse obtener la recompensa de la vida eterna, confiando en Dios"[10].

Presidente Hinckley, con las hermanas de la Sociedad de Socorro de todo el mundo, le reitero que permanecemos unidas como mujeres del convenio y que escuchamos su voz. En una multitud de idiomas, escuche las palabras de todas las hermanas de la Sociedad de Socorro que decimos: "Heme aquí, envíame".

Ruego que los convenios individuales que nos unen a nuestro amado Padre Celestial nos guíen, nos protejan, nos santifiquen y nos permitan hacer lo mismo para todos Sus hijos, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. "Caminando a la luz del Señor", *Liahona,* enero de 1999, pág. 115.
2. Citado en Edward W. Tullidge, *The Women of Mormondom,* 1877, pág. 287; véanse también las págs. 285–286, 288.
3. 3 Nefi 27:21.
4. D. y C. 20:77, 79.
5. Efesios 4:14.
6. *Liahona,* enero de 1999, pág. 117.
7. Véase Tullidge, *Women of Mormondom*, págs. 289, 291.
8. D. y C. 46:7.
9. "Más santidad dame", *Himnos*, Nº 71.
10. Tullidge, *Women of Mormondom,* pág. 288.

Un coro de hermanas canta junto con la congregación en la reunión de la Sociedad de Socorro.

Bendigamos a nuestras familias por medio de los convenios

KATHLEEN H. HUGHES
Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

Si guardamos nuestros convenios, las promesas que recibiremos serán grandiosas.

Hermanas, qué maravilloso es estar con ustedes en esta ocasión. Ustedes son mujeres tan buenas; son hijas de Dios fieles y rectas que se esfuerzan por hacer todo lo posible por guardar los convenios que han hecho con nuestro Padre Celestial.

Espero que todas hayan tenido la oportunidad de ver el póster que escogimos para representar nuestro tema: "Heme aquí, envíame". La pintura titulada "La llegada de los pioneros" la realizó la hermana Minerva Teichert, madre, esposa y distinguida artista. Nos encanta esa pintura; nos gusta contemplar el rostro de la mujer mientras camina junto a su familia; y lo que nos gusta en especial es su bolsa. A pesar de que nunca sabremos lo que hay en esa bolsa, me recuerda otras bolsas que veo en la Iglesia. ¡Yo las he llevado, y me imagino que ustedes también! En la mía he llevado, según la ocasión, las Escrituras, materiales para enseñar una lección, biberones, libros para niños, papel y crayolas.

Hermanas, de la misma forma en que llevamos nuestras bolsas a la Iglesia, es también necesario que, en sentido figurado, a dondequiera que vayamos llevemos otra bolsa —y en ella llevemos nuestro tesoro de convenios— porque somos mujeres del convenio. Quisiera hablarles sobre el modo en el que nuestros convenios fortalecen a las familias rectas.

Es importante que nos demos cuenta de que no hay una forma específica en que se pueda describir a una familia recta. Algunas de ellas tienen padre y madre, pero en ocasiones, a causa de la muerte o el divorcio, sólo queda uno de los padres. Algunas familias rectas tienen muchos hijos y otras, por el momento, no tienen ninguno. La mayoría de los miembros son solteros parte de su vida, pero el élder Marvin J. Ashton enseñó que "Dios y uno forman una familia"[1]. En algunas familias rectas, sólo el padre trabaja fuera de casa y, otras veces, ambos padres deben trabajar. Por tanto, a pesar de ser diferentes, lo que las familias rectas tienen en común son los convenios que guardan sagrados.

Pienso primeramente en los convenios que se relacionan con las leyes del Evangelio: por ejemplo, el diezmo, la asistencia a la Iglesia y la Palabra de Sabiduría. Hermanas, no es necesario que les diga que si guardamos esos convenios nuestras familias serán bendecidas. Eso no quiere decir que nunca sufriremos, pero sabemos que al final recibiremos una recompensa por guardar nuestras promesas.

Otros convenios nos comprometen a tener una conducta moral: tanto de nuestra ética hacia los demás como de las normas de conducta relacionadas con nuestro cuerpo. Tenemos que enseñar a nuestros hijos comportamientos correctos: honradez, respeto, integridad, bondad de palabra y obra. Enviamos a nuestros hijos a un mundo en el que esos comportamientos están en decadencia, pero debemos enseñarles por medio de la palabra y, lo que es más importante, mediante el ejemplo, los actos de decencia y de bondad.

¿Y qué acerca de la norma de conducta relacionada con nuestro cuerpo? Hermanas, debemos ser ejemplos para nuestros hijos de lo que esperamos acerca de la forma de vestir, del aspecto y la castidad. Hace dos años, el presidente Hinckley estuvo en esta reunión y nos aconsejó: "Enseñen a sus hijos desde muy temprana edad,

y nunca dejen de hacerlo"[2]. La norma para todas nosotras es clara, pero lo que sí sabemos es que las vías del mundo muchas veces se convierten en nuestras vías y en las de nuestros hijos.

Una vez escuché a una madre decir que con todas las malas influencias que afrontaban sus hijas ella tuvo que elegir qué batallas pelear, de modo que decidió no luchar en contra de su forma de vestir. Pero vale la pena luchar la batalla en favor de la modestia, ya que muchas veces afecta temas morales más serios. Eso no quiere decir que pretendamos que nuestras hijas e hijos se cubran desde el cuello hasta los tobillos, pero sí quiere decir que debemos ayudarlos a que vistan de modo que demuestre que son hijos de Dios. Hermanas, ustedes son madres prudentes e increíbles; no necesitan un manual que les indique qué es aceptable en el vestir. Escuchen al Espíritu y ustedes y sus hijos sabrán qué es lo correcto.

También debemos asegurarnos de que nuestros hijos comprendan lo que el Señor espera acerca del comportamiento sexual. La norma relacionada con la castidad no ha cambiado: los hijos deben saber lo que es apropiado. Sin embargo, muchas veces vemos a nuestros hijos justificar comportamientos que ellos saben son incorrectos e imitar esos comportamientos del mundo. Debemos dejar a un lado la vergüenza y el bochorno a fin de hablar francamente con nuestros adolescentes. Es necesario que sepan de manera específica, y no en forma general, los comportamientos que son aceptables para un hombre y una mujer fuera de los lazos del matrimonio. Si nosotros no les enseñamos las normas, entonces el mundo lo hará, con resultados desastrosos.

Lo mismo se puede decir de la amenaza más nueva: la tecnología. Tristemente, los mejores filtros no aseguran que cosas profanas entren en nuestros hogares. Aunque Internet es maravilloso, debemos estar alerta en cuanto a ese medio y otras influencias en nuestros hogares. La pornografía se expande cada vez más y se está filtrando en la vida de los santos, haciendo que sus corazones se alejen de las normas de Dios.

El convenio más importante relacionado con las familias es el convenio del matrimonio eterno. Sabemos que "el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos"[3]. Nuestra familia es nuestra responsabilidad más grande, así como también nuestra mayor bendición.

El tema de esta conferencia es: "Heme aquí, envíame". Esas palabras son una promesa al Señor y una expresión de nuestra disposición para servir. Si guardamos nuestros convenios, las promesas que recibiremos serán grandiosas. El presidente Boyd K. Packer ha escrito:

"No es raro que algunos padres responsables pierdan a uno de sus hijos, por un tiempo, a causa de influencias que están fuera de su control. Se angustian por los hijos e hijas rebeldes; sufren y se preguntan por qué no pueden hacer nada cuando se esforzaron tanto para hacer lo que debían. Tengo la firme convicción de que esas influencias inicuas algún día serán abolidas...

"Es imposible recalcar demasiado el valor del matrimonio en el templo, los lazos de unión de la ordenanza selladora y las normas requeridas de dignidad. Cuando los padres guardan los convenios que han hecho en el altar del templo, sus hijos estarán sellados a ellos para siempre"[4].

Hermanas, esa promesa me da gran esperanza. Andemos por el camino con confianza, con nuestras maravillosas bolsas firmemente sujetas bajo el brazo, pero saquemos de ellas las cosas innecesarias. El peso de más sólo logrará demorarnos. Despojémonos de los remordimientos de acciones pasadas, y echemos "sobre Jehová [nuestra] carga"[5]. Yo debo hacerlo junto con ustedes. Hagamos a diario lo mejor que podamos, y

permitamos que el Señor haga el resto por nosotras. Ésa es una de las promesas que Él nos ha hecho.

Por último, quisiera contarles acerca de una mujer que nunca he conocido, pero a quien amo profundamente porque ella fue fiel a sus convenios. Mi tatarabuela, Charlotte Gailey Clark, fue una de las últimas 295 personas que recibieron sus convenios en el Templo de Nauvoo, antes de comenzar el gran éxodo hacia el Oeste. El templo había sido cerrado ya que a los santos se les estaba obligando a partir; pero no todos los que eran dignos habían tenido la oportunidad de recibir sus investiduras. Mi tatarabuela y su esposo llevarían a su familia al Oeste y ella quería efectuar sus convenios antes de comenzar el viaje. En estos últimos meses he pensado mucho en ella, y algún día quiero decirle: "Abuela, gracias por haber guardado tus convenios. Es una gran bendición ser tu tataranieta. Tu fidelidad me ha bendecido a mí y a mi familia, y seguirá bendiciéndonos a todos a través de las generaciones". Hermanas, algún día nuestros hijos y nietos podrán decir eso a nosotras, y de nosotras. Un día nos agradecerán el haber conservado esa "bolsa" de convenios y haberlos utilizado para bendecir a nuestra familia.

Que nuestro Padre Celestial nos bendiga para que guardemos nuestros convenios y de esa forma nuestras familias sean fortalecidas y bendecidas, debido a nuestras vidas rectas, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Elder Marvin J. Ashton, "Be a Quality Person," charla fogonera para los miembros solteros, 30 de agosto de 1992.
2. Presidente Gordon B. Hinckley, "Madre, tu más grande desafío", *Liahona,* enero de 2001, pág. 114.
3. "La familia: Una proclamación para el mundo", *Liahona,* octubre de 1998, pág. 24.
4. "Nuestro ambiente moral", *Liahona,* julio de 1992, pág. 75.
5. Salmos 55:22.

Caridad: Una familia y un hogar a la vez

ANNE C. PINGREE
Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

Como mujeres del convenio... podemos alterar la faz de la tierra, una familia y un hogar a la vez, mediante la caridad, nuestros actos pequeños y sencillos de amor puro.

Hace unos años, mi esposo y yo visitamos el sector oriental de Berlín, Alemania. Por todas partes había trozos de lo que fue el muro abominable que dividía los ciudadanos de esa ciudad, preservados como un monumento al triunfo de la libertad sobre la esclavitud. Escritas sobre un trozo de la pared con letras grandes, rojas y disparejas, estaban las palabras: *"Muchas personas insignificantes, de muchos lugares pequeños que hagan muchas cosas sencillas pueden alterar la faz de la tierra".* Para mí, esa frase representa lo que cada una de nosotras —como mujeres del convenio— puede hacer para ser una influencia, al dar un paso al frente y ofrecer su corazón y manos al Señor al elevar y amar a los demás.

No importa si somos nuevas conversas o miembros de toda la vida; solteras, casadas, divorciadas o viudas; ya seamos ricas, pobres, con estudios o sin ellos; que vivamos en una ciudad moderna o en la villa más remota de la selva. Nosotras, como mujeres del convenio, nos hemos consagrado a la causa de Cristo por medio de nuestros convenios bautismales y del templo. Podemos alterar la faz de la tierra, *una familia y un hogar a la vez*, mediante la caridad, nuestros actos pequeños y sencillos de amor puro.

La caridad, el amor puro del Salvador, es "la clase de amor más sublime, noble y fuerte"[1], y el cual pedimos al Padre con toda la energía de nuestros corazones que podamos poseer[2]. El élder Dallin H. Oaks nos enseña que la caridad "no es un *acto* sino una *condición* o estado del

ser [en el que uno se convierte]"[3]. Nuestras ofrendas diarias de caridad están "[escritas] no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo... en [las] tablas de carne [de nuestros corazones]"[4]. Poco a poco, nuestros actos caritativos cambian nuestra naturaleza, definen nuestro carácter y, al final, nos convierten en mujeres que tienen el valor y la dedicación para decir al Señor: "Heme aquí, envíame".

Al ser nuestro ejemplo, el Salvador nos demostró por medio de Sus acciones lo que significa la caridad. Además de ministrar a las multitudes, Jesús demostró cuán profundo era Su amor y preocupación por Su familia. Aun durante Su terrible agonía en la cruz, Él pensó en Su madre y en las necesidades de ella.

"[Estaba] junto a la cruz de Jesús su madre...

"Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer he ahí tu hijo.

"Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa"[5].

Es enternecedor que en ese pasaje se manifieste la intensidad de la devoción de Juan hacia María, al decir que "la recibió en su casa". Creo que los actos más importantes de caridad son los pequeños y sencillos, los de consecuencias eternas, y que se efectúan dentro de las paredes de nuestros "propios hogares".

Al intentar hacer frente todos los días con paciencia y amor a bebés irritables, a adolescentes que presentan retos, a condiscípulos difíciles, a cónyuges menos activos o a padres mayores de edad o discapacitados, podemos preguntarnos: "¿Es importante lo que estoy haciendo? ¿Surte algún efecto positivo?". Queridas hermanas, ¡lo que ustedes hacen con sus familias es muy *importante*! Es sumamente importante. Todos los días, todas aprendemos en el hogar una y otra vez que la caridad, el amor puro

del Salvador, nunca falla. Muchas hermanas de la Sociedad de Socorro realizan un gran servicio a sus familias. Esas fieles mujeres no reciben los elogios del mundo —ni los buscan— sino que son una gran influencia al sentir compasión por los demás[6].

¿Quiénes son esas mujeres que dejan sentir su influencia? En Nauvoo, las primeras hermanas de la Sociedad de Socorro, en medio de la miseria absoluta, abrieron sus corazones y recibieron en sus hogares a los muchos conversos nuevos que llegaban a esa ciudad. Compartieron alimentos, ropa y, lo que es más importante, *compartieron su fe* en el amor redentor del Salvador.

En nuestros días, la hermana Knell es una mujer del convenio que deja sentir su influencia. Es una viuda de 80 años de edad, que tiene un hijo de 47 años, discapacitado mental y físicamente desde que nació. Hace unos años esa querida hermana se dispuso a hacer algo imposible para todos: enseñar a su hijo Keith a leer. El mayor deseo de éste era aprender a leer, pero los doctores habían dicho que él no sería capaz de hacerlo. Con fe en su corazón y un deseo de bendecir a su hijo, esa humilde viuda le dijo a su hijo: "Sé que el Padre Celestial te va a bendecir para que puedas leer el Libro de Mormón".

La hermana Knell escribió lo siguiente: "Fue muy difícil para Keith y no fue fácil para mí. Los primeros días fueron difíciles porque yo me desesperaba. Ha tomado mucho tiempo y ha sido una lucha el aprender cada palabra. Me siento a su lado todas las mañanas y le señalo cada palabra con un lápiz para que no pierda el hilo. Siete años y un mes más tarde, Keith por fin terminó de leer el Libro de Mormón". Su madre dijo: "El oírlo leer un versículo sin ayuda es algo tan maravilloso que no se puede expresar con palabras". Ella testifica: "Sé que suceden milagros cuando confiamos en el Señor"[7].

A través del mundo en África, Asia, el Pacífico, Norte, Centro y Sudamérica, y Europa, las mujeres caritativas, junto con sus familias, también influyen en sus comunidades. En la pequeña isla de Trinidad, la hermana Ramoutar, una ocupada presidenta de la Sociedad de Socorro y su familia, están ayudando a los niños de la comunidad. Los Ramoutar viven en un lugar "infestado de drogas", donde muchos padres y adultos son adictos al alcohol o se dedican al negocio de las drogas. Los niños están en gran peligro y muchas veces no tienen ninguna supervisión; y muchos no van a la escuela.

Cada jueves por la noche, cerca de 30 personas, de 3 a 19 años de edad, se sientan en un patio cubierto de la casa de los Ramoutar para participar en un grupo al que cariñosamente se le conoce como "Nuestra gran familia feliz". Oraciones, himnos, canciones divertidas y el hablar de las cosas buenas que los niños han hecho cada semana forman parte de las actividades. A veces, doctores, policías, maestros o nuestros propios misioneros imparten lecciones útiles como los seis principios que el presidente Gordon B. Hinckley dio a la juventud. La familia Ramoutar rescata niños mediante sus pequeños y sencillos actos de caridad. Al compartir el Evangelio en su "gran familia feliz", otras personas se han unido a la Iglesia.

Estimadas hermanas de la Sociedad de Socorro, sé que doquiera que vivamos, cualesquiera sean nuestras circunstancias, nosotras, como mujeres del convenio, unidas en rectitud, podemos alterar la faz de la tierra. Al igual que Alma, testifico que "por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas"[8]. En nuestros hogares, esas cosas pequeñas y sencillas, nuestros actos diarios de caridad, proclaman nuestra convicción: "Heme aquí, envíame".

Doy mi testimonio de que el acto más grandioso de caridad de esta vida y de la eternidad fue la expiación de Jesucristo. Él voluntariamente dio Su vida para expiar mis pecados y los de ustedes. Expreso mi devoción a Su causa y mi deseo de servirle siempre, adondequiera me llame, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

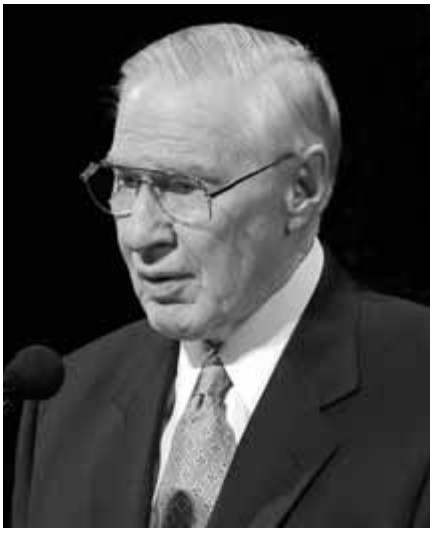
NOTAS

1. "Bible Dictionary", pág. 632.
2. Véase Moroni 7:48.
3. Élder Dallin H. Oaks, "El desafío de lo que debemos llegar a ser", *Liahona,* enero de 2001, pág. 40.
4. 2 Corintios 3:3.
5. Juan 19:25–27.
6. Véase Judas 1:22.
7. Carta en los archivos de las oficinas de la Sociedad de Socorro.
8. Alma 37:6.

Todas son enviadas del cielo

PRESIDENTE JAMES E. FAUST
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Su función como hermanas es especial y exclusiva en la obra del Señor. Ustedes son las que crían con cariño y cuidan con esmero.



Mis amadas hermanas, su presencia es deslumbrante y me sobrecoge. Con gratitud reconocemos la presencia del presidente Hinckley y del presidente Monson. La música del coro nos ha elevado el espíritu en gran medida. La oración de la hermana Sainz ha sido una invitación a que la Divinidad esté con nosotros. Los inspirados mensajes de las hermanas Bonnie Parkin, Kathleen Hughes y Anne Pingree han sido excepcionales. El presidente Hinckley, el presidente Monson y yo participamos en el apartamiento y bendición de estas tres hermanas como integrantes de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro. Su inspirada asignación es guiar esta gran organización de hermanas bajo la dirección del sacerdocio. Las bendiciones que se pronunciaron sobre estas tres hermanas colectiva e individualmente fueron de peso. Cuando el presidente Hinckley apartó a la hermana Parkin, recordó a las hermanas: "el profeta José Smith reseñó la obra de la Sociedad de Socorro para tender una mano de ayuda, para atender a las necesidades de los pobres, de los necesitados, de los atribulados y afligidos, y para bendecir a la mujer".

Nuestro tema en esta ocasión es: "Señor... Heme aquí, envíame...". Esas palabras tan sencillas son muy apropiadas al dirigirme a ustedes, hermanas, en esta oportunidad, puesto que muchísimas de ustedes demuestran con gran eficacia la buena disposición a prestar servicio. Todas ustedes han sido enviadas del cielo. Ustedes constituyen el bellísimo adorno de la raza humana. Su función como hermanas es especial y exclusiva en la obra del Señor. Ustedes son las que crían con cariño y cuidan con esmero, y las que tienen, como dijo el profeta José Smith, "sentimientos de caridad y benevolencia"[1].

No tengo palabras para expresar mi respeto, reconocimiento y admiración para con ustedes, magníficas hermanas. Las mujeres de todas las épocas

en esta Iglesia ha sido dotadas del don divino y singularmente femenino de la compasión. Nos asombran sus actos de fe, de dedicación, de obediencia y de amoroso servicio, así como su ejemplo de rectitud. Esta Iglesia no hubiese podido haber alcanzado su destino sin las dedicadas y fieles mujeres que, en su rectitud, han fortalecido la Iglesia de un modo infinito. A través de los años, las hermanas de la Iglesia se han enfrentado con desafíos tan grandes como los de ustedes hoy en día. Si bien sus desafíos son diferentes de los de sus madres, sus abuelas y sus bisabuelas, son muy reales.

Me regocijo por que tanto en la Iglesia como en el mundo las oportunidades para las mujeres van aumentando. Confiamos en que realcen esas mayores oportunidades con su sublime toque femenino. Esas oportunidades en realidad no tienen límite. Cuando el profeta José estableció esta organización, "dio vuelta a la llave para la emancipación de la mujer" y "dio vuelta a la llave para todo el mundo"[2]. Desde que se dio vuelta a esa llave en 1842, ha llegado más conocimiento a la tierra y a las mujeres que el que ha llegado en toda la historia de este mundo.

A lo largo de los años, esta gran sociedad para las mujeres ha progresado bajo inspiración, pero la obra básica de la Sociedad de Socorro no ha cambiado. El profeta José indicó de forma muy directa que la obra de ustedes "no es sólo aliviar al pobre, sino salvar almas"[3].

Creo que los cuatro grandes e imperecederos conceptos de esta sociedad son:

Primero, es una hermandad establecida divinamente.

Segundo, es una sociedad de aprendizaje.

Tercero, es una organización cuyo objetivo básico es servir a los demás. Su lema es: "La caridad nunca deja de ser".

Cuarto, es una sociedad en la que las mujeres pueden tratarse con sociabilidad y establecer amistades eternas[4].

Me complace que ustedes, las hermanas más jóvenes, tengan la oportunidad de participar en la Sociedad de Socorro a los dieciocho años de edad. Enorme será el beneficio que recibirán del ser miembros de esta organización de importancia vital. Recibirán bendiciones a medida que participen de buen grado con las hermanas en el servicio caritativo y en el cuidado esmerado de los necesitados. El curso de estudio de la Sociedad de Socorro se centra en la doctrina básica y les brindará la oportunidad de estudiar el Evangelio e incrementar su espiritualidad. El curso de estudio es adecuado para todo el género humano y no tan sólo para las esposas y madres. De todas las hermanas, incluidas ustedes, las más jóvenes, "debe hacerse memoria" y deben "ser nutrid[a]s por la buena palabra de Dios"[5]. La doctrina las fortalecerá y les ayudará a cultivar la espiritualidad necesaria para vencer los desafíos de la vida.

Una jovencita a quien conozco muy bien me hizo el siguiente comentario:

"Tengo dieciocho años y soy el miembro más joven de la Sociedad de Socorro del barrio. Me gusta ir a la Sociedad de Socorro con mi madre y mi abuela porque es muy agradable pasar un rato con ellas como amigas. Me gusta oír a mi mamá conversar con sus amigas debido a que eso me brinda la ocasión de llegar a conocer a las hermanas de su edad. Hay varias damas que me abrazan y me preguntan dónde trabajo y qué hago durante el verano. Siempre me hacen sentir importante y especial para ellas. Gracias al haberme relacionado con las abuelas y las bisabuelas de mi barrio, he hecho nuevas y especiales amistades que han embellecido y bendecido mi vida. También me gustan las lecciones que dan las hermanas mayores, que han vivido en diversos lugares y que, con sus experiencias, me han enseñado mejores formas de hacer frente a los desafíos y los problemas de la vida. Las anécdotas que cuentan de sus propias vidas son interesantes y me sirven para identificarme con la lección. He llegado a darme cuenta de que la Sociedad de Socorro es en verdad para todas las mujeres, sea cual sea su edad"[6].

Hermanas, sean cuales sean las circunstancias que les toque vivir, la

influencia que ejerzan será prodigiosamente amplia. Creo que algunas de ustedes tienden a subestimar su enorme capacidad para ser una bendición para los demás. La mayoría de las veces lo son, no diremos en manifestaciones públicas, sino mediante su ejemplo de rectitud y sus innumerables y discretos actos de amor y de bondad que realizan con tan buena voluntad y muy a menudo en forma individual.

El interés especial del Señor en las viudas se evidencia profusamente en las Escrituras. Desde luego, ese interés también se extiende a todas las madres solas, quienes llevan sobre sus hombros numerosas cargas: deben proveer a sus hijos de alimento, de ropa y de otras cosas indispensables. Además, deben criar a sus hijos con amor y comprensión extras.

Hace poco recibí una carta del hijo de una hermana que se vio en esas circunstancias, y les citaré un párrafo de lo que me decía: "Mi mamá pudo estar en casa con nosotros cuando éramos pequeños. Eso era lo que ella deseaba, pero hace unos veintiocho años, con cuatro hijos cuyas edades fluctuaban entre los cinco y los catorce años, se vio obligada a conseguir un empleo fuera de casa a fin de proveer para nosotros al quedarse de repente como madre sola. En tanto sabemos que ésa no es la situación ideal para criar a los hijos, mamá se esforzó con diligencia por seguir educándonos con amor en el Evangelio y continuar ocupándose de todas las obligaciones familiares al mismo tiempo que trabajaba de jornada completa para mantenernos económicamente. Sólo ahora que yo mismo soy padre de familia y que tengo la bendición de que mi esposa esté en casa para cuidar de nuestros hijos, he comenzado a vislumbrar la amplitud de la situación y las pruebas de mi mamá al cuidar de nosotros en aquella época. Fue difícil y muy duro para ella, y deseo haber hecho más para facilitarle las cosas. Le estaré eternamente agradecido por lo que se sacrificó por darnos el ejemplo y enseñarnos a trabajar y cómo debíamos vivir. La sabiduría de la proclamación sobre la familia es particularmente patente para mí en la actualidad debido a las experiencias que vivimos en familia"[7].

Muchas hermanas fieles y rectas no han tenido la oportunidad de casarse y, aun así, siempre han sido una parte muy importante y necesaria de esta sagrada obra. Esas mujeres maravillosas tienen una notable misión de ángeles de misericordia para con los padres, las hermanas, los hermanos, las sobrinas y los sobrinos, así como para con otros miembros de la familia y amigos. En la Iglesia hay muchas oportunidades de dar amor y ayudar con cariño. Las hermanas solteras, que pueden disponer de más tiempo, prestan un servicio magnífico.

La hermana Margaret Anderson, de Centerville, Utah, es un ejemplo admirable de persona sola que ha llevado una vida ejemplar y de realización en el servicio al prójimo. Durante muchos años, cuidó con cariño de su anciana madre, de su tía y de su hermana discapacitada. Guió y formó a cientos de niños como maestra de escuela de enseñanza primaria. Ahora, que ya se ha jubilado, sigue trabajando de voluntaria, cada semana, ayudando a los niños a aprender a leer. Sus actos de servicio han sido una bendición especial para los miembros de su barrio. Una jovencita comentó: "Cuando era pequeña, Margaret me hacía un pastel de cumpleaños todos los años y decoraba el baño azucarado con que lo recubría con las actividades que yo había realizado el año anterior, como el baile o el fútbol". Ningún misionero sale de su barrio sin una de las billeteras de cuero que ella misma hace. Es valiosa como fuente de consulta en calidad de estudiosa del Evangelio, en particular, en la Sociedad de Socorro. Con gusto hace mandados y lleva en automóvil al templo a vecinos y amigos. Margaret es una cortés anfitriona; prepara deliciosas golosinas y pinta hermosos cuadros, lo cual disfruta compartiendo con los demás. En verdad, ella ha sido una bendición para incontables personas.

Los profetas del Señor han prometido reiteradamente que no se negará ninguna bendición a las hermanas solteras rectas de la Iglesia, si, por razones ajenas a su voluntad, no se han casado en esta vida ni han sido selladas a un digno poseedor del sacerdocio. Ellas podrán tener esas bendiciones para siempre en el mundo venidero. "Cada vez que se sientan afligidas y anhelen el afecto y el calor propios de una familia terrenal, recuerden que nuestro Padre Celestial conoce su angustia y que un día las bendecirá de una forma que sobrepujará a sus más caros sueños"[8].

Después de la dedicación del magnífico nuevo Templo de Nauvoo, regresamos a casa en avión con las hermanas Parkin, Hughes, Pingree y sus nobles esposos. Pregunté a las hermanas si habían ido a la tienda de ladrillos rojos de Nauvoo, donde el profeta José estableció la Sociedad de Socorro el 17 de marzo de 1842, en la que sólo hubo veinte miembros presentes. La hermana Parkin dijo que sí habían ido al lugar.

Mientras hablaba con ellas, recordé vivamente que todas las hermanas de todas partes del mundo pueden heredar las bendiciones del Señor para las mujeres. El profeta José Smith dijo: "Y ahora, en el nombre del Señor, doy vuelta a la llave... y, desde ahora en adelante, descenderán sobre ella [esta sociedad] conocimiento e inteligencia"[9]. Esa bendición de conocimiento e inteligencia llega a todas las mujeres rectas de la Iglesia, sean cuales sean su raza o nacionalidad, y sean nuevas en la Iglesia o descendientes de alguno de los primeros veinte miembros que se reunieron en Nauvoo en 1842. Esas bendiciones fluyen a las hermanas

que con buena disposición efectúan la obra de los ángeles.

Hace poco oí al élder Dieter Uchtdorf decir estas penetrantes palabras: "Ninguna de mis líneas familiares viene de Nauvoo. No soy descendiente de pioneros; pero, al igual que la mayoría de los miembros de la Iglesia de todo el mundo, me compenetro profundamente y de todo corazón con los santos de Nauvoo y su viaje a Sión. El esfuerzo constante de trazar mi propia senda religiosa hacia la Sión de 'los puros de corazón' me hace sentir estrechamente unido a los pioneros del siglo diecinueve. Ellos son mis antepasados espirituales, del mismo modo que lo son para todo miembro de la Iglesia, sea cual sea su nacionalidad, idioma o ámbito cultural. Ellos establecieron no sólo un lugar seguro en el Oeste, sino también el fundamento espiritual para la edificación del reino en todas las naciones del mundo".

Ahora, vayan unas palabras a ustedes, las hermanas casadas. De un modo muy concreto, ustedes, hermanas, hacen de nuestros hogares refugios de paz y felicidad en un mundo agitado. Un marido recto es el poseedor del sacerdocio, sacerdocio que es la autoridad gobernante del hogar; pero él no es el sacerdocio, sino el poseedor del sacerdocio[10]. Su esposa comparte con él las bendiciones del sacerdocio. Él no está elevado en forma alguna sobre la condición divina de su esposa. El presidente Gordon B. Hinckley, en la reunión general del sacerdocio del recién pasado abril, dijo: "En el compañerismo del matrimonio no hay inferioridad ni superioridad; la mujer no camina delante del marido, ni el marido camina delante de la esposa; ambos caminan lado a lado, como un hijo y una hija de Dios en una jornada eterna".

Y añadió: "Tengo la plena confianza de que cuando estemos ante el tribunal de Dios no se dirá mucho sobre cuánta riqueza hayamos acumulado

en la vida, ni de los honores que hayamos logrado, pero se harán preguntas específicas en cuanto a nuestras relaciones en el hogar. Y estoy seguro de que únicamente aquellos que a lo largo de la vida hayan tenido amor, respeto y aprecio por su compañera e hijos recibirán de nuestro juez eterno las palabras: 'Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor' "[11].

Las esposas que apoyan a su marido en los obispados, en las presidencias de estaca y en otros llamamientos del sacerdocio son una gran bendición para la Iglesia. Ellas prestan servicio entre bastidores callada y eficazmente, apoyando a la familia y el hogar mientras sus maridos ministran a los santos. He dicho "calladamente"; he oído decir que a algunas mujeres les agrada un hombre fuerte y silencioso que... ¡creen que les está prestando atención!

Nadie sabe mejor que yo la fortaleza que brinda la esposa que aporta todo su apoyo. Desde que nos casamos, mi esposa, Ruth, me ha sostenido y alentado en los muchos llamamientos que he tenido desde hace casi sesenta años. No hubiese podido haber prestado servicio ni un día sin su cariñoso apoyo. Estoy sumamente agradecido a ella y la amo muchísimo.

La viuda de uno de mis compañeros misionales, la hermana Effie Dean Bowman Rich, es una persona muy ocupada con su familia y con dos negocios. Además, es madre, abuela y bisabuela de una familia grande. Hace un tiempo, en medio de la dificultad de tener que satisfacer las exigencias de sus múltiples funciones, dijo: "¡Lo que necesito es una especie de esposa!". Desde luego, lo que quería decir era que necesitaba la ayuda de alguien que se encargase de los innumerables detalles de los que una esposa recta y dedicada suele hacerse cargo con tanta eficacia.

Hermanas, sean cuales fuesen sus circunstancias, es preciso que todas ustedes tengan aceite en sus lámparas, lo cual significa estar preparadas. Todos recordamos la parábola de las diez vírgenes que habían sido invitadas a la cena de bodas. Cinco de ellas eran prudentes y estaban preparadas con aceite en sus vasijas para recibir al esposo; las otras cinco no estaban preparadas. Las diez arreglaron sus lámparas, pero cinco de ellas no tenían aceite suficiente y se les apagó

La caída de agua fuera del Centro de Conferencias sirve como telón de fondo a tres mujeres que conversan cerca de una ventana interior.

la lámpara. Todos necesitamos la luz de nuestras lámparas para que nos guíe en la oscuridad. Todos deseamos recibir al Esposo y asistir a la fiesta de bodas.

Hace unos años, el presidente Spencer W. Kimball explicó gráficamente la tragedia del no estar preparados. Dijo que a las cinco vírgenes insensatas de la parábola "se les había enseñado. Se les había advertido a lo largo de toda su vida". Durante el día, tanto las prudentes como las insensatas parecían iguales, pero a la hora de mayor oscuridad, cuando menos se le esperaba, llegó el esposo". Las cinco cuyas lámparas se habían apagado se apresuraron a ir a comprar el aceite que necesitaban; pero, cuando llegaron al lugar de las bodas, la puerta estaba cerrada. Era demasiado tarde.

El presidente Kimball explicó: "Las insensatas pidieron a las otras que les diesen de su aceite, pero la preparación espiritual no se puede compartir en un instante. Las prudentes tuvieron que ir a dar la bienvenida al esposo; necesitaban todo su aceite para ellas mismas; no pudieron salvar a las insensatas".

"En la parábola", continuó diciendo, "el aceite podía comprarse en el mercado. En nuestra vida, el aceite de la preparación se acumula gota a gota mediante el vivir con rectitud. La asistencia a la reunión sacramental añade aceite a nuestra lámpara, gota a gota a través de los años. El ayuno, la oración familiar, la orientación familiar, el control de los apetitos físicos, la predicación del Evangelio, el estudio de las Escrituras, cada acto de dedicación y de obediencia es una gota que se añade a nuestro suministro. Los actos de bondad, el pago de las ofrendas y del diezmo, los pensamientos y los actos castos, el matrimonio en el convenio por la eternidad, todo ello contribuye de forma importante a aumentar el aceite con el cual podremos reabastecer nuestra lámpara a la medianoche"[12].

Hermanas, es importante que tengan aceite en sus lámparas a fin de que, cuando digan al Señor: "Heme aquí, envíame...", estén preparadas y reúnan los requisitos para ser enviadas. Todos hemos sido enviados del cielo, pero lo que podamos realizar en la obra del Señor dependerá en gran medida de nuestra buena disposición y aptitud.

Mi testimonio, que se basa en cincuenta y nueve años de vida familiar, es que la participación de mi esposa, Ruth, en la Sociedad de Socorro ha llevado mayor espiritualidad y armonía a nuestro hogar. Esta organización divinamente inspirada no sólo la ha bendecido a ella, sino también a cada uno de los miembros de nuestra familia. El tomar parte en la Sociedad de Socorro les reabastecerá el aceite de sus lámparas, les brindará la estabilidad y la resistencia que les hará falta para capear las tempestades de la vida y la jornada por la vida terrenal.

Cuando se llevó a cabo la primera conferencia de prensa después de que el presidente Hinckley fue ordenado y apartado en calidad de Presidente de la Iglesia, alguien pidió al Presidente que comentara sobre el desafío de las madres que tienen que trabajar y también atender a las muchas necesidades de su hogar y familia. El presidente Hinckley le contestó: "Hagan lo mejor que puedan y recuerden que el bien mayor que poseen en esta tierra son los hijos que han traído al mundo, y de cuya crianza y cuidado son ustedes responsables"[13]. En esta ocasión repito esas palabras: Hagan lo mejor que puedan por ayudarnos a todos a elevarnos más y a progresar. Válganse de sus dones espirituales innatos para bendecir a los demás. Ayúdennos a vencer las influencias malignas del mundo tanto en nuestras vidas como en nuestros hogares y en la Iglesia.

Ruego que la promesa de Nefi se cumpla en beneficio de ustedes: "...y tenían por armas su rectitud y el poder de Dios en gran gloria"[14]. Deseo dar testimonio de las bendiciones que he recibido en la vida mediante el amor de mi esposa, Ruth, de mi cristiana madre, de mis santas abuelas, de mis hijas y de mis nietas, así como de otras muchas mujeres rectas. Lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 276.
2. George Albert Smith, *Relief Society Magazine*, diciembre de 1945, pág. 717; véase también *History of the Church*, tomo IV, pág. 607.
3. *History of the Church*, tomo V, pág. 25.
4. Véase D. y C. 130:2.
5. Moroni 6:4.
6. Carta personal.
7. Carta personal de Brad Allen.
8. Véase Spencer W. Kimball, "Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona*, enero de 1980, pág. 170.
9. *Minutes of the Female Relief Society of Nauvoo* (Actas de la Sociedad de Socorro de damas de Nauvoo), 28 de abril de 1842.
10. Véase D. y C. 121:37; Hyrum M. Smith and Janne M. Sjodahl, *The Doctrine and Covenants Commentary*, edición revisada, 1951, pág. 759.
11. Gordon B. Hinckley, "La dignidad personal para ejercer el sacerdocio", *Liahona*, julio de 2002, pág. 60.
12. *Faith Precedes the Miracle,* 1972, págs. 255–256.
13. Transcripción audiovisual de la conferencia de prensa, 13 de marzo de 1995, cortesía del Departamento de Asuntos Públicos, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
14. 1 Nefi 14:14.

Se dirigen a nosotros

Informe de la Conferencia General Semestral número 172, del 5 y 6 de octubre de 2002, para los niños de la Iglesia.

Presidente Gordon B. Hinckley: Piensen cuán maravilloso es.

Ésta es la Iglesia restaurada de Jesucristo. Nosotros somos Santos de los Últimos Días. Testificamos que los cielos se han abierto, que se ha partido el velo, que Dios ha hablado y que Jesucristo se ha manifestado a Sí mismo, a lo que siguió el otorgamiento de la autoridad divina.

Jesucristo es la piedra angular de esta obra, y está edificada sobre un "fundamento de... apóstoles y profetas" (Efesios 2:20).

Presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia: A través de las generaciones, el mensaje de Jesús ha sido el mismo. A Pedro y a Andrés, a orillas del hermoso mar de Galilea, Él dijo: "Venid en pos de mí". A Felipe de antaño dio el llamado: "Sígueme"... Y a ustedes y a mí, si tan sólo escuchamos, nos llegará esa misma invitación: "Venid en pos de mí".

Presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia: Espero que todos seamos como "La pequeña locomotora que sí pudo". No era muy grande, sólo se había utilizado para cambiar los vagones, y nunca había pasado una montaña, pero estuvo dispuesta. Esa pequeña locomotora se enganchó al tren que había quedado detenido, subió hasta la cima de la montaña jadeando y la bajó dando resoplidos y diciendo: "Sabía que podía". Cada uno de nosotros debe subir montañas que nunca ha escalado antes.

Élder David B. Haight, del Quórum de los Doce Apóstoles: Dios vive. Él es nuestro Padre. Les testifico que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y que el profeta José Smith fue el Profeta de la Restauración. El presidente Hinckley es hoy el líder inspirado de esta Iglesia en todo el mundo. Bendito sea por todo lo que hace... al llevar adelante la obra.

Élder Neal A. Maxwell, del Quórum de los Doce Apóstoles: Hermanos y hermanas, aunque vivimos en una época de conmoción, podemos permanecer en lugares santos y no ser movidos (véase D. y C. 45:32; 87:8). Aun cuando vivamos en tiempos de violencia, podemos gozar de esa paz interior que sobrepasa todo entendimiento (véase Filipenses 4:7). Todavía ocurrirán hechos desconcertantes, pero, como Nefi, ¡todavía podemos saber que Dios nos ama…

…Por supuesto, no podemos comprender completamente todo eso ahora mismo; no podemos saber el significado de todas las cosas ahora mismo. ¡Pero ahora mismo sí podemos saber que Dios nos conoce y nos ama individualmente!

Élder Robert D. Hales, del Quórum de los Doce Apóstoles: El pago obediente del diezmo fortifica nuestra fe y esa fe nos sostiene a través de las pruebas, las tribulaciones y el dolor en nuestra jornada por la vida.

Élder Dieter F. Uchtdorf, de la Presidencia de los Setenta: No tengo ningún antepasado entre los pioneros del siglo diecinueve; sin embargo, desde los primeros días en que me uní a la Iglesia he sentido un estrecho vínculo con esos primeros pioneros que cruzaron las praderas. Ellos son mis antepasados espirituales, del mismo modo que lo son para todo miembro de la Iglesia, sea cual sea su nacionalidad, idioma o ámbito cultural. Ellos establecieron no sólo un lugar seguro en el Oeste, sino también un fundamento espiritual para la edificación del reino en todas las naciones del mundo.

Élder Robert K. Dellenbach, de los Setenta: El Señor nos pide que apartemos un domingo al mes para ayunar dos comidas; se nos invita a contribuir a la Iglesia el dinero que ahorremos en el costo de esas dos comidas para que ésta ayude a los necesitados. ■

Enseñanzas para nuestra época, 2003

Las reuniones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro que se llevan a cabo el cuarto domingo del mes se deben dedicar a "Enseñanzas para nuestra época". Cada año, la Primera Presidencia asigna 10 temas con materiales de consulta designados para utilizarse en esas reuniones. A continuación se proporcionan los temas y los materiales de consulta para el año 2003. Las presidencias de estaca o de distrito escogerán los dos temas adicionales.

Los temas que se sometan a discusión en las reuniones del cuarto domingo deben basarse en uno o quizás en dos de los materiales de consulta designados que mejor satisfagan las necesidades de los miembros del quórum o de la clase, y se adapten a sus circunstancias. No es necesario que los maestros utilicen todos los materiales de consulta. Se alienta a los líderes y a los maestros a no hacer de los temas un sermón o una desertación, sino a ponerlos a discusión de clase; ellos deben pensar en la forma de alentar a los miembros del quórum o de la clase a aplicar los principios que se hayan analizado. En *La enseñanza: el llamamiento más importante* [36123 002] y en la *Guía para la enseñanza* [34595 002] se pueden encontrar sugerencias sobre cómo preparar y realizar análisis de quórum o de clase.

1. La esperanza por medio de la expiación de Jesucristo

Mateo 27:11–61; Lucas 22:39–46; Juan 20:1–22; Alma 34:8–18; 42; D. y C. 19:1–20.

James E. Faust, "La Expiación: nuestra mayor esperanza", *Liahona,* enero de 2002, págs. 19–22.

Dallin H. Oaks, "El Evangelio en nuestra vida", *Liahona,* julio de 2002, págs. 36–39.

Joseph B. Wirthlin, "'Venid en pos de mí'", *Liahona,* julio de 2002, págs. 15–18.

"La Expiación", capítulo 12 de *Principios del Evangelio.*

2. El propósito de los diezmos y las ofrendas

Malaquías 3:8–12; D. y C. 64:23; 119:1–4; 120:1.

Gordon B. Hinckley, "Por fe andamos", *Liahona,* julio de 2002, págs. 80–82.

Jeffrey R. Holland, "'Como huerto de riego'", *Liahona,* enero de 2002, págs. 37–39.

"El diezmo y las ofrendas", capítulo 32 de *Principios del Evangelio.*

3. La oración

Mateo 6:9–13; 7:7; Alma 7:23; D. y C. 93:49.

Thomas S. Monson, "Ellos oran y siguen adelante", *Liahona,* julio de 2002, págs. 54–57.

James E. Faust, "La cuerda de salvamento de la oración", *Liahona,* julio de 2002, págs. 62–69.

Henry B. Eyring, "Oración", *Liahona,* enero de 2002, págs. 16–19.

"La oración personal y la oración familiar", lección 34 de *La Mujer Santo de los Últimos Días, Parte B.*

4. ¡Levantemos el ánimo!

Juan 14:27; 16:33; 2 Nefi 4:16–35; 10:23; D. y C. 78:17–22.

Gordon B. Hinckley, "Miramos a Cristo", *Liahona,* julio de 2002, págs. 101–102.

Thomas S. Monson, "Ahora es el momento", *Liahona,* enero de 2002, pág. 68–71.

M. Russell Ballard, "Las cosas apacibles del reino", *Liahona,* julio de 2002, págs. 98–101.

"Fe en Jesucristo", capítulo 18 de *Principios del Evangelio*.

5. El amar y el fortalecer a nuestro prójimo

Mateo 22:35–40; Lucas 22:31–32; Mosíah 23:15; D. y C. 88:123–125; 108:7.

Gordon B. Hinckley, "Tender la mano para ayudar a los demás", *Liahona,* enero de 2002, págs. 60–67.

Boyd K. Packer, "Los niños", *Liahona,* julio de 2002, págs. 7–10.

M. Russell Ballard, "Doctrina de la inclusión", *Liahona,* enero de 2002, págs. 40–43.

"Amor, caridad y servicio", lección 8 de *La Mujer Santo de los Últimos Días, Parte A.*

6. Andemos por la fe

Hebreos 11; Alma 32:16–23; Éter 12:4–22, 27.

Gordon B. Hinckley, "Por fe andamos", *Liahona,* julio de 2002, págs. 80–82.

David B. Haight, "La fe de nuestros profetas", *Liahona,* enero de 2002, págs. 24–27.

Russell M. Nelson, "Qué firmes nuestros cimientos", *Liahona,* julio de 2002, págs. 83–86.

"Fe en Jesucristo", lección 1 de *La Mujer Santo de los Últimos Días, Parte A.*

7. El hacer nuestro mejor esfuerzo por el Señor

Mateo 25:14–30; Mosíah 3:19; 5:12–13; D. y C. 76:50–70.

James E. Faust, "'Alguna gran cosa'", *Liahona,* enero de 2002, págs. 53–56.

Neal A. Maxwell, "'Consagr[ad] vuestra acción'", *Liahona,* julio de 2002, págs. 39–42.

Joseph B. Wirthlin, "Paso por paso", *Liahona,* enero de 2002, págs. 27–30.

"La edificación del Reino de Dios", lección 35 de *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte B.*

8. No nos ofendamos con facilidad

Lucas 15:11–32; 1 Corintios 12:1–27; 2 Nefi 26:24–28; 3 Nefi 11:28–30.

Thomas S. Monson, "Cuñas escondidas", *Liahona,* julio de 2002, págs. 19–22.

Jeffrey R. Holland, "El otro hijo pródigo", *Liahona,* julio de 2002, págs. 69–72.

"El perdonar y el ser perdonados", lección 33 de *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte B.*

9. Fortalezcamos a los nuevos conversos

Mateo 25:31–46; Lucas 15; Mosíah 2:17.

Richard G. Scott, "Una conversión plena brinda felicidad", *Liahona,* julio de 2002, págs. 26–28.

Henry B. Eyring, "Amigos verdaderos", *Liahona,* julio de 2002, págs. 29–32.

"El hermanamiento es una responsabilidad del sacerdocio", lección 10 de *Deberes y bendiciones del sacerdocio, Parte B.*

10. El vivir por medio del Espíritu

Génesis 37; 39–45.

L. Tom Perry, "Lleguemos a ser hombres en quienes esté el espíritu de Dios", *Liahona,* julio de 2002, págs. 42–45.

Robert D. Hales, "De la obscuridad a Su luz maravillosa", *Liahona,* julio de 2002, págs.77–80.

"El don del Espíritu Santo", lección 4 de *La Mujer Santo de los Últimos Días, Parte A.* ■

Reuniones de superación personal, de la familia y del hogar*

Al planificar las reuniones de superación personal, de la familia y del hogar evalúe con diligencia las necesidades de las hermanas. Si es pertinente, asegúrese de que esas reuniones cuenten con clases que contribuyan al desarrollo de aptitudes sobre la crianza de los hijos y las relaciones familiares. Se pueden utilizar como materiales de consulta la *Guía para la familia* (31180 002) y *Matrimonio y relaciones familiares, Manual de Instrucciones* (35865 002); éstos se pueden obtener por medio de los centros de distribución de la Iglesia.

PRESENTACIONES	IDEAS PARA LOS TEMAS DE LAS MINICLASES**
Desarrollo espiritual (D. y C. 88:63)	• Adoración en el templo • Oración personal y el estudio de las Escrituras • Observancia del día de reposo (véase D. y C. 59)
Técnicas en economía doméstica (Proverbios 31:27)	• Producción, preparación y preservación de alimentos • Organización y limpieza del hogar • El valor del trabajo
Matrimonio y relaciones familiares (Malaquías 4:6; Mosíah 4:15)	• "La familia: Una proclamación para el mundo" (*Liahona*, octubre de 1998, pág. 24) • Noche de hogar para la familia, oración familiar y estudio de las Escrituras • Crianza de los hijos
Fortalecimiento de las relaciones familiares (Mateo 5:38–44; 25:40)	• Comunicación y resolución de conflictos • Arrepentimiento y perdón • Liderazgo eficaz
Autosuficiencia (D. y C. 88:119)	• Almacenamiento en el hogar y preparación para emergencias • Educación y administración de recursos • Salud e higiene
Servicio (Proverbios 31:20; Mosíah 4:26)	• Servicio a la familia y a los vecinos • Servicio en la Iglesia • Proyecto de servicio en la comunidad
Salud física y emocional (Mosíah 4:27; D. y C. 10:4)	• Ejercicio y nutrición • Control del estrés y recreo • Sentir gratitud y reconocer las bendiciones del Señor
Desarrollo personal y educación (D. y C. 88:118; 130:18–19)	• Bendiciones patriarcales • Desarrollo de talentos y creatividad • Aprendizaje de toda una vida
Alfabetización (Daniel 1:17; Moisés 6:5–6)	• Alfabetización en el Evangelio • Redacción de historias personales y testimonios • Educación en la niñez y literatura infantil
Artes culturales (D. y C. 25:12)	• Importancia de la música en el hogar • Literatura y artes • Entender otras culturas

* Las pautas para las reuniones de superación personal, de la familia y del hogar se distribuyeron con una carta de la Primera Presidencia fechada el 20 de septiembre de 1999.

** Entre los materiales de consulta para los temas de las miniclases se cuentan el manual *Principios del Evangelio* (artículo 31110 002) y la Parte A y Parte B de *La mujer Santo de los Últimos Días* (3113 002 y 31114 002).

Guía de fuentes de consulta para utilizar con el *Sacerdocio Aarónico, Manual 1*

Para utilizar en 2003, lecciones 1–24

Las siguientes fuentes de consulta se pueden utilizar para complementar las lecciones 1–24, pero no pueden remplazarlas. Sírvanse enseñar las lecciones en el orden en que aparecen impresas. El manual no cuenta con una lección específica para la Pascua de Resurrección. Si desea enseñar una lección especial el domingo de la Pascua de Resurrección, use discursos de conferencias, artículos de la revista *Liahona* e himnos que se centren en la vida y la misión del Salvador.

Lección 1: El sacerdocio

Thomas S. Monson, "El poder del sacerdocio", *Liahona*, enero de 2000, págs. 58–61.

Jeffrey R. Holland, " 'Santificaos' ", *Liahona*, enero de 2001, págs. 46–49.

John H. Groberg, "El poder del sacerdocio", *Liahona*, julio de 2001, págs. 51–53.

Lección 2: El llamamiento de un poseedor del Sacerdocio Aarónico

Thomas S. Monson, "El deber nos llama", *Liahona*, enero de 2002, págs. 57–60.

Thomas S. Monson, "El llamamiento a servir", *Liahona*, enero de 2001, págs. 57–60.

Joseph B. Wirthlin, "El crecer dentro del sacerdocio", *Liahona*, enero de 2000, págs. 45–49.

Lección 3: El repartir la Santa Cena

David B. Haight, "¿Comprendemos realmente lo que es la Santa Cena del Señor?", *Liahona*, marzo de 1989, págs. 8–14.

Peter B. Gardner, "Más que palabras", *Liahona*, febrero de 2002, págs. 28–29.

Wayne B. Lynn, "¿Demasiado mayor para repartir la Santa Cena?", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 8–9.

Lección 4: La recolección de las ofrendas de ayuno

Joseph B. Wirthlin, "La ley del ayuno", *Liahona*, julio de 2001, págs. 88–91.

Earl C. Tingey, "Las viudas de Sión", *Liahona*, julio de 2000, págs. 74–76.

"Tú me has dado muchas bendiciones, Dios", *Himnos*, Nº 137.

Lección 5: Fe en Jesucristo

"Testigos especiales de Cristo", *Liahona*, abril de 2001, págs. 2–24.

Neal A. Maxwell, " 'Con esperanza... arar' ", *Liahona*, julio de 2001, págs. 72–74.

"Creo en Cristo", *Himnos*, Nº 72.

Lección 6: El Espíritu Santo

James E. Faust, "Comunión con el Espíritu Santo", *Liahona*, marzo de 2002, págs. 2–7.

Douglas L. Callister, "En busca del Espíritu de Dios", *Liahona*, enero de 2001, págs. 38–39.

Daniel K. Judd, "El Espíritu de Cristo: Una luz en la oscuridad", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 18–22.

"Deja que el Espíritu te enseñe", *Himnos*, Nº 77.

Lección 7: "Un poderoso cambio en el corazón"

James E. Faust, "Nacer de nuevo", *Liahona*, julio de 2001, págs. 68–71.

Dallin H. Oaks, "El desafío de lo que debemos llegar a ser", *Liahona*, enero de 2001, págs. 40–43.

Spencer J. Condie, "La disposición a hacer lo bueno continuamente", *Liahona*, junio de 2001, págs. 14–21.

"Divina luz, *Himnos*, Nº 48.

Lección 8: "Honra a tu padre"

Thomas S. Monson, "La oración de fe", *Liahona*, marzo de 1995, págs. 2–7.

Fraser Aumua y Laury Livsey, "De tal palo, tal astilla", *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 38–39.

"El hogar es como el cielo", *Himnos*, Nº 193.

Lección 9: El respeto por las madres y por su función divina

Richard G. Scott, "La santidad de la mujer", *Liahona*, julio de 2000, págs. 43–45.

Sheri L Dew, "¿No somos todas madres?", *Liahona*, enero de 2002, págs. 112–114.

Dane M. Mullen, "Pudimos salir adelante", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 44–46.

Lección 10: La unidad familiar

David B. Haight, "Sean un eslabón fuerte", *Liahona*, enero de 2001, págs. 23–25.

Donald L. Hallstrom, "El cultivar tradiciones rectas", *Liahona*, enero de 2001, págs. 34–35.

Camielle Call-Tarbet, "Una nota de Michael", *Liahona*, mayo de 2001, pág. 23.

"Cuando hay amor", *Himnos*, Nº 194.

Lección 11: "Como yo os he amado, que también os améis unos a otros"

Henry B. Eyring, " 'Velad conmigo' ", *Liahona*, julio de 2001, págs. 44–47.

Kelly A. Harward, "Realmente no estaba solo", *Liahona*, junio de 2001, págs. 32–33.

"Amad a otros", *Himnos*, Nº 203.

Lección 12: Debemos seguir al profeta viviente

M. Russell Ballard, " 'Recibiréis su palabra' ", *Liahona*, julio de 2001, págs. 79–82.

Dennis B. Neuenschwander, "Profetas, videntes y reveladores vivientes", *Liahona*, enero de 2001, págs. 49–51.

"Dios manda a profetas", *Himnos*, Nº 11.

Lección 13: Todo miembro un misionero

David B. Haight, "La misión: Una aventura espiritual", *Liahona*, octubre de 2001, págs. 12–16.

M. Russell Ballard, "Ahora es el momento", *Liahona*, enero de 2001, págs. 88–91.

Jeffrey R. Holland, " 'Me seréis testigos' ", *Liahona*, julio 2001, págs. 15–17.

Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio", *Himnos*, Nº 206.

Lección 14: El prestar servicio a los demás

Gordon B. Hinckley, "Tender la mano para ayudar a los demás", *Liahona*, enero de 2002, págs. 60–67.

L. Tom Perry, "Aprendamos a servir", *Liahona*, mayo de 2002, págs. 10–19.

Jorge Flores, "La voluntad para remontarse a las alturas", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 26–28.

Huan Syi-hua, "Siempre presto al servicio", *Liahona*, agosto de 2001, págs. 44–45.

Lección 15: La unidad y la hermandad dentro del sacerdocio

Gordon B. Hinckley, " 'No tengáis miedo... de hacer lo bueno' ", *Liahona*, febrero de 2000, págs. 2–5.

Dallin H. Oaks, "Lo más importante", *Liahona*, marzo de 2000, págs. 14–22.

John K. Carmack, "Unidos en amor y testimonio", *Liahona*, julio de 2001, págs. 92–94.

Lección 16: La caridad

Thomas S. Monson, "Compasión", *Liahona*, julio 2001, págs. 18–21.

Roger Terry, "Mis hermanos más pequeños", *Liahona*, diciembre 2000, págs. 18–24.

Hildo Rosillo Flores, "Un plato de seviche", *Liahona*, octubre de 2000, págs. 30–32.

"Señor, yo te seguiré", *Himnos*, Nº 138.

Lección 17: El diario personal

"Para vencer al mundo", *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 26–27.

Lección 18: La Palabra de Sabiduría

Gordon B. Hinckley, "Venzamos a los Goliats de nuestra vida", *Liahona*, febrero de 2002, págs. 2–6.

Jeni Willardson, "No encajaba", *Liahona*, noviembre de 2001, pág. 31.

Brad Wilcox, "Una pregunta peligrosa", *Liahona*, mayo de 2000, págs. 32–35.

"Haz el bien", *Himnos*, Nº 155.

Lección 19: El vencer la tentación

Neal A. Maxwell, "Los artificios y las tentaciones del mundo", *Liahona*, enero de 2001, págs. 43–46.

John B. Dickson, "Cuando la vida se pone difícil", *Liahona*, mayo de 2002, págs. 28–31.

Richard C. Edgley, "El morral de caza de Satanás", *Liahona*, enero de 2001, págs. 52–53.

"Oh dulce, grata oración", *Himnos*, Nº 78.

Lección 20: El uso correcto del albedrío

James E. Faust, "El enemigo interior", *Liahona*, enero de 2001, págs. 54–57.

Glenn L. Pace, "Quédense en el tren", *Liahona*, marzo de 2002, págs. 26–27.

F. Enzio Busche, " 'Libres de' o 'libres para' ", *Liahona*, enero de 2001, págs. 97–99.

Lección 21: Los pensamientos puros inducen a un lenguaje limpio

Gordon B. Hinckley, " 'Firmes creced en la fe' ", *Liahona*, septiembre de 1996, págs. 2–10.

"La medida del carácter: Reflexiones clásicas del presidente David O. McKay", *Liahona*, septiembre de 2001, págs. 40–41.

Robert Lee "Rocky" Crockrell, "Mi amigo 'leche malteada' ", *Liahona*, mayo de 2002, págs. 36–37.

"¿Qué podemos hacer cuando en la escuela se habla de temas inapropiados?", *Liahona*, febrero de 2002, págs. 25–27.

Lección 22: Los convenios guían nuestras acciones

Robert D. Hales, "El convenio del bautismo: Estar en el reino y ser del reino", *Liahona*, enero de 2001, págs. 6–9.

Dennis B. Neuenschwander, "Ordenanzas y convenios", *Liahona*, noviembre de 2001, págs. 16–23.

Keith B. McMullin, "Una invitación con promesa", *Liahona*, julio de 2001, págs. 75–77.

Lección 23: El orar para obtener guía

Gordon B. Hinckley, "El consejo y la oración de un profeta en beneficio de la juventud", *Liahona*, abril de 2001, págs. 30–41.

Henry B. Eyring, "Oración", *Liahona*, enero de 2002, págs. 16–19.

Henry B. Eyring, " 'Que Dios escriba en mi corazón' ", *Liahona*, enero de 2001, págs. 99–102.

"Guíame, oh Salvador", *Himnos*, Nº 51.

Lección 24: El arrepentimiento centrado en Jesucristo

James E. Faust, "La Expiación: nuestra mayor esperanza", *Liahona*, enero de 2002, págs. 19–22.

Richard G. Scott, "El camino hacia la paz y el gozo", *Liahona*, enero de 2001, págs. 31–33.

Jey E. Jensen, "¿Sabes cómo arrepentirte?", *Liahona*, abril de 2002, págs. 14–17.

Guía de fuentes de consulta para utilizar con *Mujeres Jóvenes, Manual 1*

Para utilizar en 2003, lecciones 1–24

Las siguientes fuentes de consulta se pueden utilizar para complementar las lecciones 1–24, pero no pueden remplazarlas. Sírvanse enseñar las lecciones en el orden en que aparecen impresas. El manual no cuenta con una lección específica para la Pascua de Resurrección. Si desea enseñar una lección especial el domingo de la Pascua de Resurrección, use discursos de conferencias, artículos de la revista *Liahona* e himnos que se centren en la vida y la misión del Salvador.

Lección 1: Una hija de Dios

James E. Faust, "Lo que significa ser una hija de Dios", *Liahona*, enero de 2000, págs. 120–124.

"'Recuerda quién eres'", *Liahona*, junio de 2001, págs. 46–47.

"Soy un hijo de Dios", *Himnos*, Nº 196.

Lección 2: Jesucristo, el Salvador

"Testigos especiales de Cristo", *Liahona*, abril de 2001, págs. 2–24.

James E. Faust, "La Expiación, nuestra mayor esperanza", *Liahona*, enero de 2002, págs. 19–22.

Neal A. Maxwell, "El testificar de la grande y gloriosa Expiación", *Liahona*, abril de 2002, págs. 6–13.

Lección 3: Seguir el ejemplo de Jesucristo

L. Tom Perry, "Discipulado", *Liahona*, enero de 2001, págs. 72–74.

Carol B. Thomas, "El sacrificio: Una inversión eterna", *Liahona*, julio de 2001, págs. 77–79.

Ken Merrell, "El visitante", *Liahona*, noviembre de 2001, págs. 46–47.

"Señor, yo te seguiré, *Himnos*, Nº 138.

Lección 4: Cómo buscar la compañía del Espíritu Santo

James E. Faust, "Comunión con el Espíritu Santo", *Liahona*, marzo de 2002, págs. 2–7.

Sharon G. Larsen, "Su guía celestial", *Liahona*, julio de 2001, págs. 104–106.

Daniel K. Judd, "El Espíritu de Cristo: Una luz en la oscuridad", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 18–22.

Lección 5: El gozo que sentimos por nuestro potencial divino

James E. Faust, "¿Quiénes creen que son?", *Liahona*, junio de 2001, págs. 2–7.

Hugh B. Brown, "El groselero", *Liahona*, marzo de 2002, págs. 22–24.

Margaret D. Nadauld, "El regocijo del ser mujer", *Liahona*, enero de 2001, págs. 17–19.

"O My Father," *Hymns,* no. 292.

Lección 6: Cómo encontrar gozo ahora

James E. Faust, "Nuestra búsqueda de la felicidad", *Liahona*, octubre de 2000, págs. 2–8.

Richard G. Scott, "Haz tú lo justo", *Liahona*, marzo de 2001, págs. 10–17.

Marlin K. Jensen, "Cómo ser feliz", *Liahona*, agosto de 2000, págs. 20–23.

Lección 7: El cuidado del hogar

Thomas S. Monson, "Distintivos de un hogar feliz", *Liahona*, octubre de 2001, págs. 2–9.

Marvin J. Ashton, "Una guía para la economía familiar", *Liahona*, abril de 2000, págs. 42–47.

Virginia U. Jensen, "Superación personal, de la familia y del hogar", *Liahona*, enero de 2000, págs. 114–117.

Lección 8: Nuestra perspectiva de la misión divina de la mujer

Gordon B. Hinckley, "¿Cómo puedo convertirme en la mujer en quien sueño", *Liahona*, julio de 2001, págs. 112–115.

James E. Faust, "El ser mujer: El más alto lugar de honor", *Liahona*, julio de 2000, págs. 116–119.

Elaine L. Jack, "La Sociedad de Socorro: Un bálsamo de Galaad", *Liahona*, enero de 1996, págs. 103–107.

Lección 9: Honrar a los padres

Russell M. Nelson, "Escuchad para aprender", *Liahona*, julio de 1991, págs. 23–26.

Vaughn J. Featherstone, "Nos queda todavía un sólido eslabón", *Liahona*, enero de 2000, págs. 15–18.

Denalee Chapman, "Las 3 preguntas", *Liahona*, noviembre de 2000, págs. 46–47.

Lección 10: Apoyo a los demás miembros de la familia

Thomas S. Monson, "Esas preciosas manos", *Liahona*, marzo de 1991, págs. 2–7.

Camielle Call-Tarbet, "Una nota de Michael", *Liahona*, mayo de 2001, pág. 23.

Tammy Munro, "El leer con Ben", *Liahona*, mayo de 2000, págs. 10–12.

Lección 11: Progresar y madurar para tener autosuficiencia, Parte 1

Russell M. Nelson, "La inminencia de la perfección", *Liahona*, enero de 1996, págs. 99–102.

Lance B. Wickman, "El futuro tú", *Liahona*, noviembre de 2000, págs. 22–24.

Lara Bangerter, "El hombre de mis sueños", *Liahona*, febrero de 2002, págs. 46–47.

Lección 12: Progresar y madurar para tener autosuficiencia, Parte 2

Richard G. Scott, "Cómo adquirir conocimiento y la entereza de utilizarlo con sabiduría", *Liahona*, agosto de 2002, págs. 12–19.

Spencer J. Condie, "La disposición a hacer lo bueno continuamente", *Liahona*, junio de 2001, págs. 14–21.

Becky Prescott, "Mi amigo por siempre", *Liahona*, mayo de 2001, págs. 47.

Lección 13: Sostenemos a los poseedores del sacerdocio

James E. Faust, "En busca de la vida abundante", *Liahona*, noviembre de 2000, págs. 2–6.

M. Russell Ballard, "'Recibiréis su palabra'", *Liahona*, julio de 2001, págs. 79–82.

Dennis B. Neuenschwander, "Profetas, videntes y reveladores vivientes", *Liahona*, enero de 2001, págs. 49–51.

Lección 14: La dirección patriarcal en el hogar

Russell M. Nelson, "'Ponga en orden su casa'", *Liahona*, enero de 2002, págs. 80–83.

Jeffrey R. Holland, "Las manos de los padres", *Liahona*, julio de 1999, págs. 16–19.

H. David Burton, "Honremos el sacerdocio", *Liahona*, julio de 2000, págs. 46–48.

Lección 15: El Sacerdocio de Melquisedec

Thomas S. Monson, "El poder del sacerdocio", *Liahona*, enero de 2000, págs. 58–61.

Thomas S. Monson, "El sacerdocio: poderoso ejército del Señor", *Liahona*, julio de 1999, págs. 56–59.

John H. Groberg, "El poder del sacerdocio", *Liahona*, julio de 2001, págs. 51–53.

Lección 16: La mujer y los poseedores del sacerdocio

Russel M. Nelson, "Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer", *Liahona*, julio de 1999, págs. 45–48.

Richard G. Scott, "La santidad de la mujer", *Liahona*, julio de 2000, págs. 43–45.

Sheri L. Dew, "No es bueno que el hombre ni la mujer estén solos", *Liahona*, enero de 2002, págs. 13–15.

Lección 17: El propósito de los convenios y las ordenanzas

Robert D. Hales, "El convenio del bautismo: Estar en el reino y ser del reino", *Liahona*, enero de 2001, págs. 6–9.

Dennis B. Neuenschwander, "Ordenanzas y convenios", *Liahona*, noviembre de 2001, págs. 16–23.

Keith B. McMullin, "Una invitación con promesa", *Liahona*, julio de 2001, págs. 75–77.

Lección 18: El matrimonio en el templo: Un requisito para que la familia sea eterna

Boyd K. Packer, "El santo templo", *Liahona*, junio de 1992, págs. 14–23.

Rebecca Armstrong y Elyssa Renee Madsen, "Para siempre y tres días más", *Liahona*, agosto de 2001, págs. 6–7.

Alfonso Castro Vásquez, "Quiero una familia eterna", *Liahona*, agosto de 2000, págs. 26–28.

"Las familias pueden ser eternas", *Himnos*, Nº 195.

Lección 19: Los registros personales

Dallin H. Oaks, " 'Con prudencia y orden' ", *Liahona*, diciembre de 1989, págs. 18–23.

Tayo M. Tuason, "Cuando el Señor me abrió los ojos", *Liahona*, junio de 2000, págs. 30–31.

Lección 20: Acerquémonos a los demás

Gordon B. Hinckley, "Tender la mano para ayudar a los demás", *Liahona*, enero de 2002, págs. 60–67.

M. Russell Ballard, "Doctrina de la inclusión", *Liahona*, enero de 2002, págs. 40–43.

Mary Ellen Smoot, "Somos instrumentos en las manos de Dios", *Liahona*, enero de 2001, págs. 104–107.

Tú me has dado muchas bendiciones, Dios", *Himnos*, Nº 137.

Lección 21: Un buen ejemplo influye en otras personas

Jeffrey R. Holland, " 'Me seréis testigos' ", *Liahona*, julio de 2001, págs. 15–17.

Carlos Pérez, "El poder del ejemplo", *Liahona*, febrero de 2001, págs. 46–47.

"Quienes nos brindan su amor", *Himnos*, Nº 188.

Lección 22: El arrepentimiento

Richard G. Scott, "El camino hacia la paz y el gozo", *Liahona*, enero de 2001, págs. 31–33.

Jay E. Jensen, "¿Sabes cómo arrepentirte?", *Liahona*, abril 2002, págs. 14–17.

"Apreciemos el sacrificio del Salvador", *Liahona*, junio de 2001, págs. 26–27.

"Venid a Cristo", *Himnos*, Nº 60.

Lección 23: El perdón

James E. Faust, "Nacer de nuevo", *Liahona*, julio de 2001, págs. 68–71.

Boyd K. Packer, " 'El toque de la mano del Maestro' ", *Liahona*, julio de 2001, págs. 25–28.

Richard C. Edgley, " '¡He aquí el hombre!' ", *Liahona*, enero de 2000, págs. 49–51.

Lección 24: La oración y la meditación

Henry B. Eyring, "Oración", *Liahona*, enero de 2002, págs. 16–19.

Henry B. Eyring, " 'Que Dios escriba en mi corazón' ", *Liahona*, enero de 2001, págs. 99–102.

Yessika Delfín Salinas, "Orad por vuestros enemigos", *Liahona*, septiembre de 2000, págs. 8–10. ■

Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

ESCUELA DOMINICAL

Élder John H. Groberg
Primer Consejero

Élder Cecil O. Samuelson Jr.
Presidente

Élder Val R. Christensen
Segundo Consejero

HOMBRES JÓVENES

Élder Glenn L. Pace
Primer Consejero

Élder F. Melvin Hammond
Presidente

Élder Spencer J. Condie
Segundo Consejero

SOCIEDAD DE SOCORRO

Hermana Kathleen H. Hughes
Primera Consejera

Hermana Bonnie D. Parkin
Presidenta

Hermana Anne C. Pingree
Segunda Consejera

MUJERES JÓVENES

Hermana Julie B. Beck
Primera Consejera

Hermana Susan W. Tanner
Presidenta

Hermana Elaine S. Dalton
Segunda Consejera

PRIMARIA

Hermana Sydney S. Reynolds
Primera Consejera

Hermana Coleen K. Menlove
Presidenta

Hermana Gayle M. Clegg
Segunda Consejera

Durante la conferencia general, el presidente Gordon B. Hinckley anunció algunos cambios en las normas.

Se llama a nuevos líderes y se anuncian normas nuevas

En la transmisión de la conferencia general, que llegó al porcentaje más elevado de miembros de la Iglesia hasta la fecha, el presidente Gordon B. Hinckley anunció cambios de normas y los miembros de la Iglesia sostuvieron a la nueva presidencia general de las Mujeres Jóvenes, a varias Autoridades Generales nuevas, a nuevos miembros de la Presidencia de los Setenta y de la Presidencia General de la Escuela Dominical.

La Conferencia General Semestral Nº 172, fue la primera conferencia general trasmitida en algunas partes de Asia, Australia, Europa Oriental y el Pacífico Sur. Más de cinco mil centros de reuniones cuentan ya con el equipo necesario para recibir las trasmisiones de la Iglesia, dando al 90 por ciento de sus miembros acceso a las difusiones de la conferencia general, vía satélite. Además, las sesiones se transmitieron en vivo y en directo por Internet.

En la conferencia de octubre de 2002, se sostuvo a una nueva Presidencia General de las Mujeres Jóvenes. Se llamó a la hermana Susan W. Tanner para prestar servicio como presidenta general de la organización de las Mujeres Jóvenes; a las hermanas Julie B. Beck como primera consejera y Elaine S. Dalton como segunda consejera.

Se relevó de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes a la hermana Margaret D. Nadauld y a sus consejeras, las hermanas Carol B. Thomas y Sharon G. Larsen.

Se llamó a cinco Autoridades Generales nuevas para integrar el Segundo Quórum de los Setenta: los élderes Craig C. Christensen, James M. Dunn, Daryl H. Garn, D. Rex Gerratt y Spencer V. Jones.

Se relevó como miembros del Segundo Quórum de los Setenta a los élderes Richard D. Allred, Athos M. Amorim, L. Edward Brown, Earl M. Monson y Jerald L. Taylor.

También se relevó a veintiún Setenta Autoridades de Área. De los relevados, once prestaban servicio en Estados Unidos y los demás en Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Inglaterra, Alemania, Japón, Corea, Perú y Uruguay.

Al élder Dieter F. Uchtdorf se le sostuvo como miembro de la Presidencia de los Setenta y al élder Val R. Christensen como segundo consejero de la Presidencia General de la Escuela Dominical. El élder Ben B. Banks, de los Setenta, fue nombrado Autoridad General emérita y relevado de la Presidencia de los Setenta, y el élder Richard J. Maynes fue relevado como segundo consejero de la Presidencia General de la Escuela Dominical, con el fin de cumplir con otras asignaciones.

Durante la sesión del sacerdocio, el presidente Hinckley anunció varios cambios en algunas normas y reafirmó las normas y la práctica actuales. Estando al tanto de la gran carga que llevan los líderes del sacerdocio, el presidente Hinckley anunció que, a partir del 1º de noviembre de 2002, las recomendaciones para el templo serán válidas durante dos años en lugar de uno, reduciendo así el tiempo que dedican los líderes en las entrevistas.

También anunció que las despedidas para los misioneros se deben limitar a un discurso en la reunión sacramental por parte del misionero que esté a punto de partir, y que los miembros de la familia no participarán ni planificarán la reunión. El presidente Hinckley recomendó a los miembros que se deben evitar recepciones públicas de despedida para los misioneros.

El presidente Hinckley también rogó a los líderes de la comunidad no tener ningún tipo de actividades o funciones escolares los lunes por la noche, con el fin de respetar el deseo de los miembros de la Iglesia de llevar a cabo la noche de hogar. Habló también en contra de las deudas, la inmoralidad y el abuso infantil. ■

Élder Craig C. Christensen

De los Setenta

"Nuestra familia tiene un lema que se basa en Alma 32:28: 'Ejercicio espiritual todos los días' ", dice el élder Craig C. Christensen, que recientemente fue sostenido como miembro del Segundo Quórum de los Setenta.

El ejercicio ha sido una parte importante de la vida del élder Christensen. Siendo una familia físicamente activa, que incluso disfruta del deporte de bucear durante las vacaciones familiares, el élder Christensen, su esposa Debora y sus cuatro hijos hacen ejercicio espiritual mediante reuniones espirituales familiares y el estudio de las Escrituras. Además, el élder Christensen tiene su propia rutina de desarrollo espiritual. "Con el tiempo", dice él, ese proceso de meditar y escudriñar las Escrituras me ha fortalecido y ha edificado mi testimonio.

El élder Christensen nació el 18 de marzo de 1956 en Salt Lake City, Utah, siendo sus padres Glen y Coleen Cloward Christensen. Su familia se trasladó a Concord, California antes de que él iniciara la enseñanza media superior; más tarde, volvió a Utah como estudiante universitario para integrar el equipo de fútbol americano de la Universidad Brigham Young.

"El fútbol americano era mi pasión antes de hacer mi misión en Chile", afirma el élder Christensen. "Pero el ser misionero cambió todo ello; infundió en mí un gran amor por la gente y el deseo verdadero de servir".

El 28 de marzo de 1978 se casó en el Templo de Salt Lake con Debora Jones, a quien considera el ejemplo del vivir el Evangelio. Él estudió contabilidad y administración de empresas; como propietario de agencias de automóviles, está resuelto a "vivir el principio de la integridad y de enseñarlo a los demás".

Aprendió ese principio de personas que influyeron en él a lo largo de su vida, entre ellas su padre, que fue su obispo y presidente de estaca; su hermano y su presidente de misión.

Esas personas también contribuyeron a prepararlo para prestar servicio como obispo, presidente de misión y Setenta Autoridad de Área. Mediante esos ejemplos y experiencias, afirma el élder Christensen, "he aprendido que el Espíritu en verdad testifica a aquellos a quienes enseñamos. En cualquier llamamiento, debemos procurar saber qué es lo que el Señor desea que hagamos". ■

Élder James M. Dunn

De los Setenta

"Al igual que muchas personas, he edificado mi testimonio día tras día, paso a paso", observa el élder James M. Dunn, que recientemente fue llamado a integrar el Segundo Quórum de los Setenta. Los sentimientos espirituales que percibí cuando era niño han madurado con el tiempo a través del servicio y de hacer lo que se me enseñó que era lo correcto".

Nació el 16 de abril de 1940 en Pocatello, Idaho, siendo sus padres Billy E. y Melba Meyers Dunn. El élder Dunn y sus cinco hermanos se criaron en Salt Lake City, Utah, "con todas las oportunidades y bendiciones que pudiese tener un niño Santo de los Últimos Días".

Después de servir una misión en Uruguay, el élder Dunn contrajo matrimonio con Sandra (Penny) Barker, el 7 de agosto de 1963 en el Templo de Salt Lake. Él había sentido admiración y respeto hacia Penny desde la escuela secundaria donde habían trabajado juntos como oficiales del alumnado. Durante sus primeros años de casados, el élder Dunn sirvió como oficial militar de la Guardia Nacional de Utah, obtuvo un título en estudios latinoamericanos de la Universidad Brigham Young, y se recibió de abogado en la Universidad de Utah.

En su agotadora profesión de abogado, el élder Dunn aprendió que un cliente menos o menos horas de trabajo eran sacrificios que valía la pena hacer para prestar servicio activo en la Iglesia, entre ellos, los llamamientos como miembro del sumo consejo, obispo, presidente de estaca, presidente de misión y Setenta Autoridad de Área.

El élder Dunn, padre de seis hijas, dice: "Mi vida es especial; las hijas y los padres tienen lazos singulares". Dichos vínculos se fortalecieron cuando la familia le acompañó a Colombia, donde fue presidente de misión. Él, su esposa y sus hijas regresaron a casa hablando español con fluidez y fortalecidos espiritualmente.

Al recibir su nuevo llamamiento, el élder Dunn comentó: "Uno se pregunta por qué pasan las cosas, cómo será la vida en unos años; pero por la experiencia de llamamientos anteriores, sé que el servir será una gran bendición. A través de los años, la Iglesia ha sido el núcleo principal de todas las cosas buenas en mi familia y en mi vida". ■

Élder Daryl H. Garn

De los Setenta

Cuando Daryl H. Garn fue misionero en el oeste de Canadá, el presidente de la misión visitó el área donde él se encontraba. El élder Garn casi no había visto a su presidente debido a lo extensa que era la misión, de modo que ésa fue una ocasión especial.

"Cuando el presidente Arave concluyó su testimonio, dijo que sabía la veracidad de esas cosas más que de cualquier otra cosa", recuerda el élder Garn, "y el Espíritu me testificó que era verdad, que en efecto, uno podía saber las cosas del Espíritu mejor que cualquier otra cosa".

A partir de ese momento, el élder Garn, sostenido en octubre como miembro del Segundo Quórum de los Setenta, ha experimentado una y otra vez la veracidad del testimonio que expresó su presidente de misión. Recuerda que unos años más tarde, mientras se encontraba en una conferencia de estaca en Ohio, el Espíritu le hizo saber que sería llamado a integrar el obispado de su barrio. Apenas habían transcurrido dos semanas desde que había ingresado a la escuela de odontología, cuando el presidente Spencer W. Kimball (1895–1985), en aquel tiempo miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, le extendió el llamamiento oficial.

"El élder Kimball le dijo: 'Hermano Garn, el Señor le ha llamado a este puesto, y si en su vida pone en primer plano las cosas importantes, Él le bendecirá' ". El élder Garn piensa que al servir diligentemente en sus llamamientos, entre ellos el de obispo, presidente de estaca, presidente de los Hombres Jóvenes, miembro del sumo consejo y Setenta Autoridad de Área, ha sido bendecido en todos los aspectos de su vida.

Su esposa Irene dice que él siempre está dispuesto a poner al Señor en primer lugar, y que responde a cualquier llamamiento —ya sea para ayudar con los quehaceres de la casa o dirigir un barrio— con una actitud verdaderamente entusiasta.

El élder Garn nació el 28 de diciembre de 1938 en Tremonton, Utah, siendo sus padres Uel y Lolita Hodges Garn. El 19 de diciembre de 1961 se casó con Irene Hall en el Templo de Logan, Utah; tienen seis hijos y 19 nietos, y criaron a su familia en Mesa, Arizona. ■

Élder D. Rex Gerratt

De los Setenta

El élder D. Rex Gerratt fue sostenido el 5 de octubre de 2002 como miembro del Segundo Quórum de los Setenta. "Nunca se me ha dado un llamamiento en el que me sintiera plenamente apto, pero sé que el Señor prepara y ayuda a los que Él llama", afirma el élder Gerratt, agricultor y propietario de una granja lechera en Idaho. "Al aceptar llamamientos a lo largo de mi vida, le he suplicado al Padre Celestial que me ayudara a ser eficaz en Sus manos".

El élder Gerratt nació en Heyburn, Idaho, el 9 de abril de 1936, siendo sus padres Donald Wayne y Ann Bailey Gerratt; se crió en la comunidad cercana a Burley, dedicándose a la agricultura con su padre y su hermano. En 1955 contrajo matrimonio con su amiga de la niñez, Marjorie Crane, en el Templo de Idaho Falls, Idaho; tienen 9 hijos y 35 nietos.

"Recuerdo que muchas mañanas mis hijos y yo nos sentábamos con el perro en el porche de atrás de la casa para ponernos las botas y empezar los quehaceres de la granja lechera", recuerda el élder Gerratt. "Naturalmente, mi esposa y yo nos preocupamos por nuestros hijos, pero tenemos gran confianza en ellos porque todos saben trabajar duro y tienen testimonios del Evangelio".

El trabajo arduo en su profesión y en la comunidad le han hecho acreedor de reconocimientos como el ser elegido para formar parte de las galerías de la fama de "Idaho Dairy" (Lecheros de Idaho) y de "Southeastern Idaho Livestock" (Ganaderos del sureste de Idaho). También se le reconoció como el agricultor del año más destacado en la conservación de recursos naturales.

Entre sus llamamientos en la Iglesia están el de Setenta Autoridad de Área, presidente de misión, representante regional, presidente de estaca, secretario de estaca, obispo, secretario de barrio y maestro orientador. Esos llamamientos le han enseñado a tener gratitud y humildad.

El élder Gerratt dice: "Cuando nos damos cuenta de las muchas bendiciones que recibimos de nuestro Padre Celestial y de que en verdad somos guiados por Su profeta viviente, debemos estar muy agradecidos y resueltos a hacer lo mejor en cualquier cosa que se nos pida hacer en Su Iglesia". ■

Élder Spencer V. Jones

De los Setenta

"Subamos, subamos todos al estrado a dar nuestros testimonios; el obispo de seguro se desmayará de susto". Ése fue el desafío que el jovencito Spencer V. Jones hizo a sus compañeros diáconos. Fue también un momento decisivo en la maduración de su testimonio. "Mientras expresaba mi testimonio, al final —cuando tal vez hacía un mes que me burlaba de las personas que lloraban al dar su testimonio porque en realidad no las comprendía— me di cuenta de que yo mismo estaba llorando", recuerda el élder Jones. "Nunca he olvidado ese momento, porque cuando un espíritu se comunica con otro, ocurre algo especial".

El élder Jones, recientemente sostenido como miembro del Segundo Quórum de los Setenta, nació en Safford, Arizona, el 17 de septiembre de 1945, siendo sus padres Virgil y Nellie Baker Jones. Se crió en una granja en la pequeña comunidad de Santos de los Últimos Días de Virden, Nuevo México, donde la capilla era el centro de actividades. "Casi a todos en el pueblo les llamábamos tía o tío —aun cuando no estuviésemos emparentados— y todos se cuidaban unos a otros como si lo estuvieran".

Tras prestar servicio en la Misión Argentina Norte, el élder Jones asistió a la Universidad Brigham Young, donde obtuvo la licenciatura en ciencias zoológicas. En un baile del Club Arizona, patrocinado por la Universidad, conoció a Joyce Elizabeth Mathews; contrajeron matrimonio el 3 de junio de 1968, y después de graduarse, se mudaron a Gallup, Nuevo México, donde el élder Jones trabajó en una variedad de negocios, incluso para una compañía de muebles y otra de ganado. Él y su esposa tienen tres hijos y ocho nietos.

El élder Jones explica que cada una de sus asignaciones ha sido una bendición que le ha preparado para seguir sirviendo en el reino del Señor; ha aprendido mucho al prestar servicio en cada uno de ellos, ya sea como presidente de los Hombres Jóvenes, consejero del obispo, obispo, maestro de seminario, presidente de misión, secretario ejecutivo de área o Setenta Autoridad de Área. "Cada llamamiento es un peldaño y una experiencia de aprendizaje", afirma el élder Jones. "Se progresa paso a paso". ■

Susan Winder Tanner

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Habiendo prestado servicio en la Primaria, las Mujeres Jóvenes y la Sociedad de Socorro, tanto al nivel de barrio como de estaca, Susan W. Tanner ve que existe una relación entre las organizaciones.

"Las niñas pequeñas aprenden la canción 'Soy un hijo de Dios'; más adelante repiten las palabras: 'Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama y nosotras lo amamos a Él'; luego dicen 'La caridad nunca deja de ser', y nos sentimos rodeadas de ese amor", afirma ella. "Creo que en cada etapa existe unidad perfecta, y una mayor visión y habilidad a medida que vamos creciendo".

La hermana Tanner, recientemente llamada presidenta general de las Mujeres Jóvenes, siente la responsabilidad de ayudar a las jovencitas a comprender el lugar que ocupan en el plan de nuestro Padre Celestial.

La hermana Tanner nació el 10 de enero de 1953 en Granger, Utah, y se crió en una granja lechera; siendo sus padres Richard W. y Barbara Woodhead Winder. Obtuvo una licenciatura en humanidades de la Universidad Brigham Young, donde conoció a John S. Tanner. Contrajeron matrimonio el 3 de septiembre de 1974 en el Templo de Salt Lake. La hermana Tanner es ama de casa y maestra de piano. Residen en Provo, Utah, y tienen cinco hijos y tres nietos.

Mientras vivían en Brasil, donde su esposo continuaba sus estudios a raíz de una beca Fulbright que requiere que la persona viva en el extranjero por un tiempo, la hermana Tanner tuvo la oportunidad de ver cómo funcionaba el programa de las Mujeres Jóvenes. Sus dos hijas mayores aprendieron el lema de las Mujeres Jóvenes en portugués; "yo quería aprenderlo junto con ellas", afirma. "Cuando empecé a aprenderlo de memoria, el mensaje se me quedó grabado en el corazón: Sé que soy una hija del Padre Celestial, y que Él me ama, y debido a este conocimiento, yo le amo a Él y deseo demostrarlo por medio de mis acciones.

"En el lema de las Mujeres Jóvenes tenemos el mensaje en el orden debido", continúa. "Mi deseo es que las jovencitas de la Iglesia sepan que ése puede ser el fundamento de sus testimonios, de sus acciones y de sus vidas". ■

Julie Bangerter Beck

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

"Teníamos que encontrar la manera de que nuestros hijos aprendieran a trabajar", dice la hermana Julie B. Beck, recientemente sostenida como primera consejera de la presidencia general de las Mujeres Jóvenes. "No teníamos una granja para que ordeñaran vacas, de modo que esa tarea la sustituimos con la música".

Así como sus propios tres hijos aprendieron a trabajar mediante la práctica del piano, la hermana Beck aprendió el gozo del trabajo y del servicio al crecer en medio de 11 hermanos y hermanas. La hermana Beck nació el 29 de septiembre de 1954, siendo sus padres William Grant y Geraldine Hamblin Bangerter; se crió en Granger, Utah, y en São Paulo, Brasil, donde su padre fue presidente de misión.

La hermana Beck se graduó de la Universidad Brigham Young con una licenciatura en ciencias familiares. El 28 de diciembre de 1954 se casó con Ramon P. Beck en el Templo de Salt Lake. Residen en Alpine, Utah, y tienen dos hijas, un hijo y tres nietos. Las actividades favoritas de la hermana Beck son las que realizan con la familia; ella dice: "Nuestros hijos son nuestros mejores amigos".

La hermana Beck ha desempeñado varios llamamientos en la Sociedad de Socorro y las Mujeres Jóvenes, pero en el corazón tiene un lugar especial para las jovencitas de la Iglesia y reconoce la función que el trabajo arduo y el servicio tienen en su desarrollo.

"Aún conservo los premios de mis años de Abejita", afirma la hermana Beck, al recordar un programa de la Iglesia de los días de su juventud. "He disfrutado al esforzarme por obtener todos los premios del programa de las Mujeres Jóvenes".

Ella lleva ese entusiasmo al actual programa de la Iglesia para las jovencitas, el Progreso Personal. Prestó servicio en la mesa general de las Mujeres Jóvenes y trabajó en el programa actualizado del Progreso Personal.

"Creo que el Progreso Personal ayuda a la jovencita a comprender y practicar el guardar su convenio bautismal", dice la hermana Beck. "Y creo que si puede comprender y guardar su convenio bautismal, estará preparada para hacer los convenios del templo y guardarlos". ■

Elaine Schwartz Dalton

Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Poco antes de que Elaine S. Dalton ingresara en la Universidad Brigham Young para cursar el segundo año, su padre falleció inesperadamente. Fue una época difícil para ella, y oró mucho para comprender por qué su padre había sido arrebatado de una familia que tanto lo necesitaba.

No recibió respuesta a sus oraciones hasta el verano siguiente, cuando se encontraba en una gira por Europa con el grupo de baile de la Universidad Brigham Young. El Día del Padre, cuando el grupo se reunió para efectuar la reunión sacramental, uno de los discursantes hizo referencia a Proverbios 3:5–6: "Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas".

"Me di cuenta de que ese pasaje era mi respuesta", dice hoy la hermana Dalton. "Aun no sabía por qué mi padre había fallecido, pero supe que tenía que confiar en el Señor. Ese pasaje de las Escrituras ha sido una guía para mí desde entonces. En todo lo que ha ocurrido en que no he podido comprender el porqué, he sabido que si confío en el Señor, Él dirigirá mi sendero".

En su nuevo llamamiento como segunda consejera de la presidencia general de las Mujeres Jóvenes, la hermana Dalton tiene la esperanza de alentar a las jovencitas a adquirir esa misma confianza en nuestro Padre Celestial y a procurar la guía del Espíritu Santo.

La hermana Dalton nació el 1º de noviembre de 1946 en Ogden, Utah, siendo hija de Melvin Leo y Emma Martin Schwartz; contrajo matrimonio con Stephen E. Dalton, el 13 de septiembre de 1968 en el Templo de Salt Lake; tienen seis hijos y viven en Salt Lake City.

La hermana Dalton obtuvo su licenciatura en Inglés de la Universidad Brigham Young. Ha sido miembro de la mesa general de las Mujeres Jóvenes, presidenta de las Mujeres Jóvenes de estaca, asesora de las Laureles y maestra en la Sociedad de Socorro.

"Las jovencitas de hoy son increíbles; son espiritualmente sensibles y fuertes", afirma. "Tienen el insólito desafío de ser rectas en el mundo en que vivimos. Como miembros de la Iglesia, ellas se destacan y sirven de ejemplo para las demás que están en busca de ejemplos de rectitud". ■

FOTOGRAFÍA POR TOM SMART/DESERET NEWS

John A. Kufuor, presidente de Ghana, recorre el Centro de Conferencias durante una visita reciente a Salt Lake City. Aquí le acompaña Norman D. Shumway, director de los servicios de hospitalidad de la Iglesia.

El presidente de Ghana expresa agradecimiento por los servicios humanitarios

En una reunión con la Primera Presidencia, el presidente de la República de Ghana, John A. Kufuor, expresó su agradecimiento por las contribuciones humanitarias y religiosas que la Iglesia hizo a su país. "Los consideramos parte de Ghana", le dijo al presidente Gordon B. Hinckley, al presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia y al presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, durante una visita que realizó a Salt Lake City en septiembre.

En su visita a los Estados Unidos para asistir a las reuniones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el presidente Kufuor viajó a Utah con varios funcionarios de gobierno con el fin de hablar sobre el desarrollo económico con líderes locales del gobierno y de la comunidad. Mientras se encontraba allí, visitó a los líderes de la Iglesia y algunos lugares de interés de la Iglesia, como la Manzana de Bienestar, la Manzana del Templo y el Centro de Conferencias.

El presidente Kufuor agradeció a la Iglesia la ayuda humanitaria y los servicios de empleo para su país. La Iglesia ha patrocinado más de 140 proyectos humanitarios en Ghana durante los últimos 15 años.

El presidente Hinckley, a su vez, invitó al presidente Kufuor a asistir al programa de puertas abiertas del Templo de Accra, Ghana, cuya finalización está programada para el otoño de 2003. Agradeció también al presidente Kufuor el cooperar con la Iglesia.

"La visita fue mutuamente benéfica, así como también una oportunidad de expresar agradecimiento y aprecio", dijo el élder H. Bruce Stucki, de los Setenta, ex Presidente del Área África Oeste.

La Iglesia tiene cinco estacas y un número aproximado de veinte mil miembros en Ghana. En la actualidad, están en construcción un templo, un hostal para los participantes del templo, un centro de estaca y un edificio para las oficinas de área. ■

La hospitalidad de la Iglesia tiende puentes de amistad

Por Naomi Frandsen

Cuando Norman D. y Luana Shumway, directores de los servicios de hospitalidad de la Iglesia en Salt Lake City, conocieron a un prominente ministro cristiano de la región central de los Estados Unidos, él les dijo que no sabía exactamente la razón por la que se encontraba en ese lugar. A fin de que supiera la razón, los hermanos Shumway decidieron llevarle por un recorrido por el Centro Humanitario y por la Manzana de Bienestar de los Santos de los Últimos Días.

"Durante las más de dos horas que pasamos con él", recuerda el hermano Shumway, "las palabras que él pronunció una y otra vez fueron 'increíble', 'extraordinario', 'asombroso'; y constantemente decía: 'Tenemos tanto que aprender acerca de cómo podemos ser seguidores de Cristo' ".

Desde monjes budistas hasta personal militar, hasta oficiales de gobierno, cientos de empresarios y líderes políticos y religiosos visitan anualmente la sede de la Iglesia en Salt Lake City. Los directores de hospitalidad de la Iglesia les dan la bienvenida y les hablan acerca de la historia y la doctrina de la Iglesia en lugares como la Manzana del Templo, la Biblioteca de Historia Familiar, el Centro Humanitario, la Manzana de Bienestar, el Museo de Historia y Arte de la Iglesia y el Centro de Conferencias.

"Creemos que podemos mostrar a esos visitantes lo que la Iglesia hace, y no tenemos que explicar demasiado", dice el hermano Shumway. La Primera Presidencia dio instrucciones similares a Lowell y Tamara Snow, ex directores del servicio de hospitalidad de la Iglesia: "No digan mucho; permitan que los hechos de la Iglesia hablen por sí solos".

Y así sucede. En la Manzana de Bienestar, los visitantes ven en acción las

FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE LOS SERVICIOS DE HOSPITALIDAD DE LA IGLESIA

Misioneras muestran a los visitantes de Ghana la Manzana del Templo.

creencias básicas de la Iglesia mientras recorren las instalaciones de bienestar. "Como miembros de la Iglesia hemos hecho convenio de cuidar de los pobres y los necesitados", explica Mel Gardner, gerente del almacén del obispo ubicado en la Manzana de Bienestar. "Pero todo lo que hacemos tiene como fin fomentar la autosuficiencia. A su vez, la gente que recibe ayuda puede elevar a los demás por medio del servicio positivo".

El hermano Gardner guía a los visitantes a través de una tienda de comestibles en la que no hay cajas registradoras, donde reciben alimentos las personas necesitadas que han sido recomendadas por sus obispos. "Nosotros decimos que son los alimentos mejores que no se pueden comprar con dinero", dice bromeando.

Los visitantes se quedan impresionados ante la multitud de voluntarios de las estacas locales que trabajan en el almacén, en la panadería, la fábrica de enlatados, la planta de productos lácteos y la tienda de artículos de segunda mano de las Industrias Deseret. Una cita enmarcada del profeta José Smith explica por qué prevalece en la Iglesia un espíritu de voluntariedad: "El hombre que se siente lleno del amor de Dios no se conforma con bendecir solamente a su familia, sino que va a todo el mundo, con el deseo de bendecir a toda la raza humana" (*Enseñanzas del Profeta José Smith,* pág. 208).

"De eso se trata" —de bendecir y servir—, dijo el hermano Gardner al final del recorrido, mientras a los visitantes se les invitaba a tomar leche con chocolate y comer queso hechos en la central lechera Deseret.

El cercano Centro Humanitario de los Santos de los Últimos Días muestra el alcance internacional de los proyectos de bienestar de la Iglesia. "Somos discípulos de Cristo, y en todo lo que hacemos, tratamos de poner en práctica lo que Él enseñó", explica el élder Jerry Brown, una persona mayor que cumple una misión regular o de tiempo completo, a medida que guía a los visitantes a través de los depósitos de almacenamiento llenos de arriba abajo con fardos de ropa, zapatos, suministros médicos y materiales didácticos que están por transportarse al extranjero. En ocasiones, los visitantes conocen a aprendices que participan en un programa de capacitación en el Centro Humanitario y en la Manzana de Bienestar, programa que abarca capacitación relacionada con el empleo y el idioma.

"Es muy grato ver los envíos de ropa, suministros médicos y otros artículos de primera necesidad partir cada semana para las naciones necesitadas del mundo", dice William D. Reynolds, gerente del Centro Humanitario. "Pero es igualmente grato ver la dicha en los ojos de los aprendices a medida que adquieren más autosuficiencia por medio del aprendizaje y la aplicación de las destrezas de trabajo".

En la Manzana del Templo, las hermanas misioneras comparten mensajes básicos del Evangelio. Los visitantes son acompañados, por lo general, por misioneras que hablan la lengua materna de ellos, y muchas veces, la selección de las guías de esos

FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE LOS SERVICIOS DE HOSPITALIDAD DE LA IGLESIA

El consultor de historia familiar, Wolfgang Lebedies (izquierda) ayuda a visitantes de Alemania que visitan la Biblioteca de Historia Familiar de Salt Lake City.

recorridos ha resultado ser inspirada. La hermana Shumway recuerda una vez en que un visitante preguntó con hostilidad qué opinaban los indios americanos acerca del Libro de Mormón. La misionera que guiaba el recorrido contestó: "Bueno, yo soy parte "Blackfoot (Pies negros) y Shoshón", y después compartió su amor por el Libro de Mormón.

Cuando el cuadro de bobsleigh de Mónaco llegó a Salt Lake City para participar en los Juegos Olímpicos de Invierno del 2002, hizo una petición: visitar la Biblioteca de Historia Familiar. Una vez allí, los visitantes aprendieron lo que significa que "las familias puedan estar unidas para siempre". "Nosotros creemos que podemos estar con nuestra familia durante la eternidad, y parte de ello es identificar a las personas con las que podemos estar", explica Elaine Hasleton, supervisora de asuntos públicos de la biblioteca.

Muchas veces, los visitantes comienzan a sentir entusiasmo por la obra de historia familiar al ver a cientos de usuarios buscar información en los cuatro pisos de registros genealógicos. Durante la memorable visita de un visitante, cuyos antepasados provenían de Europa Oriental y que sentía muy poco interés en la historia familiar, se le mostraron registros de embarcaciones y de inmigración de sus antepasados. "Dos horas y media después", recuerda la hermana Shumway, "le dijimos que teníamos que irnos y él nos contestó: 'Vayan adelante si lo desean. Yo me quedo' ".

Al final, los visitantes siguen su camino y llevan consigo impresiones perdurables. "Los visitantes se van de Salt Lake diciendo: 'Vine sin saber mucho de la Iglesia, pero aquí encontré calidez, amistad, cariño y comprensión' ", comenta el hermano Snow. Y eso, añade el hermano Shumway, "es lo que tratamos de hacer antes que nada, tender puentes de comprensión entre el mundo y la Iglesia". ■

La Iglesia SUD es la religión de más rápido crecimiento en los Estados Unidos

En un estudio que se actualiza cada diez años, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días fue nombrada la religión de más rápido crecimiento de los Estados Unidos, de la década de 1990 a 2000.

El estudio también indicaba que las iglesias de mayor crecimiento son las que se consideraban socialmente conservadoras, y que las de menor crecimiento son las que se suponía que eran socialmente liberales. Con una tasa de crecimiento del 19,3 por ciento, la Iglesia estaba al frente de la tendencia hacia la religión conservadora en los Estados Unidos. Las otras religiones de rápido crecimiento que le seguían eran las Iglesias de Cristo, las Asambleas de Dios y la Iglesia Católica Romana.

El Centro de Investigación Glenmary, una organización católica de servicio social y de investigación realizó el estudio por conducto de respuestas que se recibieron de 149 grupos religiosos. Por motivo de que el censo de los Estados Unidos no abarca la información religiosa, ese estudio se considera por extensión el cálculo más completo disponible de afiliación religiosa dentro de los Estados Unidos.

De acuerdo también con ese estudio, la Iglesia es la sexta religión más numerosa de los Estados Unidos y Utah está a la cabeza de los "estados más religiosos" de la nación, al tener el porcentaje más alto de creyentes (75 por ciento). Provo, Utah, se denominó como la ciudad que tenía el porcentaje más alto (90 por ciento) de habitantes que pertenecían a uno de los 149 grupos religiosos participantes. ■

Índice de Ordenanzas en Internet

Una nueva versión del Índice de Ordenanzas de Family Search[MR] está disponible por primera vez en línea en **www.familysearch.org**. Esa base de datos contiene un registro de toda la obra completa de las ordenanzas del templo efectuada por las personas fallecidas. Los miembros pueden acceder a esta base de datos para verificar si la obra de las ordenanzas del templo ya se ha efectuado por personas fallecidas antes de enviar los nombres al templo. Esa verificación servirá para reducir la duplicación de la obra de las ordenanzas.

Millones de nombres se han añadido recientemente al Índice de Ordenanzas, y será actualizado semanalmente con el fin de asegurar que los miembros dispongan de la información actual sobre sus antepasados.

Para registrarse y recibir acceso a la información de las ordenanzas en la versión en línea del Índice de Ordenanzas, los miembros de la Iglesia necesitarán su número de cédula de miembro y la fecha de confirmación. Los secretarios de barrio y rama pueden proporcionar a los miembros esa información.

Los miembros que tengan acceso al Internet en su casa o por conducto del centro de historia familiar local podrán utilizar la versión en línea del Índice de Ordenanzas. Los centros de historia familiar que no tengan acceso al Internet podrán ponerse en contacto con el Departamento de Historia Familiar e Historia de la Iglesia acerca de conectarse con el Internet, después de recibir autorización de los líderes locales del sacerdocio. ■

CORTESÍA DE HENRY Y RENEE SCHWENDIMAN

***Cárcel de Liberty, 1838,* por Garth Oborn**

Durante el invierno de 1838–1839, el profeta José Smith, su hermano Hyrum y otros cuatro hermanos de la Iglesia fueron encarcelados injustamente en la Cárcel de Liberty, en Liberty, Misuri. Ese lugar de enorme adversidad y sufrimiento se convirtió en un lugar santo donde Dios habló a un profeta viviente e impartió enseñanzas importantes para todos. (Véase D. y C. 121–123.)

"Lo más importante es lo que haya ocurrido dentro de cada uno de nosotros como consecuencia de lo que hemos experimentado", dijo el presidente Gordon B. Hinckley en la sesión de clausura de la conferencia general. "Yo, personalmente, he tomado una resolución más firme en mi fuero interno de ser una persona mejor de lo que he sido hasta ahora... Desafío a cada uno de ustedes... a elevarse a la altura de divinidad que llevan dentro".

INFORME DE LA
CONFERENCIA GENERAL SEMESTRAL N° 172
5–6 DE OCTUBRE DE 2002

SPANISH
4 02229 91002 1